



LOS NIÑOS DESAPARECIDOS



PATRICIA GIBNEY

LIBRO 1 DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Día uno

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Día dos

Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Día tres
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Día cuatro
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Día cinco
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Día seis
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Día siete
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Día ocho

Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Día nueve
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111

Epílogo

Agradecimientos

Carta al lector

Sobre la autora

LOS NIÑOS DESAPARECIDOS

Patricia Gibney

Libro 1 de la inspectora Lottie Parker

Traducción de Luz Achával y Albert Martí

para Principal Noir



LOS NIÑOS DESAPARECIDOS

V.1: octubre, 2018

Título original: *The Missing Ones*

© Patricia Gibney, 2017

© de la traducción, Luz Achával Barral, 2018

© de la traducción, Albert Martí, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Rights People, Londres.

Diseño de cubierta: Richard Augustus

Imágenes de cubierta: Arcangel Images | Christie Goodwin, Karina Vegas e Irvin Verrallo

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-31-7

IBIC: FH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

LOS NIÑOS DESAPARECIDOS

Creían que habían dejado atrás el pasado, pero estaban equivocados

Cuando descubren el cuerpo sin vida de una mujer en la catedral y, más tarde, encuentran a un hombre ahorcado en un árbol, la policía asigna el caso a la inspectora Lottie Parker. Los fallecidos trabajaban juntos en el ayuntamiento de Ragmullin y, además, tienen el mismo extraño tatuaje en la pierna. La conexión entre los dos es evidente, pero ¿qué se esconde tras esa misteriosa marca?

La investigación llevará a la inspectora hasta Saint Angela, un antiguo orfanato de la Iglesia católica que esconde un pasado muy oscuro. Y cuando Lottie está cerca de conocer la verdad, dos adolescentes desaparecen. ¿Conseguirá la inspectora atrapar al asesino antes de que ataque de nuevo?

«Con más de un millón de ejemplares vendidos, Gibney es uno de los mayores fenómenos literarios del año.»

The Times

«Apasionante... La tensión es palpable desde el principio hasta el final y tiene un giro totalmente inesperado.»

Irish Independent

El nuevo fenómeno del thriller internacional

Más de un millón de ejemplares vendidos

*Para Aisling, Orla y Cathal.
Mi vida, mi mundo.*

Prólogo

31 de enero de 1976

El hoyo que cavaron no era profundo, era de menos de un metro. Un lechoso saco de harina encerraba el pequeño cuerpo, atado firmemente con las tiras de un delantal manchado, que anteriormente había sido blanco; hicieron rodar el saco por el suelo, pese a que era lo bastante ligero como para cargar con él. No hubo reverencia por la persona fallecida, pues uno de ellos mandó al cadáver al centro del hoyo de una patada y lo metió a presión con la suela de su bota. No hubo oración ni bendición final, solo las paladas del húmedo barro cubriendo la blancura con oscuridad, como la noche que cae sin la luz del crepúsculo. Debajo del manzano, que echaría brotes blancos en primavera y ofrecería una cosecha floreciente en verano, había ahora dos montículos de tierra: uno compacto y sólido, el otro reciente y suelto.

Desde la ventana del tercer piso, tres pequeñas caras miraban con los ojos negros llenos de terror. Se arrodillaron sobre una de las camas, acolchada con almohadas de plumas.

Mientras los que estaban abajo recogían las herramientas y se marchaban, los tres continuaban mirando el manzano, que ahora destacaba a la luz de la luna creciente. Acababan de ser testigos de algo que sus jóvenes cerebros no podían entender. Estaban tiritando, pero no de frío.

El chico del medio preguntó sin moverse:

—*¿Cuál de nosotros será el siguiente?*

Día uno

30 de diciembre de 2014

1

Susan Sullivan estaba a punto de conocer a la persona que más temía.

Un paseo, sí, un paseo le vendría bien. Fuera, a la luz del día, lejos de la asfixia de su casa, lejos de sus propios pensamientos deprimentes. Cogió los auriculares de su iPod, se puso un gorro negro de lana, se abrochó el abrigo marrón de lana y salió a la nieve.

Le daba vueltas la cabeza. ¿A quién quería engañar? No era capaz de distraerse ni de escapar de la pesadilla de su pasado, que la atrapaba a cada minuto del día; la invadía de noche como un murciélago negro y veloz, y la hacía enfermar. Había intentado establecer contacto con una detective en la comisaría de la Garda de Ragnmullin, pero no había recibido respuesta. Habría sido su salvación. Ella quería saber la verdad más que nada en el mundo, así que cuando agotó todos los canales habituales, decidió ir por su cuenta: quizá le ayudaría a liberarse de sus demonios. Tiritó y aceleró el paso, aunque patinaba y resbalaba. Ya no le importaba; tenía que saber la verdad. Ya era hora.

Avanzó por la ciudad con la cabeza ligeramente inclinada hacia la brisa, lo más rápido que las aceras congeladas le permitían. Dirigió la vista hacia los capiteles de la catedral mientras accedía a ella por las puertas de hierro y se santiguaba. Habían lanzado puñados de sal en los escalones, que quedó triturada bajo sus botas. La nieve disminuyó y un sol bajo de invierno comenzó a resplandecer tras las oscuras nubes. Abrió la gran puerta, pisó el tapete de goma con los pies adormecidos y, mientras el eco de la puerta al cerrarse enmudecía, avanzó hacia el silencio.

Se quitó los auriculares y los dejó colgando sobre sus hombros. A pesar

de haber caminado media hora, seguía congelada: el viento de levante había calado bajo las capas de ropa y su escasa grasa corporal no podía proteger los huesos de una mujer de cincuenta y un años. Al frotarse la cara, se pasó el dedo por sus ojos hundidos y se limpió el agua que caía de ellos. Intentó volver a concentrarse en la penumbra. Las velas en el altar lateral iluminaban las sombras a lo largo de las paredes de mosaico. Una luz tenue entraba por las vidrieras que había sobre las imágenes de las estaciones del Vía Crucis mientras Susan avanzaba lentamente por la neblina color sepia e inhalaba el aroma a incienso del aire.

Con la cabeza inclinada, avanzó de manera furtiva hacia la primera fila, hasta dar con el reclinatorio. Se volvió a santiguar, preguntándose cómo podía sentir un atisbo de religiosidad después de todo lo que había hecho, de todo por lo que había pasado. Sintióse sola en el silencio, pensaba en lo irónico que era que él hubiese sugerido la catedral como punto de encuentro. Ella había aceptado porque creía que a esa hora del día estaría llena de gente, que estaría segura. Pero estaba vacía, el clima había mantenido alejada a la gente.

Una puerta se abrió y se cerró, y un silbido de viento llegó a la nave central. Susan sabía que era él. El miedo la paralizó: no podía mirar a su alrededor. En su lugar, se quedó mirando fijamente la vela sobre el tabernáculo mientras se derretía.

Resonaban pasos lentos y constantes por el pasillo. El banco que estaba tras ella chirrió cuando él se arrodilló. Susan sintió una nube de aire frío a su alrededor y el olor distintivo del hombre mezclado con el incienso. Se levantó del reclinatorio y se sentó en el banco. Únicamente oía su respiración: jadeos cortos e intensos. Notaba su presencia sin que la hubiera tocado. Enseguida supo que aquello era un error: él no estaba allí para responder a sus preguntas, no iba a ofrecerle la verdad que tanto ansiaba.

—Tendrías que haberte centrado en tus propios asuntos —susurró con voz áspera.

No pudo contestar. Se le aceleró la respiración, el corazón le latía con fuerza contra las costillas y le resonaba en los tímpanos. Apretó los puños, con los nudillos blancos sobre la fina piel. Quería correr y huir lejos, muy lejos, pero ya no le quedaba energía y sabía que había llegado su hora.

Tenía los ojos anegados en lágrimas cuando la mano del hombre le rodeó

el cuello; los dedos envueltos en un guante trazaban una línea en su flácida carne. Ella levantó la mano para agarrar la suya, pero él la apartó con violencia. El hombre encontró el cable del iPod y ella sintió cómo lo retorció y lo enrollaba alrededor de su cuello. Percibió el olor de su loción para después del afeitado y, entonces, fue plenamente consciente de que iba a morir sin llegar a saber la verdad.

Se retorció en el duro banco de madera e intentaba alejarse, tirando de los dedos enguantados con agresividad, pero solo conseguía tensar más el cable contra su piel. Desesperada, intentaba coger aire, pero no podía. Un líquido caliente le quemaba entre las piernas: se había orinado encima. Él tensó más el cable. Debilitada, dejó caer los brazos. Él era demasiado fuerte.

Mientras su vida se desvanecía debido a la opresión, en cierto modo prefirió el dolor físico a los tormentosos años de sufrimiento mental. La oscuridad la envolvió y apagó la llama de la vela mientras él tensaba el cable una y otra vez. El cuerpo de Susan se debilitaba y todo el miedo desaparecía de su ser.

En aquellos últimos momentos de tormento, permitió a las sombras que la llevaran a un lugar de luz y comodidad, a una paz que nunca había disfrutado durante su vida. Pequeñas estrellas brillaron en sus ojos instantes antes de que la oscuridad cubriera de golpe su cuerpo moribundo.

* * *

Las campanas de la catedral repicaron doce veces. El hombre soltó el cable y dejó caer el cuerpo al suelo.

Otra ráfaga de aire frío entró por la nave central mientras él se iba rápidamente y en silencio.

2

—Trece —dijo la inspectora Lottie Parker.

—Doce —replicó el sargento Mark Boyd.

—No, hay trece. ¿Ves la botella de *vodka* detrás de la de Jack Daniel's? Está en el lugar equivocado.

Ella contaba cosas. Según Boyd, era un fetiche; según Lottie, aburrimiento. Pero ella sabía que era un regreso a su infancia. Incapaz de lidiar con un trauma en sus primeros años de vida, había recurrido a contar para distraerse de aquellas cosas y situaciones que no podía comprender. Sin embargo, ahora se había convertido en una mera costumbre.

—Necesitas gafas —dijo Boyd.

—Treinta y cuatro —rebatía Lottie—. Estante de abajo.

—Me rindo.

—Perdedor —respondió ella entre risas.

Estaban sentados en la barra del Danny's Bar entre la pequeña muchedumbre de la hora del almuerzo. Lottie tenía algo de frío a pesar del carbón que se quemaba en la amplia chimenea situada tras ellos, ya que la propia chimenea se llevaba la mayor parte del calor. El chef estaba en el asador, quitando la capa espesa que se había formado sobre la salsa en una bandeja junto al plato del día: carne asada con avellanas. Lottie había pedido un sándwich de pollo en pan de chapata, y Boyd le había copiado la idea. Una menuda chica italiana holgazaneaba de espaldas a ellos, mirando cómo se doraba el pan en una pequeña tostadora.

—Con lo que están tardando los sándwiches, todavía deben de estar

desplumando los pollos —se quejó Boyd.

—Me estás quitando las ganas de comer —dijo Lottie.

—Si es que hay algo que comer —contestó Boyd.

En el techo del bar titilaban unas olvidadas luces navideñas. Un póster, pegado con celo a la pared, anunciaba el grupo que tocaría ese fin de semana: *Aftermath*. Lottie había oído a su hija Chloe, de dieciséis años, hablar de ellos. En un espejo grande y recargado estaba escrita con tiza blanca la oferta especial de la pasada noche: *tres chupitos por diez euros*.

—Ahora mismo pagaría diez euros por uno solo —afirmó Lottie.

Antes de que Boyd pudiera responder, el teléfono de Lottie vibró sobre la barra. El nombre del comisario Corrigan apareció en la pantalla.

—Problemas —dijo Lottie.

La joven italiana se giró con los sándwiches de pollo en la mano.

Lottie y Boyd ya se habían ido.

* * *

—¿Quién querría ver muerta a esta mujer? —preguntó el comisario Myles Corrigan a los detectives fuera de la catedral.

«Obviamente alguien lo quería», pensó Lottie, aunque sabía de sobra que no debía hacer estas observaciones en voz alta. Estaba cansada, tremendamente cansada. Odiaba el frío; la volvía apática. Necesitaba unas vacaciones. Imposible, no tenía un duro. Pero odiaba la Navidad y todavía más la repercusión negativa que tenía.

Boyd y ella, todavía hambrientos, corrieron hacia la escena del crimen en la espléndida catedral de Ragnmullin, construida en los años treinta. El comisario les informó mientras subían los gélidos peldaños. Había recibido una llamada en comisaría: habían encontrado un cadáver en la catedral. El comisario se puso en marcha de inmediato y organizó los cordones policiales de la escena del crimen. Si se demostraba que había sido un asesinato, Lottie sabía que le resultaría difícil sacarlo del caso, ya que como inspectora detective de la ciudad de Ragnmullin, debería ser ella quien estuviera al cargo, no Corrigan. Pero, por ahora, necesitaba dejar la política a un lado y descubrir con qué tenían que lidiar.

Su comisario soltaba instrucciones. Se recogió la media melena en la capucha de su chaqueta y se la abrochó sin demasiado entusiasmo. Vio a Mark Boyd por encima del hombro de Corrigan, lo pilló sonriendo y lo ignoró. Ella esperaba que no fuese un asesinato. Probablemente era un vagabundo con hipotermia. Había hecho tanto frío últimamente que no había dudado ni un momento que algún desafortunado hubiera sucumbido ante los elementos de la naturaleza. Se había percatado de las cajas de cartón y de los sacos de dormir que había en los recovecos de la puerta de la tienda.

Corrigan terminó de hablar, lo que significaba que debían volver al trabajo.

Al comprobar la actividad de la Garda, la policía nacional de Irlanda, en la puerta principal, Lottie se dirigió al cordón secundario que estaba instalado en la nave central. Se agachó, pasó por debajo y se acercó al cuerpo. Un olor gaseoso salía de aquella mujer, ataviada con un abrigo de lana y situada entre el reclinatorio de la primera fila y el banco. Advirtió un cable de auricular alrededor del cuello y un pequeño charco de líquido en el suelo.

Lottie sintió la necesidad de cubrir el cuerpo con una manta. «¡Por el amor de Dios! Es una mujer, no un objeto», le habría gustado gritar. ¿Quién era ella? ¿Por qué estaba aquí? ¿Quién la echaría de menos? Resistió el impulso de inclinarse y cerrar sus penetrantes ojos. No era su trabajo.

En la fría catedral, ahora alumbrada por luces brillantes, ignoró a Corrigan e hizo las llamadas necesarias para que los expertos llegaran de inmediato. Aseguró el recinto interior para los oficiales del equipo de investigación forense.

—La patóloga forense está en camino —informó Corrigan—. Debería tardar unos treinta minutos o así, depende del tráfico. Veremos qué dice.

Lottie le echó un vistazo. Corrigan se estaba relamiendo con la idea de que fuera un asesinato. Se lo imaginaba sacándose un discurso de la manga para la inevitable conferencia de prensa. Pero esta era su investigación, él ni siquiera debería ser parte de su escena del crimen.

Detrás del comulgatorio, la garda Gillian O'Donoghue estaba de pie al lado de un cura, que rodeaba con el brazo los hombros de una mujer visiblemente temblorosa. Lottie se dirigió a las puertas de latón y se acercó a ellos.

—Buenas tardes, soy la inspectora Lottie Parker. Necesito hacerles unas

preguntas.

La mujer gimoteó.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó el cura.

Lottie pensó que el cura parecía un poco más joven que ella. Lottie iba a cumplir cuarenta y cuatro en junio y diría que el cura estaría en los treinta y muchos. Tenía todo el aspecto de un cura: llevaba pantalones negros y un jersey de lana sobre una camisa con el rígido y blanco alzacuello.

—No tardaré mucho —aseguró ella—. Este es el momento idóneo para hacer preguntas, porque las cosas todavía están frescas en sus cabezas.

—Lo comprendo —contestó el cura—. Pero seguimos conmocionados, así que no estoy seguro de que le sirvamos de ayuda.

Se levantó y le tendió la mano.

—Soy el padre Joe Burke. Y ella es la señora Gavin, la encargada de limpiar la catedral.

A Lottie le sorprendió la firmeza de su apretón y sintió el calor de su mano. Era alto, dato que añadió a su valoración inicial. Sus ojos, de un azul oscuro, brillaban con el reflejo de las velas.

—La señora Gavin encontró el cuerpo —explicó.

Lottie sacó rápidamente la libreta de su chaqueta. Normalmente usaba su teléfono, pero no le parecía apropiado utilizarlo en este santo lugar. La limpiadora levantó la mirada y empezó a llorar.

—*Shhh, shhh*. —El padre Burke la consolaba como si fuera una niña. Se sentó y comenzó a acariciarle el hombro—. Esta simpática detective solo quiere que le explique qué sucedió.

«¿Simpática?», pensó Lottie. Es una palabra que nunca usaría para describirse a sí misma. Se sentó en el banco de delante de ellos y se giró tanto como su acolchada chaqueta le permitía. Se le clavaban los vaqueros en la cintura. «Dios», pensó, «tengo que dejar la comida basura».

Cuando la limpiadora levantó la vista, Lottie supuso que tendría unos sesenta años. Estaba pálida por la conmoción, lo que realzaba cada línea y cicatriz.

—Señora Gavin, ¿puede contarme todo desde el momento en que ha entrado en la catedral hoy, por favor?

«La pregunta es bastante simple», pensó Lottie. Pero no para la señora

Gavin, quien se echó a llorar al oírla.

Lottie se percató de la mirada de compasión del padre Burke, que parecía decir: «Te compadezco por tratar de sacar algo hoy de la señora Gavin». Pero para sorpresa de ambos, la mujer desconsolada comenzó a hablar con voz baja y temblorosa.

—Llegué a mi turno a las doce para limpiar después de la misa de las diez. Normalmente empiezo por el lateral —dijo señalando a su derecha—, pero me pareció ver un abrigo en el suelo justo enfrente de la nave central, así que decidí empezar por ahí. Fue entonces cuando vi que no era solo un abrigo. Oh, Santa Madre de Dios...

Se santiguó tres veces e intentó secarse las lágrimas con un pañuelo arrugado. Lottie pensó que, por ahora, la Santa Madre de Dios no sería de gran ayuda.

—¿Tocó el cuerpo?

—¡Dios, no! —contestó la señora Gavin—. Tenía los ojos abiertos y esa... esa cosa alrededor del cuello. Ya había visto cadáveres antes, pero nunca uno así. Por Dios, disculpe padre, sabía que era una persona muerta.

—¿Qué hizo entonces?

—Grité, solté la fregona y el cubo y fui corriendo a la sacristía. Me choqué de frente con el padre Burke.

—Escuché el grito y salí deprisa a ver qué ocurría —añadió el padre Burke.

—¿Alguno de ustedes vio a alguien por aquí?

—Ni un alma —dijo Burke.

Seguían cayendo lágrimas por las mejillas de la señora Gavin.

—Veo que está muy afectada —comentó Lottie—. La garda O'Donoghue tomará nota de su declaración y la dejará volver a casa. Nos pondremos en contacto con usted más adelante. Intente descansar.

—Yo me ocuparé de ella, inspectora —prometió Burke.

—Ahora tengo que hablar con usted.

—Vivo en la casa de detrás de la catedral, puede venir allí cuando quiera.

La limpiadora apoyó la cabeza en el hombro del padre Burke.

—Debo ir con la señora Gavin —añadió.

—Bien —cedió Lottie al ver cómo la desconsolada mujer envejecía por

segundos. Me pondré en contacto con usted más tarde.

El padre Burke asintió y, después de coger a la señora Gavin del brazo, la llevó por el suelo de mármol hasta una puerta que había tras el altar. O'Donoghue los siguió afuera.

Una ráfaga de aire frío entró en la catedral cuando llegaron los oficiales del equipo de investigación forense. El comisario Corrigan corrió a saludarlos. Jim McGlynn, el jefe de los oficiales, le dio un apretón de manos preliminar, pasó de temas triviales y de inmediato empezó a dirigir a su equipo.

Lottie los observó trabajar durante unos minutos; luego, se paseó por los bancos de la iglesia, tan cerca del cadáver como le permitiese McGlynn.

—Parece una mujer de mediana edad. Estaba bien tapada por el clima — comentó Lottie a Boyd, quien estaba parado junto a su hombro como un loro insistente. Se dirigió de nuevo hacia el comulgatorio, en parte para tener mejor perspectiva de la escena, pero sobre todo para poner distancia entre Boyd y ella.

—Entonces, no fue hipotermia —dijo él, exponiendo lo obvio a nadie en particular.

Lottie tembló cuando la serenidad de la catedral quedó diezmada por la intensa actividad. Siguió observando el trabajo del equipo técnico.

—Esta catedral es nuestra peor pesadilla —dijo Jim McGlynn—. Solo Dios sabe cuántas personas pasan por aquí a diario y dejan atrás una parte de ellas.

—El asesino eligió bien su lugar —comentó el comisario Corrigan.

Nadie respondió.

El sonido de unos tacones altos por el pasillo central hizo que Lottie levantara la vista. La pequeña mujer que había llegado llevaba una cazadora abultada. Hacía sonar las llaves del coche en la mano y, luego, como si acabase de darse cuenta de dónde estaba, las metió en su bolso de cuero negro. Le dio la mano al comisario mientras se presentaba.

—Soy la patóloga forense, Jane Dore. —Su tono de voz era mordaz y profesional.

—¿Ya conoce a la inspectora Lottie Parker? —preguntó Corrigan.

—Sí. Iré lo más rápido posible. —La patóloga se dirigió a Lottie—:

Estoy ansiosa por que se ponga en marcha la autopsia. Cuanto antes pueda concluir una cosa u otra, antes podrá intervenir usted.

Lottie estaba impresionada con cómo la mujer trataba a Corrigan, poniéndolo en su lugar antes de que él pudiera iniciar su sermón. Jane Dore no medía más de metro sesenta y parecía diminuta al lado de Lottie, quien llegaba al metro setenta y cinco sin tacones. Aquel día, Lottie calzaba un par de cómodas botas UGG con los vaqueros metidos por dentro.

Después de ponerse los guantes y un mono de teflón y cubrirse los pies, la patóloga procedió a realizar un examen preliminar del cuerpo. Colocó los dedos en el cuello de la mujer, inspeccionó el cable incrustado en su garganta, le levantó la cabeza y examinó en profundidad sus ojos, boca y cabeza. El investigador forense puso el cuerpo de lado y un hedor se expandió por el aire. Lottie se percató de que el charco congelado del suelo era de orina y excrementos. La víctima se había orinado en los últimos segundos de su vida.

—¿Alguna idea sobre la hora de la muerte? —cuestionó Lottie.

—Según mi observación inicial, no lleva más de dos horas muerta. Cuando finalice la autopsia, lo confirmaré. —Jane Dore se sacó los guantes de látex—. Jim, cuando termines, el cuerpo ya puede trasladarse al depósito de cadáveres de Tullamore.

No era la primera vez que Lottie deseaba que los Servicios de Salud no se hubieran trasladado al hospital de Tullamore, a media hora de distancia de allí. Otro clavo en el ataúd de Ragmullin.

—En cuanto tenga la causa de la muerte, infórmeme inmediatamente —demandó Corrigan.

Lottie intentó no poner los ojos en blanco. Era obvio que la víctima había sido estrangulada. La patóloga tan solo tenía que oficializar la muerte como asesinato. Era imposible que esta mujer se hubiera estrangulado por accidente o algo por el estilo.

Jane Dore metió su traje de teflón en una bolsa de papel y, de la misma manera que llegó, se fue, con el eco de sus tacones altos reverberando a su paso.

—Vuelvo a la oficina —dijo Corrigan—. Inspectora Parker, ponga en marcha de inmediato a su equipo de investigación. —Y se fue por el mismo suelo de mármol por el que se acababa de ir la patóloga.

El equipo de investigación forense estuvo una hora más alrededor de la

víctima antes de expandir su área de actuación. Metieron el cuerpo en una bolsa para cadáveres y lo subieron a una camilla, con tanta dignidad como una bolsa grande de goma permitía. Cuando salieron, la puerta de madera chirrió. La ambulancia hizo sonar las sirenas, algo totalmente innecesario, porque la paciente estaba muerta y no tenía prisa por llegar a ningún lado.

3

Lottie se abrochó la chaqueta hasta las orejas y se puso la capucha. Se quedó en las escaleras de la catedral, cubiertas de nieve, dejando atrás el murmullo de la actividad. Buscarían en cada rincón e inspeccionarían cada centímetro.

Respiró el frío aire y miró al cielo. Los primeros copos de nieve cayeron en su nariz y se derritieron. El extenso pueblo interior de Ragnmullin permanecía tranquilo tras las puertas de hierro forjado, envueltas ahora con las cintas azules y blancas de la escena del crimen. Al igual que Lottie, el que antaño había sido un pueblo próspero luchaba a diario para despertar: sus habitantes salían del paso durante el día hasta que caía la noche y, luego, cerraban las ventanas y descansaban hasta que llegaba el siguiente y tedioso día. A Lottie le gustaba el anonimato que ofrecía, pero a la vez era consciente, como muchos otros, de que el pueblo tenía secretos bien enterrados.

La vida en Ragnmullin parecía haber muerto con la economía. Los jóvenes estaban emigrando a las costas de Australia y Canadá para unirse a aquellos afortunados que ya habían escapado. Los padres se quejaban de que no tenían dinero para los productos básicos, por no mencionar un iPhone para Navidad. «Bueno», pensaba Lottie, «al menos la Navidad ya ha pasado este año, qué alivio».

El zumbido del tráfico de la autopista parecía mover el suelo, aunque estaba a dos kilómetros de distancia, lo que privaba a los minoristas de acceso a una ruta comercial. Lottie contemplaba los árboles que se doblaban bajo el peso de las ramas llenas de nieve y analizaba el suelo que tenía enfrente, aunque sabía de antemano que no iba a encontrar ninguna prueba. La tierra estaba congelada y la suave nieve se endurecía tan pronto como caía.

Las huellas de los asistentes de la misa estaban cubiertas por otra capa de nieve y hielo. La garda rastreaba el suelo con pinzas en busca de pistas. Lottie les deseó suerte.

—Catorce —dijo Boyd.

El humo de su cigarro recién encendido envolvió a Lottie en una nube cuando él invadió su espacio. Otra vez. Se apartó. Él se movió hacia el hueco que ella había dejado libre, la manga de su camisa siempre estaba en contacto con la de ella. Boyd era alto y delgado. «Un hombre que parecía siempre hambriento», dijo su madre una vez con el ceño fruncido. Sus ojos marrones con manchas color avellana iluminaban una cara interesante, de piel tersa y clara, con unas orejas que sobresalían un poco. Además, su pelo corto se estaba volviendo canoso con rapidez. Tenía cuarenta y cinco años, y vestía una impecable camisa blanca y un traje gris debajo de su gruesa chaqueta con capucha.

—¿Catorce qué? —preguntó ella.

—Estaciones del Vía Crucis —respondió Boyd—. Pensé que seguramente las contarías, así que me adelanté.

—Búscate una vida —replicó Lottie.

Entre ellos hubo algo y ella se avergonzaba de aquel recuerdo etílico, destilado por el paso del tiempo pero todavía presente en la periferia de su consciencia. También pasaron otras cosas entre ellos: Lottie consiguió el trabajo de inspectora al que Boyd aspiraba. Eso no le molestaba la mayor parte del tiempo, pero ella sabía que él disfrutaría de la oportunidad de dirigir la investigación. Y una mierda, Boyd. Ella estaba encantada con la promoción porque significaba que no tenía que viajar sesenta kilómetros cada día hasta Athlone. Los años que estuvo viviendo allí habían sido un fastidio, aunque no estaba segura de si volver a trabajar con Boyd en Ragmullin iba a ser un fastidio todavía peor. Pero, por otro lado, ya no dependía de su entrometida madre para que cuidara de los niños.

Boyd empezó a hacer anillos de humo de manera infantil y ella apartó la mirada de la sonrisa que se formaba bajo su pronunciada nariz.

—Empezaste tú —dijo él.

Tras dar una última calada al cigarro, bajó las escaleras y se dirigió a la comisaría de la Garda, al otro lado de la carretera.

Lottie sonrió a pesar de todo y, caminando con cuidado para no caer de

culo delante de la mitad de los agentes de la Garda, fue en pos del larguirucho Boyd.

* * *

Había unas cuantas personas haciendo cola en la zona de recepción. Mientras el sargento de guardia intentaba poner orden, Lottie pasó deprisa y subió rápido las escaleras hacia la oficina.

Los teléfonos sonaban con fuerza. ¿Quién dijo que las buenas noticias viajan rápido? ¿Y qué hay de las malas? Esas viajan a la velocidad de la luz.

Echó una ojeada a la oficina, que olía a rancio. Su escritorio era un desastre; el de Boyd estaba tan limpio como la cocina de un chef de la tele: ni una miga de pan, ni un papel ni un bolígrafo fuera de su sitio. Claras señales de TOC.

—Maniático —murmuró Lottie por lo bajo.

Debido a las últimas reformas, compartía oficina con otros tres detectives: Mark Boyd, Maria Lynch y Larry Kirby. Compartían teléfono fijo, móviles, fotocopidora y radiadores de aceite, y el espectáculo que ofrecían cuando alguien tenía que ir al baño sumía a la oficina ligeramente en el caos. Echaba de menos tener su propio espacio, donde el silencio le permitiera pensar. Cuanto antes acabase el trabajo en la comisaría, mejor.

«Al menos hay ambiente», pensó Lottie mientras se sentaba en su escritorio. Era como si lo ocurrido en la catedral hubiese eliminado capas de cansancio y aburrimiento, haciendo que todos estuvieran listos para la acción. Bien.

—Averigua quién es —ordenó a Boyd.

—¿La difunta?

—No, el papa. Pues claro, la víctima. —Lottie detestaba que hablase como los de CSI.

Boyd sonrió para sí. Ella sabía que él llevaba ventaja.

—Supongo que ya sabes quién es. —Lottie movía documentos de un lado del escritorio a otro, buscando su teclado.

—Susan Sullivan, cincuenta y un años, soltera. Vive sola en Parkgreen. Está a unos diez minutos en coche de aquí, dependiendo del tráfico, y a una

media hora a pie. Trabajó los últimos dos años en el ayuntamiento, en el departamento de planificación. Era la directora ejecutiva superior, sea lo que sea que signifique eso. Se mudó aquí desde Dublín.

—¿Cómo lo has averiguado tan rápido?

—McGlynn vio su nombre escrito en una etiqueta en el reverso de su iPod.

—¿Y?

—La busqué en Google. Encontré información en la página del ayuntamiento y comprobé el registro de electores para ver su dirección.

—¿Llevaba teléfono móvil?

Lottie seguía buscando en su escritorio. Le vendría bien tener un mapa y un compás para encontrar cosas.

—No —contestó Boyd.

—Envía a Kirby y Lynch a registrar su casa. Una de nuestras máximas prioridades es encontrar su teléfono y a alguien que pueda corroborar sus movimientos de hoy.

Lottie encontró su teclado inalámbrico sobre la papelerera que había a sus pies.

—De acuerdo —dijo Boyd.

—¿Algún familiar cercano?

—No estaba casada. Tendré que investigar más a fondo para averiguar si sus padres todavía viven o tiene más familia.

Lottie encendió el ordenador y, aunque estaba entusiasmada, maldecía en silencio toda la actividad que implicaría la investigación. Tenían suficiente trabajo para mantenerse ocupados: antecedentes judiciales prolongados, peleas callejeras y la víspera de Año Nuevo, que era al día siguiente y siempre conlleva problemas nocturnos.

Pensó en su familia: sus tres hijos adolescentes, solos en casa, otra vez. Tal vez debería llamarlos para asegurarse de que estaban bien. Joder, tenía que hacer la compra y se lo había anotado en su aplicación del móvil. Se moría de hambre. Rebuscó en su cajón a rebosar, encontró un paquete de galletas caducado y le ofreció a Boyd, quien declinó la oferta. Se comió una y empezó a redactar su entrevista inicial con la señora Gavin y el padre Burke.

—¿Tienes que comer con la boca abierta? —inquirió el hombre.

—Boyd —dijo Lottie.

—¿Qué?

—¡Cállate!

Se metió otra galleta en la boca y masticó haciendo ruido.

—¡Por el amor de Dios! —se quejó Boyd.

—¡Inspectora Parker, a mi despacho!

Lottie se sobresaltó al escuchar la voz estruendosa del comisario Corrigan. Incluso Boyd se sorprendió por el golpe de la puerta, que hizo vibrar la tapa de la fotocopidora.

—¿Qué demonios...?

Se alisó la blusa, se bajó la manga sobre su camiseta térmica y se sacudió las migas de galleta de los vaqueros. Se colocó un mechón suelto de pelo detrás de la oreja y siguió a su jefe a través de un camino de obstáculos con escaleras y latas de pintura. La salud y la seguridad no estaban a la orden del día, pero no había muchas quejas. Cualquier cosa era mejor que las antiguas oficinas.

Cerró la puerta tras ella. La oficina de Corrigan fue la primera que renovaron; los muebles olían a nuevo y la habitación, a pintura fresca.

—Siéntese —le ordenó.

Lottie obedeció

Miró a Corrigan, con sus cincuenta y pico años, sentado detrás de su escritorio, rascándose la roja nariz. Tenía la panza apretada contra el borde de la mesa. Ella recordaba una época en la que él estaba delgado y en forma, cuando bombardeaba a la gente con ideas de vida sana. Pero aquello fue antes de que se viese superado por la vida real. Corrigan se inclinó para firmar un formulario y ella vio su reflejo en su calva.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —ladró, levantando la mirada.

«Tú sabrás, eres el jefe», pensó Lottie, planteándose si aquel hombre sabía hablar en un tono normal. Tal vez ese volumen venía con el trabajo.

—No sé a qué se refiere, señor.

Deseó llevar todavía la chaqueta para meter la barbilla en el relleno.

—No sé a qué se refiere, señor —la imitó Corrigan—. Usted y el maldito Boyd. ¿No pueden comportarse civilizadamente el uno con el otro ni cinco minutos? Este caso pronto será oficialmente una investigación de asesinato y

os peleáis como unos putos niños de parvulario.

Pues todavía no sabía lo mejor». Lottie se preguntaba cómo reaccionaría Corrigan si supiese la verdad.

—Creía que estábamos siendo muy civilizados el uno con el otro.

—Déjese de palabrería y póngase a trabajar. ¿Qué tenemos por ahora?

—Hemos establecido el nombre de la víctima, su dirección y lugar de trabajo. Estamos tratando de averiguar si tiene algún familiar cercano — explicó Lottie.

—¿Y?

—Trabaja en el ayuntamiento. Los detectives Kirby y Lynch están acordonando su casa hasta que lleguen los oficiales del equipo de investigación forense.

La miró detenidamente.

Lottie suspiró:

—Eso es todo, señor. Cuando organice la sala de incidentes, me dirigiré a las oficinas del ayuntamiento para intentar describir un cuadro de la víctima.

—No quiero unos putos cuadros —bramó—. Quiero resolver esto. Rápido. Tengo que hacer una entrevista en una hora con el maldito Cathal Moroney, de la RTÉ, ¡y usted quiere describir un puto cuadro!

Lottie respondió con impasibilidad a la mirada de furia de Corrigan. Le devolvió una expresión que escondía sus verdaderos sentimientos, algo que había ido perfeccionando durante veinticuatro años.

—Establezca una sala de incidentes, organice un equipo, encárguele a alguien el papeleo y envíeme los detalles por correo. Convoque una reunión de equipo para mañana por la mañana y asistiré.

—¿A las 6 de la mañana?

Corrigan asintió.

—Y cuando sepa algo, hágamelo saber primero. Vamos, inspectora, al lío.

Y eso hizo. Una hora más tarde, Lottie estaba satisfecha de que todos supieran lo que debían hacer. Los soldados de a pie comenzaron con las entrevistas de puerta en puerta. Iban progresando. Era el momento de averiguar más cosas sobre Susan Sullivan.

Salió a la fría nieve.

4

Las oficinas del ayuntamiento se habían trasladado a un nuevo edificio moderno en el centro de Ragnullin, a unos cinco minutos a pie de la comisaría. Sin embargo, a Lottie le llevó diez minutos porque los caminos estaban congelados.

Se quedó mirando el gran edificio de cristal. Era como un acuario enorme con un banco de peces dentro. Mientras echaba un vistazo a las tres plantas, vio gente sentada en sus escritorios y otros yendo arriba y abajo por los pasillos, todos flotando en aquella bola de cristal. Supuso que aquello era lo que el gobierno llamaba «transparencia en el sector público». Atravesó las puertas abatibles y entró en el relativamente cálido interior.

La recepcionista estaba hablando por teléfono. Lottie no sabía a quién preguntar o si estaban al tanto de que Susan Sullivan ya no se encontraba entre los vivos.

La joven chica morena acabó la conversación y sonrió.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría hablar con el supervisor de la señora Susan Sullivan, por favor. —Lottie le devolvió una sonrisa nada sincera.

—El supervisor es el señor James Brown. ¿Puedo preguntar quién lo busca?

—Soy la inspectora Lottie Parker —dijo al tiempo que mostraba su identificación.

Evidentemente, era un día muy tranquilo en el ayuntamiento. Nadie parecía saber lo que le había sucedido a Sullivan.

La chica hizo una llamada y señaló el ascensor.

—Tercera planta. El señor Brown la espera en la puerta.

* * *

James Brown no se parecía en nada al rey del *soul* con quien compartía nombre. Para empezar, el cantante había muerto en 2006 y, además, era negro. Este James Brown, en cambio, estaba muy vivo, era pálido y tenía el pelo rojo engominado hacia atrás; el cabello combinaba con su roja corbata. Llevaba un traje de raya diplomática immaculado y era bajito; Lottie estimó que mediría alrededor de metro sesenta.

Se presentó y le tendió la mano.

Brown le devolvió un fuerte apretón, la llevó hasta su despacho y le ofreció una silla situada tras una mesa circular. Se sentaron.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspectora? —preguntó.

Quizá aquella era su manera de decir: «¿Por qué demonios tiene que interrumpir mi apretada agenda?». Una sonrisa forzada cubría su tensa cara.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre Susan Sullivan.

Como respuesta, arqueó una ceja y se le sonrojaron las mejillas bajo los ojos.

—¿Ha venido hoy a trabajar? —interrogó Lottie.

Brown consultó un iPad que había sobre el escritorio.

—¿De qué va esto, inspectora? —preguntó mientras entraba en una aplicación.

Lottie no dijo nada.

—Está de vacaciones desde el 23 de diciembre y no se incorporará hasta el 3 de enero —la informó—. ¿Por qué lo pregunta? —La voz de Brown parecía teñida de pánico.

Lottie volvió a ignorar su pregunta.

—¿En qué consiste su trabajo? —sondeó la inspectora.

La interminable respuesta revelaba que la difunta se encargaba de las solicitudes de construcción y las recomendaba para su aprobación o rechazo.

—Los archivos controvertidos van al administrador —explicó el hombre.

Lottie consultó sus notas.

—¿Y ese es Gerry Dunne?

—Sí.

—¿Sabe si tiene familia o amigos?

—Que yo sepa, no tiene familia, y a juzgar por lo que veo, su mejor amiga es ella misma. Es muy retraída, no se relaciona con los compañeros, come sola en la cafetería y no socializa. Ni siquiera vino a la fiesta de Navidad de la empresa. Es una mujer extraña, si me permite decirlo. Ella sería la primera en admitirlo. No obstante, es una trabajadora excelente.

Lottie se percató de que Brown se refería a ella en presente, así que era momento de dar la mala noticia.

—Susan Sullivan ha sido encontrada muerta hoy —dijo, preguntándose qué efecto tendrían en él sus siguientes palabras, si es que tenían alguno—. En circunstancias sospechosas.

Hasta que la patóloga no lo confirmase, no podía anunciar públicamente el asesinato. Brown palideció.

—¿Muerta? ¿Susan? Dios mío, es terrible. Terrible. —De su frente caían gotas de sudor. Su voz subió una octava y le temblaba el cuerpo. Lottie esperaba que no se desmayase, pues no quería tener que levantarlo del suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha muerto?

—Me temo que no puedo darle más información. Pero ¿se le ocurre algún motivo por el que alguien quisiera hacer daño a la señora Sullivan?

—¿Qué? ¡No! Claro que no. —Se retorcía las manos como si fueran pelotas antiestrés.

—¿Podría hablar con alguien que conociera a Susan? ¿Alguien que pueda darme información sobre su vida?

«Más de la que usted me ha dado», le habría gustado añadir. Por alguna razón, Lottie tenía la sensación de que aquel hombre no estaba siendo totalmente honesto con ella.

—Esto es horrible. No puedo pensar con claridad. Susan es... era una persona muy suya. Tal vez debería hablar con su asistente personal, Bea Walsh.

—Tal vez debería —repitió Lottie.

Las mejillas de Brown volvían a tener algo de color, había bajado la voz y ya no temblaba. Empezó a limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo

blanco.

—Hablaré con ella ahora —confirmó Lottie—, si puede organizarlo. El tiempo es importante, estoy segura de que usted lo comprende.

Brown se puso en pie.

—Ahora mismo.

—Gracias. Tendré que hablar con usted otra vez. Pero, mientras tanto, esta es mi tarjeta con mis datos de contacto, por si se le ocurre algo que yo necesite saber.

—Por supuesto, inspectora.

—Si me puede indicar, por favor —le pidió, esperando a que la llevara con la asistente.

Brown cruzó el pasillo y entró en otro despacho que era exactamente igual que el suyo.

—Voy a buscar a Bea. Por cierto, este es el despacho de Susan.

Cuando se hubo ido, Lottie se sentó en el escritorio y echó un vistazo al despacho. Era como el de Boyd: impoluto. Ni un solo papel o clip fuera de su sitio; tan solo había un teléfono y un ordenador sobre el escritorio. Un calendario mostraba el 23 de diciembre con la frase *Los actos de esta vida son el destino de la siguiente*. Se preguntaba si Susan estaría cosechando su destino basándose en lo que había o no había hecho en su vida.

Una mujer que parecía un pajarillo y con apariencia de haber llorado entró y se alisó el vestido azul marino con las manos temblorosas. Lottie le pidió que se sentase.

—Soy Bea Walsh, la asistente personal de la señora Sullivan. No puedo creer que esté muerta. El señor Brown me lo ha contado. La señora Sullivan tenía mucho trabajo que hacer. Hoy mismo he estado ordenando su despacho y organizando sus archivos para su vuelta. Es horrible.

Empezó a llorar.

Lottie supuso que la mujer estaba a punto de jubilarse, con sesenta y tantos años. Era una mujer delicada.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacer daño a la señora Sullivan?

—No tengo ni idea.

—Necesito su ayuda y la de cualquier persona que usted me pueda

indicar. Quiero crear el perfil de la señora Sullivan y de su vida, especialmente en los últimos años. La gente con la que quedaba, los lugares que frecuentaba, sus aficiones, sus amantes, cualquier enemigo o gente a la que había molestado.

Lottie hizo una pausa, Bea la miraba con expectación.

—¿Puede ayudarme? —inquirió Lottie.

—Haré todo lo que pueda, inspectora, pero me temo que tengo muy poca información. Susan era un libro cerrado. Mucho de lo que sé es de oídas.

Lottie tomó algunas notas, aunque no había mucho que apuntar. Tenía mucho trabajo por delante si quería establecer quién era Susan Sullivan y, lo más importante, por qué la habían asesinado y quién lo había hecho.

* * *

James Brown se frotó las cejas y se limpió el sudor de las arrugas de la frente. No podía creer que Susan estuviese muerta. Leyendo entre líneas las palabras de la inspectora, entendió que había sido asesinada.

—Dios mío —dijo Brown.

Siempre había asumido que Susan estaría toda la vida a su lado, lista para recoger los trozos cada vez que él se desmoronaba por el peso del pasado que compartían.

—Susan —murmuró a las paredes.

Sus ojos no enfocaban bien el insípido tono blanco de las paredes, así que los cerró. ¿Acaso la prematura muerte de Susan se debía a que habían empezado a desenterrar secretos?

Brown intentó aclarar sus ideas. Tenía que protegerse, poner en marcha el plan que había confeccionado por si sucedía algo como esto. Él se había preparado para algo así, pero no creía que Susan hubiera hecho lo mismo.

Brown era lo bastante astuto como para saber que él y Susan habían tratado con gente manipuladora y peligrosa, así que lo había documentado todo desde el principio. Abrió un cajón y sacó una carpeta delgada. La metió en un sobre y escribió una nota en él. Entonces, lo metió todo en un sobre más grande, escribió una dirección y lo selló. Después, lo depositó en la cesta del correo. Gracias a las instrucciones de la nota el destinatario sabría si no era

necesario abrirlo y devolverlo. Si era necesario... bueno, entonces significaría que no sabría mucho del tema, ¿no? Contuvo el pánico a raya y sacó el móvil.

No había nada más que pudiera hacer salvo realizar una llamada.

Con los dedos temblorosos, alzó el teléfono y marcó un número. Empezó a hablar con voz fuerte y contundente, en contraste con su atormentado corazón a punto de explotarle en el pecho. Incluso mientras hablaba, los recuerdos se negaban a marcharse.

—Tenemos que vernos —dijo.

* * *

1971

Los monaguillos se estaban cambiando de ropa cuando el hombre alto con el pelo negro y fino y con cara de enfado entró a la habitación. El chico más pequeño tenía la piel más pálida y el pelo más claro. Un galgo a dos patas. Levantó la mirada con los ojos como platos, como diciendo: «Por favor, no me mires a mí», y se puso el desgastado jersey sobre su arrugada camisa gris, que en su día había sido blanca, abrochada hasta el cuello.

Una mano huesuda con las venas marcadas lo señaló.

—Tú.

El chico sintió un escalofrío en su cuerpo de ocho años. Le temblaba el labio inferior.

—Tú, ven a la sacristía. Tengo trabajo para ti.

—Pero... tengo que volver a casa —tartamudeó—. Mi hermana me estará buscando.

El chico abrió los ojos de par en par y lágrimas saladas se arremolinaron en sus rubias pestañas. El miedo crecía en su corazón y el hombre parecía cada vez más grande. A través de una neblina de lágrimas vio un dedo largo que hacía un gesto para que se acercase. Él permaneció tieso, con un zapato puesto y el otro debajo del banco tras él. Sus calcetines beige se doblaban a la altura de los tobillos; el elástico, desgastado por la

cantidad de lavados, sobresalía como pequeñas ramas blancas en la arena. El hombre se movió y, con una sola zancada, su sombra cayó sobre el niño, dejando su cuerpo en la penumbra.

Una mano lo agarró del brazo y lo arrastró por una puerta de madera. Suplicaba ayuda con los ojos en silencio a los otros niños, pero ellos siguieron recogiendo su ropa con los brazos temblorosos y huyeron.

* * *

Ángeles dorados adornaban las esquinas del techo, como si hubieran volado hasta allí arriba, se hubieran quedado atrapados y no pudieran volver a bajar. Se intercalaban gárgolas blancas de alabastro con los angelicales querubines, con las caras cansadas y consumidas. El chico intentaba esconderse detrás de una mesa alta de caoba situada en medio de la habitación. La oscura madera parecía rezumar una profunda y penetrante sensación de opresión.

—Pero ¿qué tenemos aquí, un gatito asustado? ¿Acaso eres una niña, llorica inútil? —gritaba el hombre de labios pálidos.

El chico sabía que nadie lo escucharía o iría corriendo en su ayuda. Ya había estado allí antes.

Un estante de sotanas negras se balanceó cuando el hombre pasó por su lado para sentarse en una silla que había en la esquina. El niño temblaba violentamente mientras el hombre lo examinaba con atención, como un granjero en el mercado dando un premio al mejor toro.

—Ven aquí.

El chico no se movió.

—He dicho que vengas aquí.

No tenía otra opción. Se acercó, con los pies como los de un equilibrista, cojeando ligeramente con su único zapato.

El niño gritó cuando lo colocaron entre dos rodillas descubiertas, y unas manos lo sujetaron con fuerza.

—¡Cállate! Vas a ser un buen chico descalzo y vas a hacer lo que yo quiera.

—P... p... por favor, no me haga daño —suplicó el niño mientras le

caían las lágrimas por las mejillas. No podía ver nada, estaba prácticamente en penumbra.

Le empujaron la cabeza hacia un enorme vacío y el niño empezó a tener arcadas.

El terror luchaba con su desayuno de huevos pasados por agua en lo más profundo de su estómago. Subió como un maremoto y acabó en un vómito de flema amarillo.

El hombre saltó mientras todavía lo tenía agarrado por el pelo y lo golpeó en la caja torácica, impulsándolo hacia la oscuridad. El niño se deslizó por la pared; no era más que un trozo de carne blando, desorientado y aterrorizado.

No podía escuchar los nombres por los que el hombre lo llamaba, porque los golpes llegaban rápido y con fiereza contra el lateral de su cabeza, haciéndole daño en las orejas.

Él lloraba cada vez con más fuerza, y sus sollozos eran estruendosos.

Entonces, se orinó encima.

Los ángeles se hundieron todavía más en los recovecos del techo de alabastro, como si ellos también estuvieran aterrorizados.

5

El *pub* de Cafferty en la calle Gaol estaba a doscientos metros de las oficinas del ayuntamiento. Lottie bebía una sopa espesa con trozos de pollo y patata para entrar en calor. Boyd estaba a medio camino de devorar el sándwich especial de la casa que podía alimentar a dos personas normales. Pero él no era normal. Podía comer cualquier cosa sin engordar ni un gramo. «Delgado de los cojones», pensó Lottie.

Era última hora de la tarde y algunos parroquianos que habían desafiado al clima estaban sentados en el bar tomando unas pintas de Guinness y marcando caballos de carreras en periódicos arrugados. Un televisor de pantalla ancha colgada en la pared y silenciada retransmitía las carreras de Inglaterra, donde no nevaba.

—Bea Walsh dice que puede que Susan fuese lesbiana —dijo Lottie.

—¿Alguna vez lo has intentado con una mujer? —preguntó Boyd, sin percatarse del trozo de ensalada que se le había quedado pegado en el labio superior, formando un bigote provisional.

—Ojalá. Así no tendría el horrible recuerdo de haberme acostado contigo hace seis meses.

—Ja, ja, muy graciosa —contestó él, aunque no se reía.

Lottie intentaba quitarse de la cabeza la imagen de aquel encuentro amoroso causado por el alcohol. Detestaba admitirlo, pero disfrutó del calor de su cuerpo sobre el suyo aquella noche, o al menos lo que podía recordar. Desde entonces, nunca habían vuelto a hablar del tema.

—Ahora en serio. Adam no habría querido que estuvieras sola —comentó

Boyd.

—Tú no tienes ni idea de lo que Adam habría querido, así que cállate. — Lottie era consciente de que había levantado la voz y se maldecía a sí misma por dejar que Boyd la molestara.

Él se calló y siguió comiendo su sándwich, murmurando entre dientes «bruja» de broma.

—Lo he oído —repuso ella.

—Era para que lo oyeras.

—Da igual. Bea dijo que seguramente era un chisme de la cafetería, solo porque Susan era bastante solitaria. A la gente le encanta inventarse historias sobre los más callados.

—¿Qué significa eso? ¿Como una católica no-practicante? ¿He pasado por eso, he hecho eso otro, pero ya no es lo mío?

—Sabes que no soy lesbiana, ni siquiera una no-practicante.

—Tú no practicas nada desde que Adam murió.

Lottie sabía que Boyd se arrepentía de haber dicho eso desde el momento en que abrió la boca. No dijo nada; no quería satisfacerlo con una réplica sarcástica, incluso aunque hubiera pensado en algo inteligente que decir. En cualquier caso, Boyd se había librado de esta. De momento.

—La sopa está buena —comentó ella.

—Cambiando de tema.

—Boyd —lo interrumpió Lottie—. Te he contado lo que Bea Walsh, la asistente de Susan, me dijo. Hasta donde ella sabe, Susan nació en Ragnmullin, estuvo unos años trabajando en Dublín y volvió aquí para un traslado de dos años. También me comentó que nadie podía acercarse a ella. Era una mujer muy profesional que trabajaba día y noche; estaba casada con su trabajo. En un mundo de hombres, tuvo que luchar mucho para llegar hasta donde llegó. Son las palabras de Bea, no las mías.

—Pero tuvo que tener algo de vida fuera del trabajo —dijo Boyd.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tienes una vida fuera del trabajo? —preguntó Lottie mientras se terminaba la sopa.

—No mucha, ni tú tampoco.

—En mi caso, está justificado.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Acábate el sándwich, Sherlock. Vamos a Parkgreen a ver si Lynch y Kirby han encontrado algo interesante en casa de Sullivan.

—¿Vas a entrevistar al mandamás del ayuntamiento?

—¿A quién? —interrogó Lottie.

—Al administrador.

—Gerry Dunne no está disponible hasta mañana por la mañana.

—Vale, lo pillo, no estás asombrada.

—Píllalo como quieras.

—Depende de quién me lo lance.

—¿Crececerás algún día? —se quejó Lottie.

Pero Boyd estaba en lo cierto: Lottie no estaba asombrada. Pagaron la cuenta y se marcharon.

* * *

Caminaron rápidamente por la calle, bien pegados el uno al otro para protegerse del frío. Sus respiraciones se elevaban y se fundían en una sola.

La luz de las farolas se reflejaba en la nieve y el hielo, proyectando sombras ocre en los escaparates. Hacía mucho frío; «polar» era la palabra exacta. Aquellos lo bastante ingenuos como para salir fuera se apresuraban con las caras enterradas en las bufandas y los sombreros, protegiéndose la piel del viento cortante.

Mientras andaba deprisa por el suelo resbaladizo con Boyd, Lottie sentía cómo el aire polar le atravesaba la ropa. Cuando llegaron a la comisaría, Boyd arrancó el coche. Lottie se sentó mientras se frotaba los dedos congelados.

—Pon la calefacción —exigió ella.

—No empieces —replicó Boyd, y salió del aparcamiento patinando peligrosamente cerca de la pared.

«Él también tiene una placa», pensó Lottie. Mientras él conducía, ella miraba su pueblo envuelto en falsa pureza, hundiéndose en la oscuridad del atardecer.

* * *

Susan vivía en una casa con tres dormitorios situada en una urbanización aislada a las afueras de la «mejor salida del pueblo», si es que eso existía todavía.

La zona parecía tranquila cuando pasaron por allí. Algunos niños, abrigados para resguardarse del frío, iban en bicicleta arriba y abajo de la helada calle, mirando con curiosidad los dos coches aparcados en la puerta de Sullivan.

Un par de agentes uniformados de la Garda hacían guardia. En la entrada de la casa había un coche blanco cubierto por la nieve de toda una semana y, en la puerta principal, una cinta azul y blanca parecía decir «*No pasar*», sin necesidad de ponerlo por escrito. Eran las únicas señales que indicaban que algo malo había sucedido. Lottie deseaba volver al coche e irse a su casa.

La detective Maria Lynch los recibió en la puerta.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Lottie.

A veces no sabía qué pensar de Maria Lynch, con aquella nariz pecosa, esos ojos curiosos, el pelo largo recogido en una coleta de manera infantil y siempre vestida de manera elegante. Aparentaba tener dieciocho años, pero tras servir durante quince años en el cuerpo, se acercaba más a los treinta y cinco. Era entusiasta pero sin pasarse. Lottie era consciente de que Lynch era muy ambiciosa, así que no tenía intención de caer en la trampa de la rivalidad femenina. Aun así, tenía que admitir que sentía cierta envidia de la estabilidad doméstica de la detective: Lynch estaba casada y parecía que felizmente. Se decía que su marido cocinaba, pasaba la aspiradora, llevaba a sus dos hijos a clase antes de ir a trabajar y todas esas gilipolleces.

—Es un absoluto vertedero. No sé cómo esta mujer podía vivir en semejante basurero —dijo Lynch al tiempo que se quitaba el polvo de sus elegantes pantalones azul marino.

Lottie se sorprendió.

—Eso no cuadra con la imagen que tengo de ella después de ver su despacho y hablar con la gente que trabajaba con Susan.

Entró al recibidor con Boyd. La casa estaba llena de gente. Dos investigadores forenses estaban ocupados y el rechoncho trasero del detective

Kirby sobresalía mientras vaciaba el cubo de la basura.

—Aquí no hay más que basura —balbució Kirby. Tenía un gran puro apagado entre los labios y su pelo mocho parecía una antena en su cabeza.

Sonrió a Lottie y ella frunció el ceño. Larry Kirby estaba divorciado y actualmente tonteaba con una actriz de veintitantos años del pueblo. «Mejor para él», pensaba Lottie. Así al menos dejaría de lanzarle miradas lascivas a ella. A pesar de todo eso, Kirby era el canalla encantador del cuerpo de policía.

—Tira ese puro —ordenó Lottie.

Se sonrojó y guardó el puro en el bolsillo de su camisa. Con un sonoro resoplido, abrió la nevera e inspeccionó lo que había dentro.

—Y asegúrate de que se tome declaración a los vecinos —añadió Lottie—. Tenemos que saber cuándo Susan fue vista por última vez.

—Enseguida —convino Kirby, y cerró de un portazo la puerta del frigorífico y salió de la habitación para dar la orden a otra persona.

Lottie veía a qué se refería Lynch: platos sucios apilados en el fregadero; una olla con patatas, la mitad de ellas peladas, sobre la mesa; pan cortado en rebanadas y un bote de mermelada con un cuchillo que sobresalía de él y moho blanco que rodeaba el borde. En el centro de la mesa había un bol con gachas incrustadas. Era difícil saber si la mujer acababa de desayunar o de cenar, o quizá ambas a la vez. El suelo estaba sucio, lleno de migas y polvo.

—La sala de estar está peor —dijo Lynch—. Echa un vistazo.

Lottie salió de la cocina, se dirigió hacia donde señalaba su compañera y se detuvo en el umbral de la puerta.

—¡Joder! —exclamó.

—¡Dios santo! —la siguió Boyd.

—Estoy de acuerdo —añadió Lynch.

Había cientos de periódicos apilados en cada hueco de la habitación: en el suelo, en los sillones, en el sofá y encima del televisor. Algunos empezaban a ponerse amarillos, mientras que otros parecían mordisqueados por algún ratón. La sala estaba llena de polvo. Lottie cogió un diario del fardo más cercano y leyó la fecha: 29 de diciembre. Sullivan le había dedicado mucho tiempo a esto. Lottie comenzó a contar los periódicos en su cabeza.

—Menudas montañas de basura —comentó—. Esto debe de ser trabajo de

por lo menos un par de años.

—Esta mujer tenía problemas serios —dijo Lynch, que estaba detrás de ella.

Lottie negó con la cabeza.

—Esto no encaja con lo absolutamente impoluto que estaba su despacho. Es como si Susan fuera dos personas diferentes.

—¿Estáis seguras de que esta es la casa correcta? —cuestionó Boyd.

Dos pares de ojos lo fulminaron con la mirada.

—Solo pregunto —se excusó, y subió las escaleras arrastrando los pies y agachando la cabeza bajo aquel techo bajo.

—Sigue investigando —ordenó Lottie a Lynch—. Tenemos que localizar su teléfono. Eso nos proporcionará sus contactos y quizá información sobre quién quería matarla. No veo ningún rastro de portátil o de ordenador.

—Los buscaré. Los investigadores forenses ya casi han acabado.

La detective Maria Lynch volvió a la cocina abarrotada y Lottie siguió a Boyd por las escaleras; estaba en el baño.

—Aquí hay pastillas para todo, desde dolor en el culo hasta dolor en el codo —señaló Boyd.

Lottie pensó que sonaba como su madre. Lo apartó y miró detenidamente el botiquín. Pensó que deberían haber vigilado a Sullivan por riesgo de suicidio: había botes de Prozac, Xanax, Temazepam.

—Parece que no se estaba tomando la medicación —observó, reprimiendo las ganas de guardarse unos cuantos blísteres de Xanax. Dios, con eso tendría para tres meses, al menos.

—¿Porque todavía quedan muchos botes mucho aquí? —interrogó Boyd.

—Sí. Y también hay oxicodona.

—¿Qué es eso?

—Morfina —aclaró Lottie, recordando su propio botiquín antes de que Adam muriese. Comprobó las prescripciones y se guardó el nombre de la farmacia en su teléfono para ir más tarde. Echó un vistazo al baño, que estaba asqueroso. Apartó a Boyd de en medio y entró al dormitorio.

—¡Mira esto! —lo llamó.

Boyd se acercó.

—Increíble.

—¿En qué pensaba esta mujer y qué hacía con su vida? —preguntó Lottie.

El dormitorio estaba completamente limpio, impoluto, y no había nada fuera de sitio. La cama, perfectamente hecha, de lino y totalmente blanca. Había un tocador sin cosméticos, y el suelo de madera brillaba. Eso era todo.

—Casi puedo verme reflejada en el suelo —dijo, y abrió el cajón de la cómoda. Todo estaba doblado con precisión de cirujano. Lo volvió a cerrar: profanar las pertenencias de los muertos era tarea de otra persona. Ella no iba a hacerlo, no después de lo de Adam—. Esta mujer era una pura contradicción.

—Y vivía sola —añadió Boyd, examinando el otro dormitorio.

Lottie echó una ojeada: estaba vacío. Cuatro paredes blancas y suelo de madera. Sacudió la cabeza, confusa. Sin duda, Susan Sullivan era un enigma.

Volvió a mirar en la planta de abajo. Algo no encajaba. ¿Qué se le escapaba? No acababa de sacar una conclusión de todo aquello.

Tenía que dejarlo estar.

* * *

Con un cigarrillo entre los dedos, Boyd se unió a ella fuera.

—¿Adónde quieres ir ahora? —preguntó mientras daba una calada profunda al cigarro. Lottie inhaló gustosamente el humo y dijo entre bostezos:

—Mejor me voy a casa y doy de comer a mis hijos.

—Ya son adolescentes y saben cuidar de sí mismos —contestó Boyd—. Tienes que cuidarte a ti.

Esa afirmación no admitía réplica. Era la pura verdad.

—Todavía tengo que asimilar este caso. Quiero juntar todos los datos nuevos que tenemos para ver si puedo sacar algo en claro de todo esto. Necesito espacio.

—¿Y lo conseguirás en tu casa?

—No vayas de listillo.

Lottie notaba su cercanía; no solo a nivel físico, sino también mental. Boyd la ponía nerviosa. Por otro lado, le encantaría sentir su brazo a su alrededor en un reconfortante abrazo. Sin embargo, sabía que lo rechazaría al instante. Bienvenidos al mundo de la fría Lottie Parker, cuyo estado de ánimo

va acorde con el clima.

—No hay nada más que podamos hacer hoy. Iré caminando. Nos vemos por la mañana. Recuerda: reunión de equipo a las seis. Corrigan también estará, así que no llegues tarde.

«Era una advertencia innecesaria», pensó Lottie. Boyd nunca llegaba tarde.

Lottie caminó arduamente por la acera congelada mientras se dirigía a casa, sola.

6

La Casa del Gobernador, un edificio del siglo XIX adyacente a las nuevas oficinas del ayuntamiento, fue antaño parte de la cárcel del casco antiguo. Los agentes de la Garda, que estaban acordonando el edificio principal, desconocían el acceso a dicha prisión.

En las profundidades de la casa, se habían conservado los calabozos, que se usaban como salas de reuniones, aunque muy pocos se atrevían a bajar allí. Corrían rumores que afirmaban que los que esperaban la muerte habían pasado sus últimas horas entre aquellas paredes, en las que todavía se oían las respiraciones de las almas condenadas.

La historia del edificio estaba muy presente en las mentes de los hombre que se habían reunido en una de las catacumbas. Estaban de pie en círculo, como prisioneros condenados que esperan una prórroga en la ejecución.

—Hoy, una compañera del departamento de planificación, Susan Sullivan, ha sido asesinada en circunstancias sospechosas —explicó el alto cargo—. Es terrible, una verdadera tragedia. Vienen momentos duros para nosotros. Los gardas investigarán a conciencia sus documentos. Debéis ser conscientes de que vuestros nombres pueden aparecer a lo largo de la investigación, por lo que es posible que os tomen declaración.

Hizo una pausa y miró a los tres hombres que tenía enfrente.

—Si saliesen a la luz nuestros negocios, podrían considerarnos sospechosos de asesinato —añadió.

—Al menos todo lo que sabía murió con ella —dijo el promotor—. Pero la investigación apuntará en nuestra dirección.

El banquero temblaba visiblemente. Además, la temperatura había bajado desde que habían llegado a los calabozos. La oscuridad del atardecer parecía penetrar por las paredes.

—Todavía está James Brown —apuntó el banquero.

—Sin Sullivan, es solo su palabra contra la nuestra —lo tranquilizó el alto cargo—. Pero tienes razón. Creo que debemos preparar planes de contingencias ante los posibles interrogatorios. Tenemos que mantener la apariencia de que trabajamos individualmente, así no darán con lo que estamos haciendo. —Se frotó las manos para intentar que sus dedos entrasen en calor.

—No os dejéis engañar —advirtió el promotor—. Son muy inteligentes, y nosotros tenemos que serlo todavía más. Si la inspectora detective Lottie Parker es quien dirige la investigación, puedo aseguraros que debemos ir con mucho cuidado.

—¿La conoces? —preguntó el banquero.

—He oído hablar de ella. Resolvió el asesinato de aquel nómada de hace unos años. La amenazaron y la intimidaron, pero siguió adelante. Y tiene a su hombre. Si se entera de lo nuestro, será como un perro con un hueso.

El clérigo no dijo nada, pero el alto cargo sabía que la mente calculadora de aquel hombre estaba analizando la situación.

Se acurrucaron todavía más en sus abrigos de lana, mirándose entre todos.

—Señores, hay millones de euros en juego. Debemos ser muy cuidadosos. Y no podemos volver a reunirnos aquí. Tened cuidado.

El alto cargo dio por concluida la reunión y abrió la puerta del calabozo. Echó un vistazo afuera: una sola luz iluminaba el desértico aparcamiento.

Uno a uno, se fueron.

Cada uno de ellos sospechaba del resto.

Uno de ellos podía ser un asesino.

7

James Brown aparcó su Toyota Avensis negro en el patio de su casa de campo, apagó las luces, sacó las llaves y las luces del interior del vehículo se fueron apagando hasta quedar sumido en la oscuridad. Se quedó sentado, escuchando cómo se enfriaba el motor.

Normalmente le encantaba volver a casa después del trabajo, sobre todo en primavera. Volver a la serenidad del campo y renovar su sensación de bienestar, con el sonido de los árboles y los destellos de las praderas extendiéndose intactas tras su pequeño jardín. Le inspiraba una libertad que raramente sentía en cualquier otro lugar. Sin embargo, aquel día no lo hizo. Aquella tarde estaba triste y enfadado: triste por Susan, y enfadado por el desplante que le había hecho el hombre del teléfono. Había contactado con él para ver si sabía algo sobre la muerte de Susan, pero cuando comenzó a hablar, el hombre ya había colgado. Tal vez no era la persona indicada a quien llamar, después de todo.

Apretó el volante con fuerza y dejó caer la cabeza en sus manos. Susan se había ido. Tenía que recordárselo a sí mismo. Ella lo había salvado de sus propios demonios años atrás y, ahora, él le había fallado.

No quería abandonar la seguridad de su coche. Se sentía a salvo en él y pensó en todas las veces que Susan y él se habían ayudado mutuamente cuando eran niños: ella le susurraba al oído que fuese fuerte, que mantuviera la cabeza alta y con orgullo, y él lloraba como un gatito perdido en sus brazos. Pensó en cómo Susan, de niña, le enseñó a hacer la cama como Dios manda, a doblar la ropa y a recoger las pelusas del suelo para que estuviese reluciente. Estaba convencido de que, con el tiempo, Susan se había obsesionado con los

dormitorios limpios. ¿Quién podría culparla? Pensó en todo lo que presenciaron y nunca contaron, y lloró en silencio por ella, por su recuerdo y por su bondad hacia él. Ahora tenía que mantenerse firme y ser fuerte. Aunque fuera únicamente por Susan.

Al fin se decidió a salir del coche cuando la temperatura se tornó gélida. Cogió su maletín del asiento de atrás, cruzó el patio cubierto de nieve y cerró el coche con el mando. La luna estaba preparándose para la nueva fase y su luz parecía más débil de lo que él pensaba que debería ser.

Una sombra se cernió sobre él y entrecerró los ojos hacia arriba con la esperanza de ver una nube tapando la luna. Pero no había ni una nube en todo el cielo estrellado y frío. Una figura alta estaba frente a él, con la cara cubierta con un pasamontañas que solo dejaba a la vista dos ojos oscuros.

Volvió corriendo a su coche, soltó el maletín y, entonces, recordó que tenía el teléfono dentro. Demasiado tarde.

—¿Qué... qué... quiere? —Se le trabó la lengua con las palabras y el miedo le caía por la cara en forma de gotas, a lo largo de la nariz, como si fueran mocos. ¿Qué podía hacer? No era capaz de pensar con claridad.

—No podías dejar de meterte en medio —dijo el hombre con una voz grave y amenazante.

James movió la cabeza de lado a lado, preguntándose cómo no había visto el coche cuando aparcó. Ahora veía un destello metálico detrás del roble, a su derecha. ¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo sabía que podía esconder el coche allí?

—¿Qué? ¿Por qué? —susurró James con los pies clavados en la nieve y observando la enorme figura que se acercaba a él. La linterna que tenía el hombre en su mano enguantada lo cegó.

—Tú y tu amiga habéis sido un incordio. Y no es la primera vez.

—¿Mi amiga? —inquirió James, pero sabía que se refería a Susan.

El hombre rio, lo agarró del codo y lo arrastró por el camino. James sentía un nudo que le oprimía la garganta y se le aceleró la respiración al tiempo que el cielo se nublaba y la nieve empezaba a caer en copos gruesos y redondos.

—¿Qué quiere?

El miedo de James se convirtió rápidamente en terror y su cerebro se contraía como un caracol en su caparazón. Tenía que pensar rápido.

Necesitaba tener el control de la situación. Podría pedir ayuda, si su voz no se hubiera escondido en algún lugar de su pecho, aunque sabía que nadie lo oiría: no había ninguna otra casa en tres kilómetros a la redonda.

¿Tal vez debería echar a correr? No, su agresor era más alto, más fornido y parecía mucho más fuerte. A su lado, James era como un insecto atrapado en la boca de una mosca.

El pánico aumentaba y se le atoraba en el pecho, paralizándolo tras dar un par de pasos. No podía seguir, le daba la impresión de que estaba caminando con un solo zapato puesto. El hombre también se detuvo para coger una cuerda de su bolsa. Iba en serio.

James saltó hacia adelante, sorprendiendo al hombre, que sin querer soltó el codo de James y cayó al suelo; la linterna acabó en un montón de nieve. Resbalándose, James se dirigió a la puerta mientras buscaba las llaves en su bolsillo. El hielo crujió tras él. Tenía las llaves metidas en la cerradura cuando un brazo le rodeó el cuello, lo apretó fuerte y lo estrelló contra un pecho sólido.

James luchó y consiguió deshacerse del brazo, pero un codo lo golpeó en la parte trasera del cráneo. El dolor invadió su cabeza.

—¡No deberías haber hecho eso!

A James le sonaba la voz, así que hizo un esfuerzo por reconocerla, pero no lo logró. Se giró rápidamente para tratar de huir, pero sintió que la soga le rodeaba el cuello, el duro nailon le rasgaba la piel. Esta podría ser su última oportunidad.

Echó el brazo hacia atrás y le dio en el abdomen, pero rebotó. El dolor pasó del codo al hombro. La cuerda se aflojó y él se desplomó contra el suelo. Se dio la vuelta e intentó huir a gatas. Correr, tenía que correr, pero no podía ponerse de pie. Entonces, gritó. Tan fuerte como pudo desde su aterrorizada garganta.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —Su voz sonaba como el eco del grito de otra persona por los árboles.

La cuerda tiraba con fuerza. Intentó enterrar las manos en la tierra congelada, intentó detener el tirón de la soga, intentó gritar una vez más, pero la cuerda estaba tensa, cortándole la piel y peligrosamente cerca de dejarlo sin respiración. ¿Qué podía hacer? «Hablar», pensó. Tengo que hablar con él. Dejó de oponer resistencia, pero el hombre seguía tensando la cuerda.

—Ven —ordenó el hombre.

Alejó a James de la casa y lo llevó hacia el roble, cuyas ramas proyectaban formas demoníacas en las paredes blancas de la casa. Bajo el árbol había dos sillas de hierro forjado, colocadas allí para disfrutar de la sombra en el verano, aunque ahora estaban cubiertas de nieve.

—¿Qué haces? —interrogó James cuando la cuerda se aflojó un poco.

El hombre lanzó un extremo al aire, que rodeó una rama situada a media altura de la corteza. James suplicaba que una nube borrara la luna y que el jardín cayera en la oscuridad total. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio demasiado y su cabeza se llenó de pensamientos irracionales y de imágenes intermitentes y sin sentido. Una era la imagen de su madre, a la que no recordaba haber visto nunca. «Voy a morir —pensó—. Me va a matar y no puedo hacer nada». Todo su cuerpo convulsionaba en un temblor interminable. Necesitaba a Susan; ella siempre sabía qué hacer. El hombre empezó a girar a su alrededor y James observó su cara enmascarada. Se quedó mirando esos ojos, que bailaban el retorcido baile de una canción muda, y, entonces, los reconoció. Eran unos ojos que no podía olvidar, que siempre recordaría.

—Fuiste tú... Susan... tú... —farfulló—. Te conozco. Me acuerdo...

James luchaba sin apenas fuerzas para quitarse la soga, pero cada movimiento conllevaba un nuevo tirón del nailon. Ahora lo recordaba. ¿Demasiado tarde? Trató de formar palabras para retrasar al hombre.

—La... la noche de las velas... el cinturón...

—Te crees muy inteligente, pero no siempre fuiste el más listo, ¿verdad? Entonces tenías una chica que te defendía. Pero ya no. —La voz era tan clara que podría cortar el hielo en pedazos. Los ojos dejaron de dar vueltas.

James comenzó a tirar como un loco de la soga, dando tirones y estrujando los dedos bajo ella; tenía el estómago revuelto de la tensión. No podía respirar. Intentó liberarse. Pataleó, haciendo saltar la nieve por el aire. Tenía que sobrevivir, tenía que buscar ayuda. Todavía le quedaba vida por delante. En un intento desesperado por pillar desprevenido a su agresor, dejó caer su cuerpo en peso muerto. ¿Cómo lo levantaría entonces el hombre?

—Súbete a la silla —ordenó el hombre mientras apartaba una pila de nieve con una mano.

James se quedó quieto, como si estuviera hipnotizado, mientras la cuerda

le dejaba un surco en el cuello. El calor del cuerpo del hombre le abrumaba los sentidos y la garganta le sabía a sal. Dos brazos le rodearon el cuerpo y lo levantaron sobre una de las sillas de jardín. Las patas se hundieron en la nieve, tambaleándose al principio para después estabilizarse. Antes de que James pudiera bajar, el hombre tensó la cuerda alrededor de la rama.

La nieve caía más deprisa y era cada vez más gruesa. James se balanceaba mientras el hombre estaba subido en la otra silla haciendo el nudo.

—Para ti sería un destino oportuno colgarte del manzano, James, pero sus ramas no son lo bastante fuertes, así que habrá que conformarse con este roble.

La cuerda estaba anudada en la gruesa rama, a mitad de la corteza. La nieve que caía cubría la luna, pero su tenue luz arrojó un rayo amarillo sobre el patio. Las ramas cargadas de nieve temblaban por el peso adicional, y James suplicó, moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno.

Antes de que su cerebro pudiera enviar alguna respuesta a su cuerpo, el hombre pateó la silla y cayó sobre la tierra cubierta de nieve.

A medida que su pecho dejaba de hincharse, la lengua asomó por sus labios morados y motas de sangre aparecieron en el blanco de sus ojos. James vio la luna bailar en el cielo a través de un millón de luces blancas. Creyó oler manzanas frescas mientras su cuerpo se mecía en el aire sin viento y se le abrían las entrañas. Oyó el crujido de unos pasos que se alejaban antes de que las luces blancas se volvieran rojas y, luego, negras.

Se desató una enorme ventisca. Una tormenta de nieve de proporciones bíblicas. El cuerpo palideció y, camuflándose con el blanquecino entorno, se congeló hasta morir.

8

Sonaba música rap cuando Lottie abrió la puerta principal. ¿Por qué dejaría a sus hijos escuchar esa basura? Porque la escucharían en cualquier otro lugar si intentara detenerlos. De todos modos, ella tampoco podía controlar los cientos de canciones que había en sus iPods y móviles y las que escuchaban por internet. Vive y deja vivir.

—Ya estoy en casa —gritó por encima del estruendo.

No obtuvo respuesta.

La cocina estaba repleta de los restos de una comida de adolescentes: un bote vacío de fideos precocinados, tenedores pegados a la mesa y una botella abierta y medio llena de Coca-Cola. Probablemente estaban allí desde que desayunaron... a la hora de la comida. Habían tirado las botas, los zapatos y las zapatillas frente a la puerta trasera. Encima de la mesa había tarjetas de Navidad sin abrir, y las pocas que había abierto Lottie se estaban marchitando por el sol en la ventana de la cocina. El árbol estaba en la sala de estar, fuera de su vista. Ella no quería ponerlo, pero Sean insistió y ahora tenían que desmontar el andrajoso conjunto de guirnaldas y bolas. Qué horror.

Lottie se consolaba pensando que pronto subirían toda esa decoración artificial al ático. No solo odiaba la Navidad, sino que la despreciaba desde que Adam murió tres años antes. La Navidad era una época para estar en familia, pero ahora la suya estaba diezmada.

Aun así, tenía muy buenos recuerdos de Navidades pasadas. Adam y ella intentando construir una cocina de juguete a las tres de la madrugada después de acabar con una botella de Baileys, esperando que terminase su turno en los

barracones militares la mañana de Navidad, o Adam colándose sigilosamente antes de que los niños se despertasen mientras Lottie tachaba cosas en una lista para que no se les olvidase nada en el ático de su madre. Una vez se dejaron un Action Man y Adam tuvo que volver y despertar a su madre a las dos de la madrugada. Llamó cobarde a Lottie, pero ahora ese recuerdo la hacía sonreír. Adam no tenía miedo de su madre, y Lottie tampoco, pero la mujer iba con toda la artillería pesada en cualquier discusión sin que Lottie la tuviera que armar todavía más. O al menos eso le dijo a Adam. Lottie a veces pensaba que él quería más a su madre que ella misma. Los padres de Adam murieron en un mismo año cuando él tenía dieciocho, así que él agradecía mucho todo lo que Rose hacía por Lottie y los niños. Sin embargo, Lottie sabía que en todas las acciones de Rose acechaba una vieja sensación de culpa y, sin importar cuánto se esforzara, jamás pudo deshacerse de aquel sentimiento. Cada interacción que tenía con su madre desde que Adam murió acababa en desacuerdo: palabras duras, viejas acusaciones y portazos. Después del último altercado, Lottie no había vuelto a ver a su madre durante meses, a pesar de que sabía que Rose llamaba para ver a los hijos cuando ella no estaba allí.

Ella lo daba todo por sus hijos, pero era difícil poner el corazón en ello. Su corazón no estaba en muchas cosas porque cuando Adam murió, una parte de ella murió con él. Tópico o no, esa era la verdad. Si no fuera por sus hijos... bueno, los tenía a los tres. La vida sigue. Había otras ausencias en su vida a las que también tuvo que hacer frente: el misterio de la muerte de su padre y la consiguiente historia que envolvía a su hermano. Se había pasado la vida acusando, pero su dolor por la muerte de Adam eclipsaba el recuerdo descompuesto del resto de personas. Por ahora.

Sean se paseaba por la cocina jugando con una pelota con su palo de *hurling*. Al chico le encantaba el *hurling*, uno de los deportes nacionales más vigorosos, aunque se preocupaba por lo peligroso que era para su hijo. Con trece años y medio ya era tan alto como Adam. Su pelo rubio rebelde escondía unas largas pestañas. Lottie quería tanto a su hijo que a veces le daban ganas de llorar. Desde que Adam murió, tenía que protegerlo, protegerlos a todos, y el peso de la responsabilidad a veces era una carga insoportable.

—¿Qué hay para cenar, mamá? —preguntó Sean mientras golpeaba la

pelota.

—Madre mía, Sean. Acabo de entrar por la puerta. Son las siete en punto. ¿No podríais haber preparado algo para cenar por una vez en vuestras vidas?

—Su amor se convertía rápidamente en frustración.

—Estaba estudiando.

—No es verdad. Ni siquiera has abierto tu mochila, mucho menos un libro.

—Pero aún estamos de vacaciones —replicó su hijo, malhumorado.

Por un segundo, a Lottie se le había olvidado: no habían tenido clase la última semana y seguirían sin tener durante unos cuantos días más. ¿Qué habían hecho en todo el día? No, espera, realmente no quería saberlo.

La inocente Chloe entró a la cocina.

—Hola, madre, ¿qué hay para cenar?

Chloe siempre la llamaba «madre». Adam la llamaba «madre» delante de los niños. Lottie suponía que su hija intentaba mantenerlo con vida con estos pequeños gestos.

Sean subía las escaleras, dando golpes con el palo en los escalones. Eminem retomó su canción, esta vez más fuerte.

Chloe llevaba pantalones de chándal y un pequeño top sobre sus pechos en crecimiento («¡por fin!», según Chloe). ¿No se percataba de que estábamos a bajo cero? Su pelo largo teñido de rubio, apretujado sobre su cabeza, se mantenía en el sitio gracias a una mariposa de hilo. Sus brillantes ojos azules eran una réplica exacta de los de su padre; los ojos que habían enamorado a Lottie estaban inmortalizados en su preciosa hija. Chloe, la hija mediana, discutía a menudo con ella cuando sentía que los otros dos se veían favorecidos.

—Tienes dieciséis años, Chloe. Haces Economía Doméstica en el colegio. ¿Nunca se te ha ocurrido preparar algo de cenar?

—No. ¿Por qué debería? En cuanto llegaras a casa dirías que lo estaba haciendo todo mal.

Cierto.

—¿Dónde está Katie?

—Fuera, como siempre. —Chloe abrió la alacena en busca de algo para comer.

Lottie abrió la nevera: no había vino. Mierda. Ya no bebía, «al menos no tanto como antes», se recordaba a sí misma. En momentos como ese, echaba mucho de menos el alcohol. Le ayudaba a aliviar el estrés del día. Tampoco fumaba ya. Bueno, alguna vez, cuando bebía. Dios, Lottie era una auténtica contradicción. Tendría que haber cogido unos cuantos Xanax del botiquín de Susan Sullivan. Pero nunca lo habría hecho, no pensaba ser capaz. Tenía una pequeña provisión de medicamentos en la mesita de noche y una píldora de emergencia pegada con celo a la parte de abajo del cajón de su oficina. «Por si acaso», se decía a sí misma. La reserva iba desapareciendo rápidamente.

—Cariño, pon a hervir la tetera, he tenido un día de mierda —pidió Lottie.

Chloe masticó la galleta que tenía en la boca y pulsó el interruptor. La tetera silbó. Vacía.

—¡Por el amor de Dios! —se quejó Lottie.

Chloe se había ido y la puerta se balanceaba tras ella.

Tras echar agua en el hervidor, Lottie lo encendió y se sentó en la silla, reclinándola todo lo posible. Se acurrucó en su chaqueta, cerró los ojos y se deshizo del zumbido de su cabeza respirando profundamente.

9

—James Brown ha muerto.

—¿Qué? —exclamó Lottie por teléfono.

Sentada con el calor abrasador de la calefacción eléctrica a sus pies, miró el reloj de la cocina: las ocho y media. Se había quedado dormida más de una hora; el teléfono la había despertado.

—James Brown ha muerto —repitió Boyd—. Es mejor que vuelvas a comisaría. Corrigan está que no cabe en sí de gozo. Sky News está de camino.

—Podrías darme la típica pelea entre vagabundos algún día de estos —dijo Lottie.

—Necesitarás que vaya a por ti —comentó Boyd—. Ha estado nevando sin parar desde hace horas.

—Iré andando. Así me despejo.

—Como quieras.

Ella colgó, buscó su chaqueta, se dio cuenta de que todavía la llevaba puesta y gritó por las escaleras:

—Chloe, Sean, tengo que volver al trabajo.

No obtuvo respuesta.

—Tendréis que haceros vosotros la cena.

Un coro respondió:

—¡Oh, mamá!

—Déjanos dinero para encargar comida —gritó Chloe.

Así lo hizo. Hacían con ella lo que querían.

* * *

El comisario Corrigan caminaba arriba y abajo por el pasillo, agachándose por debajo de las escaleras y maldiciendo con la cara roja como un tomate, su color permanente debido al estrés. Se giró de golpe y Lottie se detuvo.

—¿Dónde estaba? Debería haber llegado antes —la reprendió Corrigan.

—Señor, he hecho un turno de doce horas. Estaba en mi casa.

Corrigan dio media vuelta y se dirigió a su oficina. Boyd y Lynch se quedaron esperando con las chaquetas todavía puestas. Kirby no estaba a la vista.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó Lottie. Se moría de ganas de ponerse manos a la obra, pero contuvo su entusiasmo—. Ponedme al día.

—Recibimos una llamada hace media hora —explicó Maria Lynch, recogiendo el pelo antes de ponerse un gorro de lana—. Encontraron a James Brown colgado de un árbol en su casa. Los informes policiales sugieren que se trata de un suicidio.

—¡Y una mierda un suicidio! —exclamó Lottie—. ¿El mismo día que matan a su compañera? Dios mío, ¿cuándo fue la última vez que tuvimos un asesinato? ¿Y dos?

Boyd, demostrando su buena memoria, contestó:

—Hace tres años, cuando Jimmy Coyne mató a Timmy Coyne en una disputa familiar. Lo pillaste tú.

—Era una pregunta retórica —replicó Lottie—. ¿Dónde está Kirby?

Echó un vistazo a su alrededor. La sala del caso palpitaba de actividad. Mapas de la ciudad decoraban las paredes, los informes se acumulaban en las bandejas y los detectives hablaban por teléfono.

Mientras se abrochaba la chaqueta, Boyd dijo:

—Estoy seguro de que Kirby está dando un paseo por el centro artístico con su novia actriz.

—¿Estás celoso, Boyd? —se burló Lottie.

—Voy a encender el coche, seguramente esté congelado —dijo Lynch, y se fue.

—Tienes una pinta horrible —comentó Boyd.

—Yo también te quiero. Vamos —respondió Lottie.

* * *

Seis kilómetros a las afueras de Ragmullin, la carretera forestal estaba alumbrada por las luces intermitentes azules de dos coches patrulla. Apenas se podía pasar por aquellas carreteras y la nieve seguía cayendo con más fuerza que en Nochebuena, gruesos copos que se congelaban nada más caer.

Una ambulancia y un camión de bomberos, ambos con cadenas en las ruedas, bloqueaban el estrecho camino que llevaba a la casa de Brown. ¿Un camión de bomberos? Lottie estaba confundida y Lynch se limitó a encogerse de hombros.

Boyd salió del coche y los demás lo siguieron, avanzando por el camino que habían hecho los otros vehículos. Se les hundieron las piernas hasta las rodillas mientras caminaban con dificultad por la profunda nieve.

Un hombre demacrado y pálido estaba sentado en el coche patrulla, con dos agentes de la Garda tras el cordón policial. Lottie se alegraba de que tomaran estas precauciones. Un presunto suicidio podría ser fácilmente otra cosa.

—Derek Harte —dijo la garda Gillian O’Donoghue, señalando al hombre del coche—. Fue él quien encontró al fallecido. Está muy consternado.

—Habla con él, Lynch. Averigua quién es exactamente y por qué está aquí. Si esto no es un suicidio, es nuestro sospechoso número uno —ordenó Lottie.

—Hay un maletín en el suelo, al lado del coche del fallecido —informó O’Donoghue.

—Los investigadores forenses pueden analizarlo cuando lleguen y llevarlo a comisaría—. Lottie se dirigió al patio, con Boyd a la zaga.

Un foco dibujaba sombras espeluznantes en un árbol. Lottie desvió la mirada para observar a un paramédico que estaba junto a un coche cubierto de nieve.

—¿No lo ha bajado? —preguntó Lottie.

—No. Era obvio que estaba muerto y el hombre que lo encontró murmuraba sobre que la víctima conocía a la mujer asesinada en la catedral, así que pensé que lo mejor era llamaros, por si acaso.

—Supongo que ve CSI, ¿no? —dijo Lottie. El hombre se sonrojó—. No

tiene que contestarme —añadió.

—Le pedí al equipo de bomberos que colocara un foco. Por aquí afuera todo estaba negro como el carbón.

—¿Por qué hay un camión de bomberos?

—Ni idea —respondió el paramédico—. ¿Puedo fumar?

—No —respondieron Lottie y Boyd al mismo tiempo.

Dándole la espalda al paramédico, Lottie echó un vistazo al cuerpo suspendido de James Brown, enfocado por la luz provisional.

—Tengo la sensación de que Brown no fue honesto del todo conmigo hoy. Si lo hubiera presionado, probablemente habría descubierto algo que podría haberle salvado la vida.

—Tal vez asesinó a Sullivan y después, lleno de remordimiento, se ahorcó —conjeturó Boyd.

—¿Él asesinó a Sullivan? ¿Pero tú lo has visto? Un hombre tan delgado, que no pasa del metro y medio... No podría ni matar una mosca.

—¿En un ataque de ira? —añadió Boyd.

Lottie lo fulminó con la mirada.

—A veces dices auténticas chorradas.

El cuerpo de Brown se balanceaba ligeramente con la brisa. Tenía la cabeza de lado, girada hacia Lottie, con los ojos bien abiertos y mirando a la nada. Lottie se apartó del cadáver y se alejó como pudo por la nieve.

—¿Qué pasa? —preguntó Boyd—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Puede que lo haya visto —contestó ella.

Se detuvo y miró a su alrededor: una silla, tumbada de lado y hundida parcialmente por la avalancha de la nieve; un maletín en el suelo junto al coche y otro coche aparcado detrás. Entonces, advirtió una llave en la puerta principal. La garda O'Donoghue estaba anotando todo lo que el paramédico le decía. Todo el mundo había investigado el lugar, así que Lottie dudaba que los investigadores forenses del crimen pudiesen encontrar algo útil.

—¿Alguna nota de suicidio? —interrogó Lottie.

O'Donoghue se encogió de hombros.

—Yo lo he investigado todo cuando he llegado. No he visto nada fuera, aunque si hay una nota, estará enterrada y empapada. Dios, nunca había visto tanta nieve.

—¿El tal Harte ha entrado en la casa? —preguntó Lottie, señalando la llave.

—Que yo sepa, no —respondió O'Donoghue.

Lynch apareció de repente tras Lottie.

—Harte dice que es amigo de Brown y que vino a verle cuando se enteró de la muerte de Susan Sullivan.

—¿Cómo se enteró de lo de Susan?

—Brown lo llamó. Cuando llegó, vio el cadáver y llamó a emergencias. Estaba aquí, mirando a Brown, cuando llegó nuestro primer coche. No se acercó a la casa, o eso dice. —Lynch apartó la nieve, haciendo que la tinta se corriese en su libreta. —Realmente está en un estado lamentable. ¿Le consigo un coche para llevarlo a casa o quieres que lo interroge esta noche?

—Estoy demasiado cansada para formular las preguntas adecuadas. Lo traeremos para interrogarlo por la mañana —dijo Lottie. Descubrió una alarma en la pared sobre la puerta—. Pregúntale si sabe el código.

—¿Quiere que llame por la mañana yo también? —preguntó el paramédico con una sonrisa hasta las orejas.

—La garda O'Donoghue ya tiene su declaración —dijo Lottie—. Gracias por su ayuda.

—Ah, casi lo olvido —añadió—. Encontré esto en la puerta clavado en la nieve.

Lottie observó una pequeña linterna verde que el hombre sujetaba con las manos enguantadas.

—¿La ha cogido usted?

—Por supuesto —contestó él. Abrió mucho los ojos—. Ups, perdón. ¿Tendría que haberla dejado donde estaba?

—Sí, tendría que haberlo hecho. —Lottie metió la linterna en una bolsa de plástico de pruebas y la cerró de golpe—. ¿Estaba encendida o apagada?

—La apagué yo. Para ahorrar pilas.

Lottie tenía ganas de apalizarlo, pero el paramédico se fue antes de que lo hiciera.

—Gilipollas —murmuró Boyd mientras el paramédico se alejaba.

—Boyd, algún día de estos, alguien te oirá aparte de mí y te partirá la cara. Dile a los investigadores forenses que vengan aquí.

Le vibró el teléfono: Corrigan.

—El jefe quiere vernos en quince minutos —lo informó Lottie—. ¿Acaso ha visto el tiempo que hace?

* * *

De vuelta en la ciudad, fuera de la comisaría, Boyd se encendió un cigarrillo. La nieve caía ligeramente y el aire helado robaba el aliento. A Lottie le habría gustado darle una calada, pero una ya era demasiado: era incapaz de parar tras la primera. Su madre tuvo a bien decirle que se trataba de un desorden de personalidad adictivo. Gracias, mamá.

Después de entrar al cálido vestíbulo, echó un vistazo a su móvil: ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Llamó a casa y Chloe respondió.

—Hola, mamá. ¿Volverás pronto a casa?

—Todavía no —contestó—. Tengo una reunión con mi comisario y no sé cuánto va a durar. —Se negaba a sentirse culpable. ¿Qué podía hacer? Tenía que trabajar y eso implicaba un horario impredecible.

—No te preocupes, nos las apañaremos —le aseguró Chloe.

—¿Ya está Katie en casa? —Lottie estaba preocupada por su hija mayor.

—Creo que está en su habitación.

—Echa un vistazo a ver.

—Voy.

—Y dile a Sean que apague ya la PlayStation.

—Claro. Hablamos más tarde. —Chloe colgó.

Estarían en la cama cuando Lottie llegase a casa. Eran capaces de cuidar de sí mismos. Estarían bien, o eso esperaba. Aunque no estaba tan segura de sí misma.

Boyd se unió a ella mientras se sacudía la nieve de los hombros.

—Vamos —la instó—. El comisario nos espera y llegamos tarde.

* * *

—Se han tomado su tiempo.

Corrigan paseaba arriba abajo por su despacho, como un sargento.

—¿Fue un suicidio o qué? —Ni siquiera esperó una respuesta—. No importa, de momento es un suicidio. Un asesinato en un día ya es suficiente. Sea lo que sea, llegaremos al fondo de este asunto. No quiero a un equipo de profesionales de Dublín por aquí, así que será mejor que actúen juntos. Intensifiquen las entrevistas puerta a puerta. Hay gente a la que investigar, teléfonos que atender, comunicados de prensa de los que encargarse y ruedas de prensa que organizar.

«Estás en tu salsa», pensó Lottie.

—No creo que James Brown se suicidase —se atrevió a comentar.

Corrigan resopló.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Creo... que sería demasiado conveniente, ya sabe.

—No, no lo sé —replicó—. Ilumíneme.

Lottie se mordió el labio. ¿Cómo podía transmitir un presentimiento? Corrigan era de mente cuadrículada y hacía las cosas según el reglamento. Su mantra favorito en las investigaciones era: «A mi manera o no hay manera». Lottie tenía otra manera... su manera. En cualquier caso, él no esperó a que respondiera.

—Inspectora Parker, lo que usted *crea* es irrelevante. Analice las pruebas, las circunstancias: estaba colgado de un puto árbol en medio del campo durante una puta ventisca. Algo me huele a chamusquina en el ayuntamiento, lo percibo desde aquí. Puede que asesinase a Susan Sullivan por algo del trabajo, se sintiese demasiado culpable y... se ató una cuerda alrededor del cuello y se ahorcó en un árbol. Ahora planifiquemos nuestra estrategia.

Lottie reprimió sus palabras y los tres repartieron las tareas del equipo. Estaba demasiado cansada como para discutir con Corrigan.

Cuando ya lo tenían todo organizado lo mejor posible, Corrigan repitió:

—No quiero que Dublín me envíe a sus hombres. Podemos ocuparnos de esto. Quiero resuelto el asesinato de Susan Sullivan, ya.

—Pero, señor —intervino Boyd—, si resulta que al final tenemos dos asesinatos, ¿no necesitaremos ayuda externa?

—Sargento Boyd, he dicho lo que he dicho. Fin del tema. Por el momento, tenemos una muerte y un presunto suicidio.

Los ojos de Corrigan se encendieron, retándoles a discutir. Lottie le

devolvió la mirada y se puso la chaqueta.

—Duerman un poco. Regresen a las 6 de la mañana en punto —ordenó.

Salieron del despacho del comisario y bajaron por el pasillo.

—¿Qué demonios? —dijo Boyd, deteniéndose de repente.

Lottie lo miró. Había chocado contra una escalera y se había hecho un corte en la frente. Lottie se rio.

Boyd maldijo de camino hacia la puerta.

—No es gracioso.

—Lo sé —respondió Lottie, pero no podía dejar de reír.

10

Lottie sonrió antes de abrir la puerta principal. Un puñado de palos de *hurling* de Sean estaban en la esquina del porche y la corona de Navidad había caído en la nieve, arrastrada por el viento. En la placa de madera que había colgada en la pared, al lado del timbre, se podía leer: «Penny Lane». Adam había bautizado la casa. Cada uno de los cuatro dormitorios tenía el nombre de un Beatle. En aquel momento parecía bonito, pero ahora era realmente triste.

Vivía en uno de los treinta adosados, en el centro de una urbanización antigua y con forma de herradura. Estaba tan cerca del canódromo que oía los vítores todos los martes y jueves por la noche, pero nunca se había atrevido a bajar los doscientos metros que los separaban. Adam había llevado a los niños un par de veces, pero no les convencieron ni aquellos perros tan delgados ni sus gordos dueños. Esa noche, la zona estaba tranquila. No habría carreras hasta que el suelo volviese a estar en condiciones. Lottie lo agradecía; necesitaba paz y tranquilidad.

El silencio le dio la bienvenida mientras colgaba la chaqueta, el rap había vuelto al mundo virtual de Sean. Después de trabajar dieciocho horas, el cuerpo de Lottie no podía más, pero su cabeza todavía estaba activa.

En la cocina, le habían dejado un plato con dos trozos de *pizza*. Chloe había escrito una nota: «Te queremos».

Metió la *pizza* en el microondas y se llenó un vaso de agua. Amaba a sus hijos, pero a menudo no tenía tiempo para decírselo. Veía muy poco a Katie. Su hija de diecinueve años viajaba a diario a Dublín para ir a la universidad, pero incluso durante las vacaciones, nunca estaba en casa. Era el ojito

derecho de su padre y estaba muy deprimida desde que Adam falleció. Además, Lottie no sabía cómo relacionarse con ella.

Tras devorar su pastosa cena, subió las escaleras y se dirigió a su habitación, John Lennon. Chloe y Sean estaban en la cama. Cerró sus puertas y echó un vistazo a la habitación de Katie: vacía. Tendría que hablar con ella. Mañana, quizá.

* * *

Katie Parker estaba acostada en los brazos de su novio.

Su pelo le rozaba la nariz; intentó no estornudar y reprimió una carcajada. Él no parecía darse cuenta mientras daba una fuerte calada al porro que sostenía entre sus largos y finos dedos. Cuando se llenase los pulmones, se lo pasaría. Ella no debería fumar, pero quería impresionar a Jason desesperadamente. Con diecinueve años debería tener más cabeza. A su madre le daría un ataque si la viese. Y una mierda, mamá; siempre pregonando los peligros del alcohol y las drogas, pues tal vez deberías predicar con el ejemplo.

Katie acercó la boquilla a sus labios e inhaló el acre olor antes de aspirar con fuerza. Esperaba que su mente se aclarara, pero nunca había experimentado esa excitación.

—Esto es genial —dijo.

—Con calma. —Jason se incorporó y se apoyó sobre el codo—. No quiero que me potes encima.

Katie fijó la mirada en el techo y vio pequeñas estrellas pintadas. Bueno, asumió que estaban pintadas, de lo contrario es que estaba alucinando.

—¿Tienes estrellas pintadas en el techo?

—Sí. Un recuerdo de cuando era fan de Harry Potter.

—Me encanta Harry Potter —convino Katie—. Todo lo místico. Deseaba transportarme mágicamente a otro mundo. Sobre todo, desde que murió mi padre.

Jason se rio. Katie lo miró de reojo. Era muy guapo, con sus vaqueros de diseño y sus sudaderas de Abercrombie. Era muy afortunada. Ese día, cuando le propuso ir a su casa, casi se muere. Su casa cabría en el salón de él. Se

alegraba de que los padres de Jason no estuvieran, porque ella no habría sabido si arrodillarse o hacer una reverencia. Su habitación era alucinante, del tamaño de la suya, la de Chloe y la de Sean juntas.

El primer año de universidad era un tostón, pero él la había escogido de entre todas las chicas. Katie estaba flotando.

—Oye, déjame algo, avariciosa —exigió él.

Ella le devolvió el porro y, aunque notaba su brazo duro bajo su cabeza, también sintió algo de la suavidad de la almohada. Cerró los ojos. Definitivamente, estaba flotando.

Pues sí, si su madre la viera, le daría un infarto.

—Debería irme a casa. Ya son más de las doce —dijo intentando incorporarse.

—¿Qué pasa? ¿Eres Cenicienta o qué? —se rio Jason—. ¿Me convertiré en calabaza si no te llevo a casa?

—Va en serio. —Se levantó y empezó a buscar su chaqueta.

—Vale, aguafiestas, te llevo a casa —refunfuñó.

Katie lo besó en los labios. Ahora tenía alas.

* * *

Sean Parker contempló desde la ventana de su habitación cómo su hermana y su novio se abrazaban en la congelada entrada de la casa. Vio que se besaban bajo la luz de la calle y observó la sonrisa en la cara de Katie. ¿Cuándo fue la última vez que la había visto tan feliz?

No lo recordaba.

* * *

Lottie se dejó caer en la cama. Estiró el brazo y tocó el libro de Argos, aplastando el edredón; era su truco para mantener tensa la ropa de cama del lado de Adam. Había probado con la guía telefónica, pero no era tan efectiva como el libro de Argos.

Permaneció despierta, pensando en Susan Sullivan y en James Brown, intentando comprender en qué estarían metidos para merecer sus muertes.

En cuanto oyó a Katie meter la llave en la cerradura, se durmió.

11

El hombre se frotó la piel con caricias fuertes y uniformes.

Había hecho lo que tenía que hacer. Había que proteger los secretos. Él también debía ser protegido, al igual que otras personas, aunque todavía no lo supieran.

Se enjabonó el cuerpo, intentando eliminar el olor de la muerte. Lo hacía de manera lenta y metódica: desde la raíz de su pelo hasta las uñas de los pies, perfectamente cortadas. Salió de la ducha y se secó la piel con movimientos precisos.

Una vez seco, se dirigió desnudo a su habitación, se echó sobre las sábanas blancas y se quedó mirando el techo toda la noche.

* * *

1974

Ella sabía que lo que él hacía no era correcto, pero tenía miedo de contárselo a alguien. Él tenía un lugar secreto donde la llevaba muchos días después de clase. Durante las vacaciones, él la obligaba a llamarlo al menos una vez por semana y, a veces, la visitaba en su casa.

Su madre estaba encantada de tener un cura en su casa: sacaba la vajilla buena y le servía té y galletas. Cuando su madre hacía el té en la

antecocina, él le cogía la mano y la forzaba a meterla ahí debajo. A ella le horrorizaba cuando la obligaba a hacerlo; era casi peor que todo lo demás que le forzaba a hacer.

Una vez casi los pillaron cuando su madre volvió para preguntarle al cura si prefería pan integral en lugar de galletas. Él se giró rápidamente hacia la ventana principal, argumentando que estaba vigilando su coche por si algunos jóvenes vándalos lo rayaban.

Después de aquello, no volvió a verlo en un mes. Pensó que por fin había acabado todo, pero en realidad era el principio de una auténtica pesadilla: el cura le dijo a su madre que le había conseguido un trabajo por las tardes en su casa, barriendo y quitando el polvo, y que le pagaría un pequeño sueldo. Su madre estaba encantada.

Entonces, la niña supo que el horror sería diario.

A veces se bebía el whisky de su padre, que encontró en el armario de debajo de la televisión. Le quemaba la garganta, pero después de unos minutos le daba calor y atenuaba la realidad en la que vivía. Comía demasiado; su madre la regañaba siempre por su peso. Le habría gustado decirle «que te jodan», porque se lo había escuchado a una de las niñas del colegio y sabía que era una palabrota. Además, el cura también decía palabrotas a veces, cuando estaba dentro de ella. Lo odiaba. Estaba dolorida y sangraba. No le gustaba nada, pero sabía que ya era demasiado tarde para detenerlo. ¿Quién iba a creerla?

Las niñas del colegio la llamaban gorda. Gorda esto, gorda lo otro. Cuando se miraba al espejo, no reconocía la persona que le devolvía la mirada. Parecía el muñeco de Michelin, con la barriga cervecera asomando entre los botones de su nauseabunda camisa.

A veces lloraba hasta quedarse dormida. Básicamente se odiaba a sí misma y en lo que se había convertido. En lo que él la había convertido. Prometió que algún día le haría pagar por ello. No sabía cuándo ni cómo, pero un día llegaría su hora y ella estaría preparada. Él no había mostrado ninguna compasión, solo desprecio. Y ella haría lo mismo:

«Uno recoge lo que siembra», le decía a su reflejo en el espejo.

Día dos

31 de diciembre de 2014

12

El coche de Lottie arrancó milagrosamente al segundo intento. «Alguien allí arriba debe de quererme», le dijo al oscuro cielo matutino. Necesitaba tener la cabeza despejada, así que condujo hasta el trabajo.

Cuando llegó a Ardvale Road, giró a la izquierda en la rotonda, pasando la otrora ajetreada fábrica de tabaco con sus chimeneas sin humo. Lottie recordaba el acre olor que había en el aire antes de que la planta hiciese recortes de personal en el depósito de distribución. Echaba de menos aquel tufo; parecía definir el lugar donde vivía. Pero ahora ya no estaba, como muchas otras cosas.

Parada en el semáforo del puente de Dublín, se ensimismó con la vista panorámica de su pueblo cubierto de nieve, enclavado en un valle entre dos lagos pantanosos de la región central y en el que destacaba la catedral con dos capiteles a la derecha y el único capitel de la iglesia protestante a la izquierda. Entre las dos había un bloque de apartamentos de cuatro plantas con deformidades de construcción, desentonando con los edificios bajos de sus alrededores.

Históricamente, Ragmullin había sido una ciudad amurallada, pero ahora, los inútiles barracones militares eran objeto de vandalismo y se rumoreaba que iban a ser un centro para refugiados y gente que buscase asilo. Se construyeron en la parte más alta de la ciudad, más arriba del canal y las vías de tren. Los monjes del siglo XI que se asentaron aquí estarían orgullosos de que algunas calles todavía mantuviesen nombres en homenaje a estos hombres encapuchados. «Tampoco había mucho más de lo que sentirse orgullosos», pensó Lottie.

Antes de que cambiase el semáforo, contempló el horizonte una vez más y centró la mirada en los capiteles que sobresalían del entorno rodeado de árboles. Sus manos se volvieron blancas al agarrar el volante. Pensó en el control de la iglesia sobre las vidas de la gente de la ciudad en el pasado y en el efecto que aquellos hombres con sotana larga habían tenido en su propia familia. La campana de hierro fundido, colgada de un capitel, marcaba la sexta hora de la mañana y resonaba por las ventanas abiertas de su coche. No había escapatoria: Iglesia y Estado. Dos espinas en la historia de Ragnmullin y en la suya propia.

Lottie tomó dos profundas bocanadas de aire y el cristal roto del semáforo cambió a verde. Pisó el acelerador y el coche patinó, borrando casi la pintura del Micra rojo que había frente a ella; era el único coche que había cerca. Cruzó el puente y bajó por la calle helada, llena de baches y desierta, con los escaparates de las tiendas a oscuras. Se preguntaba cuántos secretos habría escondidos detrás, qué misterios estarían esperando a ser descubiertos y si finalmente habría alguien en Ragnmullin que osara intentar sacarlos a la luz.

* * *

Treinta hombres y mujeres estaban reunidos en la pequeña sala del caso.

Algunos se sentaron en sillas destartadas, mientras que otros permanecieron de pie hombro con hombro, hablando en voz alta; los olores corporales se mezclaban con los diversos perfumes, *aftershaves* y cafés. Lottie buscó algún sitio para sentarse y, al no encontrar ninguno, se apoyó contra la pared del fondo de la habitación. Vio a Corrigan con una pila de hojas enfrente de los detectives. Ella debería estar allí arriba.

Boyd se encontró con su mirada y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. A veces le provocaba esa reacción, justo cuando tenía planeado fruncir el ceño. Tan pulcro como siempre, vestido con un traje gris, la única concesión que le dio al mal clima fue un jersey azul marino sobre la camisa. Tal vez este era el «día de ser maja con Boyd». ¿Quizá? Quizá no.

Se bebió su café negro para aportarle energía a su mente cansada. Corrigan asintió en su dirección y Lottie se apresuró a ir hacia enfrente del salón antes de que Corrigan cambiase de opinión. Se volvió para mirar al equipo: los ojos de Kirby estaban enrojecidos, seguramente por el abuso de

whisky; Maria Lynch estaba radiante y llena de vida, y ¿cuándo no lo estaba? Boyd dejó de sonreír y se puso serio. El equipo estaba deseando ponerse manos a la obra, al igual que ella.

—Muy bien —empezó a hablar el comisario Corrigan, haciendo callar a la sala—. La inspectora Parker nos pondrá al día.

Todas las caras mostraban una gran expectación. El equipo era bueno, tenían confianza en sí mismos y en ella. Tenía que cumplir con su deber, y lo haría.

Dejó su taza en el escritorio y, bajándose las mangas de su camiseta, una costumbre que no podía evitar, informó a los detectives que estaban allí de los acontecimientos del día y la noche anteriores y delegó las tareas.

Cuando terminó de hablar, las sillas arañaron el suelo mientras una multitud de gente se levantaba. El sonido pasó de un zumbido a un parloteo en voz alta.

—Todo el mundo manos a la obra —gritó Corrigan sobre el estruendo.

Lottie juraría haber oído a Boyd murmurar: «A sus órdenes, mi capitán». Le dio un empujón para que saliese de la sala delante de ella, cogió su chaqueta y se fue a dar un paseo por la catedral. Tenía un testigo al que interrogar.

* * *

El padre Joe Burke la estaba esperando en la puerta. El cielo estaba triste y oscuro, y Lottie deseaba que el invierno acabase ya.

La nieve ocultaba la catedral, que ahora era una escena del crimen acordonada. Algunos espectadores matutinos se enfrentaban al clima para detenerse allí, santiguarse y dejar flores. Los dos guardas enfrente del cordón policial golpeaban el suelo con los pies; parecían congelados. Lottie se sentía igual.

Le dio la mano al padre Joe, envuelta en gruesos guantes.

—Suba a la casa para tomar una taza de té —ofreció amablemente.

—Eso suena genial —respondió Lottie mientras echaba un vistazo al anorak azul del cura. Tenía una capucha con pelo que le cubría las orejas—. Parece un agente del KGB —dijo Lottie, sonriendo.

Él la guio por el lateral de la catedral en dirección a la casa.

* * *

Dentro se estaba caliente. Los viejos calefactores de hierro rompían el silencio y los altos armarios de caoba arrojaban sombras por las paredes alicatadas del salón por el que el padre Burke llevaba a Lottie.

—¿Té o café? —preguntó mientras abría la puerta que daba a una habitación con una decoración similar a la del recibidor.

—Té, por favor. —Necesitaba sacarse el sabor del café de la oficina.

El cura llamó a una pequeña monja que apareció detrás de ellos. Se marchó soltando un suspiro para poner la tetera a hervir en algún lugar en las profundidades de la casa.

—Bueno, inspectora Parker, ¿qué puedo hacer por usted? —interrogó, sentado en un sillón de pie de garra.

—Quiero información, padre Burke —dijo Lottie mientras se quitaba la chaqueta y se sentaba frente a él.

—Llámeme Joe. No necesitamos formalidades, ¿verdad?

—Cierto. Entonces, llámeme Lottie.

Ella sabía que no debería permitir esta familiaridad, pues era un sospechoso. Fue el segundo en llegar a la escena del crimen, después de la señora Gavin, y se encontraba en la catedral cuando se produjo el asesinato. Pero, en algunas ocasiones, la informalidad ayudaba a la gente a bajar la guardia.

—He visto que tiene cámaras de circuito cerrado dentro y fuera de la catedral. Necesito acceso a las grabaciones.

—Por supuesto, pero no creo que le sean útiles: las cámaras exteriores no funcionan desde que se desplomaron las temperaturas antes de Navidad y las interiores enfocan a los confesionarios.

—¿Y eso por qué? —preguntó Lottie, advirtiendo un callejón sin salida.

—El obispo Connor las puso para que los curas podamos ver quién va a entrar, en caso de que nos atacasen.

—Un poco irónico, ¿no cree? —Elevó la mirada cuando la monja apareció con una vajilla traqueteando en una bandeja de plata.

—Y la webcam tampoco funciona. Normalmente transmite en directo desde el altar por la web de la parroquia. Como estamos en vacaciones, no hemos conseguido que alguien venga a arreglarla.

«Más información inútil», pensó Lottie.

El padre Joe le dio las gracias a la monja mientras dejaba la bandeja en la mesa. La mujer desapareció sin responder. Él echó el té y Lottie, la leche. Ambos bebieron de las delicadas tazas de porcelana.

—Necesito hacerle unas preguntas sobre ayer —dijo Lottie intentando ponerse en modo trabajo.

—¿Es un interrogatorio formal? ¿Necesito que venga mi abogado?

La pilló desprevenida, pero entonces se percató de que sonreía.

—No creo que sea necesario un abogado a estas alturas de la investigación, padre... eh... Joe —tartamudeó—. Solo intento esclarecer los hechos.

—Adelante, soy todo suyo.

Lottie sintió que se le enrojecían las mejillas. ¿Acaso estaba coqueteando con ella? Por supuesto que no.

El padre empezó a hablar:

—Oficié la misa de las diez, limpié el altar y guardé los cálices y el cuerpo de Cristo en el tabernáculo. La catedral estaba vacía para entonces. Normalmente algunas personas se quedan a rezar, pero creo que el frío pudo más que la religión. El sacristán acabó sobre las once menos cuarto y se fue a casa. Vine a casa a tomarme una taza de té y una hora después volví a la sacristía para escribir el sermón del próximo domingo. La señora Gavin llegó poco después de eso y empezó a limpiar. Acababa de rezar el Ángelus cuando la escuché gritar, así que debían de ser las doce del mediodía pasadas.

El cura hizo una pausa, como si estuviera rezando.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Lottie.

Hizo una nota mental para que alguien interrogase al sacristán. Probablemente otro ejercicio inútil, ya que se había ido antes del asesinato.

—Salí corriendo para ver a qué se debía el escándalo y me encontré a la señora Gavin. Pobre mujer, estaba histérica. Me agarró de la mano y me arrastró hasta el primer banco. Vi el cuerpo... la mujer... desplomada allí. Me incliné y comprobé si respiraba, pero sabía que estaba muerta. Dije el

acto de contrición y la bendije. Luego llamé a emergencias y llevé a la señora Gavin al altar, donde estuvimos sentados hasta que llegaron los gardas.

El rostro pálido del cura contrastaba con el negro de su jersey.

—¿Tocó algo que hubiera alrededor de la víctima? Mejor dicho, ¿la tocó a ella? —preguntó Lottie.

—Por supuesto que no. Pensé en tomarle el pulso, pero solo con mirarla supe que estaba muerta.

—Aun así, tendrá que venir a comisaría para un análisis de ADN. — Luego, añadió—: Para involucrarlo o descartarlo de la investigación.

—Entonces, *soy* sospechoso. —Juntó sus largos dedos debajo de su barbilla.

—Todo el mundo es sospechoso hasta que determinemos lo contrario. — Lottie intentaba leer cualquier cosa en sus ojos, pero no lo conseguía—. ¿Conocía a Susan Sullivan?

Esperó a ver su reacción.

—¿Era la víctima?

Lottie asintió. Su cara era serena.

—No, no recuerdo haberla visto antes. —Se quedó pensando un momento—. Hay mucha gente que viene a la catedral pero no va a misa. A veces rezan o encienden una vela. La parroquia de Ragmullin tiene más de quince mil personas, ya sabe.

—¿Hace visitas a domicilio?

—No, a menos que alguien esté enfermo y necesite un párroco. Visito los hospitales. También soy el capellán del colegio de secundaria de chicas. Hacemos la misa y escuchamos las confesiones, aunque muchos ya no se confiesan. —Sacudió la cabeza—. Bautizos, bodas, funerales, comuniones y confirmaciones.

—¿Es mucho trabajo?

—¿Qué parte? ¿O todo en general? —En su cara se dibujó una sonrisa.

Lottie se quedó callada. Recordaba que un cura fue a su casa para bendecir a Adam en su enfermedad, pero si hubiera sido el padre Joe Burke, se acordaría. Aunque, por aquel entonces, Adam estaba tan enfermo que quizá no se percató, no como ahora.

—¿Puedo preguntarle qué más hizo ayer por la tarde?

—Acompañé a la señora Gavin a casa y esperé a que llegase su marido. Volví y me quedé leyendo por la noche. Nunca había visto una tormenta de nieve así.

—Entonces, no salió afuera, ¿verdad?

—No, inspectora. ¿Por qué todas estas preguntas?

Lottie pensó en qué decirle, pero decidió ser honesta.

—Tenemos otra muerte sospechosa entre manos. Podría tratarse de un suicidio, pero no estamos totalmente seguros.

—No estaba de servicio anoche y no atendí ninguna emergencia. ¿Qué pasó? ¿Debería saber quién era?

—James Brown. Trabajaba con Susan Sullivan.

—No lo conozco. Que Dios ayude a su pobre familia. —El padre Joe entrelazó las manos y agachó la cabeza.

—De momento, no hemos encontrado ningún familiar cercano. Ni tampoco de Susan. Es como si una corriente de aire se los hubiera llevado y los hubiera dejado en Ragmullin.

—Preguntaré a la gente. Alguien tiene que conocerlos.

—Muchas gracias, aprecio el esfuerzo. —Lottie suspiró y se levantó, incapaz de pensar en algo que alargara su estancia allí—. Enviaré a alguien para que recoja las grabaciones de las cámaras. Vaya hoy a comisaría, le tomaremos una muestra de ADN de la boca y sus huellas dactilares. A medida que avance la investigación, volveré para hablar con usted.

Se puso la chaqueta.

—Aquí la esperaré —dijo, y la ayudó a meter el brazo por la manga. Esta vez, Lottie vio un cierto brillo en sus ojos.

Mientras le daba su tarjeta, le dijo:

—Si recuerda cualquier otra cosa, este es mi móvil.

—Ha sido un placer hablar con usted. Es una pena que haya sido en estas circunstancias.

—Gracias por el té. —Se puso también la capucha para protegerse de la nieve.

Cuando el cura cerró la puerta, Lottie se quedó quieta un momento, cegada por la blancura tras salir de la oscuridad del interior, e intentó analizar lo que acababa de pasar entre el padre Joe Burke y ella.

13

Boyd dio una larga calada al cigarro y exhaló.

—No tenemos nada —dijo.

Estaban de camino a las oficinas del ayuntamiento. Lottie deseaba que se callase. Estaba bien saber que no tenían nada, pero no hacía falta recordárselo.

—Comprobemos sus archivos —repuso ella—. Tiene que haber alguna conexión en sus trabajos. Los dos trabajaban en el departamento de planificación, que es un área muy polémica. No parecen tener nada más en común. Al menos de momento.

Boyd inhaló profundamente.

—¿Quizá tenían una aventura?

Lottie se detuvo y lo miró fijamente. Luego, siguió andando al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Y qué? Los dos estaban solteros, por lo que sabemos.

—Tiene que haber algo sórdido en el departamento de planificación —conjeturó él.

—*Ouch* —Lottie imitó a Homer Simpson—. Veamos qué podemos averiguar.

Boyd tiró el cigarrillo en la nieve y entraron al acuario de cristal.

* * *

El edificio era exageradamente silencioso. Unos pocos funcionarios paseaban

con la cabeza gacha al llegar a trabajar; la jovialidad de Año Nuevo había desaparecido. El equipo de la detective Maria Lynch estaba interrogando individualmente a todo el personal de la sala de la segunda planta. Lottie estaba deseando escuchar los resultados.

En la oficina de Sullivan, un técnico desbloqueó su ordenador. Lottie pensó que podría haberlo hecho ella misma después de encontrar la contraseña escrita debajo del teclado. Algunas personas nunca aprenden. Se sentó y empezó a revisar las carpetas. Detuvo el cursor en una que estaba marcada como privada. Sintió a Boyd tras su hombro.

—¿Por qué no empiezas por el ordenador de Brown? —sugirió Lottie.

Estaba siendo borde, pero es que la estaba poniendo nerviosa. Demasiado para el «día de ser maja con Boyd». Después de una hora de rastreo, Lottie alzó la vista y observó a Boyd de pie en el umbral de la puerta negando con la cabeza.

—No hay nada raro aquí —le informó ella—. Sus carpetas privadas tienen declaraciones de la renta y seguros médicos. Aunque algunas cosas pueden resultar interesantes. Por ejemplo, las actas de las reuniones de un grupo llamado «Residentes contra las urbanizaciones fantasma». Hay como un año de trabajo —añadió Lottie—. ¿Has encontrado algo en el ordenador de Brown?

—Nada que pueda entender.

—Necesitamos a alguien que sepa de estas cosas para averiguar si hay algo ilegal o sospechoso —dijo Lottie—. Voy a hablar con el administrador.

—¿Te acompaño?

—Intenta comprimir esos archivos, o como se diga, para llevarlos a comisaría. Haz algo útil.

Y salió de la habitación sin escuchar la réplica de Boyd.

* * *

A los cuarenta y cinco años, Gerry Dunne era el segundo administrador más joven del país.

Tenía unos ingresos presupuestarios millonarios y un presupuesto de capital en curva negativa debido a la recesión que afectó al desarrollo de

infraestructuras. Durante los años del Tigre Celta, supervisó desarrollos multimillonarios, como una enorme autopista que cruzaba el país. «Nada cómodo para los conductores en apuros», pensó Lottie mientras hojeaba el informe anual del ayuntamiento fuera de su oficina. La gente no podía permitirse el diésel, no podía permitirse los coches, no podía permitirse pagar los impuestos y algunos ni siquiera podían permitirse tener comida decente en sus mesas. Gerry Dunne seguía ganando sus más de cien mil euros anuales y Lottie estaba segura de que sería una de esas personas que cambian de coche cada año. Le pareció interesante leer la biografía de Dunne mientras esperaba a que le dejaran entrar en su oficina. Pensó en su menguante cuenta bancaria y se avergonzó.

Una secretaria la hizo pasar. Su oficina era el doble de grande que la de James Brown y hacía frío dentro. La nieve se había quedado en el alféizar de la ventana y se formaban imágenes místicas en el cristal, donde el viento había soplado los copos. Un ordenador portátil y un teléfono interconectados eran las únicas imperfecciones en su escritorio de madera lisa.

—Haré lo que sea necesario para ayudar, inspectora —dijo Dunne. Sus rasgos marcados estaban arrugados por el estrés y tenía una boca hundida hasta la barbilla. Su pelo corto y oscuro tenía mechones grises que le tapaban las orejas.

—Estamos todos conmocionados por estas muertes —añadió. Sus ojos parecían penetrar las profundidades del alma de Lottie. Lo compadecía si podía leer lo que había escrito en ella. Hubo un tiempo en el que estos interrogatorios no la afectaban, pero eso era entonces. Ahora, su vida había cambiado—. Dos miembros apreciados de nuestro personal en un día. No puedo ni pensar en ello.

—¿Hay algo relacionado con el trabajo que pudiera llevar a alguien a matar a Susan? O, por supuesto, a James, aunque debo decirle que su muerte está clasificada como suicidio por ahora.

Observó la cara de Dunne y no advirtió ninguna reacción.

—Ambos se encargaban de las solicitudes de construcciones. De vez en cuando se veían sometidos a mucha presión por parte de políticos y promotores. Inspectora, le aseguro que mis empleados tienen una moral muy ética.

Hablaba despacio y comedido, como si fuese un discurso preparado.

—¿Recibieron alguna amenaza? —preguntó.

—Sí, claro. Y otros miembros de la plantilla también. Durante los años del Tigre Celta, los promotores invirtieron millones de euros en compra de terrenos. Consiguieron permisos para construir urbanizaciones enormes, centros comerciales, polígonos y demás para sacar provecho. Al final, esa gente lo perdió todo. Otros, en cambio, hicieron una fortuna.

—¿Cómo se hicieron estas amenazas?

—Por teléfono, por carta... —Se encogió de hombros y añadió—: Yo una vez recibí una bala en un ataúd en miniatura.

Lottie recordó el incidente.

—¿Y todas estas amenazas se denunciaron?

—Sí, por supuesto. Ustedes deben de tener los informes.

—Estoy segura, pero lo comprobaré de todos modos.

—Sí, inspectora, hágalo —dijo Dunne con los labios tensos, dando por finalizado ese asunto.

¿La estaba regañando? «Cálmate, Lottie», se dijo a sí misma. Dunne era complicado de leer. Al menos Corrigan gritaba y rugía, y eso la ayudaba a saber por dónde tirar con él.

—Necesito acceder a los archivos de construcción actuales. Sé que me dirá que son confidenciales, pero...

—Al contrario —la interrumpió—. Toda la información de construcción es de dominio público. Le aseguro que tiene acceso. ¿Eso es todo?

—¿Dónde estuvo ayer al mediodía?

—Volví pronto por la mañana después de pasar unos pocos días de vacaciones en Lanzarote con mi mujer, Hazel. Creo que el nuestro fue el último vuelo que despegó antes de que cerrasen el aeropuerto debido al clima. Cuando llegué a casa, me quedé allí.

—¿Hazel podría corroborarlo?

Su sonrisa resaltó sus blancos dientes. No apartó los ojos de Lottie.

—Estoy seguro de que sí.

Madre mía, una barracuda con un traje de raya diplomática. Que Dios ayude a los otros peces del acuario. Lottie se marchó en busca de Boyd.

* * *

La sonrisa de Dunne desapareció en cuanto la inspectora salió de su oficina. Se quedó mirando el río congelado bajo la ventana de su despacho.

No era estúpido. Sabía que ella había hecho una valoración de su carácter en el poco tiempo que había estado con él. Seguramente no le gustó lo que encontró. No le importaba; él tampoco se gustaba mucho a sí mismo.

Dos de sus empleados habían muerto, lo que atrae la atención en un momento en el que él deseaba ser lo más invisible posible.

La máscara de autocontrol, que tan bien llevaba puesta, se rompía en pequeños pedazos. Se volvió a sentar en su escritorio, intentando mantenerse firme. Se cubrió la cabeza con las manos temblorosas, deseando estar otra vez en Lanzarote.

14

Boyd se esforzaba por mantener el coche derecho y Lottie se agarraba por si chocaban contra la cuneta. Era un conductor experto. Buen trabajo.

—Veintidós —soltó Lottie mientras se frotaba los fríos dedos por la frente, pronunciando todavía más su ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó Boyd.

—Árboles en el lado izquierdo de la avenida.

—Y eso quiere decir... ¿qué, exactamente? —interrogó Boyd mientras detenía el coche.

—Solo era una observación. Ya está —respondió Lottie. ¿Por qué estaba estresada? El día acababa de empezar. Salió del coche.

Una furgoneta de los Técnicos de la Garda, un coche patrulla y otros dos coches estaban aparcados en el patio, enfrente de la casa de James Brown. A la luz del día, Lottie observó la casa de piedra, cubierta de hiedra cargada de nieve. Dominaba todo el recinto. Un árbol sin hojas, con un hito de piedras rodeando sus raíces, brotaba del centro del congelado suelo adoquinado. «Parece solitario», pensó Lottie. A su derecha, el roble, sin el cuerpo que se balanceaba de su rama la noche anterior, formaba sombras amenazantes. La patóloga forense había venido y se había ido.

Se pusieron ropa de protección, se cubrieron los zapatos y entraron en la casa. Desde el salón con azulejos hexagonales blancos y negros, se dirigieron a la sala de estar. Vigas de madera atravesaban el techo y las paredes estaban desnudas y blanqueadas. Una mesa redonda con cuatro sillas se encontraba en el centro del salón y un sofá de tela color crema daba a una acogedora

chimenea. Los ladrillos rojos subían por la campana y llegaban hasta la ventana. Cada rincón del salón reflejaba sencillez en todo su esplendor; estaba ordenado y limpio. Había velas blancas esparcidas por el suelo frente a la chimenea, algunas derretidas. Lottie olía la cera: no eran de vainilla o de jazmín. Dedujo que las velas tenían otro propósito que el de transmitir un aroma agradable.

La habitación parecía llena con dos investigadores forenses y un par de policías, además de ella y Boyd. Nada parecía estar fuera de lugar, y tampoco había señales de pelea.

—Aquí ya hemos acabado —informó Jim McGlynn a Boyd, ignorando a Lottie.

—Gilipollas —murmuró ella, interpretándolo como una falta de respeto.

—Te he oído —susurró Boyd.

—¿Has encontrado algo que deberíamos saber? —preguntó Lottie a McGlynn.

—Hemos tomado huellas dactilares y muestras para hacer comparaciones. Eso si encontráis algo con que compararlas. No hay nota de suicidio.

Ella asintió y se dirigió a la cocina, que era pequeña y compacta. Abrió la nevera y encontró envases de papillas orgánicas entre la comida. La cerró e inspeccionó la encimera: el fregadero vacío, un bol de desayuno, y una taza y una cuchara en la escurridera. No había microondas. La cocina estaba limpia y ordenada. Estaba claro que James Brown no tenía hijos adolescentes que la saquearan.

Boyd estaba en la puerta del dormitorio, observándolo. Lottie se unió a él y soltó una bocanada de aire.

—¿Qué demonios...?

—Eso digo yo.

—Y yo que pensaba que Brown era un aburrido cuando hablé ayer con él.

Lottie exploró el pequeño dormitorio: era agobiante, con un armario de madera, una cómoda y una cama con cuatro doseles y un edredón de seda negro. Fotografías a tamaño natural de hombres desnudos en diferentes estados de excitación cubrían cada centímetro de la pared.

—McGlynn podría habernos advertido —resopló Lottie.

Miró hacia arriba y vio que Boyd hacía lo mismo. En el techo, sobre la

cama, colgaba un espejo cuadrado que se suspendía del techo con cadenas.

—Hugh Hefner no es más que un aficionado comparado con este tío —dijo Boyd.

Un portátil, abierto sobre la cama, estaba medio tapado por las sábanas de seda negras. Tenían su portátil del trabajo, pero este debía de ser el personal. Lottie apretó la tecla Enter con el bolígrafo de su libreta y la pantalla cobró vida: apareció una web pornográfica. Obviamente, Brown no esperaba que nadie salvo él accediera. El contenido era gráfico, pero solo había adultos, no niños. Lottie había visto cosas peores a lo largo de su carrera.

—¿Vas a seguir mirándole los huevos a ese tío? —Boyd observaba las fotografías.

Incómoda por violar los secretos de un difunto, Lottie cerró de golpe el portátil y se lo puso bajo del brazo. El equipo técnico investigaría sobre ello. Boyd empezó a buscar en los cajones y Lottie entró en un pequeño cuarto de baño.

Había una botella de colonia en el estante sobre el lavabo, un tubo de pasta de dientes y un único cepillo en un vaso en la ventana. Le inundó un sentimiento de compasión hacia Brown. Volvió a reunirse con Boyd.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Muchas cosas —contestó Boyd—. Pero nada que nos pueda indicar un motivo de asesinato, a menos que a alguien no le gustasen sus tendencias sexuales. Sigo pensando que se suicidó.

—Todo está demasiado limpio —expuso Lottie, confundida—. De momento, el denominador común entre las víctimas es su lugar de trabajo. Tiene que haber algo que conecte a Susan Sullivan y a James Brown.

Boyd se encogió de hombros. Salieron de la casa y se quitaron el uniforme de protección.

—¿Quieres conducir? —ofreció Boyd, reprimiendo un bostezo.

—¿Tú qué crees? —contestó ella mientras se sentaba en el asiento del copiloto—. Pon la calefacción, estoy congelada.

—¿Y yo no?

Puso en marcha el coche y le dio un golpe al guardabarros de uno de los coches patrulla al dar marcha atrás.

—¿Qué te pasa? —indagó Lottie—. ¿Algo de lo que hemos visto te ha

excitado?

Boyd no respondió.

Lottie cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la ventanilla. Tal vez debería enviarle un mensaje a Chloe para que encendiera la calefacción. O tal vez no. Si tenían frío, ya la encenderían ellos. Que la apagaran sí que sería un problema.

Sonó su teléfono.

—Inspectora, ¿sabe que encontramos el móvil de Brown en su maletín? —preguntó Kirby.

—Sí. Continúa.

—Hemos averiguado sus últimas llamadas.

—¿Hay algo inusual o recurrente? —Lottie esperaba que tuvieran alguna pista. Necesitaba encontrar algo rápido.

—Lo están analizando ahora mismo. El último número al que llamó antes de su muerte fue al de Derek Harte, pero el penúltimo es más interesante.

—Tú dirás.

—Duró 37 segundos.

—Kirby, no estoy para juegos. ¿A quién llamó?

—A Tom Rickard.

Lottie se quedó pensativa un momento.

—¿De Construcciones Rickard? Ese nombre aparecía en los archivos de urbanizaciones fantasma del ordenador de Susan. Todavía recuerdo el escándalo de hace unos años, cuando le dieron permiso para derribar el viejo banco de Main Street y construyó aquella monstruosidad de oficina central.

—Según tu informe, James Brown realizó la llamada unos cuatro minutos después de que concluyeras tu entrevista con él —la informó.

—Gracias, Kirby. —Lottie colgó.

—Supongo que nuestra siguiente parada es Tom Rickard —dijo Boyd.

—Voy a enfrentarme a él yo sola.

—¿No debería ir contigo?

—Conozco a este tipo de gente, créeme. Es mejor que vaya sola. También quiero recoger el impreso de las llamadas en comisaría.

La visibilidad era cada vez peor. A Boyd le costaba seguir la carretera.

—Menuda manera de pasar la víspera de Año Nuevo —remarcó Lottie

mientras se inclinaba para subir la calefacción. Cerró los ojos cuando Boyd blasfemó.

15

—Señor Rickard. Espero que pueda dedicarme unos minutos de su tiempo.

Lottie siguió a Rickard cuando este pasó por su lado en dirección al ascensor de cristal.

—Usted es Tom Rickard, ¿verdad? —Entró tras él.

—¿Todavía sigue aquí? —replicó él.

Lottie se cruzó de brazos, sin ceder ni un ápice.

—Necesita cita previa —dijo mientras apretaba el botón con su dedo rechoncho para mantener la puerta abierta.

Lottie le puso su tarjeta de identificación en la cara.

Rickard la miró y sonrió con suficiencia.

—Debería haberla reconocido, inspectora, pero se la ve diferente en las fotos del periódico.

—Necesito hacerle algunas preguntas. —Lottie invadió su espacio.

—¿En serio? —repuso él—. Estoy muy ocupado, pero ya que está aquí, le puedo dedicar dos minutos.

Pulsó el número 3 del panel del ascensor. Las puertas se cerraron y el ascensor subió rápidamente. Su despacho ocupaba la mayor parte de la tercera planta.

Muy a su pesar, Lottie admiró el gusto del hombre: el espacio era moderno y poco cargado, con colores cálidos y brillantes que quedaban a la perfección con el pulcro personaje que tenía enfrente.

Rickard se quitó el abrigo de cachemira, lo colgó en un perchero de

mármol y se sentó tras su escritorio, señalando una silla para que Lottie hiciera lo mismo. Ella no sabía nada de ropa de diseño, pero calculaba que aquel abrigo costaría por lo menos una semana de su sueldo, o quizá dos. Era otro mundo.

Su traje gris tenía pliegues cosidos a mano y el chaleco con doble botonadura contenía su gran panza. Lottie estimó que Rickard mediría alrededor de metro noventa y tendría cincuenta y tantos años. Tenía el pelo rojizo, liso y bien peinado, y los dientes eran tan blancos que parecían barnizados. Una camisa azul y una corbata gris oscuro completaban su *look* de ejecutivo. Lottie quería pensar que no era atractivo, pero lo era; su marcada mandíbula y sus ojos brillantes le recordaban a Robert Redford.

—Estoy muy ocupado. —Se inclinó sobre el escritorio y apoyó sus manos en él—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Señor Rickard —empezó a decir Lottie en voz baja. Ajena a su ocupada agenda, ella iba a tomarse su tiempo—. ¿Está al corriente de la sospechosa muerte que se produjo ayer en la catedral?

—Lo vi anoche en las noticias. Muy trágico. —Se reclinó en la silla, poniendo distancia entre ellos—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¿Puede decirme qué hizo ayer entre las once de la mañana y las ocho de la noche?

Observó fijamente a Rickard. Su expresión era como la de un camaleón: pasaba de engreído y pretencioso a interrogativo y desconcertante.

—¿Por qué? Ni siquiera conocía a la víctima.

—¿Está seguro?

—No al cien por cien, porque conozco a mucha gente debido a mi negocio. Es imposible recordar a todo el mundo.

—Se lo preguntaré otra vez. ¿Podría decirme qué hizo ayer, en particular desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche?

Lottie empezaba a disfrutar de este encuentro. Tal vez estaba aferrándose a un clavo ardiendo, pero el lenguaje corporal tan alterado de Rickard le sugería que debía continuar.

—Tendré que comprobar mi agenda —respondió a regañadientes.

—Estamos hablando de ayer, no del año pasado. Seguro que sabe dónde estuvo, qué hizo y con quién.

—Viajo por todo el país, por todo el mundo. Ayer podría haber estado en Wall Street, en Nueva York.

¿Estaba ganando tiempo o elaborando una red para hilar una historia? Lottie no tenía la menor duda de que Tom Rickard no estaría fuera de lugar en Wall Street.

—Deje de malgastar su tiempo y el mío —advirtió Lottie—. El aeropuerto de Dublín está cerrado desde ayer por la mañana debido a la nieve. Así que invéntese otra cosa.

Tras encender su iPad, pulsó el icono de su agenda y marcó la fecha. Lottie echó un vistazo sobre el escritorio, intentando leer las letras del revés.

Levantaron la cabeza a la vez y ambos se retaron con la mirada.

—Fui de un lado a otro. Le pedí a mi asistente personal que cancelase una reunión en Dublín debido al mal tiempo, así que hice varias visitas.

Notó cierta insolencia en su voz.

—¿Alguien podría corroborarlo?

—¿Corroborarlo? —Rickard se echó a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Nada, inspectora. ¿Soy sospechoso?

—Solo intento establecer si tiene una coartada creíble.

—*Mmm...* No había nadie en ningún sitio. Por el tiempo, ya sabe. ¿Corroborarlo? —repitió—. Lo dudo.

—Necesitaré una lista de esos lugares.

Rickard se encogió de hombros.

—¿Algo más?

—Recibió una llamada ayer por la tarde —dijo Lottie, cambiando el curso de la conversación.

Rickard se removió en la silla.

—¿Qué llamada?

—La llamada que James Brown le hizo poco antes de morir.

—¿Está muerto? —exclamó Rickard con los ojos muy abiertos. Pareció que reorganizaba sus pensamientos—. No conozco a ningún James Brown y, desde luego, no recibí ninguna llamada suya.

—Buen intento.

Lottie sacó el trozo de papel arrugado de su bolsillo. Lo estiró sobre el

escritorio y alisó los pliegues con los dedos. Se tomó su tiempo. Cogió el bolígrafo plateado del hombre y subrayó la penúltima línea de dígitos; el resto de números estaban tachados.

Dándole la vuelta para que lo leyera, preguntó:

—¿Es este su número?

—Eso parece.

—Es su número. Sabe que es su número. ¿Qué hacía James Brown llamándole poco antes de que presuntamente se anudara una cuerda alrededor del cuello y se ahorcara?

Rickard no se inmutó.

—No voy a negar que puede que tuviera negocios con Brown en el pasado. Lamento que haya muerto, pero no me eche la culpa a mí, inspectora.

—No intento culpar a nadie. Solo he hecho una simple pregunta.

—Puede que me llamase por error. No lo sé. —Se encogió de hombros.

—La llamada duró 37 segundos.

—¿Y?

—Conseguiré una orden para su registro de llamadas.

—Hágalo. Ya hemos acabado. Tengo trabajo importante que hacer.

Lottie vio cómo Rickard comenzaba a abrir y cerrar cajones de su escritorio, intentando echarla con sus acciones. Ella se levantó.

—Volveré, señor Rickard.

—No lo dudo —replicó—. No tengo la menor duda.

—Feliz Año Nuevo —le deseó Lottie, y salió del despacho antes de que él contestara. Al entrar en el ascensor, se dio cuenta de que había entrado en conflicto con Tom Rickard. Probablemente eso no era algo positivo.

* * *

Rickard miró fijamente la puerta cerrada, en silencio. Cogió el papel con las llamadas tachadas que Brown hizo el último día de su vida. Observó su propio número, toscamente subrayado.

Ahí estaba, en blanco y negro. Fecha, hora y duración.

Resopló y tiró el papel a la papelera.

Tenía mucho que perder. Que intenten probar que habló con Brown. Él lo

negaría una y otra vez.

Marcó un número de marcación rápida en su teléfono.

—Tenemos que reunirnos otra vez.

16

—Brown podría haber sido víctima de chantaje, a juzgar por lo que vimos en su dormitorio —sugirió Boyd a Lottie cuando volvió a la comisaría.

Ella permanecía de pie, demasiado nerviosa como para sentarse.

—¿Por tener fotos de hombres desnudos en la pared de su dormitorio? Vamos, Boyd. No se le puede chantajear por eso. —Empezó a dar vueltas por el pequeño despacho. Estaba cogiendo el hábito de Corrigan.

Había entregado el portátil de Brown a los técnicos para que lo analizaran y había enviado a un detective a investigar las denuncias por amenaza de los de planificación. Lottie todavía tenía que interrogar a Derek Harte, quien había encontrado el cadáver de James Brown. Se preguntaba quién era y qué estaría haciendo en casa de Brown. Había pedido a Lynch que lo encontrase después de que este no se hubiese presentado a la cita que tenían a las diez de la mañana.

—Alguien, quien sea, que organice una orden judicial de sección 10 para el registro de llamadas de Tom Rickard —ordenó Lottie—. Y que compruebe cuándo se celebra el próximo Tribunal del Distrito. Tenemos que avanzar.

—Siéntate, me estás poniendo nervioso —dijo Boyd.

Se sentó.

Entonces, sonó el teléfono del escritorio.

—Buenas tardes, inspectora —saludó la patóloga forense—. ¿Podría venir a Tullamore? Sé que el tiempo es horrible, pero hay algunas cosas que creo que debería ver.

—Por supuesto.

—Tengo listos los informes preliminares.

—¿Puede enviármelos?

—Hay algo que quiero enseñarle.

—En media hora estoy allí.

—¿Alguna novedad? —se interesó Boyd.

—Cómprate una vida —contestó Lottie. Él había escuchado la conversación entera—. Ojalá tuviese mi propio despacho otra vez. —Se puso la chaqueta.

—Sigue soñando —replicó Boyd.

Dios, cada día que pasaba le recordaba más a su madre. Se abrochó rápido la chaqueta y por poco no se engancha el cuello.

—¿Adónde vas?

Lottie no respondió y salió dando un portazo.

—Mujeres —dijo Boyd.

—¡Te he oído! —gritó Lottie.

Un minuto después, regresó tras ver el estado de la carretera.

—Boyd.

—¿Sí, inspectora?

—¿Me puedes llevar a Tullamore?

Estaba volviendo a su oficina cuando vio al adolescente que se dirigía al bar de Danny. Tenía que seguirlo. El interior tan oscuro del bar lo ayudaba a pasar desapercibido. Vio que el joven se acercaba a una chica, la besaba en la boca y se quitaba el abrigo.

El hombre pidió una pinta de Guinness, se sentó en la barra y se posicionó de tal manera que pudiese ver a la joven pareja. El joven se colgó el abrigo de un brazo y rodeó la estrecha cintura de la chica con el otro. Pero el hombre no estaba interesado en la chica. Se aflojó la corbata y siguió observando.

—¿Va a bebérsela o a regalarla? —le dijo el camarero con una sonrisa.

El hombre frunció el ceño, cogió su pinta y dio un trago antes de continuar mirando los delicados rasgos del chico. Estiró las piernas bajo la barra para ocultar su duro músculo bajo la cremallera de los pantalones. Tenía muchas cosas que hacer, pero por ahora lo único que quería era sentarse, mirar e imaginar qué se sentiría al tener aquella carne fresca entre sus manos.

Jane Dore, la patóloga forense, saludó a Lottie y a Boyd. Unas diminutas gafas se apoyaban en su nariz y sus ojos verde oscuro miraban a través del cristal. Una elegante falda azul marino se ceñía a su pequeño cuerpo y una blusa azul le llegaba al cuello. Calzaba unos zapatos de tacón muy algo. Lottie sentía que iba mal vestida con su chaqueta, sus vaqueros y una blusa de manga larga con una camiseta térmica debajo. Se había pasado los cuarenta kilómetros de viaje a Tullamore en silencio. Boyd cantaba la música que sonaba en la radio, desafinando, y, aunque a ella le resultaba muy molesto, no dijo nada. A veces esa era la mejor manera de aguantar el humor de Boyd.

—Bienvenidos a la Casa de los Muertos —dijo Jane Dore, y le tendió su pequeña mano a Lottie.

Ella le devolvió el apretón.

—Llámame Lottie. ¿La Casa de los Muertos? —inquirió.

—Un regreso a los viejos tiempos. Venid. —Jane los guio por un pasillo estrecho.

Lottie la siguió con la esperanza de que el intenso olor a desinfectante ayudase a enmascarar el aroma a muerte, aunque lo dudaba. Boyd se puso en marcha tras ellas.

La patóloga abrió una puerta batiente y entró en una habitación con azulejos blancos que iban desde el suelo hasta el techo. Había tres mesas de acero inoxidable en el centro, dos de ellas con un cuerpo tapado con una sábana de algodón blanco encima. «Susan Sullivan y James Brown», asumió Lottie. Advirtió reflejos en los armarios de acero y retrocedió cuando vio su

propia imagen distorsionada.

Jane Dore se sentó en un taburete alto en la esquina y encendió un ordenador.

—A este ordenador le cuesta años despertarse —se quejó.

—Mientras sea lo único que se despierte... —dijo Lottie, intentando aligerar la tensión del ambiente. Boyd arqueó una ceja, cruzó los brazos y no dijo nada.

La patóloga golpeaba el banco con sus uñas pintadas de rojo. Lottie cogió otro taburete y se sentó en silencio, esperando a que el ordenador les llevase al ciber mundo.

—¿Ha pasado algo inesperado? —preguntó mientras Jane introducía la contraseña. Esta mujer no necesitaba anotársela debajo del teclado.

—La causa de la muerte en ambos casos fue asfixia debido a estrangulamiento —respondió—. Prácticamente no hay evidencias de heridas de autodefensa en el cuerpo de Sullivan. Hay rasguños en los dedos de Brown y contusiones en el cuello, alrededor de la ligadura, como si hubiese intentado quitarse la cuerda. Además, encontré un poco de fibra azul de nailon bajo sus uñas. He enviado todas las fibras y cabellos al laboratorio forense, también tienen la cuerda. Tiene una leve contusión en la base del cráneo. No sé qué la causó y, hasta que no tenga los resultados forenses, no podré determinar si su muerte fue un suicidio.

Lottie estaba orgullosa de su instinto. Todavía podía estar equivocada, pero estaba casi segura de que Brown no se había suicidado. Algo le decía que había alguien más la noche anterior.

—Sullivan estaba muy mal... —La patóloga se detuvo a mitad de frase para colocarse bien las gafas—. Y puede que hubiera dado a luz, aunque no estaré segura al cien por cien hasta que realice más pruebas en el tejido que extraje.

—¿Por qué no puedes estar segura? —preguntó Lottie.

—Su sistema reproductivo es un desastre. Estaba en fase avanzada de cáncer de ovarios. Ambos ovarios tienen tumores del tamaño de mandarinas y tiene otro en el útero.

—Lo del cáncer se me pasó por la cabeza —comentó Lottie al recordar la oxiconona que encontró en el botiquín de la víctima.

—Es posible que confundiera los síntomas con la menopausia —dijo

Jane.

—Ella lo sabía —afirmó Lottie, convencida.

—El cáncer de ovarios es silencioso. Los síntomas aparecen cuando el cáncer ya está avanzado. A Sullivan le quedaban semanas de vida, pero alguien se la quitó antes.

Lottie recordó el día en que Adam recibió su diagnóstico. ¿Susan había pasado por la misma situación traumática con su médico? ¿Cómo reaccionó? ¿Se tomó las cosas con calma y de manera digna, como Adam, o le gritó al médico, como hizo Lottie?

—¿Estás bien? —interrogó Dore con las cejas arqueadas y con preocupación.

—Sí, estoy bien. Estaba pensando en otra cosa.

Lottie se recompuso rápidamente, anteponiendo la profesionalidad a sus emociones personales. Le dieron ganas de aporrear el ordenador con el dedo; estaba tardando mucho. Pero tenía las uñas mordidas e irregulares, así que desechó la idea.

—Por fin —dijo la patóloga cuando el programa arrancó y aparecieron unos tonos verdes en pantalla.

Tecleó el nombre de Susan Sullivan y aparecieron muchas líneas de texto y unos cuantos iconos. Clicó y una imagen del cadáver de Sullivan ocupó toda la pantalla.

—Aquí podéis ver las marcas de la ligadura, una muesca profunda en el tejido. Es de un alambre de plástico muy fino. Esto es congruente con los auriculares del iPod que se encontraron alrededor del cuello de la víctima. Se están haciendo análisis en el laboratorio para confirmar que sea el arma del crimen. Un tirón rápido, apretando durante unos quince o veinte segundos, y la víctima está muerta.

—¿El asesino sería un hombre?

—No necesariamente. Si se usa la fuerza necesaria en la zona correcta, podría haber sido un hombre o una mujer. No hay demasiadas contusiones en el cuello, así que no opuso mucha resistencia.

Lottie observó cómo la patóloga movía el cursor hacia abajo y lo detenía sobre el muslo superior.

—¿Qué es eso? —preguntó Lottie, entrecerrando los ojos para ver la

pantalla.

—Creo que es un tatuaje casero. Tinta india que se echa en la piel y se pincha repetidamente con una aguja. Parecen líneas en un círculo, no muy claras. Está mal dibujado y es bastante profundo, como si estuviera hecho con un cuchillo y, luego, lo hubieran embadurnado en tinta. Os lo mostraré —dijo—. Poneos esto.

Sacó unos guantes de látex de un cajón de abajo y se los dio a Lottie y a Boyd. Bajó del taburete, se acercó a la mesa más cercana con pequeños y elegantes pasos y retiró la sábana, dejando expuesto el cuerpo desnudo de Susan Sullivan. Tenía una incisión con forma de Y en el pecho, cosida toscamente con un hilo grueso.

Lottie se estremeció. ¿Era eso lo que le habían hecho a su Adam? Al haber fallecido en casa, necesitaron que el enterrador colocase su cuerpo en una caja de acero y llevase a Adam al hospital para hacerle la autopsia. En aquel momento estaba demasiado consternada para oponerse. Ahora no quería volver a pensar en aquello, así que se concentró en lo que la patóloga les estaba explicando.

Jane Dore movió una de las piernas de la víctima y señaló la parte interior del muslo de la mujer.

—¿Veis? —Les mostró una marca en el muslo interno.

Lottie cambió el peso de un pie a otro, intentando calmar su ansiedad. Se inclinó para ver mejor. El pubis de la mujer estaba casi en su cara.

—Sí, lo veo —murmuró. Boyd se mantuvo detrás de ella.

—Ahora mirad esto.

En la segunda mesa, Jane retiró la sábana del cuerpo. James Brown estaba allí, más blanco de lo que jamás había sido en vida, también con puntos de sutura en el pecho. La patóloga le separó las piernas.

Lottie contempló una marca comparable a la del tatuaje en el muslo de Sullivan; ambos estaban en lugares similares. Pero este tenía una forma más ovalada, como si la mano del que lo dibujó se hubiese resbalado.

—He enviado muestras de la tinta al laboratorio para que las analicen. Esperad sentados los resultados.

—Estoy seguro de que esto no es un rito del ayuntamiento —apuntó Boyd.

—Hoy en día no me sorprendería nada —replicó Lottie.

—En mi opinión, estas marcas se hicieron hace unos treinta o cuarenta años. El crecimiento de la epidermis y la tinta desvanecida lo atestiguan.

Lottie abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor. Era una conexión importante entre Susan Sullivan y James Brown, además de su trabajo.

Jane Dore imprimió las imágenes de los tatuajes.

—Feliz cacería —dijo mientras se las daba a Boyd.

Respirando por la nariz, Lottie expulsó el aroma de la carne en descomposición. Se quitó los guantes y los tiró a una papelera esterilizada que había bajo un banco. La patóloga se dirigió al ordenador e imprimió sus informes preliminares.

Cuando acabó, se los entregó a Lottie y volvió a los cadáveres para etiquetarlos, meterlos en bolsas y hacer lo que sea que hace una patóloga para terminar las autopsias. Lottie no quería saber nada de eso. Hojeó los informes mientras seguía a Boyd y no pudo evitar preguntarse si Susan Sullivan tenía un hijo en alguna parte.

—Averigua quién era el médico de Sullivan —ordenó a Boyd.

Al oír el repiqueteo de unos tacones, se dio la vuelta y vio que Jane Dore estaba tras ella. Demasiado cerca. Le entró un cosquilleo por la espalda: se sentía más incómoda con los vivos que con los muertos. Contrólate, Parker.

—Voy a por algo de comer. ¿Quiere acompañarme?

—Lo siento —se disculpó Lottie—, Boyd y yo tenemos que volver a Ragnullin. ¿Lo dejamos para la próxima?

—Espero que no haya una próxima. No sé si me sigues.

Lottie sonrió. Fue el único intento de la otra mujer de mostrar algún tipo de humor.

19

La luz estaba encendida, lo que hacía que resultase difícil diferenciar entre día y noche. Lottie asumió que era primera hora de la tarde, a juzgar por los ruidos de su estómago. No habían perdido el tiempo en irse de Tullamore. Ya había visto suficiente de la Casa de los Muertos.

Derek Harte estaba sentado en la sala de interrogatorios, sin ventanas y sin oxígeno. Había estado en la casa de James Brown la noche en que murió, había llamado a emergencias y había esperado. Treinta y muchos, pelo liso y castaño cortado por encima de las orejas y bien afeitado. Sus ojos verdes, hundidos como brasas calcinadas, estaban apagados en su cara pálida. Desprendía un olor masculino, y Lottie se preguntó si intentaba esconder su *look* femenino con colonia. Llevaba una fragancia que parecía hecha para otra persona. Debajo de su chaqueta North Face negra, la capucha de una sudadera roja asomaba por su robusto cuello.

Había cámaras y micrófonos incrustados en las paredes. La grabadora de DVD estaba encendida. Sin mayor preámbulo, Harte comenzó a hablar:

—James y yo nos conocimos el pasado junio. —Cerró los ojos al recordarlo y un amago de sonrisa apareció en sus delgados labios.

Lottie empatizó con él. Los recuerdos fugaces que generaban sonrisas escondidas y lágrimas inesperadas podían aparecer en los momentos más inoportunos. Ella lo sabía demasiado bien.

—¿Dónde lo conoció? —interrogó.

—Es muy delicado. —Levantó la mirada para encontrarse con la de Lottie.

—Todo lo que diga será tratado con máxima confidencialidad —le prometió sin creerse sus propias palabras.

—Lo conocí por internet. Había estado en una web de citas desde hacía algún tiempo, pero nunca tuve el valor de interactuar con nadie. Hasta que encontré a James. Parecía simpático, inocente, no sé si me entiende.

Lottie asintió; no quería interrumpir el ritmo de su discurso. Después de haber hecho interrogatorios durante años, había perfeccionado su técnica.

—Parecía normal, sin aires de grandeza. Su foto y su biografía lo evidenciaban. Decidí escribirle un correo y se lo envié antes de que pudiera cambiar de opinión. Me contestó. Quería conocerme. No podía creer que estuviese interesado en mí.

Harte miró a Lottie y prosiguió:

—Trabajo en un colegio a sesenta kilómetros de aquí.

—¿Dónde?

—En Athlone.

—¿Se reunieron allí?

—No. Pensé que debíamos ser discretos, así que quedamos en un hotel en Tullamore.

—¿De qué hablaron?

—De nuestros trabajos, principalmente. De lo estresantes que eran y de cómo los sobrellevábamos. No tocamos el tema de nuestra sexualidad. En las primeras veces, al menos. Supongo que podría llamarlas citas, pero solo éramos como dos amigos tomando algo en el bar y viendo el fútbol. Aunque nunca veíamos el fútbol.

—¿Cómo se desarrolló su relación? —preguntó Lottie cuando parecía que no iba a continuar con su historia.

—James me invitó a su casa. Pasamos una noche genial. Había decorado la mesa con rosas rojas y velas. Jamás había experimentado algo así antes. Su atención al detalle era excepcional. A partir de entonces, las cosas avanzaron.

—¿Cómo avanzaron? —preguntó Lottie para que siguiese hablando.

—Nos hicimos amantes. Teníamos un futuro juntos. —Harte dejó de hablar, cerró los ojos y siguió con cierto aire de autoridad—: James era la persona más tranquila e inofensiva que pueda conocer. No entiendo por qué alguien le haría lo que le hizo. Destrozaron su futuro, nuestro futuro.

—Señor Harte, de momento estamos considerando la muerte como un suicidio.

—James no tenía motivos para suicidarse.

—Hábleme de las fotos de su habitación —lo instó Lottie.

—Solo son pósteres. —Se encogió de hombros—. Los hombres heterosexuales cuelgan calendarios con mujeres enseñando las tetas —dijo, sonrojado—. Lo siento, pero es la verdad. A James le gustaban sus pósteres. No hay ninguna ley que lo prohíba, ¿no?

—Que yo sepa, no.

—Solo éramos dos hombres que mantenían una relación —dijo con los hombros caídos.

—¿Era consciente del tatuaje en el muslo de James?

—Sí —respondió.

—¿Le preguntó alguna vez sobre él?

—Se ponía muy a la defensiva. Me decía que no era asunto mío, que era de una época anterior. Eso me dijo: una época anterior.

—¿Y ya está? —indagó Lottie.

—Fuese lo que fuese el tatuaje, parecía ser un recuerdo que le hacía daño, así que no lo volví a mencionar.

Harte cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Está bien? ¿Quiere beber algo? ¿Agua? ¿Café?

—Estoy bien.

—¿Pasó la Navidad con James? —Lottie continuó con el interrogatorio.

—Sí. Condujo a pesar de la nieve en Nochebuena para visitarme. Aunque estaba inquieto. Estaba enfadado porque no podía volver para acudir a una reunión esa noche, pero hacía tan mal tiempo que tuvo que quedarse conmigo.

—¿Qué reunión podría tener en Nochebuena?

—No tengo ni idea. Pero al final pasamos la Navidad juntos —dijo Harte con una sonrisa—. Ha sido la Navidad más feliz que he tenido desde que dejé de creer en Santa Claus.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El día de San Esteban. Se fue a casa ese día. Volvía al trabajo el 27 de diciembre.

—¿Tiene la llave de su casa?

—No, pero hay un lugar donde las guarda.

—¿Dónde?

—Debajo de una piedra, junto al manzano del patio.

Lottie suspiró. ¿Todo el mundo era como ella en cuestión de seguridad doméstica?

—¿Es posible que alguien más sepa esto?

—No tengo ni idea.

—¿Estaba la llave de James puesta en la puerta anoche?

—Supongo, no me acerqué —dijo él. Tras un momento, continuó con la voz entrecortada—: En cuanto aparqué detrás de su coche, lo vi. Colgado del árbol.

—¿Vio a alguien más por allí cerca? ¿Otros coches? ¿Alguien que le adelantase por la avenida o por la carretera principal?

—Nada. No vi nada, inspectora. Solo a James, colgado, como... como ... Oh, Señor. —Se cubrió la boca con las manos, apoyó los codos en la mesa y empezó a sollozar.

Aunque estaban grabando la conversación, Lottie escribió en su libreta. Necesitaba organizar sus pensamientos.

—¿Sabe si tenía una pequeña linterna de color verde?

Harte sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—¿Por qué estaba anoche en su casa?

—Teníamos planeado vernos hoy... para Nochevieja, pero entonces me llamó para contarme lo de la muerte de Susan Sullivan. Parecía muy disgustado.

—¿Así que decidió conducir en plena tormenta de nieve?

—Sí, inspectora.

Lottie lo observó; parecía sincero.

—¿Había notado algún cambio de humor en él últimamente? —preguntó.

Se quedó pensativo un momento.

—James me contó hace unos meses que le habían diagnosticado cáncer a Susan. Parecía que se conocían desde hacía tiempo, pero nunca llegué a conocerla. Una vez le pregunté si nos presentaría, pero no lo hizo.

—¿Le contó algo más sobre Susan?

—Solo que había pasado muchas dificultades en su vida. Hablaba como si compartiera sus problemas. Así era James: un alma empática. Ahora que lo pienso, a veces parecía estar obsesionado con ella.

—¿Se le ocurre algún motivo?

—Supongo que por algo relacionado con su trabajo.

—¿Como qué?

—James estaba furioso por una votación de un plan de desarrollo del ayuntamiento. Siempre decía que no podía creer que hubieran recalificado esto o lo otro. No entiendo de eso, pero seguro que a usted le resultará fácil averiguarlo. Es cuestión de saber dónde buscar.

—Ese el quid de la cuestión —dijo Lottie, pensando en la cara de agobio de Kirby al tener que investigar una pila de archivos de construcción—. ¿Tiene alguna idea de cuándo fue esto?

—No estoy seguro. Probablemente junio o julio. De verdad que no lo sé. Podría no ser importante, inspectora.

—Deje que sea yo quien decida eso —replicó ella. Todavía no tenían nada. ¿Qué daño haría un poco más de nada?

—Me arrepiento de tantas cosas.

—Entiendo cómo se siente —lo consoló Lottie. Pensó en todo lo que había enterrado junto a Adam, sentimientos con los que no podía lidiar.

—Gracias, señor Harte. Puede irse —lo despachó mientras plegaba la libreta—, pero tendré que hablar con usted de nuevo.

—Cuando quiera —dijo Harte. Se levantó y se dirigió a la puerta, llevando la chaqueta como si fuese un peso muerto sobre sus hombros.

Cuando se hubo ido, su aroma permaneció en la sala, mezclándose con el aire que rodeaba a Lottie: un olor amargo a profunda pérdida. Lottie lo reconoció y confió en que Harte pudiese llorar la muerte de James, pero sin anteponer la pena a él mismo. Lo dudaba.

Y por algún motivo, a pesar de todo, Lottie tenía una duda persistente sobre su sinceridad.

—¿Quieres sentarte, Tom? Me estás volviendo loca.

Tom Rickard, promotor inmobiliario, siguió caminando de arriba abajo por el suelo de mármol de la cocina, mirando de vez en cuando a su mujer Melanie. Estaba enfadado consigo mismo por su propia estupidez con respecto a la llamada de James Brown. Pero lo estaba todavía más con aquella inspectora y sus ganas de fisgonear. Melanie Rickard se bebió lo que quedaba de cabernet sauvignon, fue al fregadero y enjuagó la copa. Prefería el vino blanco, así que ¿por qué había abierto uno tinto? Estaba dando el coñazo porque Tom había cancelado sus planes para Nochevieja sin consultárselo.

En la cocina había mucho espacio para caminar. Era tan grande como la planta baja de una casa normal. Pero su casa no era normal. Nada era normal allá donde Melanie Rickard, su esposa desde hacía veintiún años, estaba metida.

—A ver, ¿qué te pasa? —Secó la copa dándole la espalda.

No respondió. Sabía que en realidad no le interesaba la respuesta. Melanie hacía preguntas porque sentía que era lo correcto, no porque le importara. Hacía años que había dejado de interesarse por cualquier cosa que tuviera que ver con él. Estaba convencido.

El reloj de pared marcó la caída del sol, añadiendo más agitación a su cabeza. Melanie quería dar una fiesta, quería otras vacaciones. Su armario estaba a punto de reventar de ropa con etiquetas de diseño y precios altísimos. Lo quería todo, lo conseguía todo. Él le había consentido cada capricho. Pero ya no. Había invertido todo lo que tenía en el nuevo proyecto.

Un proyecto que se hundía rápidamente en arenas movedizas, y Tom lo hacía con él. Se estaba ahogando con el nudo de una deuda irrecuperable y, ahora, dos personas habían muerto.

No sabía qué hacer, así que siguió paseando. De arriba abajo por su mármol verde importado de Italia.

Cuando levantó la mirada, Melanie se había ido.

Necesitaba hablar con alguien. Quería a su media naranja, sentir la comodidad de sus manos y piernas a su alrededor.

Y su media naranja no era Melanie.

Rickard se puso la chaqueta, se guardó el móvil en el bolsillo y, envolviéndose el cuello con una bufanda de cachemira, cambió el calor de su silenciosa cocina por el frío aire de la noche.

21

Lottie estaba en la casa de Susan Sullivan. Las cintas de la escena del crimen se agitaban por la brisa ártica. Saludó a los guardas uniformados del coche patrulla. Sería una noche larga y fría; esperaba que tuvieran un termo con algo caliente. Había ordenado que la casa estuviera bajo vigilancia durante un par de días, por si alguien se presentaba allí.

La oscuridad cubrió la casa como si fuese una capa. Todas las casas de alrededor estaban alumbradas por luces brillantes, algunas resplandecían por la decoración navideña. Suponía que los residentes estaban enfriando el champán para brindar por el Año Nuevo. Sin embargo, la casa de Sullivan estaba de luto, con las ventanas oscuras reflejando la luz de la nieve congelada en el alféizar.

Antes de abandonar la comisaría, había puesto al día al equipo de emergencias sobre los informes de la patóloga y el interrogatorio a Derek Harte. Dejó a Boyd con el papeleo y a Kirby ocupado con los informes de las entrevistas puerta a puerta. De momento, nada. Nadie había visto nada. ¿Acaso Ragnmullin era un pueblo de sordos, ciegos y mudos? ¿Qué había sido de los cotilleos a través de las ventanas entreabiertas? No había señal de ningún marido, novio o novia de Sullivan, y todavía no habían localizado ni su móvil ni su portátil.

Todo el equipo estaba haciendo el papeleo, quejándose de que era Nochevieja y de las fiestas que se iban a perder, pero Lottie se había escapado. Necesitaba aire fresco y había merodeado por los senderos congelados del pueblo hasta la casa de Susan. La experiencia le decía que había alguna pista en la casa. Solo tenía que encontrarla.

Pasó por debajo de la cinta y abrió la puerta. Tras encender la luz del pasillo, sintió que la casa rechinaba y un radiador repiqueteó en el piso de arriba antes de detenerse. La casa estaba cálida; tendría calefacción con temporizador, supuso. Cuando entró en la cocina, la nevera resonó en la silenciosa habitación.

Mirando a su alrededor, Lottie se preguntó cómo podía estar la cocina en aquel estado comparada con el dormitorio de la planta de arriba. Era como si dos personas diferentes vivieran en la casa. ¿Acaso Susan era bipolar, esquizofrénica o algo así? ¿Tendría que ver con su infancia?

Cuando abrió la nevera, la luz de dentro iluminó la cocina. Luego abrió el pequeño cajón del congelador de arriba. Tarros de helado Ben & Jerry's le devolvieron la mirada. Estaban perfectamente colocados, pero jamás se los comerían.

Cerró el cajón y examinó el resto del contenido de la nevera: la mitad de un pedazo de queso rojo, con los bordes endurecidos; leche y los restos de una cebolla roja; un paquete de jamón cocido sin abrir y dos tabletas de chocolate. Detrás de la leche, había un cartón de zumo de naranja, y la bandeja del fondo contenía pimientos verdes y medio repollo.

Antes de cerrar la puerta, volvió a abrir el cajón del congelador. Tras sacar los tarros de helado, vio una bolsa de plástico. Era una bolsa de plástico para congelador con un papel dentro. Se puso un par de guantes de látex y sacó el papel de la bolsa; estaba congelado. A pesar del hielo, vio que era dinero; el billete de arriba era de cincuenta. Dios, si todos eran de cincuenta, por lo menos habría dos mil euros allí, o incluso más. ¿Por qué Susan Sullivan escondía dinero en el congelador? ¿Un fondo para las vacaciones? ¿Para qué lo querría si se estaba muriendo? Lottie quería contar cuánto había, pero tenía que esperar a que se descongelase.

¡Kirby y Lynch! ¿Cómo pasaron esto por alto? ¿Qué más se habrían dejado?

Buscó algo a su alrededor para llevar el paquete congelado, pero entonces decidió que lo más sensato era dejarlo donde lo había encontrado. Los forenses tendrían que examinarlo.

Volvió a dejar la bolsa con el dinero en la nevera y cerró la puerta. Bajó las persianas de la ventana y encendió la luz. Miró en todos los armarios; eran de teca antigua y estaban cubiertos de barniz. No vio nada inusual, así que

apagó la luz y cerró la puerta de la cocina.

Echando un vistazo a las montañas de periódicos amarillos que había en la sala de estar, sintió la necesidad de revisarlos. Probablemente no revelarían nada interesante para su investigación, solo serían un cúmulo de desorden satisfaciendo una mente obsesiva. Observó la habitación más allá de los pilares: un televisor, dos sillones y una chimenea. Entonces, cayó en la cuenta. Recordó lo que le vino a la cabeza la primera vez que inspeccionó la casa.

Era una postal en blanco, con una foto en un lado y nada en el otro. Una casa desprovista de cosas humanas. Cosas que la gente coleccionaba con el tiempo, cosas que reflejan su vida. Cosas que te decían quién eran, dónde habían estado, cómo habían vivido. No había libros que dijeran qué leía Susan, ni fotografías de gente que ella conociese o lugares que hubiese visitado, ni discos que describieran su gusto musical, ni DVDs que mostraran el tipo de películas que le gustaban, ni perfumes que reflejaran el aroma de la mujer. La casa de Sullivan era un lienzo en blanco, no había muestras de su personalidad, de sus emociones, de su vida. Su casa era un reflejo de lo que ellos sabían de Susan Sullivan: nada.

Lottie no necesitaba examinar de nuevo el piso de arriba. Los detectives Larry Kirby y Maria Lynch volverían y, esta vez, lo revisarían todo a fondo. La incompetencia era algo que Lottie no toleraba. Sus detectives podían hacerlo mejor, tenían que hacerlo. Y el teléfono de Sullivan todavía no había aparecido; el sistema de rastreo de GPS no había servido de nada.

Salió por la puerta principal, la cerró de un portazo y se fue a casa.

* * *

La brisa ártica se había convertido en un viento que rugía. La nieve giraba alrededor de Lottie, que caminaba con cuidado. Pensó en llamar a Boyd para que la recogiese, pero decidió que no: se estaba haciendo tarde y era muy probable que estuviese celebrando el fin de año. Lottie tomó el atajo del polígono industrial apenas iluminado para evitar a los juerguistas que salían de los *pubs*, tropezándose en las aceras nevadas con sus vinos y sus cigarrillos.

Enormes edificios vacíos resonaban por el viento y los cables eléctricos oscilaban peligrosamente bajos. Comenzó a caminar rápido, plantándole cara

a la ventisca y maldiciendo a los elementos.

El primer golpe le dio en las costillas, haciéndole caer de rodillas y dejándola sin respiración. Intentó ponerse en pie, pero el dolor del costado se extendió por todo su cuerpo. ¿Qué estaba pasando? No había oído a nadie acercarse por culpa del viento.

Recibió un segundo golpe en la espalda que la tiró boca abajo en el hielo, con las manos extendidas, buscando desesperadamente algo a lo que sujetarse. Un peso le mantenía la cara pegada contra el suelo. Tenía la garganta oprimida por los cordones de la capucha de su chaqueta, que estaban apretados con fuerza. Lottie luchaba por respirar. Se estaba ahogando. Alguien estaba encima de ella. Le vino a la mente una imagen de sus hijos y, de repente, le sobrevino el instinto de defensa y su entrenamiento empezó a dar resultado.

Intentó levantar los brazos y apoyarse en el codo, pero el asaltante pesaba demasiado. El sabor metálico de la sangre acumulándose en su boca le daba arcadas. A medida que el dolor se intensificaba, la ira se apoderaba de ella. El atacante tiraba fuerte del cordón. Lottie apretó los dientes, levantó el brazo y golpeó con el codo hacia atrás. El agarre de su cuello se aflojó y tomó una bocanada de aire frío.

Vio luces a lo lejos; supuso que serían las de un coche. La presión volvió sobre ella y la aprisionó contra el hielo manchado de sangre. Percibió el olor a sudor corporal cuando el atacante acercó la boca a su oído.

—Piense en sus hijos, inspectora —dijo con una voz más potente que el viento. Le propinó un golpe seco en la cabeza.

Ella intentó girarse, pero él la volvió a golpear.

Las luces del coche que se acercaba destellaron una vez, luego otra, y Lottie sintió que su cuerpo se aligeraba cuando el peso que la mantenía contra el suelo desapareció. Oyó que el coche se detenía y se abría la puerta.

—¿Está bien, señora? Creo que lo he espantado.

—Lléveme a casa —gimió.

—No contesta al móvil —dijo Chloe.

—Si llego a saber que iba a trabajar hasta tan tarde, podría haber ido a una fiesta. —Katie parecía enfadada—. De todas formas, tú solo la quieres para que te dé dinero.

—No, idiota —respondió Chloe—. Quiero que esta noche seamos una familia.

—Prueba en comisaría —sugirió Sean—. Y dejad de pelearos o me voy a la cama.

Apagó el televisor.

—¡Eh! Estaba viendo eso —refunfuñó Katie, levantando la cabeza.

—¿Queréis callaros? —dijo Chloe—. Vuelve, Sean.

En el recibidor, Lottie miraba a su hijo. Los tres estaban en casa, en Nochevieja. Incluso Katie.

—¡Mamá! ¿Qué te ha pasado?

Sean corrió hacia ella. Lottie se agarró a su brazo y él la llevó al salón. Se sentó en el sillón, junto al fuego apagado, pero la calefacción parecía estar a máxima potencia. No le importaba.

—¿Madre? Estaba llamando al trabajo —dijo Chloe. Ella y Katie la miraban de pie.

—No es nada de lo que preocuparse. Alguien me asaltó en el polígono industrial. —Lottie se pasó la mano por la nariz; tenía sangre en los dedos al apartarla.

—Voy a llamar a un médico —informó Chloe, con la preocupación

reflejada en sus jóvenes rasgos.

Lottie se limpió la sangre de la cara con los dedos temblorosos.

—Estoy bien. No creo que tenga nada roto. —Confiaba en no tener la nariz rota; si lo estuviera, el dolor sería mucho peor.

Tres caras llenas de preocupación la observaban.

—Estoy bien, de verdad. Solo necesito una ducha.

No quería ni pensar en lo que podría haber pasado si el taxi no hubiera aparecido. El conductor le había dicho que había visto al atacante correr hacia los antiguos vagones que había en las vías abandonadas del tren. Él quería seguirlo, pero ella solo deseaba volver a casa, ver a sus hijos y asegurarse de que estaban a salvo. El taxista obedeció.

—Voy a prepararte una taza de té —dijo Chloe.

—Te ayudo —se ofreció Katie.

Sean se sentó en el brazo del sillón.

Lottie se alegraba de tener a sus hijos cerca. Estaban a salvo, y ella también. Por ahora.

—No quiero té —dijo—. Necesito dormir. Pediremos que nos traigan algo de comer.

Echó un vistazo a su alrededor. No tenía el bolso. El atracador había huido al oír los frenos del coche, pero no se fue con las manos vacías. No se iba a hacer rico con lo que había en el bolso. Gracias a Dios que no había sido tan idiota como para llevarse el dinero de casa de Susan Sullivan. «Bueno, podría haber sido peor», pensó.

—Debería haber suficientes monedas en el tarro de la cocina —dijo mientras se levantaba del sillón.

Subió lentamente las escaleras hacia su habitación, ignorando la montaña de ropa que había en el suelo y que colgaba de la puerta abierta del armario. Después de desvestirse con cuidado, se metió en la ducha y dejó que el agua caliente calmara su dolor y limpiara sus cortes.

Mientras se secaba, se fijó en sus heridas. Como mucho, tendría una costilla rota; como poco, costillas magulladas. Tenía un corte profundo en el tabique nasal, pero no estaba roto, y otro más leve bajo su ojo izquierdo. Supuso que al día siguiente estaría hecha un desastre, cuando salieran los moretones.

Le dolían los brazos y tenía la garganta en carne viva; la piel de su cuello empezaba a amarrotarse. Casi consiguen estrangularla. Pero se consoló: se había defendido, desesperadamente. ¿Por qué Susan Sullivan no había peleado para salvarse? Jane Dore no había encontrado heridas de defensa. ¿Qué clase de persona no tiene instinto de supervivencia? Lottie no lo comprendía.

Tiró su ropa de la cama al suelo y apoyó la cabeza en la almohada. Necesitaba hablar con alguien que no fuera Boyd, así que fue pasando contactos en el móvil hasta encontrar el número de su vieja y recurrente amiga. Hacía tiempo que no veía a Annabelle O'Shea, una de sus mejores amigas y su opuesto exacto. Annabelle iba al gimnasio, hacía yoga y practicaba cualquier otro ejercicio que se pueda imaginar. Lottie no podía dedicar tanto tiempo a sí misma. El buzón de voz le pidió que dejase un mensaje, pero no lo hizo. Colgó, se cubrió el magullado cuerpo con el edredón y esperó dormirse pronto.

Permaneció despierta durante un rato, con la mano en el libro de Argos, pensando en James Brown, con sus paredes pornográficas del dormitorio, y en Susan Sullivan, con el salón lleno de periódicos, una nevera con dinero congelado y una casa que no describía nada de su vida. También pensó en su atacante sin rostro. Sus palabras, «Piense en sus hijos», no dejaban de darle vueltas en la cabeza. La habían fijado como objetivo. ¿Por qué?

Por primera vez en años, Lottie sintió el miedo bajo la piel.

* * *

Boyd trabajó hasta tarde leyendo el informe de la patóloga mientras las campanas de la catedral señalaban el principio de un nuevo año.

Abrió los archivos *online* de construcción y empezó a contrastar la información con los archivos de las urbanizaciones fantasma. Era un trabajo metódico y concienzudo, pero que se le daba bien. Le mantenía la mente ocupada en otras cosas, alejada de otra gente. De una persona en concreto.

Al no encontrar nada, se fue a casa y programó un ciclo vigorizante en su bicicleta estática. Su frustración lo ayudó a bombear adrenalina hasta que su pecho casi colapsó.

Se detuvo, encendió un cigarro y se sentó en la bicicleta para fumar. De

vez en cuando, la habitación se iluminaba por los fuegos artificiales que bañaban el cielo nocturno. Pero estaba solo.

* * *

El móvil de Lottie sonó a las cuatro de la madrugada. Lo miró con los ojos entrecerrados. Era un mensaje de un número desconocido.

«Que el Año Nuevo le traiga paz».

Ella contestó:

«¿Quién es?».

A los pocos segundos, recibió la respuesta:

«El padre Joe».

Lottie sonrió y cayó en un sueño intermitente. Soñó con unos ojos azules, cruces dentro de círculos y una cuerda rodeándole la garganta hasta que se despertó bañada en un sudor frío. Se metió en la ducha, se quedó quieta bajo el chorro de agua caliente. Después, envolvió su cuerpo magullado con una toalla y se acostó de nuevo, pero no volvió a dormirse.

* * *

1 de enero de 1975

La niña despertó con un terrible dolor en la parte baja de su estómago.

Salió de la cama y gritó mientras la agonía iba en aumento:

—Santa Madre de Dios. ¡Oh, Dios mío! —chilló.

Su madre entró corriendo en la habitación.

—¿A qué viene este escándalo?

Dejó de hablar cuando vio la sangre y el agua que caía por las piernas de su hija. De repente, supo lo que pasaba. Se santiguó y se acercó a su hija. Luego, la tumbó en la cama.

—¿Qué has hecho?

La niña gritaba sin parar.

Su madre observó con horror cómo su hija daba un único empujón para traer a su nieto al mundo.

El bebé lloraba.

Ambas lloraban.

Ninguna sabía qué hacer, así que siguieron llorando.

—Voy a llamar a la matrona —dijo su madre—. Y al párroco. Él sabrá qué hacer.

—¡No!

La niña chilló y soltó un estridente gemido de puro terror.

Día tres

1 de enero de 2015

—Feliz Año Nuevo para mí —dijo Lottie mientras subía las persianas de la cocina.

Gracias a la oscuridad de fuera, veía su magullado rostro reflejado en el cristal. Se pasó los dedos por el pelo y pensó que necesitaba cortárselo y teñírselo. El tinte castaño estaba desapareciendo y una fina línea gris asomaba en su coronilla. Pero tenía preocupaciones más importantes que parecer un tejón. Joder, si parecía que hubiera peleado diez rondas contra el boxeador olímpico de Ragmullin.

Cogió su teléfono y leyó el mensaje del padre Joe, al que no había contestado. Pero era lo correcto, pues era un sospechoso.

Se mantuvo ocupada ordenando la cocina y tiró las botellas vacías de Coca-Cola y las cajas de *pizza* a la papelera de reciclaje. Sus hijos habían cenado comida basura dos noches seguidas. Eso no era muy saludable, que digamos. Tenía que ir al supermercado. Esperaba que Tesco estuviese abierto, al ser Año Nuevo y eso. Abrió los armarios para hacer una lista mental de lo que le hacía falta: de todo.

Entonces, recordó que no tenía cartera, ni tarjetas, ni nada.

Echó los cereales que quedaban en un bol y se sentó en la mesa para pensar en su asaltante. ¿Podría ser el mismo que asesinó a Sullivan y a Brown? ¿Intentaba matarla? Se quitó esa idea de la cabeza. Tenía que pensar en sus hijos.

Sus hijos. Chloe estaba sometida a mucha presión en el colegio, Katie tenía muchas tareas de la universidad y se había encerrado en sí misma desde

la muerte de Adam, y Sean se pasaba todo el día jugando a la PlayStation. Lottie estaba desesperada. ¿Cómo podía dedicarse a ellos y a su trabajo? Quizás debería pedirle a su madre que les echase un ojo, pero su última discusión todavía era muy reciente.

Suspiró y echó café en una taza y leche en sus cereales. Empezaron a salir espesos grumos. Con náuseas por el amargo olor, se bebió el café negro. «Un cigarrillo me vendría bien», pensó mientras el dolor de cabeza se intensificaba. Buscó analgésicos en un cajón, pero en su lugar encontró Xanax, así que se lo tomó. Agarrándose la cabeza con las manos, esperó a que el dolor desapareciese.

Sus hijos seguramente dormirían hasta el mediodía, pero a la semana siguiente les esperaba un duro despertar: la vuelta al colegio. Y, para ella, al trabajo.

* * *

Para cuando llegó a comisaría, el estado de ánimo de Lottie era tan frío como el viento que le azotaba la cara de camino al trabajo.

—Kirby, Lynch —los llamó mientras se quitaba la chaqueta al entrar en la estrecha oficina.

Los dos se giraron en sus sillas, intercambiaron una mirada y, luego, observaron a Lottie.

—¡A mi despacho!

«Joder, ahora este es mi despacho», maldijo para sus adentros.

Boyd estaba sentado en su escritorio, hablando por teléfono. Miró a Lottie y, luego, observó a Kirby y a Lynch mientras se ponía firme. Kirby buscó en su bolsillo un cigarrillo que no podía fumar en el edificio; parecía que le iba a reventar la cabeza por culpa de la resaca. Lynch se había recogido el pelo en una simple coleta. Lottie pidió a Boyd que se marchase, y él se apresuró a acabar su llamada.

—Dios, ¿qué te ha pasado? —preguntó.

—Nada. —Lottie lanzó su chaqueta al respaldo de su silla, evitando su intensa mirada.

—No me parece que sea nada. ¿Te has caído por las escaleras?

—Luego te lo cuento.

—Me gustaría ver cómo ha quedado el otro.

—Déjalo, Boyd. Solo fue un atracador en el polígono industrial, pasado el viejo almacén de grano. Seguramente era un drogadicto de las vías buscando dinero. Se llevó mi bolso.

—¿Estás bien? ¿Lo has denunciado? —preguntó—. Supongo que no.

—No hay nada de que alarmarse.

—Dime dónde ocurrió y enviaré a alguien para que busque tu bolso. — Boyd se sentó en el borde del escritorio.

Lottie cedió.

—Anoche fui a casa de Susan Sullivan a echar otro vistazo. Eso me llevó a algo que me gustaría discutir con estos dos. Volviendo a casa por el polígono, me asaltaron.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Eso estoy haciendo ahora.

Le dio a Boyd todos los detalles que recordaba y la tarjeta del taxista para que lo llamase y le contase cualquier cosa que hubiese visto.

—Y habla con los policías que estaban vigilando la casa de Susan Sullivan, por si vieron a alguien merodeando anoche.

—Vuelvo en un minuto —dijo Boyd mientras cogía su chaqueta.

Una fotocopiadora a la que nadie hacía caso chirrió y expulsó papeles que se acumulaban a un ritmo alarmante. Lottie la apagó y se dirigió a Maria Lynch y a Larry Kirby.

—Esos cortes tienen mala pinta. ¿Estás segura de que estás bien? — preguntó Lynch con preocupación en los ojos.

—Estoy bien. —Lottie se cruzó de brazos y se detuvo frente a ellos—. ¿Cómo hicisteis la investigación en casa de Susan Sullivan?

—Meticulosamente —respondieron al unísono.

Lottie miró a uno y a otro.

—No lo suficiente. ¿Quién comprobó el congelador?

—Yo —admitió Kirby con la frente arrugada por la preocupación. El *whisky* de la noche anterior rezumaba en forma de sudor y su aliento apestaba. Lottie dio un paso atrás.

Lynch dejó caer los hombros y su boca se convirtió en una línea recta.

—Pues adivina. No, mejor ni lo intentes —lo cortó Lottie cuando Kirby abrió la boca para responder—. Encontré un fardo de billetes, muchísimos, congelados en una bolsa. En el congelador. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Alguien tuvo que ponerlo después de que buscásemos —murmuró Kirby—. Solo vi helado.

—¿Miraste detrás del helado? ¿Lo apartaste?

—No, no lo hice.

Kirby trazó una línea imaginaria en el suelo con sus bastos zapatos de cuero negro.

—Estoy muy decepcionada contigo —lo reprendió Lottie—. Con ambos.

Sintió un dolor agudo en las costillas que la obligó a sentarse. Su ira disminuyó; le dolía demasiado como para seguir enfadada.

—No quiero que esto vuelva a suceder. No hace falta que os diga que hacer búsquedas chapuceras es inaceptable.

—Sí, inspectora —dijo Lynch. Se mordía el labio, pero sus ojos refulgían de la ira.

Lottie sabía que la detective Lynch no quería esta mancha en su impecable expediente. Podría acarrearle problemas en su futuro profesional, pero Lottie estaba al mando y eso implicaba reprender a la gente por el trabajo mal hecho. Había cosas más importantes que el expediente de Maria Lynch.

Kirby no dijo nada, simplemente agachó la cabeza con una expresión avergonzada. Entonces, Lottie comprendió cómo una persona de veintipocos años se coló por él; probablemente le daba pena. Los echó de allí y ambos se escabulleron.

Boyd volvió y dejó una bolsa de papel de la farmacia en su escritorio.

—No te las tomes todas a la vez —dijo—. Tienes suerte de que Boots esté abierto hoy. —Encendió la fotocopidora antes de sentarse en su escritorio.

—Eres mi salvador. —Lottie se tomó tres calmantes—. ¿No tienes trabajo que hacer? —preguntó al encender su ordenador.

—Por supuesto que sí —respondió, y empezó a aporrear el teclado.

Con la barbilla apoyada en la mano, Lottie observó fijamente a Boyd y escuchó el ruido de la fotocopidora en el silencioso despacho. De repente, sintió la necesidad de que alguien la abrazase, la estrechase con fuerza y le aliviase el dolor. Estuvo a punto de acercarse a Boyd, pero se contuvo.

El rumor de Ragnmullin se estaba expandiendo, pero Cathal Moroney, un reportero de la RTÉ, el canal nacional de televisión, no encontraba nada que mereciese la pena contar. Hojeó su libreta vacía; estaba hambriento de una nueva perspectiva del asesinato y del presunto suicidio.

Había entrevistado a algunos compañeros de las víctimas, pero no sabían nada. Él quería una historia de interés humano, que despertase a su cansada audiencia. Quería la primicia del siglo.

Seguía haciéndose la misma pregunta que todos se hacían. ¿Las muertes estaban conectadas por el trabajo? ¿Brown fue asesinado? Si resultasen ser dos asesinatos, ¿habría un asesino en serie acechando este aburrido pueblo del centro de Irlanda? Empezó a sudar solo de pensarlo. Aquello sí que sería una historia bestial.

Mientras se calentaba las manos sujetando una taza de café matutino, escuchó el rumor en McDonald's. Todo el mundo tenía su opinión, todos decían tonterías.

Vio un grupo de gardas en una mesa de la esquina, cerca de los lavabos. Todo el mundo conocía a Cathal Moroney, pero el grupo estaba tan ensimismado en su propia conversación que no se percataron de que estaba ahí. Se movió hacia la esquina débilmente iluminada detrás de ellos y dio un sorbo a su café. Prestó atención y escuchó algo nuevo. Quizá era la historia que estaba buscando. Solo necesitaba una declaración oficial.

Sacó su móvil y contactó con su fuente.

* * *

Lottie plantó los dos pies en su escritorio y apoyó la cabeza en sus manos entrecruzadas. Los analgésicos habían aliviado el dolor de costillas y se había puesto una tirita en el corte de la nariz.

Los informes técnicos preliminares no parecían esperanzadores. Habían encontrado ADN cerca del cuerpo de Sullivan, una ingente cantidad de células cutáneas y pelo. Todo estaba registrado y listo para comparar. Pero los resultados tardarían semanas en llegar, si es que llegaban.

Aún no tenían los informes forenses de James Brown, así que Lottie ojeó los informes preliminares de la autopsia. «Quizá sí que se suicidó», pensó entre bostezos. Pero entonces, ¿a qué se debían los rasguños de los dedos y la contusión en la nuca?

Le dolía la mandíbula y el dolor le debilitó las rodillas, así que volvió a poner los pies en el suelo y se levantó; tenía hambre. Quizá Kirby podría traerle un Happy Meal. Observó al detective gruñón al otro lado de la habitación. Quizá no.

Su teléfono sonó:

—¿Inspectora?

—Sí, dígame —respondió Lottie desde el escritorio principal.

—Cathal Moroney, de la RTÉ, está aquí para una declaración. El comisario Corrigan no ha llegado todavía, pero dice que usted puede hablar con él. Le ha dado el visto bueno a la sala de prensa y he llevado a Moroney a la sala de conferencias. ¿Hablará con él?

«No, no lo haré», le habría gustado decir.

—Allí estaré. —Suspiró y se dirigió a la sala.

* * *

—Inspectora —la saludó Moroney con su sonrisa televisiva—. Le agradezco que pueda prestarme unos minutos de su preciado tiempo.

—Unos pocos minutos es todo lo que tengo, *señor* Moroney.

—Llámeme Cathal —dijo, y le cogió la mano, forzando un contacto que Lottie no había ofrecido. El cámara, de pie detrás de Moroney, ajustó el

objetivo y enfocó a Lottie.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Lottie retiró la mano tan rápido como la educación le permitía. Resistió el impulso de limpiársela en sus vaqueros. A pesar de su sonrisa encantadora y sus modales de señorito, sin duda había algo desagradable en Moroney; no podía decir qué era exactamente, pero lo notaba.

—Inspectora Parker, ¿qué puede decirme sobre los rumores que afirman que James Brown era un pedófilo?

La pilló desprevenida y Lottie pestañeó, confusa.

—Eh... ¿de qué está hablando?

—Que estaba metido en un grupo ritualista, sádico y sexual que...

—Ya basta —interrumpió Lottie—. Tú, apaga esa cámara. Ahora.

—Tal vez quiera opinar sobre la ingente cantidad de dinero encontrado en...

—Apágala. Es una orden.

—De acuerdo. —El hombre bajó la cámara.

—No sé a qué está jugando, señor Moroney. —Lottie dio un golpecito con el dedo a la engréida cara de Moroney—. Pero de ahora en adelante, espere una rueda de prensa como todo el mundo.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Ah, inspectora.

Lottie se detuvo, con los dedos en el pomo de la puerta.

—¿Qué?

—¿Tiene algo que decir de su cara?

—Sí. —Lottie se giró para encararlo—. No querrá verla en un tiempo. Puede estar seguro de ello.

Salió de la sala y cruzó rápidamente el pasillo, furiosa consigo misma, con Corrigan, con Moroney y con todo el mundo. Aunque la información de Moroney era retorcida y totalmente errónea, alguien había hablado más de la cuenta. «Un soplón, genial», pensó. Tenían un maldito soplón.

25

La sala del caso era un cúmulo de voces maldiciendo y quejándose cuando Lottie entró. Con todas las vacaciones canceladas, parecía que todos habían vuelto de nuevo al trabajo.

Algunos detectives murmuraban en voz baja por teléfono, mientras que otros charlaban sin darse cuenta de que estaban invadiendo el espacio de los demás. Todos parecían ser individuos en medio del caos. Este era su equipo, trabajando por un propósito común, reuniendo información, buscando cualquier pista o lo que fuera. Al ser tanta gente, era inevitable que durante sus charlas despreocupadas se revelase información secreta que la prensa se encargaría de tergiversar. Lottie dio un breve discurso sobre tener la boca bien cerrada.

—¿Sabemos algo del dinero? —preguntó a Kirby.

—Lo tienen los forenses. ¡Dos mil quinientos euros en el puto congelador!

—Necesitamos los registros bancarios de Sullivan y Brown. Puede que haya más de dos mil quinientos euros en juego.

—Tengo los documentos que encontramos en ambas casas —informó Maria Lynch. Sacó un papel y comenzó a leerlo—. Aquí hay un extracto bancario a nombre de James Brown. Espera un momento. —Sacó otro documento, que agitó en el aire—. Y uno de Susan Sullivan.

Colocó ambos en el escritorio de Lottie con aire victorioso.

—Son del mismo banco —observó Lottie, ojeando los documentos. Boyd echó un vistazo.

—Voy a llamar a Mike O'Brien del banco. Lo conozco un poco —dijo

Boyd—. Es el director del banco de nuestra región.

—Bien —convino Lottie—. Kirby, vuelve a examinar el teléfono de James Brown. Mira si hay más llamadas al promotor, Tom Rickard. No me gusta ese capullo pretencioso. Y ¿dónde está la orden de registro de llamadas de Rickard?

—Necesitamos una causa probable para conseguirla.

—Brown lo llamó antes de su supuesto suicidio. Esa es suficiente causa para mí.

—De acuerdo —dijo Kirby sin convicción.

—Rickard está metido hasta el cuello en algo —afirmó Lottie—. Si no es un asesinato, os garantizo que está cociendo algo feo y pienso detenerlo antes de que se derrame de la olla.

—¿Te has tragado un libro de cocina? —se mofó Boyd.

Lottie lo ignoró y preguntó a Lynch:

—¿Sabemos algo de los tatuajes?

—He escaneado las imágenes en la base de datos y las he buscado en Google. De momento, nada. Cuando abran las tiendas mañana iré a preguntar al local de tatuajes.

—¿Y el portátil de James Brown?

—Webs porno —intervino Kirby—. No hay indicios de pedofilia. Estamos registrando su correo. Todavía no hay señal del portátil ni del móvil de Sullivan. Por lo que sabemos, podrían estar en el fondo del canal.

—Seguid buscando —ordenó Lottie.

Lottie miró a Boyd.

—¿Qué dicen en la farmacia del médico de Susan?

—Ahora iré a investigar —respondió, maldiciendo para sus adentros.

—Y necesito saber de qué va todo eso del dinero.

—Estamos enterrados en papeleo, ¿sabes? —masculló Boyd.

—Sí, lo sé. Y también sé que no tenemos nada —replicó Lottie—. Nada.

Fulminó con la mirada a los tres detectives antes de salir de la sala de incidentes. Necesitaba encontrar un sitio donde enfriar su temperamento. Maldito Cathal Moroney y su prensa amarillista. Quizá estaba siendo un poco injusta, pero esta era su ciudad natal y no sabía qué estaba pasando.

Se detuvo en las escaleras de la comisaría e inhaló el frío aire de enero.

Al otro lado de la carretera nevada, la imponente catedral se alzaba orgullosa; si antes era abierta y acogedora, ahora era una zona restringida. Volvió a respirar hondo hasta hacerse daño en las costillas y entró de nuevo, sacudiéndose el agotamiento de los hombros junto con los copos de nieve.

Necesitaba un café.

* * *

El comisario Corrigan cruzó el pasillo todo lo rápido que las escaleras le permitían. Entró en el despacho con el móvil en la mano:

—¡Inspectora Parker! Mueva su culo hasta la casa del obispo Connor.

El escupitajo alcanzó su presa. Lottie sujetó su taza de café. ¿Y ahora qué?

—Sí, señor —respondió, sin sentirse en absoluto la detective al cargo de un caso de asesinato.

—¿Cómo fue con Moroney? —preguntó Corrigan.

—Bien, señor. Breve.

—Bien. —La miró detenidamente—. ¿Qué diablos le ha pasado en la cara?

—Me atracaron.

—¿Necesita puntos? —inquirió al ver la tirita en su nariz.

—No, estoy bien.

—A mí no me lo parece.

Corrigan se dio la vuelta para irse.

—Señor, ¿por qué tengo que ir a casa del obispo Connor? —Se puso la chaqueta.

—Él se lo explicará.

Y se marchó.

—¿Bien? Espera a que se entere de lo que pasó realmente —se mofó Boyd con una sonrisa de suficiencia.

—Ya lo solucionaremos cuando llegue el momento. Vamos, necesito que me lleves.

—¿Qué? ¿Ahora soy tu chófer?

—¿Sabes qué, Boyd? Que te jodan.

Lottie salió del despacho y Boyd gritó tras ella:

—¿Qué he dicho ahora?

26

La casa del obispo, construida hacía ocho años en la orilla del lago Ladystown, a seis kilómetros a las afueras de Ragnmullin, desafiaba cualquier lógica local. ¿Cómo consiguió permiso de edificación en una zona tan espectacular?

Lottie observó con detenimiento lo que suponía que debía de ser un Picasso auténtico colgado sobre una chimenea de mármol blanco. El dinero rebosaba. ¿El dinero de quién?

Tras una larga espera de diez minutos, siguió a un callado y joven cura por el vestíbulo de mármol hasta llegar a una puerta con un picaporte dorado. El joven la abrió y Lottie entró pisando una tupida alfombra de lana color crema. El cura cerró la puerta tras ella.

—La inspectora Parker, ¿verdad? —preguntó el obispo Connor sin levantar la cabeza, de pelo corto, negro y rizado. Sentado en su escritorio, escribió en una hoja con un bolígrafo dorado entre sus largos dedos. Lottie se preguntó si se teñía el pelo. Supuso que tendría unos sesenta y cinco años, pero parecía muy sano y en forma.

—Sí.

Ella permaneció de pie, con las manos en los bolsillos, y él siguió escribiendo.

—Siéntese —la instó—. Estaré con usted en un momento.

Lottie se sentó y se clavó sus cortas uñas en la palma de la mano para mantenerse centrada.

El obispo firmó la hoja con una floritura y la miró bajo sus cejas

moteadas.

—Conozco a su madre. Una mujer encantadora. —Le dio la vuelta a la hoja y dejó el bolígrafo sobre ella.

Lottie no lo puso en duda. Todo el mundo conocía a Rose Fitzpatrick.

—Fue muy desafortunado el incidente de hace años, el suicidio de su padre...

—Sí, lo fue —interrumpió Lottie.

—¿Llegó a saberse por qué se...?

—No.

—Y su hermano... ¿Se sabe algo de lo que le sucedió?

—¿Quería verme? —Lottie ignoró aquella charla tan inquisitiva. La historia de su familia desestructurada no era de su incumbencia.

—Juego a golf con Myles, el comisario Corrigan. Cuando el clima lo permite.

Permaneció en silencio. ¿Estaba intentando darle conversación?

—Gracias por venir tan pronto —dijo.

—El comisario Corrigan me dijo que era urgente. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me temo que el padre Angelotti ha desaparecido. —Su cara era totalmente inexpresiva.

—¿Quién?

—Un párroco que estaba de visita.

—¿De visita? ¿De dónde?

—De Roma. Llegó en diciembre.

—¿Y ha desaparecido?

—Sí, inspectora. —El obispo se reclinó en la silla y cruzó los brazos—. Desaparecido.

—¿Podría explicarme las circunstancias de su desaparición, por favor?

—No hay mucho que decir. Ya no está aquí y no ha vuelto a Roma.

—¿Cuándo se dio cuenta de que podría haber desaparecido?

Mientras se preguntaba de qué iba todo esto, Lottie sacó una libreta de su chaqueta pero no encontró un bolígrafo.

—No lo he vuelto a ver desde Navidad.

Lottie arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Y no lo ha denunciado hasta hoy?

—No sabía que había desaparecido. Uno de los curas de aquí empezó a preocuparse tras buscarlo por todos lados y decidió informar a los guardas. Yo probablemente no lo habría hecho. Pero lo hecho, hecho está.

—¿Tiene un párroco desaparecido y no iba a denunciarlo?

—La desaparición del padre Angelotti ha sido una conmoción terrible para mí.

—No sé qué prioridad puedo darle a una persona desaparecida. Estamos muy ocupados. —Lottie pensó en diferentes estrategias.

—Myles verá que recibe la prioridad necesaria —hizo hincapié el obispo.

—Haré lo que pueda.

—Estoy seguro de que así será. Valoro mucho su esfuerzo. Gracias, inspectora. —Señaló la puerta, despachándola.

Pero Lottie no tenía intención de irse. Cogió el bolígrafo del obispo y escribió el nombre del párroco en su libreta.

—Necesito preguntarle algo —dijo.

—Usted dirá.

—¿Conocía a Susan Sullivan?

—¿A quién?

—La mujer que fue asesinada en la catedral.

El obispo Connor hizo una pausa, con los ojos como dos piedras verdes.

—Una tragedia —lamentó—. Pobre mujer. No, inspectora, no la conocía. Dirijo una gran diócesis. La parroquia de Ragnmullin, como ya sabrá, congrega a más de quince mil personas. Solo conozco a unas cuantas.

¿Unas cuantas? ¿Los colegas del golf?

—Pensé que... quizá jugaba al golf o algo —sugirió Lottie.

—¿En serio? ¿Me está tomando el pelo? —preguntó.

—Por supuesto que no —mintió—. Me está resultando difícil encontrar gente que la conociese. Fue asesinada en su catedral y, como ahora uno de sus párrocos ha desaparecido, se me ha ocurrido que tal vez esté relacionado.

—No se me ocurre ni una sola razón para relacionar este asesinato con mi párroco desaparecido.

—Cuénteme más sobre el padre Angelotti. ¿Por qué estaba aquí?

—Se le envió desde Roma por un período sabático. Problemas personales.

—¿Problemas?

—Una crisis de identidad o algo así. No estoy al tanto de los detalles.

—¿Tenía algún vínculo anterior con Ragnmullin? —interrogó mientras golpeaba el escritorio con el bolígrafo. Con un nombre como Angelotti, seguramente no.

—No lo sé, inspectora.

—Entonces, ¿por qué lo enviaron aquí?

—Quizá el papa puso un alfiler en un mapa al azar.

Lottie lo miró fijamente, hundiendo la barbilla en el pecho y con los ojos muy abiertos.

—Discúlpeme —añadió el obispo—. Eso era completamente innecesario. Me fue encomendado el cuidado del padre Angelotti y ahora no lo encuentro.

—Necesito sus datos personales y veré qué puedo hacer.

—Tiene treinta y siete años. Es originario de Irlanda pero vive en Roma, donde estudia un doctorado en el Pontificio Colegio Irlandés. Según parece, en los últimos meses comenzó a cuestionarse su vocación, su sexualidad... ese tipo de cosas. Sus superiores creyeron que necesitaba un descanso y lo enviaron aquí.

Lottie escribía rápidamente con su propia taquigrafía. Luego, lo miró.

—¿Cuándo llegó?

—El 15 de diciembre.

—¿En qué estado anímico se encontraba?

—Hablabla poco. Se quedaba en su habitación la mayor parte del tiempo, por lo que me han dicho.

—¿Podría echar un vistazo?

—¿Dónde?

—En su habitación.

—¿De qué serviría eso? —Los ojos del obispo estaban alerta y la frente, arrugada.

—Es el procedimiento habitual cuando desaparece una persona. —Lottie advirtió que le cambiaba la expresión.

—¿Tiene que ser ahora? —cuestionó el obispo.

—Ahora es el mejor momento —contestó ella.

El obispo cogió su teléfono, pulsó un botón y el joven cura entró.

—Padre Eoin, lleve a la inspectora Parker a la habitación del padre Angelotti.

—Gracias —dijo Lottie mientras se levantaba de la silla.

—¿Podría llevar esta investigación con la máxima discreción? —pidió el obispo Connor.

—Siempre soy profesional en mi trabajo. No tiene que preocuparse.

«Excepto cuando Cathal Moroney me pilla desprevenida», se reprendió Lottie a sí misma.

El obispo se levantó y le dio la mano a Lottie.

—Esperaré ansioso noticias tuyas.

—En cuanto sepa cualquier cosa, se lo haré saber —dijo Lottie con una buena dosis de sarcasmo.

* * *

La habitación del padre Angelotti era pequeña pero funcional: tenía las paredes pintadas de rosa palo y una lámpara roja debajo de una foto de Jesús con el ceño fruncido y un corazón en llamas.

Lottie se puso unos guantes de látex y examinó la habitación. Había una cama individual con unas sábanas marrones, un armario y un tocador. Tenía baño privado, donde había un neceser, una maquinilla de afeitarse, un cepillo y una pasta de dientes, gel de ducha, champú y un peine. Una chaqueta, cinco camisas negras, dos jerseys y dos pantalones colgaban del armario. Lottie concluyó que no tenía intención de quedarse mucho tiempo. Los cajones del tocador contenían ropa interior, simple y anodina. Un ligero olor a tabaco rancio permanecía en el aire. Un portátil apagado era el único objeto que había sobre la mesa.

El joven cura estaba de pie en el umbral de la puerta. Lottie sentía que seguía sus movimientos con los ojos.

—Padre Eoin.

—¿Sí?

—¿Conocía al padre Angelotti? —preguntó, y guardó el peine en una bolsa para un posible análisis de ADN. Con todo lo que había pasado, no podía descartar nada.

—No mucho. No era muy hablador. Se encerraba en sí mismo y se quedaba en su habitación la mayor parte del tiempo.

—¿Tenía teléfono móvil?

—Sí.

—No está aquí. ¿Cuándo vio a Angelotti por última vez?

—No estoy seguro. Él estaba de baja justificada y nosotros estábamos ocupados con las ceremonias de Navidad, así que no hablé demasiado con él.

—¿No tiene idea de dónde puede estar? —indagó Lottie.

—Ni la más remota idea.

—¿Denunció usted la desaparición?

Se sonrojó ligeramente.

—Me pareció extraño —respondió—. Eso fue todo. Se lo comenté al obispo Connor, pero no parecía muy preocupado.

—Entonces, ¿por qué usted sí lo estaba?

—Tras el asesinato de esa mujer, Susan Sullivan... me preguntaba dónde podría estar —explicó mientras abría la puerta—. ¿Ya ha acabado? Tengo cosas que hacer.

—Creo que hay algo que quiere contarme.

—Estaba un poco inquieto. Nada más.

Lottie cogió el portátil.

—¿Puedo llevarme esto?

—Claro —respondió, y la acompañó hasta la puerta.

En la comisaría, Lottie ordenó una evaluación completa del portátil del cura y entregó el peine para que analizaran el ADN. Por si acaso.

Tras sentarse en su escritorio, abrió el último cajón y sacó un sobre de manila viejo y amarillento de debajo de una pila de archivos. Respiró hondo, lo abrió y observó la fotografía descolorida, una imagen que no podía esconder las mejillas con hoyuelos, los enormes ojos y el pelo de punta sobre la cabeza del chico. Siempre que miraba la foto, Lottie imaginaba que el chico se acababa de cortar el pelo. Era una fotografía de la escuela, tomada en uno de esos pocos días en los que él había asistido.

—¿Qué miras? —preguntó Boyd, que dejó una taza de café junto a su codo.

Lottie cerró la carpeta de golpe y puso la taza sobre ella.

—No has contestado a mi pregunta. —Boyd se apoyó en el borde de su desordenado escritorio.

Dos bolígrafos cayeron al suelo. Lottie volvió a guardar la carpeta en su sitio, cerró el cajón y dio un sorbo a su café.

Boyd recogió los bolígrafos y los colocó ordenadamente al lado de su teclado.

—Es aquel niño desaparecido en los setenta, ¿no?

—Tienes mucho trabajo como para estar espiándome.

—Y tú ya tienes suficiente trabajo como para reabrir casos antiguos. ¿Por qué estás tan obsesionada con ese niño?

—No es asunto tuyo —replicó Lottie, tirando los bolígrafos por el

escritorio. Advirtió que uno de ellos era del obispo.

—Ese documento debería estar en un museo para que lo restauren, no para que lo hojees de vez en cuando.

—Déjame en paz. —Le lanzó una mirada irritada y de ojos entrecerrados.

Boyd se dirigió su ordenado escritorio, Lottie ordenó rápidamente el suyo, amontonando carpetas y tirando papeles arrugados a la papelera. Escribió el informe de su encuentro con el obispo Connor y abrió un expediente de desaparición para el padre Angelotti. Duplicó ambos documentos en la base de datos del asesinato de Sullivan; quizá estaban relacionados. No podía dejar nada al azar. Le habló a Boyd sobre el padre Angelotti.

—¿Crees que tiene algo que ver con las víctimas? —preguntó él.

—Es lo que tenemos que averiguar —respondió Lottie. Conocía a alguien que podría tener información.

—Ah, se me olvidó decirte que la garda O'Donoghue encontró esto. —Boyd le dio su bolso de cuero.

—¿Dónde estaba? —Lottie lo cogió y hurgó a ver qué había.

—Lo habían tirado en el túnel, cerca del depósito de reciclaje de neumáticos. No muy lejos de donde te atracaron —explicó—. Tu monedero y tus tarjetas siguen ahí, aunque creo que te robó el efectivo.

—No llevaba efectivo.

—¿Por qué no me extraña?

—Me conoces demasiado bien. —Lottie puso los ojos en blanco.

Cogió su chaqueta y se fue sin decirle a Boyd adónde iba.

* * *

Sentada con el padre Joe, en sillones situados a cada lado del fuego abrasador de la chimenea de carbón, Lottie se relajó un poco.

—No vi mucho al padre Angelotti. Era un hombre de voz suave y hablaba bien inglés. Espero que esté bien. Parecía muy perdido en sí mismo —lamentó el padre Joe.

—Ahora está perdido literalmente si el obispo Connor no me ha mentado.

—¿Qué quiere decir?

—En los pocos minutos que estuve con él, me formé una opinión del

obispo. Tal vez me equivoque, pero creo que no me gusta.

—En su defensa, diré que para llegar a ciertos sitios, algunas personas tienen que comer o ser comidas. Y eso merma su humanidad. —El padre Joe hizo una pausa y la miró—. Aunque tampoco es santo de mi devoción.

—¿Eso no se considera blasfemia? —rio Lottie.

—Algo parecido. Pero soy propenso a decir lo que pienso. —Se apartó un mechón de pelo de la frente—. Por lo que sé, enviaron aquí al padre Angelotti para «encontrarse a sí mismo». Es decir, para que descubriera si quería seguir siendo cura o no. Yo paso por lo mismo todos los días, por eso no comprendo por qué lo enviaron aquí. A menos que fuese por otro motivo.

—¿Qué otro motivo podría haber?

—No lo sé. —El azul de sus ojos brillaba a la luz del fuego—. Podría tratar de averiguarlo.

—¿De verdad? —inquirió Lottie, inclinándose hacia él.

—La Iglesia es sobreprotectora, así que no puedo prometerle nada.

—Inténtelo, por favor —rogó Lottie.

Los labios del párroco esbozaron una sonrisa conspiratoria.

—No tiene por qué contármelo, si no quiere —dijo él.

—¿Contarle qué? —Lottie se sonrojó, nerviosa.

—¿Su cara?

—Anoche me atracaron. Estas cosas pasan.

—Supongo que sí —respondió el cura—. Es usted una mujer muy interesante, inspectora Parker. Espero que no le importe que diga esto, pero los moretones la hacen todavía más intrigante.

Un inoportuno rubor le bañó su dañada cara.

—Bueno, ya me había advertido de que dice lo que piensa —repuso con una sonrisa.

Su teléfono sonó: Corrigan. La sonrisa desapareció de su cara. Mierda.

—Tengo que irme —se disculpó Lottie.

—¿No va a responder?

—Créame, ya sé de qué va el tema.

* * *

—Es usted imbécil. ¿Lo sabía?

El comisario Corrigan no gritaba. Hablaba en voz baja y calmada. Aquello era más preocupante.

—Cathal Moroney manipuló la información —explicó Lottie.

—¿Y cómo consiguió la información para manipularla? Dígame.

—Con un equipo tan grande, es difícil evitar filtraciones, sean intencionadas o no.

—Una excusa muy pobre, inspectora.

—Sí, señor.

—Es su maldito equipo. ¿Quién es la fuente de Moroney?

—Lo averiguaré.

—Por supuesto que lo hará.

—Sí, señor. Asumo toda la responsabilidad de mi equipo, pero estamos bajo mucha presión.

—Todos estamos bajo presión, pero en situaciones como esta tenemos que sacar lo mejor de nosotros.

—Sí, señor. No es necesario que me lo recuerde. Sé que podría haber metido la pata.

—Aquí no vale un «podría». Tiene que jugar mejor sus cartas. Queremos a los medios de nuestro lado. Los usamos cuando y como queremos. No deje que Moroney la vuelva a engañar. A partir de ahora, todo el tema de la prensa lo llevo yo.

—No, señor —respondió—. Digo, sí, señor. —No sabía ni lo que estaba diciendo. Aunque la había regañado de manera apropiada, se sentía peor que si Corrigan le hubiese gritado. Su voz calmada la ponía nerviosa.

Y a Lottie Parker no le gustaba que la pusieran nerviosa.

Se preguntó quién podría ser el soplón. Maria Lynch le vino a la cabeza. Lottie la había regañado junto a Kirby por la chapuza de búsqueda en casa de Sullivan. A Lynch no le gustó ni un pelo. ¿Acaso pretendía quitarle el trabajo a Lottie?

* * *

Pasó por la sala del caso antes de ir a casa.

—El portátil estaba completamente limpio —dijo Kirby.

—¿Qué portátil? —preguntó Lottie.

—El del cura desaparecido. Lo han borrado todo.

—¿Ya lo sabes?

—Uno de los técnicos le echó un vistazo rápido. Dijo que no había nada, ni siquiera tenía sistema operativo. Que alguien debió de descargar alguna de esas nuevas aplicaciones ilegales. Así que cero, nada, vacío... —dijo Kirby mientras se estrujaba la cabeza pensando más palabras.

—Lo pillo —lo interrumpió Lottie.

—Me pregunto por qué está vacío.

—El padre Angelotti está desaparecido y su ordenador, vacío. Quizá cuando lo encontremos resolveremos el misterio.

—¿Esto tiene algo que ver con Susan Sullivan y James Brown? —inquirió Kirby.

—No lo sé. —Se quedó pensativa un momento—. Pero creo que las únicas personas con acceso al ordenador viven en casa del obispo, y no me gusta lo que eso implica.

—¿Voy a interrogarlos?

—De momento no. —Lottie se dio la vuelta para irse, pero se detuvo y añadió—: Kirby.

—¿Qué, jefa?

—Gracias.

—No hay de qué.

—Ya son más de las siete, estoy hecha polvo. Me voy a casa. Tú también deberías irte.

Lo dejó allí de pie, rascándose la cabeza como si estuviera perdido. Lottie conocía esa sensación.

La fiesta estaba en pleno apogeo a pesar de que todavía no era de noche. Los cuerpos se entremezclaban unos con otros y un aroma a marihuana flotaba en el aire. Katie Parker acariciaba con la lengua el estrecho tatuaje del cuello de Jason. Se había perdido todas las fiestas de Nochevieja, pero esta lo compensaba.

«Estoy enamorada», pensó cuando Jason le echó la cabeza hacia atrás y le puso el porro entre los labios. Inhaló y, luego, él se lo llevó a la boca y lo consumió del todo de una sola calada. Ella sentía que estaban flotando en brazos del otro, haciendo su propia música, ajenos a la banda.

—¿Vendrás luego a mi casa? —preguntó Jason.

Katie lo miró a través de la neblina.

—Tengo que irme a casa. Atracaron a mi madre anoche. Estará preocupada por mí.

—¿Por favor?

—Bueno, va —dijo Katie riéndose. Estaba tan bien en aquel momento que su madre podía irse a la mierda.

* * *

Finalmente, se sentó con una taza de té entre las manos y cerró los ojos para no ver los platos sucios de la cena apilados en el fregadero. De repente, sonó el teléfono.

—¿Lottie?

—Estoy en casa, Boyd. ¿Qué quieres?
—Adivina.
—Estoy cansada.
—He descubierto quién era la doctora de Susan Sullivan.
—¿Cómo? ¿Quién?
—Llamé a la farmacia que salía en la receta.
—Ya era hora.
—Nunca lo adivinarás.
—Dímelo.
—Vamos, adivínalo.
—Te voy a colgar, Boyd.
—Aguafiestas.
—Te cuelgo...
—La doctora Annabelle O’Shea.
Lottie dejó la taza en el suelo. Su amiga Annabelle.
—¿Sigues ahí, Lottie? ¿Quieres hablar...?
—... con ella? ¿Tú qué crees?
—Te lo dejo a ti. Buenas noches.
—Boyd.
—¿Sí?
—Gracias.

Colgó el teléfono y Lottie miró el reloj: las nueve menos cuarto. No era demasiado tarde.

* * *

La doctora Annabelle O’Shea estaba sentada en una esquina del bar del hotel Brook, bebiendo vino tinto.

Tenía un aspecto muy natural, lo que hacía sentir vieja a Lottie. Incapaz de detener los celos que sonrojaban sus mejillas, se quitó la chaqueta, confiando en que su camiseta estuviese limpia. Gruñó. Era la que había puesto en la lavadora junto con los vaqueros negros de Sean.

—¿Qué te ha pasado? —exclamó Annabelle con los ojos abiertos de par

en par, acercándose a la cara de Lottie.

—Mi propia estupidez. Un gamberro me atracó. —Lottie dejó su chaqueta en el asiento de al lado—. Gracias por reunirte conmigo.

—Lo siento, no vi tu llamada anoche. —Annabelle hablaba con una voz que era el fiel reflejo de su aspecto: ingeniosa y concisa—. ¿Qué te apetece beber?

—Agua con gas. Estás preciosa, como siempre.

Annabelle llamó al camarero.

Sus pantalones azul marino se ceñían sobre una camisa de seda blanca, y un llamativo colgante de plata adornaba su cuello. Con las piernas cruzadas, con unas ridículas botas de Jimmy Choo, Annabelle podría ser modelo. Su pelo rubio, que llevaba recogido sobre la cabeza, parecía natural, aunque Lottie sabía que no lo era.

—Listilla —dijo Annabelle—. Tú estás horrible.

—Gracias. ¿Sabes por qué quería quedar contigo?

Le trajeron el agua y le dio un sorbo.

—¿Porque te sientes culpable por todas las veces que me has dejado plantada estos últimos meses? —bromeó Annabelle.

—Es difícil sacar tiempo para todos.

—¿Cómo están tus hijos?

—Bien. ¿Y los gemelos? —Lottie odiaba las charlas triviales.

—Se han pasado la Navidad estudiando para los exámenes finales de secundaria.

Lottie suspiró. ¿Por qué todos tenían hijos concienzudos mientras que los suyos se pasaban el día escuchando música o jugando a la PlayStation?

—Supongo que superpapá sigue tan eficiente como siempre. —Lottie sabía que Cian O'Shea era el marido que toda mujer deseaba, aunque sospechaba que Annabelle no compartía esa opinión.

—El mismo Cian de siempre: un regalo de Dios —replicó Annabelle con sarcasmo.

—Ánimate. Si él no trabajara desde casa y se ocupara de la casa, estarías perdida.

—Ese es el problema. Siempre está ahí. Nunca tengo un momento de paz. Ni siquiera puedo tomarme un día libre para quedarme en casa, porque o está

ahuecando cojines o está pasando la aspiradora. Si no está limpiando, está diseñando con el ordenador Dios sabe qué juegos, con los cascos a todo volumen y cantando a grito pelado.

Lottie sonrió con ironía. Le encantaría volver a escuchar la voz de Adam, aunque fuese un minuto.

—Bueno, ya basta de mí y de mi familia. ¿Tú cómo estás? —preguntó Annabelle intencionadamente.

—Me vendrían bien más pastillas relajantes.

—Lottie, ya va siendo hora de enfrentarse a la realidad.

La sangre se agolpó en la cara de Lottie. No quería un sermón.

—Quiero hablar sobre Susan Sullivan.

—Todavía no —repuso Annabelle, y giró en su asiento para encarar a Lottie.

—No tengo tiempo para esto ahora —refunfuñó Lottie.

—¿Te está afectando tu estado de ánimo en el trabajo? —insistió Annabelle.

—No.

—Creo que la respuesta correcta es sí.

—Preguntemos al público —bromeó Lottie, pero su falta de seriedad no estaba funcionando—. A decir verdad, no lo sé —añadió.

—Ya te lo he dicho, necesitas terapia de duelo.

—Que te den —dijo Lottie medio en broma.

—Si no quieres pensar en ti, piensa en tus hijos. Necesitas estar en plenas facultades para lidiar con sus problemas.

—Ellos están bien —remarcó Lottie. ¿Qué problemas? Cerró los ojos por un momento—. No, no están bien. Yo tampoco estoy bien. Mi casa no está bien y me he peleado con mi madre.

Annabelle se rio.

—¿Otra vez? Bien. Siempre he dicho que era como el Sombrerero Loco, pero sin la fiesta del té.

—Oye, no seas tan cruel.

—Te controla, siempre lo ha hecho.

—Ahora soy yo la que tiene la sartén por el mango. No me habla desde hace meses.

—Puede que ahora la tengas tú, pero ¿hasta cuándo?

—No quiero hablar de ella.

—Y toda la historia que escondió. Tu padre, tu hermano...

—Estamos aquí para hablar de Susan Sullivan —interrumpió Lottie. No quería desenterrar aquellos viejos secretos.

—Desde que murió Adam, no estás bien...

—¿Mentalmente?

—Emocionalmente —aclaró Annabelle, y le dio un trago al vino.

Lottie dejó su vaso y, luego, lo volvió a coger.

—Entonces, ¿estoy deprimida?

—El dolor nubla tu juicio tanto de los vivos como de los muertos. Necesitas un descanso.

—Ya han pasado tres años. Todos creen que he superado lo de Adam.

—¿Y lo has superado? —Annabelle arqueó una ceja—. Nunca lo superarás del todo. Pero aprenderás a sobrellevarlo y necesitas estar al cien por cien en tu trabajo. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo estar al ciento diez por ciento, aunque esté llamando a las mismísimas puertas del infierno.

Annabelle suspiró.

—De acuerdo. Te daré la receta. Pásate a recogerla a mi despacho durante la semana. No debería hacerlo, pero a cambio quiero que te hagas un examen médico completo y dejes los tranquilizantes.

—Añade un par de somníferos a la receta —negoció Lottie.

—No te pases.

—Cuando cierre este caso, me haré un examen médico completo.

—¿Y la terapia?

—Solo necesito las pastillas —respondió Lottie.

Ella decidiría cuándo estaba preparada para ir a terapia. Quería las pastillas, le mantenían la cabeza en su sitio. De día en día, de pastilla en pastilla. Lo que hiciese falta para salir adelante.

—Vale —accedió Annabelle.

Aliviada, Lottie desvió la conversación hacia el motivo por el que se habían reunido.

—Háblame de Susan Sullivan.

—Dios, no puedo creer que la hayan matado. ¡Aquí, en Ragmullin! ¿Por qué? ¿De qué va todo esto?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar.

—No creo que nada de lo que te cuente te sirva de algo.

—Estoy tratando de establecer una descripción de ella. A estas alturas, no tengo ni idea de qué puede ser relevante.

—Como ha fallecido, supongo que no rompo la confidencialidad entre médico y paciente —dijo Annabelle.

—¿Cuándo le diagnosticaron el cáncer? —preguntó Lottie, temiendo los recuerdos que esa palabra le traía a la mente.

—Fue mi paciente este último año. Se quejaba de dolor abdominal, así que le hicimos un TAC. Eso confirmó que presentaba anomalías en ambos ovarios, y la biopsia dio positivo en cáncer de ovarios, en estado avanzado. La informé de esto el pasado junio.

—¿Cuál fue su reacción?

—Pobre mujer. Simplemente lo aceptó.

«Igual que Adam», pensó Lottie, que agarraba el vaso con fuerza para que su mano dejase de temblar.

—Sentí pena por ella, tuvo una vida dura —añadió Annabelle, dando un pequeño sorbo de vino.

—¿Y qué más?

—Le aconsejé que fuese a un psicólogo, pero se negó. La animé a que hablase conmigo y habló un poco.

—Cuéntame lo que te dijo.

—Me dijo que tuvo un bebé cuando todavía era una niña. Su madre, al parecer una mujer despreciable, la obligó a renunciar a él. Susan estaba obsesionada con encontrar a su hijo. Incluso... —Annabelle desvió la mirada y se mordió el labio.

—¿Qué? Sigue —la instó Lottie.

—Bueno, supongo que ahora que ya no está aquí, puedo decir que... fue a hablar con tu madre del tema.

—¿Con mi madre? —Lottie se quedó pasmada. No había visto a su madre en cuatro meses. Rose era la última persona sobre la que esperaba hablar—. ¿Por qué demonios lo haría?

—Porque tu madre la ayudó a dar a luz a su hijo.

Lottie se reclinó en la silla; se sentía un poco idiota. Era lógico: su madre, una matrona ya jubilada, había ayudado a dar a luz a muchas madres en Ragmullin y en los alrededores. Concluyó que Susan había crecido en Ragmullin.

—Es realmente interesante —apuntó Lottie—. ¿Y sabes cómo era su relación con mi madre?

—Eso deberías preguntárselo a ella.

—Quizá debería —dijo Lottie—. ¿Susan tenía algún familiar cercano?

—Su madre murió hace unos años. Creo que no tenía a nadie.

Lottie se quedó pensativa. Estaban emitiendo un partido de fútbol en la televisión, con el volumen apagado. Como su cabeza.

—¿Susan te contó cómo se quedó embarazada? ¿Quién era el padre?

Annabelle enmudeció.

—¿Me lo vas a decir? —Mientras rompía el posavasos en mil pedazos, Lottie insistió contra toda esperanza—: Puede que tenga algo que ver con el motivo de su asesinato.

—Era una niña cuando ocurrió, quizá tenía doce años. Me dijo que la violaron continuamente desde muy pequeña.

—¿Su padre? ¿Pudo haber sido él?

—Lottie, no sé quién fue. Nunca llegó a decírmelo.

—¿Le aconsejaste que lo denunciara?

—Sí, pero no me hizo caso. Decía que ya había pasado mucho tiempo y que ya tenía bastantes cosas que arreglar. No pude convencerla.

—Me cuesta entender cómo Susan pudo llevar una carga así durante tantos años.

—No siempre se llamó Susan Sullivan —dijo Annabelle.

—¿Qué? —Lottie dejó el vaso con un ruido sordo—. ¿Quién...? ¿Cómo?

—No sé cómo se llamaba antes. Supongo que se cambió de nombre en un intento de borrar sus años de juventud —respondió Annabelle con una sonrisa triste—. Pero cambiarte el nombre no alivia tu dolor. Susan llevaba esa pena con ella, cada día de su vida. Creo que veía el cáncer como una liberación.

—Y, entonces, alguien decidió adelantar su llegada al otro mundo —dijo Lottie. De repente, tenía mucho calor.

—Sí.

—Mi trabajo ahora es descubrir quién y por qué. —Lottie asimiló toda esa nueva información en su cabeza.

—Y lo harás, Nancy Drew. ¿Sabías que siempre te llamaba así a tus espaldas en el colegio?

—Lo sabía.

Lottie deseaba que pudieran hablar sobre los viejos tiempos y lo que recordaban como buenos tiempos. Los recuerdos eran un hecho extraño: deformaban el pasado. Era algo que había aprendido por su propia experiencia.

—Lamento no poder ser de más ayuda —se disculpó Annabelle.

—Me has dado algo con lo que continuar. —Lottie dejó el vaso sobre la barra y miró directamente a su amiga—. ¿Qué vas a hacer con Cian?

—Hace que me suba por las paredes.

—En serio, Annabelle. ¿Por qué?

—Joder, ojalá lo supiese —dijo Annabelle. Casi nunca decía palabrotas, pero esta vez se salió con la suya. Lottie sabía que Annabelle O'Shea se salía siempre con la suya.

—Diría que tiene que ver con tu hombre misterioso.

—Desde que conocí a... —Annabelle hizo una pausa—. Soy una persona diferente desde que conocí al hombre del que estoy enamorada.

—Tú siempre estás enamorándote y desenamorándote. ¿Quién es él?

—Eres mi amiga, pero creo que es mejor que no sepas nada.

—No sé nada sobre nada. No solo sobre tu amante.

29

Katie rodeó el cuello de Jason con los brazos y lo acercó a su cuerpo.

—Tengo frío.

—Yo te mantendré caliente. Espera a que te meta en la cama.

—Eres un asqueroso —bromeó. Jason la abrazó más fuerte y ella sintió mariposas en el estómago cuando él le acarició el cuello con los labios.

Katie echó un vistazo a la ruidosa multitud tras ellos, que hacía cola esperando a los taxis.

—No mires ahora, pero ¿te acuerdas de aquel pesado que se nos quedó mirando en el *pub* la otra noche?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Jason.

—Está en la cola.

—Es un país libre. —Jason se dio la vuelta y se inclinó contra el aire helado—. ¿Dónde está?

—¡Te he dicho que no mires! —Katie lo arrastró de nuevo hacia ella—. Ya se ha ido.

—El hombre invisible —se rio Jason.

—No es gracioso. Me estaba asustando.

—Si vuelves a verlo, dímelo.

Katie se acurrucó todavía más en sus brazos y esperó pacientemente el taxi con Jason. De alguna forma, no se sentía segura.

* * *

El hombre aceleró el paso en cuanto giró la esquina. Había estado cerca. Estaba seguro de que la chica lo había visto. Tendría que ser más cuidadoso en un futuro. Pero había valido la pena solo por ver al chico.

* * *

Lottie no podía dormir. Otra vez.

La conversación con Annabelle le había roto los esquemas y confundido sobremanera. Su madre, la única mujer que tenía el poder de evocar recuerdos dolorosos.

Lottie cerró los ojos con fuerza, pero no podía borrar la imagen de Rose Fitzpatrick de su cabeza. Al día siguiente tendría que ir a verla.

Se inclinó sobre el lateral de la cama, encendió la manta eléctrica y se acurrucó bajo el edredón; el calor artificial la sumió en un sueño incómodo.

Diez minutos después, ya estaba despierta. El dolor se le clavaba en las costillas y tenía la frente hirviendo. Se tomó dos analgésicos, pero el dolor no desaparecía.

Los acontecimientos del día invadían su sueño. El pasado se abría camino en su presente.

Necesitaba un trago.

Necesitaba un trago con urgencia.

Necesitaba un trago de verdad.

Apartando el edredón, Lottie no quería volver a ser la persona irreconocible que había sido tras la muerte de Adam. Volver a una época en la que siempre estaba pegada al cuello de una botella de vino y el vino casi la destroza. Hasta que lo superó un año atrás. Aun así, a veces ansiaba olvidarse de todo. Aquel deseo anulaba su juicio y ella luchaba por recuperar la apariencia de normalidad. Ahora estaba luchando ferozmente, retorciéndose y dando vueltas, pero, al final, perdió la batalla.

Salió de la cama.

Se puso una sudadera sobre el pijama, se calzó las botas UGG y bajó las escaleras. El reloj de la cocina marcaba la una y media de la madrugada. Cogió la llave del gancho de la puerta trasera y caminó por el jardín cubierto de nieve hasta el cobertizo. Quitó la nieve de la cerradura; estaba congelada.

¿Era una señal para volver a la cama? Tomó aire. Se detuvo. Casi se rindió. Volvió a intentarlo. Se abrió la puerta.

Encendió la luz, bajó la caja de herramientas de Adam y la abrió. Contempló la botella de *vodka*. Cerró la tapa y se sentó en el frío suelo. Un trago nunca era suficiente. Se mordió las uñas.

Tras unos minutos tormentosos mirando la caja de herramientas, volvió a abrirla, sacó el *vodka*, cerró la tapa y, con la botella bajo el brazo, caminó rápidamente hacia la casa, dejando la puerta del cobertizo balanceándose en el frío viento de la noche.

* * *

1 de enero de 1975

No podía creerlo.

Él estaba sentado en su sofá de flores, en su sala de estar, mirándola, mientras su mamá se afanaba sacando tazas de porcelana y galletas. Su papá daba sonoras caladas a su pipa, llenando de un humo agrio el espacio entre él y el cura.

Abrió los ojos en señal de protesta. Estaban hablando de su «problema» como si ella ni siquiera estuviese allí. Con un trapo de cocina en las bragas empapándose de sangre y fluidos, sostenía al recién nacido en sus brazos y se preguntaba cómo no se había dado cuenta de que había estado creciendo en su interior. Sonrió, pensando que era un bebé perfecto, aunque el cura lo había llamado «un enorme pecado con brazos y piernas». ¿Cómo podía sentarse ahí y decir algo semejante?

Se moría de ganas de contárselo. De decirle a su mamá, allí de pie con la tetera con el borde dorado en la mano, y a su papá, sentado como un puto idiota picando tabaco con su navaja, que todo era culpa del cura.

No dijo nada. Su corazón se estaba rompiendo en pedacitos. Sostuvo a su bebé, envuelto en una toalla que hacía de pañal.

Quiso decírselo a aquella mujer, la comadrona. Con su rostro delicado y su pelo rizado, cortó el cordón umbilical, comprobó el corazón del bebé y le

susurró a su mamá que dejara de gritar. Tan pronto como llegó, se fue.

Y, ahora, hablaban como si ella fuera invisible. El bebé lloriqueó. Sus pechos infantiles, pequeños como capullos de flor, gotearon, manchándole la camiseta. Comenzó a llorar y la miraron boquiabiertos.

Apretó al bebé contra su pecho. El miedo, por ella misma y por su pequeño, corrió por cada vena de su cuerpo.

—Saint Angela —dijo el cura—. Allí le enseñarán a comportarse.

Día cuatro

2 de enero de 2015

30

La pierna de un hombre yacía sobre ella, inmovilizándola contra la cama.

¿Quién era él? ¿Y dónde estaba ella? Se dio la vuelta como pudo y lo miró, pero no consiguió verle la cara. El hombre estaba tumbado boca abajo. Al apoyarse en un codo para levantarse, se dobló del dolor y, de repente, la asaltó un destello de la noche pasada.

Mierda. Mierda. Mierda. Había bebido.

Pequeñas lágrimas asomaron por las comisuras de sus ojos y un odio hacia sí misma subió junto con la asquerosa bilis desde el estómago. Iba a vomitar.

Dando patadas, se quitó la pierna del hombre de encima, salió de la cama y se dirigió hacia una puerta abierta. Llegó al váter justo a tiempo para vomitar.

El olor rancio a alcohol llenó el baño mientras devolvía una vez más, antes de quedarse en cuclillas. Solo llevaba su ropa interior desaparejada, pero le dio igual y se quedó allí sentada, agarrándose la cabeza palpitante con las manos. Lo único que le importaba era que había perdido el control cuando necesitaba tener el control absoluto.

Una sombra se cernió sobre ella desde la puerta y, luego, la luz se encendió, cegándola.

—¿Quieres un cigarrillo?

Boyd.

Entonces, se echó a llorar. No pudo evitarlo. Se odiaba a sí misma.

—¿Qué he hecho? —preguntó, evitando la mirada de su compañero.

Se acercó, con su largo cuerpo cubierto solo por unos bóxeres, y se sentó junto a ella en el frío suelo de baldosas.

—Estabas borracha y me llamaste para que fuera a buscarte, cosa que hice. Me rogaste que te trajera aquí y, entonces, te me insinuaste.

Encendió dos cigarrillos y le puso uno entre los dedos temblorosos.

—Luché contra mis instintos más básicos y me resistí a tus encantos. Para entonces ya no eras capaz de hacer otra cosa que dormir. Aparte de desnudarme a la fuerza.

Ella inspiró hondo, con la piel enrojecida de la humillación.

—Lottie, ¿qué pasa? —preguntó Boyd, haciendo anillos de humo en el aire frío.

—No tengo ni idea.

—Necesitas ayuda.

—Necesito recuperar el control de mi vida.

—No puedes hacerlo sola.

—Observa y verás.

—Ya lo hago, y no me gusta lo que veo.

—¿Qué significa eso?

Boyd dio una calada a su cigarrillo. El silencio los envolvió.

—Estabas llorando mientras dormías —dijo finalmente.

—Estaré bien —contestó ella.

Se quedaron allí fumando mientras escuchaban el sonido del goteo del váter. Luego, él apagó las colillas bajo el grifo, las tiró a la brillante papelera que había bajo el lavabo y llevó a Lottie de vuelta a la cama. La arropó, le besó la frente, le acarició el pelo con la mano y se deslizó junto a ella. Lottie se pegó al borde de la cama, creando una línea imaginaria entre los dos antes de caer en un sueño ligero.

* * *

Despertó y se incorporó en la cama. Estaba sola. Giró el reloj para ver la hora. Las 6:38 de la mañana. Acurrucándose de nuevo en el confort de la almohada, Lottie agradeció que hubiera sido Boyd a quien había decidido insinuarse en su estado de embriaguez y no un ligue cualquiera del bar. ¡Sus

hijos! Mierda. Se levantó de un salto. Tenía que llegar a casa antes de que se despertaran.

Boyd entró, completamente vestido con unos pantalones negros y una camisa blanca, y le tendió una taza de café. El aroma le hizo cosquillas en la base de la nariz. Lo miró a los ojos, interrogándolo en silencio.

—No te preocupes. Sé ser discreto. Bebe. Tenemos un día largo por delante.

—Eres un buen hombre —dijo Lottie—. Gracias.

—Tienes cinco minutos para lavarte y vestirte —la informó, y salió de la habitación.

—Sádico —dijo ella.

—Le dijo la sartén al cazo —resonó la voz de Boyd a lo lejos.

Lottie no pudo evitar sonreír.

Se puso la ropa del día anterior. Al menos anoche tuvo el sentido común de quitarse el pijama. Encontró un Xanax aplastado en el bolsillo trasero de sus vaqueros, se lo metió en la boca y se lo tragó con dos tragos de café. Necesitaba la calma artificial para borrar la noche y afrontar el día.

Recogió el paquete de cigarrillos y lo escondió en su bolsillo. Solo fumaba cuando bebía. «No vayas por ahí», se advirtió a sí misma y salió de la habitación.

Fuera, el aguanieve le acribilló los cortes de la cara antes de que entrara en el coche.

—Déjame en casa primero —dijo—. Tengo que ver cómo están los niños y cambiarme de ropa.

El chirrido de los limpiaparabrisas era lo único que se oía en el coche. Ninguno de los dos tenía mucho que decirse y probablemente era mejor callarse lo que estaban pensando.

Boyd paró frente a la casa de Lottie. Ella sacó sus largas piernas del coche.

—Gracias, Boyd.

—¿Qué le digo a Corrigan si pregunta por ti?

—Dile que estoy siguiendo una pista.

—¿Qué pista?

—Cuando lo sepa, te lo diré.

Cerró la puerta con un golpe suave. Ya era hora de resucitar a la Lottie fuerte. Antes de que fuera demasiado tarde.

31

Chloe Parker estaba sentada en la mesa, con las mejillas húmedas manchadas de rímel. Lottie se detuvo en la puerta. ¿Entrar o huir?

—Lo siento, Chloe —dijo, entrando en la cocina.

La chica la ignoró, se dirigió hacia el cubo de la basura y extrajo la botella de *vodka* semivacia. Desenroscó la tapa, vació lo que quedaba en el fregadero, tiró de nuevo la botella a la basura y corrió escaleras arriba.

Lottie se desplomó en una silla. Tendría que hablar con Chloe. Más tarde.

Llamó a su madre, sabiendo que Rose se deleitaría de que fuese Lottie la que claudicara. Se convenció a sí misma de que la agonía de una intensa resaca podría ayudar más que entorpecer el enfrentamiento que se avecinaba.

* * *

Rose Fitzpatrick tardó menos de diez minutos en cruzar la ciudad en coche. Ahora estaba de pie frente a la tabla de planchar, con la plancha en la mano, en medio de la cocina.

—Lottie Parker, deberías estar en casa más a menudo. Estos pobres niños siempre están hambrientos y no tienen nada que ponerse —increpó mientras doblaba la camiseta de deporte de Sean.

Lottie quería decirle a Rose que las camisetas de deporte no se planchaban, pero se contuvo. Como suponía, su madre había tomado el control en el mismo instante en que había entrado en casa, sin preguntar. Tras la muerte de Adam, Rose había tratado de ocupar su lugar en sus vidas.

Entrometiéndose y controlando. Lottie sospechaba que todo eso se basaba en su amor por sus nietos y en lo protectora que era Rose. Pero la situación había alcanzado un punto crítico en su última pelea, cuando Lottie le dijo a su madre que se fuera a pasear, o algo por el estilo.

Erguida con la cabeza bien alta mientras planchaba la ropa, el rostro de Rose Fitzpatrick era un mapa de tersura con solo algunas arrugas alrededor de los ojos, como hiedra que se marchita. Llevaba el pelo corto, elegante y plateado. Había sido de las que se teñían el pelo cada mes y, aunque había dejado de hacerlo al cumplir los setenta, cinco años atrás, todavía iba a la peluquería una vez por semana para un lavado y secado.

—¿Preparo una taza de té? —preguntó Lottie educadamente.

—Es tu cocina —dijo Rose, pasando la plancha por unos vaqueros tiesos como el cartón.

—¿Te apetece una taza? —Lottie llenó el hervidor.

—Dúchate. —Rose recogió el cable de la plancha—. Apesta. Luego puedes preguntarme lo que sea por lo que me has traído aquí.

Lottie salió de la cocina hecha una furia. Su madre ni siquiera le había preguntado cómo se había golpeado la cara. Se quitó la ropa y se quedó de pie bajo el chorro de agua caliente hasta que le ardieron los cortes. Tenía las costillas amoratadas y le dolía la cabeza, pero al menos se sentía limpia. Tras ponerse una camiseta térmica, una de manga larga y unos tejanos, se sintió lista para enfrentarse a ella.

Antes de bajar, echó un vistazo a la habitación de Chloe. Su hija estaba tumbada en la cama, con unos auriculares enormes en la cabeza. Cuando vio a Lottie, se giró a propósito hacia la pared.

Luego se asomó a la habitación de Katie y vio que estaba vacía. Pensó en preguntarle a Chloe dónde estaba su hermana, pero rechazó la idea. Sean estaba en su cuarto, hablando en un juego *online* de la PlayStation. Probablemente había estado despierto toda la noche.

En la cocina, Rose estaba sentada en la mesa, sosteniendo una taza de té. La tabla de planchar ya no estaba, la ropa reposaba pulcramente apilada, unas patatas silbaban en una olla puesta al fuego, un pollo se asaba en el horno... y todavía no eran las ocho de la mañana. El día de Navidad. Esa fue la última vez que comieron una buena cena casera. ¿Acaso era esto una estrategia de su madre para hacerla sentir culpable? Lottie forzó una sonrisa.

—Gracias por... —Lottie señaló con el brazo la cocina ordenada.

—¿No es para esto para lo que están las madres? —replicó Rose—. Para limpiar el desastre que dejan sus hijos.

La sonrisa murió en los labios de Lottie.

—Bueno, ¿qué querías de mí? —preguntó Rose.

—Susan Sullivan —dijo Lottie, lanzándose de lleno.

Se sirvió una taza de té.

—¿La mujer asesinada? ¿Qué pasa con ella?

—Hablé con Annabelle y me dijo que Susan contactó contigo.

—Sí, lo hizo.

—¿Y os reunisteis?

—Sí. Hace unos meses. En octubre, noviembre tal vez. No estoy segura de cuándo.

—Sigue.

—Intentaba encontrar a un niño que le quitaron...

—¿Qué tenía eso que ver contigo? —interrumpió Lottie.

—¿Quieres oírlo o no?

—Perdona. Continúa.

—La madre de Susan se había negado a decirle nada sobre el bebé. Pero en su lecho de muerte, hace dos años, mencionó mi nombre.

—Y...

—Le dijo que yo había asistido el parto. Lo que no era cierto, porque llegué poco después del nacimiento. No pude ayudarla en aquel entonces ni cuando contactó conmigo para que le diera información.

Lottie revolvió su té con una cuchara.

—Habrán pasado más de veinticinco años desde que...

—¿Desde que era comadrona? Sí, pero esto fue mucho antes. En los setenta. La chica debía de tener solo unos once o doce años. Una niña. Pobrecita. Entonces se llamaba Sally Stynes.

—¿En serio? Cuéntame más. —Lottie dejó de revolver el té. Tal vez pudieran encontrar algo nuevo, ahora que tenían el viejo nombre de Susan.

—No hay mucho más que contar.

—¿Qué pasó con el bebé?

—Cuando me llamó, Susan suscitó viejos recuerdos —dijo Rose, mientras una arruga se formaba en su frente—. Su madre había hecho venir a un cura, el coadjutor del pueblo. Por lo visto, este sugirió que mandaran a la niña y al bebé a Saint Angela. ¿Conoces el viejo edificio cerca del cementerio? Ahora está cerrado.

Lottie asintió. Saint Angela. ¿Cómo iba a olvidarlo? Nunca hablaban de él. Pero ahora Rose lo estaba haciendo.

—Originalmente era un orfanato dirigido por las monjas, y luego añadieron un hogar para chicas solteras. Obviamente, algunos de los bebés no deseados crecieron allí. Las monjas también acogían a niños descarriados.

—Un lugar al que mandar a los niños descarriados —murmuró Lottie—. Esa es una manera de decirlo, madre.

Rose ignoró el comentario de Lottie.

—Evidentemente, cuando se reunió conmigo, Susan ya sabía lo del Saint Angela y era consciente de que probablemente el bebé había sido adoptado. Recordaba haber pasado algún tiempo allí. Pero la Iglesia no le dio ninguna información sobre su bebé. Por desgracia, yo no tenía nada nuevo que decirle —explicó Rose, con una resolución de acero.

—¿Sabes quién era el padre?

—No tengo ni idea. Cuando estuve en la casa ayudando después del parto, la madre estaba gritando a la niña, diciendo que era una pequeña golfá. Fue muy inquietante, pero si la niña era una fresca, el padre podría haber sido cualquiera. —Rose cruzó los brazos con fuerza.

Lottie se echó hacia atrás ante la dureza de su madre y reflexionó sobre lo que acababa de revelar. Con un poco de suerte, tendrían más éxito averiguando algo sobre Susan, alias Sally Stynes. Era una coincidencia que su madre tuviera esta información. La gente de los pueblos pequeños carga con secretos como este durante toda su vida. Las coincidencias eran inevitables. Y, además, su madre conocía a todo el mundo y le gustaba pensar que lo sabía todo. Lottie bebió unos sorbos de su té. Un recuerdo, oculto en las profundidades, ansiaba ser liberado.

—¿Alguna vez piensas en Eddie? —preguntó Lottie; se sentía lo bastante valiente como para preguntar sobre su hermano.

Rose se puso de pie, lavó su taza, la secó y la guardó en su sitio en el armario de la cocina.

—Eddie ya no está aquí. No hables de él —dijo.

«Negación», pensó Lottie, pero insistió:

—Y papá, ¿podemos hablar de él?

—El pollo estará listo en media hora. Vigila que el agua de las patatas no hierva demasiado y se evapore. —Rose se puso el abrigo y el gorro—. Puedes calentarlo todo en el microondas para la cena de esta noche.

—Entonces, supongo que no podemos hablar de ellos —dijo Lottie con ironía.

—Necesitas un hombre en tu vida, Lottie Parker —afirmó Rose, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Cómo? —preguntó Lottie, confundida.

—¿Boyd? ¿Se llama así? El flaco larguirucho. Buen tipo.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. Y tráeme a esos niños de visita pronto.

Lottie no estaba manteniéndolos alejados: ellos solitos habían decidido que ya habían tenido suficiente de la entrometida de su abuela.

En el umbral de la puerta, Rose dijo:

—Por cierto, vi tu entrevista en las noticias.

—¿Y?

—No fue muy impresionante, señorita. —Se cubrió las orejas con el gorro—. Podrías haber disimulado esos cardenales con un poco de maquillaje.

Como siempre, su madre tuvo la última palabra.

Lottie cerró la puerta de un golpe. Apagó el fuego, coló las patatas y las tiró a la basura. También tiró el pollo. Y una mierda iba a comer nada preparado por la tirana de su madre. Antes prefería morir de hambre.

Ahora le palpitaba la cabeza de la resaca, pero tenía que ir a trabajar.

Cuando el aguanieve matutina se aplacó, la temperatura aumentó inesperadamente.

—Escucha eso —dijo la garda Gillian O'Donoghue.

—¿El qué? —preguntó el garda Tom Tierney.

—La nieve derritiéndose.

El sonido era como el de un bosque de pájaros canturreando, así de intenso era el deshielo. Estaban de pie en la puerta de la casita de campo de James Brown.

—Realmente agradable —dijo Tierney—. Mejor estar a un grado que a los menos diez de Nochevieja.

—Voy a dar una vuelta por el jardín. Mis pies están en un estado de congelamiento permanente —se quejó O'Donoghue.

—Ni siquiera existe esa expresión.

—¿Y qué más da? —rio ella, y se dirigió hacia el jardín trasero, embelesada por la vegetación que poco a poco quedaba a la vista mientras la nieve se fundía. La blanca belleza había sido mágica durante los primeros días, hasta que se convirtió en una carga insoportable. Respiró el aire frío y escuchó el deshielo.

Al volverse, un destello de color bajo un árbol captó su atención. Fue hacia allí y, luego, retrocedió y gritó:

—Tom. ¡Tom!

Una mano, con un puño de camisa negro, sobresalía de la nieve.

O'Donoghue agarró la radio prendida de su pecho.

* * *

Para cuando Lottie y Boyd llegaron, el jardín era el escenario de una organizada conmoción.

Lottie gimió. Estaban teniendo más trabajo en tres días que en los últimos dos años. Ni siquiera había tenido tiempo de comprender las revelaciones de su madre. Se había encontrado con Boyd y Maria Lynch en las escaleras de la comisaría, quienes le dieron las noticias, y habían conducido hasta la casa de James Brown tan rápidamente como la nieve medio derretida se lo había permitido.

Caminó junto a Lynch por el jardín trasero, manteniendo los ojos abiertos ante cualquier prueba que pudiera aparecer. Boyd estaba hablando con los policías.

Lottie localizó al jefe del equipo de investigación forense, Jim McGlynn, que esbozó una sonrisa de superioridad.

—Capullo —dijo Lottie.

—¿Quién? —preguntó Lynch.

—McGlynn.

Se estaba riendo de ella. Lástima que no estuviera bajo sus órdenes. Lo tendría cribando mierda de cerdo durante el resto de su vida laboral, buscando dioxinas invisibles.

El jardín era compacto. Un cobertizo y una mesa de madera con unas sillas apoyadas contra ella ocupaban la zona del patio a la izquierda de la puerta trasera. Árboles perennes se alzaban delimitando dos lados del recinto, al final había un muro y, más allá, campos nevados. McGlynn trabajaba en la zona, quitando nieve meticulosamente para dejar a la víctima al descubierto.

Lottie esperó. Finalmente, el cuerpo quedó totalmente expuesto. Un hombre, boca abajo, vestido con chaqueta y pantalones negros. La mano visible no tenía arrugas y llevaba un anillo de plata. Había trozos de plástico negro y cristal esparcidos por encima del cuerpo y a su alrededor. McGlynn los recogía con unas pinzas y los colocaba en una bolsa de pruebas.

—¿Un teléfono? —preguntó Lottie.

—Hecho trizas —dijo MacGlynn—. Dudo que ni siquiera nuestros

mejores técnicos puedan sacar nada de esto.

—¿Cuánto lleva aquí el cuerpo?

—Estoy esperando a la patóloga forense —contestó McGlynn con brusquedad.

—Imbécil —susurró Lottie entre dientes.

Jane Dore entró distraídamente en la escena con el equipo de protección puesto y saludó a Lottie con un ligero asentimiento de cabeza.

—Alguien debe de pensar que no tengo nada que hacer, no paran de proporcionarme cuerpos.

—Eso parece —convino Lottie, haciéndose a un lado mientras la patóloga llevaba a cabo el examen preliminar.

—Parece estrangulación —dijo Jane—. Hay una marca de atadura alrededor del cuello. Con la observación inicial puedo determinar que hay nieve congelada bajo el cuerpo. Es muy posible que lo mataran la semana pasada. La temperatura polar lo ha conservado en perfecto estado.

«En perfecto estado, salvo porque está muerto», pensó Lottie. Sintió que iba a vomitar, la resaca era implacable.

—¿Crees que esta es la escena del crimen? —preguntó, y se dio cuenta de que si el cuerpo llevaba allí una semana, el hombre había sido asesinado antes que Sullivan y Brown.

—Sabré más cuando lo tenga sobre mi mesa.

—¿Y me informarás si tiene un tatuaje?

—Por supuesto —respondió la patóloga, y se marchó dando pasos cortos y cuidadosos.

El dolor de cabeza de Lottie se hizo más intenso. El número de muertos iba en aumento. Corrigan echaba chispas. La prensa aullaba. La gente estaba aterrorizada y su equipo seguía sin encontrar una explicación para ninguno de los asesinatos. Bienvenida a los mundos de Yupi, inspectora Parker. Se rascó la cabeza. Menuda mierda.

—¿Estás bien? —Boyd estaba junto a su hombro.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Contuvo una réplica mordaz y miró a Boyd. Su rostro parecía todavía más delgado, si es que eso era posible.

—Era una pregunta retórica. Probablemente la víctima fue asesinada antes que Sullivan y Brown.

Con el cuerpo vuelto hacia arriba, Lottie observó la cara hinchada y ennegrecida.

—Diría que tenía unos treinta y cinco años —especuló, y observó pacientemente mientras los del equipo de investigación forense metían el cuerpo en una bolsa y se lo llevaban de la escena.

McGlynn sostenía una bolsita de plástico de pruebas.

—Fibras azules —advirtió Lottie.

—Estaban alrededor del cuello —aclaró él.

—Gracias —dijo Lottie. Era una cuerda similar a la de la herida alrededor del cuello de James Brown.

—No hemos encontrado cartera ni identificación, pero aquí hay dos colillas —dijo McGlynn, cogiendo una con unas pinzas.

—¿Pertenecían a la víctima?

—Posiblemente. O al asesino. —La dejó caer en una bolsa de pruebas.

Lottie observó a McGlynn trabajar durante algunos minutos antes de entrar en la casa.

—Ese cuerpo no se aleja demasiado de la descripción que tenemos del padre Angelotti —observó Boyd, siguiéndola dentro.

—El rostro está irreconocible y no tenemos constancia de marcas distintivas que podamos buscar —dijo Lottie—. Tendremos que esperar a una identificación formal. De lo contrario, depende del análisis de ADN.

—Quiquiera que sea, alguien tiene que echarlo en falta.

—No hay vehículo —observó Lottie, mirando a través de la ventana—. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Tal vez el asesino lo trajo en coche o tomó un taxi —dijo Boyd—. Otra pregunta es por qué estaba aquí.

—Y si Brown lo conocía.

—Tenemos demasiadas preguntas y no suficientes respuestas —dijo Boyd.

—Averigua lo que puedas.

—Podría haber sido el amante de Brown. Lo trajo hasta aquí y lo mató en un arrebato de celos —aventuró Boyd.

—¿Y supongo que crees que Brown mató a este hombre, estranguló a

Sullivan y, luego, se colgó? —Lottie sacudió la cabeza, irritada.

Boyd no dijo nada, sacó otro cigarrillo y salió fuera a encenderlo. Lottie lo siguió, pisando el jardín cubierto de nieve medio derretida. Su cerebro era un embrollo.

Le iría bien una copa.

Se conformó con uno de los cigarrillos de Boyd y lo puso al corriente sobre las conversaciones con la doctora Annabelle O'Shea y con su madre.

En la comisaría añadieron la víctima desconocida y los detalles de la escena del crimen a la pizarra del caso. Lottie estaba a favor de la teoría de que interpretar los datos de manera visual era más productivo que la información en las bases de datos, que podía pasarse por alto u olvidarse. Aunque no es que hubiera mucho que interpretar.

Asignó a un detective la tarea de resucitar información sobre Sally Stynes, alias Susan Sullivan, y se preguntó dónde podría conseguir los registros de Saint Angela. Descubrir algo más sobre la institución podría revelar información sobre Susan Sullivan. Lottie volvió a centrarse en la última víctima.

—Si no hubiera nevado tanto —dijo—, tal vez habríamos encontrado el cuerpo...

—Hace una semana —interrumpió Boyd.

—Sí. A menos que el asesino hubiera estado siguiendo el parte meteorológico, quería que alguien encontrara el cuerpo.

—Y no hizo ningún intento de taparlo.

—Solo la nieve.

—Si no hubiera nevado... —empezó a decir Boyd.

—Pero nevó. ¿Puede que fuera un intento de culpar a...?

—¿James Brown? Cuando nadie encontró el cuerpo, por algún motivo, el asesino tuvo que matar a Sullivan y a Brown. —Boyd se quedó callado y, luego, continuó—: Aun así, Brown podría haber cometido este asesinato.

—Oh, esa hipótesis no tiene sentido —suspiró Lottie, exasperada.

Miró la pizarra y se fijó en que no tenían ninguna fotografía del padre Angelotti. Hizo una llamada rápida, cogió su abrigo y, esquivando a Boyd, salió apresuradamente del edificio.

* * *

—Hola, hermana. El padre Burke me está esperando.

La monja la llevó a la sala en la que se había sentado el primer día. Lottie paseó de un lado a otro, alrededor de los muebles de caoba, observando los enormes retratos de obispos muertos hacía años que colgaban en las paredes. «Realmente dan miedo», pensó.

—Dan miedo, ¿no es cierto? —dijo el padre Joe, entrando en la habitación detrás de ella.

—Estaba pensando exactamente lo mismo. —Le sonrió. ¿Sincronía?

—¿Un té? La hermana Anna nos hará el favor.

—No, gracias.

—¿Cómo puedo ayudarla? Por teléfono sonaba urgente.

—Necesito una foto del padre Angelotti —dijo Lottie. En realidad no la necesitaba, pues tenían el peine para hacer comparaciones de ADN.

—¿Aún no lo han encontrado? —Fue hacia el ordenador que había en la esquina de la habitación e imprimió una foto. Podría haberlo hecho ella misma. ¿Acaso no era solo una excusa para volver a verlo? No debería haber venido. Su lógica y sus emociones eran contradictorias. Como ella misma.

Estudió la imagen y arrugó la nariz. Era posible que fuera el cuerpo del jardín de Brown.

—¿El padre Angelotti fuma? —preguntó, recordando el olor a tabaco rancio en la habitación del sacerdote y las colillas en el lugar donde encontraron el cuerpo.

—No lo sé —dijo—. Espere.

Telefonó a alguien, escuchó y colgó.

—Según el padre Eoin, el secretario del obispo Connor, sí que fumaba. ¿Por qué necesita saberlo?

—Estoy recopilando toda la información posible. —Cambió de tema—. ¿Qué sabe de Saint Angela?

—¿De Saint Angela? No mucho. Dejó de ser un hogar para niños a principios de los ochenta. Creo que fue una casa de retiro para monjas antes de cerrar permanentemente. Lo vendieron hace algunos años.

—¿Qué pasó con los registros?

—Supongo que fueron archivados —dijo—. ¿Por qué tantas preguntas sobre Saint Angela?

—¿Cómo podría averiguar dónde están los registros? —Lottie ignoró su pregunta.

—Cuánto misterio, inspectora, pero déjeme a mí. Puedo ayudarla haciendo de detective *amateur*.

Lottie captó un destello de travesura en sus ojos y pensó que acababa de ver al niño que una vez fue, antes de que el alzacuellos blanco de Roma lo encadenara a una adultez austera. Se levantó para irse y le tendió la mano. ¿Se la había sujetado un segundo más de lo necesario o eran imaginaciones suyas?

—Ya tiene mi número. Tan pronto como descubra algo, hágamelo saber —dijo Lottie.

—Por supuesto.

* * *

El padre Joe buscó en los registros de la diócesis en la red local, usando su contraseña personal. Tecleó «Saint Angela».

Acceso denegado.

Qué extraño.

Llamó al padre Eoin.

—Parece que tengo problemas para encontrar la base de datos de los registros de la diócesis —dijo.

—El obispo Connor contrató a un especialista para que reformase nuestra intranet. Quería incrementar la seguridad.

—Pero imagino que estos documentos están disponibles para nosotros, los sacerdotes.

—Puede usar mi contraseña. A ver si le deja entrar. Estoy seguro que al obispo Connor no le importará.

—Me salva la vida.

Colgó e introdujo la nueva contraseña.

Estaba dentro.

Miró el cursor, que parpadeaba en la pantalla en blanco.

No había documentos relacionados con Saint Angela.

Volvió a coger el teléfono.

—¿Que has hecho qué? —explotó Boyd cuando Lottie le dijo dónde había estado—. ¿Has perdido la cabeza?

—¿Cuál es tu problema? Seguro que él tiene vías que nosotros no conocemos. —¿Por qué estaba justificando sus acciones ante Boyd?

—Todavía estás borracha —dijo—. Es la única conclusión lógica.

—Baja la voz —incredó Lottie, mirando a su alrededor para ver quién estaba escuchando su conversación. Lynch y Kirby mantenían la cabeza gacha de una forma muy estudiada.

—Es sospechoso del asesinato de Sullivan —replicó Boyd, caminando de arriba abajo; sus largas piernas lo llevaban de una pared a otra en tres zancadas.

El dolor de cabeza de Lottie se hacía más intenso con cada paso que martilleaba contra el suelo.

—No le he dicho por qué quería los registros; de hecho, ni siquiera le he dicho qué registros buscaba. Necesito saber si existen y dónde están en este momento.

—Por poner un ejemplo, si él es el asesino, sabe que buscas algo en esos registros y los destruirá, si es que no han sido destruidos ya. O, si no lo sabía antes, ahora sí lo sabe y los destruirá de todos modos.

—Estás diciendo chorradas, Boyd. —Se acercó una silla y se dejó caer en ella.

—De todos modos, ¿qué buscas en esos registros? —preguntó él, que se quedó de pie frente a Lottie.

—No lo sé.

Deseó estar otra vez en su propia oficina. Al menos allí podía pensar sin público.

—Esos registros pueden no tener nada que ver con el caso. Llegados a este punto, es solo una corazonada. Estoy descartando opciones.

—Hablando de opciones, ¿me has robado el paquete de cigarrillos esta mañana? —preguntó Boyd, tirando una cajetilla vacía a la basura.

Lottie sacó el paquete de su bolsillo y se lo lanzó. Él lo atrapó en el aire y salió por la puerta.

—¿Lynch?

—¿Inspectora?

—Voy a salir un rato.

* * *

Lottie estaba convencida de que el cementerio de Ragmullin era el lugar más gélido de toda Irlanda. El viento gélido se arremolinaba a su alrededor y el sol frío arrojaba una niebla brillante entre las tumbas. Unos monolitos escalofriantes, en la penumbra de los enormes pinos, proyectaban profundas sombras sobre las tumbas, retrasando el deshielo. La nieve cristalizada cubría las coronas de Navidad y añadía una insólita sensación mística a los alrededores.

El viento se intensificó momentáneamente e hizo crujir el plástico que envolvía la maceta de una flor de Pascua. Las hojas rojas, ennegrecidas y marchitándose bajo el peso de la nieve, eran el recordatorio de que alguien había ido a dejar un obsequio para aquellos que ya no estaban vivos pero que vivían en el recuerdo.

Una cruz alta de granito marcaba las cuatro cortas décadas que Adam había pasado en este mundo. Hacía tiempo que no iba a visitarlo. Lo había evitado en Navidad y, ahora, con la soledad del cementerio enroscándose a su alrededor, tan poco reconfortante como un chal raído, Lottie se disculpó con Adam.

—Este lugar es muy solitario —le dijo a la cruz de piedra—. Te llevo en mi corazón.

Entrecerró los ojos para observar las otras tumbas, con sus historias profundamente escondidas en el granito labrado. Una campana repicó en el silencio y un escalofrío le recorrió la columna. Hora de irse. Tenía secretos que desenterrar y un asesino que atrapar.

Cuando atravesó las verjas abiertas, Lottie se fijó en la silueta de Saint Angela, más allá de los campos, a casi dos kilómetros de distancia, envuelto en una suave niebla gris. ¿Qué esqueletos yacían enterrados en las profundidades tras esas paredes? ¿Cuántas vidas había destrozado? Pensó en Susan y su bebé. Recordó a otro niño que había desaparecido hacía mucho tiempo. ¿Estaba muerto? ¿Descansaría alguna vez en una sepultura digna? ¿Era aquel muchacho desaparecido la verdadera razón por la que quería ver esos viejos registros? No estaba segura de cuáles eran sus motivos. Pero sabía que nunca podría olvidar a ese niño. Hacía mucho tiempo que había desaparecido, otros podrían haberlo olvidado, pero ella no. La revisión constante de su expediente era más que un ejercicio de memoria, era una manera de mantenerlo firmemente presente en su mente. El día que se unió a la Garda Síochána, la policía de Irlanda, siguiendo los pasos de su difunto padre, se había prometido a sí misma que lo encontraría. Hasta el momento, había fracasado en cumplir su promesa.

Regresó apresuradamente al coche antes de que los fantasmas del pasado se hicieran todavía más pesados sobre sus hombros.

Lottie se sentó junto a Boyd frente al gerente del banco, Mike O'Brien. Le había caído mal en cuanto el hombre se había sentado tras su escritorio sin siquiera decir «Hola». Pero Boyd lo conocía. Iban al mismo gimnasio y eran entrenadores del equipo infantil de *hurling* de Ragmullin. Lottie se preguntó si alguna vez había entrenado a Sean. Sabía que Boyd lo había hecho.

—Tienen los extractos bancarios de Brown y Sullivan —dijo O'Brien—, así que, ¿qué más quieren de mí?

Sus pequeños ojos le recordaban al hurón que Sean había tratado de llevar a casa como mascota una vez. Pequeños y furtivos. Tenía la sensación de que O'Brien intentaba anticiparse a ella, sacando pecho y fracasando estrepitosamente en parecer importante. La caspa caía de su pelo gris, demasiado largo, sobre los hombros de su traje negro. Unos gemelos de diamante brillaban en sus muñecas, reluciendo bajo las luces fluorescentes. Era un hombre que trataba de aparentar la mitad de su edad, pero que solo conseguía parecer aún más viejo. Mala suerte, O'Brien. Pero mientras los guiaba a su oficina momentos antes, se había fijado en que su paso era rápido y atlético. A algunas personas, tantas horas de gimnasio les daban buenos resultados. «Si tan solo tuvieras tiempo», se dijo a sí misma.

—El detective sargento Boyd analizó los extractos bancarios de las víctimas —dijo Lottie.

—Necesitamos saber de dónde venía el dinero —añadió Boyd.

—¿Qué quieren decir? —Los ojos de O'Brien iban velozmente de uno a otro.

—Durante los últimos seis meses, hubo ingresos regulares de hasta cinco mil euros en sus cuentas —dijo Boyd.

—Casi treinta mil cada uno —puntualizó Lottie—. ¿Quién les daba el dinero?

—Eso no es asunto suyo —respondió O'Brien, con un toque de arrogancia afilando su voz.

—Yo decidiré si lo es —replicó Lottie—. Estas personas fueron asesinadas y ese dinero parece provenir de una sola cuenta a las de ambos. Necesito que me diga quién lo pagaba.

—No —contestó O'Brien, ajustando más los diamantes de sus puños.

—¿No, qué? —Lottie levantó la voz.

—No, no puedo decírselo. —O'Brien se enderezó la corbata. La caspa sobre sus hombros pareció aumentar y un olor a sudor emanó de sus axilas.

—Estas dos personas están muertas. —Lottie golpeó la mesa—. Denos la información o...

—¿O qué, inspectora? —Una sonrisa petulante cruzó el rostro de O'Brien.

—O conseguiré una orden judicial. —Lottie se puso de pie.

—Hágalo. —O'Brien empujó su silla y también se levantó. Era unos quince centímetros más bajo que Lottie y tal vez diez o quince años mayor que ella.

—Recuerde mis palabras, señor O'Brien, volveremos —le advirtió.

—Tienen los extractos bancarios. No puedo hacer nada más. Dentro de la ley.

—No me dé lecciones sobre la ley.

—Créame, no era mi intención.

Lottie se acercó a O'Brien y lo miró fijamente.

—Empiezo a creer que este pueblo está lleno de mierdecillas que obstruyen el paso —siseó.

—Te veré luego en el gimnasio —se despidió O'Brien de Boyd, haciendo un breve gesto con la mano y dándole la espalda a Lottie.

—Tal vez —dijo Boyd, girándose para marcharse.

—Asqueroso hijo de puta —murmuró Lottie, y salió detrás de Boyd.

—Ese lenguaje, inspectora —dijo Boyd.

—No puedo creer que de verdad vayáis al mismo gimnasio.

—Y entrena a los *hurlers* de hasta doce años de Ragmullin.

—Gracias a Dios que Sean ahora juega con el equipo de los mayores.

—O'Brien no está tan mal —se rio Boyd.

—Nadie lo diría.

Lottie giró los hombros bruscamente y aceleró el paso por la calle, dejando atrás a Boyd.

Al caer la noche, el deshielo se esfumó tan rápido como había llegado y una niebla helada descendió, añadiendo más gris a una atmósfera ya apagada.

Boyd empezó a reunir los documentos para la orden judicial y Lottie fue dando zancadas hasta la tienda que había al final de la calle. Compró el periódico y un paquete de patatas fritas.

Una foto borrosa de sí misma acompañaba el titular: «¿Pedófilo asesinado?».

La entrevista de Moroney había sido reescrita para todos los que se hubieran perdido el fiasco en televisión. Lottie se había negado a verlo, pero Boyd la había puesto al corriente de sus quince segundos de fama no deseada. Corrigan seguía describiéndolo entre improperios como «un desastre de relaciones públicas». Boyd también le había dado esa información. Todo lo que habían encontrado en casa de James Brown eran fotos pornográficas e imágenes en su portátil. Nada que sugiriera pedofilia. Así que lo más probable era que Moroney hubiera oído alguna especulación sin fundamento y la hubiera retorcido como le convenía. «Ojalá reviente», pensó Lottie.

Necesitaba algún avance en el caso. Algo que presentar como ofrenda de paz a Corrigan. Pero ¿qué? Tal vez Jane Dore había encontrado algo. Esperaba que sí.

Consiguió unas llaves del sargento de guardia, cogió un coche del *parking* de la comisaría y se zambulló en la niebla.

En la Casa de los Muertos, Jane Dore hirvió agua y la vertió sobre dos bolsitas de té de manzanilla.

—Por favor, dime que has encontrado algo significativo —suplicó Lottie, agradeciendo el calor del té. El trayecto de cuarenta kilómetros a Tullamore le había calmado los ánimos, pero no el martilleo en la cabeza.

—Todavía no he realizado el examen *post mortem* del cuerpo encontrado en el jardín. Pero las pruebas iniciales indican que la fibra hallada en la escena del crimen coincide con la cuerda encontrada alrededor del cuello de James Brown.

—Magnífico. Una prueba que vincula los asesinatos. ¿Algo más?

—La palabra *Pax* está grabada en el interior del anillo. Es latín. Significa «paz».

—¿Es un anillo de boda?

—No estaba en el dedo correcto, pero eso no quiere decir nada.

—Un anillo de casado tendría la palabra «amor» o incluso el nombre del cónyuge. —Lottie hizo girar su anillo de oro con el nombre de Adam grabado en la cara interna. Su propio nombre estaba en el anillo de él. En su ataúd. No se le había ocurrido quedárselo. Otra cosa de la que se arrepentía.

—Nunca he estado casada, así que, ¿qué sé yo? —dijo Jane con una sonrisa melancólica—. No es que no lo haya intentado. Nunca he conocido a nadie que pudiera aguantar mis horarios terribles, por no hablar de mi trabajo.

—Seguramente es el sacerdote desaparecido —conjeturó Lottie, dejando la taza sobre el escritorio. Sacó la foto de Angelotti y se la enseñó a la patóloga.

—La misma estructura ósea —observó Jane, y llevó a Lottie a ver el cuerpo. Compararon el rostro hinchado del muerto con la cara joven y vibrante de la fotografía.

—Podría ser él —dijo Lottie, apartándose del cadáver.

—Creo que lo has encontrado —dijo la patóloga—. Pero es solo mi opinión.

—El peine del sacerdote ya está en el laboratorio. El ADN debería confirmarlo.

—Llevará algo de tiempo, pero te avisaré cuando tengamos los resultados.

—¿Alguna estimación sobre la hora de la muerte?

—Teniendo en cuenta los pronósticos del tiempo y el estado de conservación del cuerpo, diría que Nochebuena o antes. No después, porque fue entonces cuando la nieve y la helada cayeron con fuerza.

—Es un comienzo.

Lottie se posó la mano sobre el estómago, que le rugía.

—Tengo que volver a Ragmullin. Y tengo que comer.

—La única manera de curar una resaca —apuntó la patóloga mientras tomaba un sorbo de té.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Sí —dijo Jane riendo—. Te acompañaría, pero tengo que empezar a cortar. Tu comisario Corrigan está impaciente.

—Y yo estoy intentando evitarlo —respondió Lottie antes de salir de la morgue.

* * *

La niebla se había levantado y las sombras barrían la carretera mientras conducía de vuelta a Ragmullin. Una escarcha plateada relucía sobre la hierba de los márgenes bajo los focos delanteros. Una vez más, las temperaturas habían caído bajo cero.

Usó el manos libres para llamar al obispo Connor.

—Creo que he encontrado a su cura desaparecido —dijo.

—Gracias a Dios. ¿Está bien? —interrogó el obispo.

—Está muerto —contestó Lottie, cruzando los dedos sobre el volante. Puede que una pequeña mentira piadosa le hiciera perder el control.

—¿Qué...? Eso es terrible. ¿Dónde...? ¿Cómo?

—¿Tiene alguna idea de por qué alguien querría asesinar al padre Angelotti?

—¿Asesinar? ¿De qué está hablando?

—Pensé que usted podría aclarármelo. ¿Qué estaba haciendo realmente en Irlanda?

—Inspectora, esto es un *shock* tremendo. No me gusta que insinúe que he sido parco con la verdad.

—No he insinuado nada. —Lottie sonrió para sí misma al escuchar al obispo alzar la voz. ¿Era pánico?

—A mí me lo ha parecido —dijo—. Hablaré sobre usted con su comisario.

—Póngase a la cola —replicó Lottie, y colgó.

* * *

El obispo Terence Connor cerró los ojos y escuchó la señal de llamada en su teléfono. Ahora tenía que hacerse cargo de un desastre inmenso.

Abrió los ojos, caminó hacia la ventana y los entornó para mirar en la oscuridad. Una partida de golf le sentaría genial, pero podían pasar semanas antes de que los campos estuvieran practicables. El golf era su mecanismo de escape. Caminar por el césped, darle a la pelota, perderse en sus golpes y en su promedio. Aunque también podía conducir hasta la Galería Nacional para ver la exposición de Turner. Adoraba las artes plásticas. Sabía apreciar el buen vino y la alta cocina. Era un hombre de gustos caros. Podía permitírselo.

Angelotti estaba muerto. Habían encontrado su cuerpo. Eso era algo bueno, ¿no? El sacerdote le había dado problemas desde el día que llegó. El obispo Connor sabía que Roma se estaba metiendo en sus asuntos. Ya basta de cortinas de humo sobre el cura «buscándose a sí mismo». No era idiota. Enviaron a Angelotti con una misión.

Cayó en la cuenta de que, después de todo lo que había pasado en los últimos días, la muerte de Angelotti podía traerle más preocupaciones que los fondos menguantes de la parroquia y los procesos judiciales de compensación por abusos. No necesitaba a la inspectora Lottie Parker desenterrando cosas que no le incumbían.

Necesitaba hablar con el comisario Corrigan.

La cocina estaba limpia cuando Lottie llegó a casa poco después de las siete.

Sean entró sin prisa.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó. En un inusual momento de ternura, la rodeó con los brazos.

—Mucha presión en el trabajo —dijo Lottie, abrazando a su hijo.

—Chloe ha sido una borde todo el día —dijo.

—No le hagas caso —dijo Lottie—. Tengo que hablar con ella.

—¿Alguna vez volverás a cocinar? Como hacías antes.

—¿Qué quieres decir? —¿A dónde quería llegar su hijo con esta conversación?

—Ya sabes. Comida de verdad. Como cuando papá estaba vivo.

Lottie sintió que se le encogía el pecho.

—¿Por qué lo dices?

—Me encantaban esas cenas. De hecho, ahora mismo tengo un hambre que te cagas.

—No uses ese lenguaje en esta casa.

—Tú lo usas —dijo Sean, apartándose de su madre.

—Sé que lo hago, pero no debería, y tú tampoco.

—Lo siento.

—Yo también.

—Quiero decir, siento haber mencionado a papá.

—Oh, Sean, nunca te disculpes por hablar de tu padre. —Lottie sintió el escozor de las lágrimas en las comisuras de los ojos—. Deberíamos hablar de él más a menudo. —Se tragó el nudo que tenía en la garganta—. A veces, me resulta muy difícil, así que intento bloquear el pasado.

—Lo sé. Pero yo pienso en él cada día.

—Eso es bueno.

—Y lo echo de menos.

Había lágrimas en los ojos de su hijo. Lottie le dio un fuerte abrazo y un beso en la frente. El chico no se apartó.

—Eres igualito a él —le susurró.

—¿En serio?

Se separó un poco de él para mirarlo.

—Igualito que te cagas.

—Mira quién dice tacos ahora.

Ambos rieron.

—Vale. Cocinaré algo —dijo. Ahora se arrepentía de haber tirado en un arrebato la comida que su madre había cocinado por la mañana.

—¡Sí! —dijo Sean, chocándole los cinco.

Lottie rio otra vez. Siempre conseguía lo que quería de ella. Igualito que Adam.

—¿Dónde está Katie? —preguntó—. Puede echarme una mano, ya que Chloe está enfurruñada.

—Está en el salón. Con su novio.

—¿Novio?

Sean escapó sin responder, trepando por las escaleras a su mundo de PlayStation.

Lottie se dirigió al salón. La puerta estaba cerrada. Escuchó. No se oía nada. Abrió la puerta. Oscuridad. Encendió la luz.

La voz de Katie rugió:

—Te lo he dicho, Sean. ¡Lárgate!

—¡Katie Parker!

—Oh, eres tú, mamá —farfulló Katie, desenroscándose de los brazos de un chico.

Lottie reconoció el olor penetrante que flotaba en el aire.

—¿Estáis fumando maría?

—No seas tan estirada, mamá.

—No lo harás en mi casa.

Lottie no podía creerlo. ¿En qué andaba metida su hija?

—¿Y este quién es? ¿No me vas a presentar? —Se cruzó de brazos con tanta fuerza que se hizo daño en las costillas magulladas.

—Este es Jason —dijo Katie, y se acomodó el jersey sobre los tejanos. Se sentó erguida en el sofá, atándose el pelo en un moño en la base de su largo cuello. El chico se apresuró a levantarse, con las piernas temblorosas y los calzoncillos Calvin Klein asomando por la cintura de sus vaqueros gastados. Le tendió la mano.

—Hola, señora Parker.

Era tan alto como Katie, con el pelo largo hasta los hombros y una camiseta negra de Nirvana, tirante sobre su pecho musculoso. Llevaba un pendiente de madera en una oreja y tenía aspecto de ser descuidado.

—Katie, necesito que me ayudes en la cocina. —Lottie salió de la habitación sin dar tiempo a réplicas. ¿Cómo iba a manejar esto? «Con cuidado», se advirtió a sí misma. «Con mucho cuidado».

Katie entró en la cocina con pasos perezosos, colocada.

—No quiero un sermón —dijo.

—Ya eres lo bastante mayor como para saber lo que eso te puede hacer. Y es ilegal. Podría arrestarte.

Katie soltó una risita, con las pupilas dilatadas y cubiertas por un velo.

—¿Y quién es ese chico? —inquirió Lottie mientras dejaba las patatas en el fregadero, bajo el chorro de agua. Un ligero olor a *vodka* emanó del desagüe. Comenzó a pelar con furia.

—Jason.

—Eso lo he pillado. ¿Jason qué más?

—No lo conoces.

—¿Quiénes son sus padres? Tal vez los conozco.

—Tampoco sabrías quiénes son —dijo Katie, reprimiendo un bostezo.

—¿Dónde has conseguido las drogas? —preguntó Lottie, dejando caer las patatas en una olla, que salpicaron agua.

—Solo es un poco de hierba.

Lottie se volvió.

—La hierba es una droga. Te dejará el cerebro del tamaño de un guisante. Acabarás en un psiquiátrico golpeándote la cabeza contra la pared. Te lo digo aquí y ahora, señorita, más vale que te deshagas de ella. Y rápido.

—No es mía, es de Jason. No puedo deshacerme de ella.

—Deshazte de él, entonces —exigió Lottie, sabiendo que estaba siendo irracional.

—Es mi amigo.

A Katie le cayó el pelo sobre los ojos. Los ojos de su padre. Todos sus hijos tenían sus ojos. Los recuerdos de Adam habían perseguido a Lottie todo el día.

—Estoy preocupada por ti —dijo Lottie.

—No tienes por qué, mamá. Estoy bien. La mayoría de mis amigos fuman un poco. No soy estúpida.

Se percató de que su hija estaba cansada, así que Lottie decidió que no era el momento adecuado para tener esta conversación. ¿Cuándo habría un momento adecuado? Pero averiguar el origen de esa maría definitivamente iba a su lista de cosas que hacer.

—Toma, corta esto —dijo mientras sacaba tres pimientos de la despensa.

—¿Qué estás cocinando?

—No tengo ni idea —murmuró Lottie.

* * *

Katie se marchó con Jason antes de que la comida estuviera lista.

—Ya hemos cenado —dijo Katie.

—¿A dónde vas? —interrogó Lottie.

—Fuera.

La puerta se cerró de golpe sin más discusión. Lottie echó ambientador en el salón para enmascarar el olor a hierba, pensando en la rapidez con la que estaba perdiendo el control sobre sus hijos. Una cosa era segura: ahora tendría que vigilar a Katie y a sus amigos más de cerca. Solo pensarlo la dejó exhausta.

Quería dormir pero, tras la noche anterior, tenía miedo de irse a la cama.

Después de servirse un vaso de agua, se hundió en el sillón de la cocina con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Encendió su iPad y entró en Facebook. Hacía semanas que no lo miraba.

—Santo Dios —murmuró cuando la sección de noticias cobró vida. Ciento catorce notificaciones. Probablemente un montón de mierda de «Feliz Navidad» y «Feliz Año Nuevo». No tenía catorce amigos en la vida real, menos aún más de cien. Tenía un mensaje privado y una bandera roja de solicitud de amistad. Abrió primero esta última.

—¿Pero qué...? —Lottie parpadeó, dejó el vaso en el suelo, estiró sus largas piernas y se irguió en el sillón. Susan Sullivan. El nombre, sin fotografía. ¿Por qué le había enviado Susan Sullivan una solicitud de amistad? Miró la fecha de la solicitud. 15 de diciembre. ¿Era realmente la mujer asesinada?

No conocía a Susan Sullivan y nunca había oído hablar de ella antes del asesinato, pero Susan se había encontrado con su madre. ¿Acaso Rose la había mencionado? Probablemente. Pero ¿por qué no había contactado la mujer con ella en la comisaría?

Clicó en «aceptar solicitud» y accedió a la cuenta de la mujer. Seguía activa.

No había nada en la página, igual que el perfil que ellos mismos habían esbozado de la mujer asesinada. Se había unido a Facebook el 1 de diciembre. Lottie entró, preguntándose qué amigos tenía Susan.

Ninguno.

No había actualizaciones de estado, ni «me gusta», ni nada compartido. ¿Qué la había llevado a hacérselo? Lottie volvió a coger su vaso y sorbió el agua despacio, anhelando un chupito de *vodka*. Tal vez podría olfatear el fregadero.

Clicó en sus mensajes privados. Susan Sullivan. Otra vez. Leyó la breve misiva de la mujer muerta.

Inspectora, usted no me conoce ni sabe nada de mí, pero recuerdo haber leído sobre usted en el periódico y he hablado con su madre. Me gustaría conocerla. Tengo información que creo que le interesará. Espero su respuesta.

Eso era todo.

Tras mirar fijamente el iPad durante varios minutos, Lottie buscó su teléfono y llamó a Boyd.

—He recibido un mensaje de Susan Sullivan —dijo.

—¿Estás borracha?

—Estoy totalmente sobria.

—Los muertos no hablan.

—Créeme, Boyd, esta lo ha hecho.

—Definitivamente, estás borracha —dijo él.

—Tú ven. Ahora. Te aseguro que estoy sobria.

Boyd estaba sentado en la cocina de Lottie, llevándose cucharadas de fideos instantáneos a la boca, con una mano en el iPad.

—Me pregunto por qué no intentó comunicarse contigo otra vez —dijo él—. O por qué no contactó contigo en la comisaría.

—Es muy extraño. Quiero saber qué información tenía. —Lottie se inclinó sobre el hombro de Boyd—. Esos fideos tienen un olor repugnante.

—Están asquerosos. —Mientras apartaba el envase vacío, preguntó—: ¿Te dijo algo tu madre sobre esa información que menciona Sullivan?

—No.

—Tal vez deberíamos comprobar si James Brown también estaba en Facebook.

—Ya lo he hecho. —Lottie se paseó de un lado a otro en la cocina—. ¿Eres consciente de cuánta gente se llama James Brown?

—Demasiada.

—Exacto.

—Ya que estás, comprueba los otros —dijo ella.

—¿Quién? ¿El padre Angelotti? ¿El cura desaparecido? —Introdujo el nombre. De nuevo, nada.

Lottie se sentó junto a él, le arrebató el iPad de las manos y preguntó:

—¿Tienes cuenta?

—Por el amor de Dios —maldijo él—, no te atrevas.

—Apuesto a que controlas a la guapa de tu exmujer Jackie y a su novio.

—Él es un criminal. Y, legalmente, ella aún es mi mujer.

—Todavía debes de sentir algo por ella si aún no te has divorciado. ¿Por qué no lo has hecho?

—Ella era el alma de la fiesta. Yo no. Pero la amo, quiero decir, la amaba. Supongo que simplemente yo no era lo que Jackie quería.

—¿Y ella quería a Jamie McGregor? El mayor gilipollas de Irlanda. ¿Dónde están ahora?

—Por lo que sé, en la Costa del Sol.

—Veo que estás al tanto. —Lottie le dio unas palmaditas en la mano. Él la apartó de un manotazo.

—No lo estoy.

—Han pasado años, Boyd. Olvídala.

—No empieces.

—Vale —dijo Lottie—, buscaré a don Hurón.

—¿Mike O'Brien? Ah, déjalo. Lo conozco.

—¿Y? —Ella alzó una ceja—. Me desnudó con esos ojos ladinos que tiene.

—Apuesto a que no tuvo tan buena vista como yo anoche.

—Cállate. —Introdujo el nombre de O'Brien—. Nada.

—Lo he visto en el gimnasio esta tarde. Estaba muy hablador. ¿Sabes? Está muy en forma para un hombre que no aparenta estarlo.

—Me has puesto una imagen muy obscena en la cabeza.

—¿Qué imagen?

—O'Brien vestido de licra.

—Qué asco —convino Boyd—. Prueba Tom Rickard.

Lottie introdujo el nombre.

—Es un nombre demasiado común. Estaríamos una semana revisándolos todos antes de encontrar a nuestro hombre.

—¿Construcciones Rickard?

—Sí. Aquí está. —Desplazó la página hacia abajo—. Básicamente hay publicidad. Es su página de empresa.

—¿A quién le gusta la página?

—Dios, hay cientos de «me gusta». Debe de haber hecho una oferta especial en una de sus casas fantasma.

Revisó los nombres.

—La voy a matar —dijo Lottie.

—¿A quién?

—A Katie.

—¿Tu Katie?

—Sí, mi Katie. —Lottie señaló una fotografía—. Jason Rickard.

—Qué chaval más feo —observó Boyd—. Debe de ser su hijo y heredero.
¿Qué tiene que ver con Katie?

—¡Es el novio de mi queridísima hija! Ese cachorrito ha estado esta tarde en mi salón. Fumando maría.

—Me tomas el pelo. —Boyd arqueó una ceja.

Lottie lo fulminó con la mirada.

—No bromeo.

—Arresta al pequeño cabrón.

—No es tan pequeño, y es el hijo de uno de los presuntos implicados. —
Le costaba aceptar la idea de que Katie tenía una relación con el hijo de Rickard.

—Siempre estás dando la tabarra con los pueblos pequeños, Lottie. Al final, todo el mundo conoce a todo el mundo y se enteran de los asuntos de los demás.

Sabía que estaba en lo cierto, pero no quería a su hija en medio de todo lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué somos siempre los últimos en enterarnos?

—¿Los padres o los policías?

—Ambos.

—Estás cansada. Déjalo para mañana. —Boyd se estiró y bostezó.

—No quiero irme a la cama. Tengo la mente hiperactiva. —Levantó la vista para mirarlo—. Y no quiero ningún comentario sobre cómo podrías cansarme.

—Podemos seguir investigando esto mañana.

—Más obstáculos a cada paso.

—Me voy a casa —informó Boyd—. A menos que quieras que me quede.

—Vete —dijo Lottie.

No lo miró. No necesitaba ver el dolor en sus ojos.

Boyd cerró la puerta suavemente tras él.
Lottie volvió a leer el mensaje de Susan Sullivan en Facebook.
—¿Qué querías decirme? —preguntó.

* * *

2 de enero de 1975

Miró por la ventana. El aire del pasillo susurró un escalofrío a su alrededor.

Vio a la niña saliendo del coche, seguida por una mujer alta y delgada que sostenía un pequeño fardo en un brazo. La niña estaba pálida y parecía cansada. Agachó la cabeza cuando ella levantó la vista hacia las ventanas blancas de guillotina. Sus ojos, velados y oscuros, miraban sin ver, y le recordaron a un niño aterrorizado que había visto una vez, después de que le pegaran una paliza. La niña tenía ese mismo aspecto, caminando en estado de shock, empujada por alguna fuerza invisible. Un hombre esperaba sentado en el Cortina amarillo, con el motor encendido.

La hermana Immaculata bajó apresuradamente los escalones de la entrada. Tomó el fardo envuelto en mantas e indicó a la niña que la siguiera. Sin darle un abrazo o un beso, la mujer alta —supuso que era su madre— se apartó rápidamente de la niña y se dirigió hacia el coche, que partió enseguida.

Él se quedó allí de pie, escuchando el viento, que solía asustarlo hasta que comprendió que había cosas más terroríficas en Saint Angela que los pasillos ventosos. Se preguntó sobre la niña y su fardo, su bebé. Sabía que era un bebé, el de ella.

Había sido testigo de otras llegadas similares, pero los ojos pasmados de esta niña lo habían inquietado. Algunos se quedaban poco tiempo. Aunque no todos. No como él. Tenía la sensación de que había estado allí desde siempre. Supuso que, muchos años atrás, había sido como ese fardo envuelto, un oscuro secreto, oculto en las profundidades de la tela. ¿Habría sido su madre como esa niña? Normalmente no se permitía ese tipo de

reflexiones, pero el rostro de la muchacha, pintado con tal incerteza y miedo, lo había conmovido. Este era su hogar. No conocía otra cosa. ¿Sería ahora también el hogar de ella? ¿Cuál era su historia y dónde acabaría?

—Patrick, bájate de esa ventana. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Pillarás un resfriado —lo advirtió la hermana Teresa cuando pasó junto a él.

Estiró sus piernas de niño de doce años hacia el suelo y recibió con agrado la caricia de su vieja mano en la cabeza. Le gustaba esa monja. Las otras no. Habían cambiado cuando llegó el último sacerdote. El de los ojos negros. No, a Patrick no le gustaba, y las monjas se mostraban recelosas. ¿Asustadas? Mientras caminaba por los mosaicos blancos y negros hacia la escalera de piedra labrada, decidió que no le importaba si era una cosa o la otra. La hermana Immaculata se quedó de pie frente a él tras salir de la guardería.

—Es la hora del té, Patrick —dijo. Su frente abultada sobresalía bajo la toca de su largo velo negro. Él se encogió de hombros.

Ella caminó delante de él y bajó las escaleras, con la falda negra revoloteando a su alrededor. Notó el olor a naftalina y la siguió en silencio.

¿Qué aspecto tendría debajo, si la hacía tropezar? No era la primera vez que se lo preguntaba. Sonrió para sí mismo y fue a lavarse las manos antes del té.

Día cinco

3 de enero de 2015

La gente de Ragmullin estaba bien despierta y recelosa. La noticia sobre un nuevo asesinato se había filtrado en forma de cotilleo. Se decía que un cura había muerto. Lottie frunció el ceño. Había muchos pajaritos piando, pese a ser pleno invierno.

Los carámbanos de hielo que colgaban de las cañerías goteaban lentamente mientras las temperaturas luchaban por subir. Una turbia niebla gris envolvía la mañana. Lottie miró por la ventana de la sala del incidente. Las extensas búsquedas no habían conseguido descubrir el paradero de un teléfono o portátil pertenecientes a Susan Sullivan.

—Podría haberlo enviado desde un cibercafé —sugirió Boyd.

—Podría haberlo enviado desde Marte, por lo que sabemos —le espetó Lottie.

Se sentía hinchada después de haber engullido un desayuno de McDonald's de camino al trabajo. Comida basura. Se daba un atracón cuando las ganas de alcohol amenazaban con convertirse en más que un deseo. Esta investigación haría que un santo se bebiera el vino de misa. Lottie sabía que no era ninguna santa, pero había sobrevivido a la noche sin beber alcohol y sin dormir demasiado.

El equipo técnico había investigado las páginas de Facebook relevantes sin encontrar nada. Era como conducir por una ciudad desconocida sin GPS ni ningún conocimiento de la lengua del lugar. Estaban perdidos.

Al mirar otra vez por la ventana, se fijó en casi una docena de periodistas muy abrigados, armados con cámaras y cuadernos, que estaban apiñados allí

abajo. Se volvió hacia la pizarra del caso, bastante vacía. Parecía que el asesino fuera un hombre o una mujer invisible. Pero estaba allí fuera. Se giró hacia Boyd.

—Tenemos que unir los puntos pronto y, cuando lo hagamos, el cuadro se complicará con rapidez.

—Ya es lo bastante complicado —replicó él.

—Necesitamos un golpe de suerte; de lo contrario, ambos estaremos trabajando en casos sin resolver durante el resto de nuestras vidas. Y este será el menos resuelto de todos.

—A veces, te expresas con los acertijos de los dioses egipcios —comentó Boyd.

—¿Dioses egipcios? —Lottie estudió los impresos de la pizarra.

—Como jeroglíficos. Ya sabes, lenguaje de símbolos —dijo a modo de explicación.

Lottie suspiró. Llegados a este punto, se conformaría con cualquier pista que los orientara en la dirección correcta. Algo para llenar los flagrantes espacios en blanco. Estudió las fotos de los tatuajes de Susan Sullivan y James Brown.

—Me pregunto si podrían ser símbolos antiguos. —Comparó ambos tatuajes.

—Son cruces formando un círculo —dijo Boyd.

—No, no son cruces —rebató ella—. Tal vez están relacionados con un ritual o una secta. Me pregunto si la víctima número tres, que realmente es la víctima número uno, también lo tiene.

Marcó el teléfono privado de Jane Dore. La patóloga respondió de inmediato.

—Supongo que es pedir demasiado que nuestra última víctima también tenga el tatuaje, ¿no? —preguntó Lottie.

—He hecho un examen visual exhaustivo y no he encontrado ninguno —dijo Jane Dore con su voz práctica—. Pronto comenzaré la autopsia. Enviaré el informe preliminar cuando haya acabado.

—¿Alguna novedad sobre el análisis de ADN? —interrogó Lottie—. Necesito confirmar que es el padre Angelotti.

—Ya te dije que la comparación de ADN podría tardar semanas. No

cifres tus esperanzas en eso. Busca a alguien que pueda identificar el cuerpo.

Otro callejón sin salida. Esperaba que fuera él; de lo contrario, estaría con la mierda hasta el cuello después de decirle al obispo que era su cura desaparecido.

Volvió a mirar el tatuaje. Tal vez el padre Joe podría encontrarle algún sentido. Obtener información de un potencial sospechoso no era un comportamiento muy ortodoxo, pero qué diablos. Solo estaba cavando su tumba para que fuera un poco más profunda.

* * *

Lottie llamó al timbre por segunda vez. Finalmente, la pequeña y encorvada monja abrió la puerta.

—Querría hablar con el padre Joe, por favor —pidió, inclinándose inconscientemente a la altura de la monja.

—No estoy sorda, ¿sabe? —dijo la monja—. Y se llama padre Burke.

Lottie imaginó a la monja en la flor de la vida, moliendo a palos a una clase de niños aterrorizados.

La monja mantuvo la puerta entreabierta.

—Lo siento, quería decir el padre Burke —añadió Lottie—. ¿Está aquí?

—Ya no —respondió la mujer, cerrando la puerta.

Lottie puso el pie enfundado en la bota en el hueco, esperando no romperse ningún hueso.

—¿Qué quiere decir que ya no? Hablé con él ayer.

—No está aquí. Se ha ido —dijo la monja con fría autoridad.

—¿Hay alguien con quien pueda hablar sobre por qué se ha ido? —preguntó Lottie, mientras el temor ascendía lentamente por su pecho. El padre Joe era uno de los presuntos implicados, aunque ella no creía que hubiera hecho nada malo.

—No puedo ayudarla. Tendrá que hablar con el obispo Connor.

Lottie se echó hacia atrás cuando la losa de madera de la puerta resonó contra el quicio y oyó deslizarse el pestillo. Se zambulló en el viento cortante y bajó la calle, lejos de la vieja marchita.

«Boyd se va a poner las botas con esto», pensó. «Se ha ido por patas»,

eso diría. El instinto de Lottie le decía que era más que eso. Llamó al móvil del padre Joe. Apagado. Tenía que encontrarlo sin falta.

Se echó el aliento en las manos frías. Se le antojó un cigarrillo y pensó en Katie fumando maría. Necesitaba hacer algo constructivo. Como hablar con a su hija.

Los cuatro hombres estaban sentados en una mesa larga, con sendas tazas de café en la mano. Cada uno de ellos estaba preocupado, inquieto, atemorizado y sospechaba del resto.

Tom Rickard habló primero.

—¿Y bien?

—No deberíamos reunirnos así. Alguien podría vernos —dijo Mike O'Brien, sacudiéndose nerviosamente la caspa de los hombros—. Y tengo que volver al banco antes de que alguien me eche en falta.

—Estamos muy cerca de la fecha límite. Necesitamos estar seguros de lo que estamos haciendo —intervino Gerry Dunne—. En una reunión del ayuntamiento nadie montaría un numerito así.

—Y yo necesito asegurarme de que apruebas ese permiso de construcción —dijo Rickard, señalando a Dunne con el dedo—. Quiero que este proyecto siga adelante, de lo contrario estaré arruinado.

Dunne se irguió en la silla y se alisó las arrugas de sus immaculados pantalones de raya diplomática.

—Sé lo importante que es esto para todos nosotros.

Rickard escudriñó a los hombres y se preguntó, no por primera vez, por qué se había involucrado en ese negocio. Gerry Dunne, el gerente del ayuntamiento, con el destino de la construcción en sus manos, O'Brien manipulando el dinero de los bancos y el obispo Connor manteniendo una inversión en el proyecto tras la venta.

—He oído un rumor esta mañana. ¿Qué es eso de que han encontrado a un

cura muerto? Y nada menos que en el jardín de James Brown. —Rickard le hizo un gesto con la cabeza al obispo—. ¿Sabes algo de eso?

—No es nada de lo que debamos preocuparnos —respondió el obispo Connor.

—Por el bien de todos, espero que sea verdad —espetó Rickard—. Dos asesinatos y, ahora, esto.

—Cuanto antes acabe todo, mejor —dijo O'Brien.

—Contamos contigo para que te ocupes del dinero —le advirtió Rickard, y notó un temblor en la mano del otro hombre.

O'Brien levantó su vaso, bebió rápidamente y comenzó a toser.

—Necesito más agua —farfulló mientras se ahogaba.

—Yo necesito otras vacaciones —replicó Dunne, y derramó su café.

—Lo que necesitáis es calmaros —dijo el obispo Connor mientras el líquido oscuro se extendía por el escritorio.

* * *

Lottie apagó el motor del coche frente a la mansión de ladrillos rojos con múltiples ventanas.

Una imagen de su hija con su novio fumeta la asaltaba cada vez que intentaba ordenar sus ideas en un hilo de pensamiento lógico. En lugar de dejar que la irritara durante todo el día y para evitar lidiar con la apresurada partida de Ragnmullin del padre Joe, decidió hablar con los Rickard sobre el hábito ilegal de su hijo y la procedencia de la droga.

Salió del coche y llamó al ornamentado timbre antes de que pudiera cambiar de opinión. Mientras la campanilla resonaba dentro de la casa, se fijó en el sol acuoso que bañaba el lateral de la casa. Los árboles se elevaban altos, cercando el edificio como sombrillas gigantes. Las primeras campanillas de invierno empezaban a florecer, atravesando los montones de nieve y luchando contra el clima. Una extensión de césped aparecía a trozos bajo la nieve. Alguien tendría trabajo cuando llegara la primavera. «Y probablemente no será el hijo descarriado», pensó Lottie.

Unos pasos suaves se acercaron tras la puerta. Jason Rickard la abrió.

—¡Oh! Señora Parker —dijo, y dio un salto hacia atrás, descalzo, sobre el

suelo de baldosas de mármol del recibidor. Llevaba la misma ropa que ayer.

—¿Están tus padres en casa? —Los ojos de Lottie se vieron atraídos por la inscripción negra serpenteando sobre la piel del cuello del muchacho.

El chico dio un paso hacia delante y se apoyó contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No están aquí.

—¿En serio? ¿Y de quién son los coches que hay fuera?

—Nuestros.

—Por Dios, ¿cuántos coches tenéis? —soltó Lottie sin pensar. Detrás de ella había cuatro coches y un *quad*, aparcados ordenadamente frente a un garaje de tres puertas.

—El *quad* y el Beamer son míos. Los otros dos son de mi madre y de mi padre. —El chico guardaba la entrada de su casa con un toque de arrogancia juvenil.

¿Un BMW? Y ella que había pensado que era un holgazán. Estabas equivocada, inspectora.

—Creía que habías dicho que tus padres no estaban en casa —dijo Lottie.

—Tienen más coches —contestó él.

Lo miró fijamente.

—¿Qué edad tienes, Jason?

—Diecinueve.

—Bueno, si vas a salir con mi hija, más vale que no te pille en posesión.

—¿En posesión de su hija?

—Escucha, listillo, no me gustas y no sé qué ve Katie en ti, pero tómate esta visita como un aviso. La próxima vez, vendré con una orden de registro.

Lottie se acercó más a la puerta entreabierta. Se percató de que los ojos de Jason se enturbiaban y se convertían en arcos desafiantes. «De tal palo, tal astilla», concluyó.

—Katie es lo bastante mayor como para saber lo que quiere —dijo Jason, cerrando un poco más la puerta.

—¿Sabes tú lo que quieres? Sinceramente, lo dudo —rebató Lottie—. Volveré para hablar con tus padres.

La puerta se cerró.

Lottie se alejó, disgustada. Dos veces en una mañana le habían cerrado la

puerta en las narices. ¿Estaba perdiendo su toque? Y todos esos coches. Había que comprobarlos. Les sacó unas fotos con la cámara de su móvil.

Solo por si el mierdecilla estuviera mintiendo.

* * *

Jason caminó tranquilamente hasta la cocina, al fondo de la casa, y se sirvió un vaso de agua. Miró por la ventana.

El Audi blanco de su padre, un BMW azul oscuro y dos Mercedes negros estaban aparcados en el patio. Su padre le había dicho que no había que molestar a los visitantes. Y eso había hecho.

Pensó que ojalá pudiera tener un coche nuevo. Que ojalá la madre de Katie no fuera tan coñazo.

Se giró. Uno de los amigos de su padre estaba en la puerta.

—Busco algo para limpiar un café que se ha volcado —dijo el hombre—, y una jarra de agua.

—Esto servirá. —Jason le tendió un trapo de cocina.

Habría jurado que los dedos del hombre permanecieron sobre los suyos uno o dos segundos más de lo necesario. Apartó la mano y la restregó apresuradamente contra sus tejanos. Buscó en la despensa, encontró una jarra y la llenó de agua. El hombre la cogió y sus labios se curvaron en una lenta sonrisa, mientras sus ojos recorrían de arriba abajo el cuerpo de Jason.

—Te has convertido en un joven muy guapo —le dijo, y salió de la cocina, con la puerta balanceándose tras él.

Jason se quedó clavado en el suelo. Era como si alguien hubiera atravesado su piel y le hubiera pellizcado el corazón.

De repente, se sintió desnudo.

* * *

Fuera de la cocina, el hombre respiró profundamente un par de veces, arrugó el trapo hasta hacerlo una bola y trató de detener el temblor de la mano que sostenía la jarra. Cerró los ojos y relegó la imagen del delgado cuerpo del muchacho a su memoria. Aún podía oler el aroma juvenil del chico, suave y

dulce. Hermoso.

Habían pasado años desde que había tenido estos sentimientos, así que ¿por qué habían resurgido en los últimos meses? «Debe de estar relacionado con todo el estrés del proyecto», pensó. ¿O era porque Saint Angela estaba otra vez en primera línea en su mente? Había creído que estaba tan alejado del niño que había sido que nada podría resucitar el pasado. Pero, ahora, lo acechaba cada día. Todos y cada uno de los días. Y, con ello, volvieron las emociones que había reprimido. Se estremeció y el agua salpicó fuera de la jarra. Había olvidado que la estaba sujetando. Olvidado por un momento dónde estaba, quién era ahora.

Respirando profundamente, se tocó suavemente los pantalones donde el agua lo había salpicado y regresó a la reunión, con la imagen del chico fija en su mente.

En su oficina del ayuntamiento, Bea Walsh revisaba diligentemente los expedientes de Susan Sullivan. Con un proceso de planificación basado en el tiempo, si una solicitud no se finalizaba dentro de la fecha límite de ocho semanas, se consideraba aprobada por defecto. Muy consciente de esto, examinó la base de datos, emparejando los expedientes en su escritorio con la lista en el ordenador. La pantalla le dijo que debería tener diez expedientes. Tenía nueve.

Examinó la lista de James Brown. Tal vez se había mezclado allí. Pero era eficiente y sabía que no había cometido ningún error. Incluso con el trauma de los asesinatos, llevaba a cabo sus tareas profesionalmente. El expediente había desaparecido.

Volvió a comprobar la pantalla. Pendiente de resolución para el 6 de enero. Siendo realista, sabía que el expediente podía estar en muchos lugares, pero todas las casillas de la base de datos estaban marcadas. Eso significaba que la solicitud contenía todos los informes necesarios, completados y firmados por los ingenieros y proyectistas. Entonces, recordó dónde lo había visto por última vez. Susan Sullivan y James Brown, en la oficina de este, teniendo una intensa discusión, con el expediente sobre el escritorio entre ellos. El día antes de que la señora Sullivan comenzara sus vacaciones de Navidad.

Bea se quitó las gafas de lectura y se frotó los ojos.

No había visto el expediente desde entonces.

* * *

Lottie conectó su teléfono al ordenador de su escritorio y descargó las fotos de los coches de la casa de Rickard.

Introdujo los números de las matrículas en la base de datos de la policía.

Todos los coches pertenecían a la familia Rickard. Ricos de mierda. Boyd miró la pantalla por encima del hombro de Lottie.

—¿Qué esperabas encontrar? —inquirió.

—No lo sé. Algo —respondió ella, deseando que el ordenador hiciera aparecer una pista.

Luego, le contó la desaparición del padre Joe.

—Se ha ido por patas —dijo Boyd.

Lottie suspiró. Típico de Boyd. Su teléfono sonó.

—Necesito hablar con usted, inspectora. —La voz de Bea Walsh temblaba.

Lottie se sorprendió de recibir una llamada de la asistente personal de Susan Sullivan.

—Por supuesto. ¿Quiere que llame a su oficina?

—Aquí no. ¿En Cafferty? Después del trabajo. ¿Le va bien?

—Desde luego.

—Estaré allí a las cinco —dijo Bea con firmeza, y colgó.

—Me pregunto de qué va esto —dijo Lottie a Boyd.

Él gruñó.

Lottie volvió a mirar las fotos de los coches de Tom Rickard y hurgó en un agujero incipiente en el dobladillo de su camiseta.

La cabeza de Lynch asomó por la puerta.

—Derek Harte está abajo. ¿Querías hablar de nuevo con él?

—Sí, en efecto —dijo Lottie.

—¿James fumaba? —interrogó Lottie, después de las presentaciones rutinarias para la grabación. Maria Lynch estaba sentada recatadamente, con la libreta lista. El amante de James Brown, Derek Harte, estaba sentado erguido en la silla de enfrente.

—No, pero yo sí —dijo Harte—. Marlboro Light. Intenté dejarlo. Ahora definitivamente no seré capaz.

—¿Está dispuesto a proporcionarnos una muestra de ADN?

—¿Por qué? —preguntó, reclinándose en la silla.

—Para descartarlo en nuestras investigaciones. Es el procedimiento estándar —explicó Lottie. Esperaba encontrar una correlación entre las dos colillas halladas junto al cuerpo que descubrieron en el jardín.

Harte asintió como si no tuviera elección.

—Supongo.

—Me dijo anteriormente que usted y James no estaban en su casa en Nochebuena. ¿Es eso cierto?

—Por supuesto. La nieve cayó como una avalancha. Nadie iba a ningún sitio aquella noche. ¿A dónde quiere ir a parar?

—¿Cree que James podría haberse visto con otra persona?

Harte rio.

—¿Esto tiene que ver con el cuerpo que han encontrado?

—Yo hago las preguntas —replicó Lottie.

Harte se encogió de hombros.

—No, inspectora, James no se veía con nadie más. Él y yo estábamos

comprometidos el uno con el otro. Y antes de que pregunte, no tengo ni idea de cómo llegó allí un cadáver.

—¿Alguna vez lo oyó hablar sobre un tal padre Angelotti?

—No —contestó él rápidamente.

—Parece bastante seguro —dijo Lottie.

—Me acordaría de un nombre como ese. —Harte se reclinó todavía más en la dura silla. Su actitud empezaba a poner a Lottie de los nervios.

—¿Qué hacía un cura en su casa? —preguntó.

—Ni idea.

—¿Le dijo James algo que pudiera indicar que se relacionaba con un sacerdote? —Tratando de ser lo más diplomática posible, Lottie sintió como si estuviera dándose contra un muro.

—No.

—¿Algo que tuviera que ver con Susan Sullivan?

—No, pero si recuerdo algo, se lo haré saber. —Empujó la silla con las corvas y se levantó—. ¿Eso es todo, inspectora?

—La detective Lynch se encargará de tomar su muestra de ADN, luego puede irse —lo despachó Lottie.

Mientras se marchaba, Lottie sabía que había sido parco con la verdad. Pero estaba dispuesto a dar una muestra de ADN, así que, ¿qué escondía?

* * *

Dejó una taza de café junto al ordenador de Boyd.

—¿Para qué es eso? —preguntó el hombre.

—Creo que se supone que tienes que beberlo.

Lottie se dirigió hacia su escritorio para hacer el informe del interrogatorio de Harte. En sus ratos libres, había releído toda la información que tenían sobre los asesinatos y no se encontraba más cerca del móvil o del asesino.

Boyd levantó la taza, limpió el ruedo de humedad que se había formado y colocó un bloc de notas debajo antes de volver a dejarla en la mesa.

—Ese tal Derek Harte parece sincero —dijo ella, revolviendo su café con el bolígrafo.

—¿Pero?

—No creo que lo sea.

—Su amante está muerto. Encontramos el cuerpo de un cura desaparecido en el jardín de dicho amante. Es motivo suficiente para preocuparse —apuntó Boyd.

—Quiero que comprobemos sus antecedentes si no lo hemos hecho ya. ¿Y por qué no obtuvimos una muestra de ADN la primera vez que estuvo aquí?

—No teníamos motivos para hacerlo —respondió Lynch—. Estábamos tratando la muerte de Brown como un suicidio.

—Estoy segura de que es un asesinato disfrazado de suicidio, así que procesad el ADN lo más rápido posible —ordenó Lottie—. Llegados a este punto, no podemos dejar nada al azar.

* * *

Kirby entró tranquilamente con un montón de periódicos.

—¿Alguna buena noticia? —interrogó Lottie.

—Según la prensa, ahora somos los malos —contestó—. No estamos haciendo lo suficiente, o lo bastante rápido, la investigación está estancada, no va a ningún sitio y un asesino anda suelto.

—¿Han llegado ya los resultados de las pruebas de ADN en los cigarrillos del jardín de Brown? —preguntó ella.

—Todavía nada —dijo Kirby, hojeando rápidamente los diarios—. Ya sabes que podría tardar...

—Semanas. Sí, lo sé —protestó Lottie, alzando los brazos—. Alguien estuvo allí el tiempo suficiente para fumarse dos cigarrillos. ¿Qué miraba o a qué esperaba?

—Presumiblemente a James Brown —aventuró Kirby.

—Y no apareció porque estaba aislado por la nieve a sesenta kilómetros de allí, en Athlone —dijo Lottie.

—Si lo que dice Derek Harte es cierto —apuntó Boyd.

—¿Alguna otra novedad, Kirby? —preguntó Lottie.

Este tiró los periódicos al suelo y leyó la pantalla.

—Como ya sabéis, la madre de Susan Sullivan, la señora Stynes, murió

hace dos años en Dublín. Su marido había muerto el año anterior. No hemos podido encontrar otros parientes.

Lottie suspiró.

—El padre muere, la madre muere y, entonces, Susan se muda de nuevo a Ragmullin. Muere. Callejón sin salida.

¿Alguna vez pasarían al otro lado del muro? Comprobó sus emails. Había recibido el informe preliminar *post mortem* del padre Angelotti, redactado por Jane Dore.

—Jane, te quiero —gritó Lottie a la pantalla.

—Lo sabía —exclamó Boyd.

—Cierra el pico, Boyd.

—¿Y a qué se debe tanta alegría?

—Jane me ha hecho un favor enorme. Tiene un exnovio en el laboratorio forense. Aceleró el análisis de ADN del cuerpo —dijo Lottie, leyendo en la pantalla—, y coincide con los pelos del peine que cogí de la habitación del padre Angelotti.

—Hemos encontrado a nuestro cura desaparecido —afirmó Boyd.

—¿Estás segura que era su peine? —preguntó Kirby, sin levantar la cabeza. Sus dedos manchados de tabaco golpeaban el teclado. El rumor que circulaba había hecho salir pitando de Ragmullin a su joven amante actriz en el último tren hacia Dublín, dejando a Kirby abotargado y envuelto en humo de cigarro y vapores de *whisky*.

—Kirby —dijo Lottie—, ¿qué estás haciendo exactamente?

—Nada —respondió Kirby.

—Lo que pensaba.

—Los forenses no pueden hacer nada con el teléfono destrozado. —Kirby levantó la vista de su pantalla.

—Típico —repuso Lottie.

Pensó en Derek Harte. Ya lo habían interrogado dos veces y no podía evitar sentir que se le había escapado algo. ¿Era él el asesino?

—Por fin buenas noticias —exclamó Lynch—. Tenemos la orden judicial para acceder a las cuentas bancarias de las víctimas.

—Tenemos sus cuentas —dijo Lottie—, pero veamos si podemos usarlo para presionar al hombre comadreja.

* * *

—Los diamantes son para siempre —le susurró Lottie a Boyd.

Las gemas de los gemelos de O'Brien resplandecieron mientras buscaba las cuentas en su ordenador.

—Y el mejor amigo de la mujer —bromeó Boyd, tapándose la boca con la mano.

El banquero les tendió un impreso.

—¿Qué es esto? —preguntó Lottie, sacudiendo motas de caspa del papel.

La página contenía un número con cantidades de dinero. Las mismas cifras que habían visto en las cuentas de Brown y Sullivan.

—Ese es el número de cuenta —explicó—. Registrado en un banco de Jersey. Leyes de alto secreto. Así que no hay nombres. Lo siento.

—Seguro que sí —se mofó Lottie.

—Oh, vamos, Mike —dijo Boyd—. Tienes que darnos algo más.

O'Brien negó con la cabeza.

—Esto es todo. Podéis probar en el banco de Jersey vosotros mismos. Pero, como sabéis, es virtualmente imposible conseguir información con sus leyes bancarias.

Lottie se levantó con la piel erizada por la rabia. Otro callejón sin salida. Miró fijamente al banquero y divisó una pequeña marca en su oreja.

—Sabe, señor O'Brien, un diamante es brillante por fuera, pero por dentro es solo carbón negro. ¿Cuál de los dos es usted?

—No sé de qué habla. —O'Brien se frotó la oreja, avergonzado—. Creo que deberían irse. —Se puso de pie, la caspa caía sobre sus hombros mientras se movía.

—Nos vamos —dijo Boyd, empujando a Lottie hacia la puerta frente a él.

* * *

Fuera, en la calle, Boyd dijo:

—¿Por qué tienes que cabrear a todo el mundo?

—Viene con la placa —espetó Lottie.

—Viene contigo —puntualizó Boyd.

—Precisamente Jersey. —Lottie comenzó a alejarse de él—. Tengo que ir a Cafferty.

—Un poco pronto para una copa —dijo Boyd, mirando la hora en su teléfono—. ¿Puedo ir contigo?

Pero Lottie ya había girado la esquina, calle Gaol abajo, dejándolo allí mientras la observaba alejarse.

Bea Walsh estaba sentada en el cuartito privado, tras la puerta de la barra, con un *whisky* caliente frente a ella. Lottie pidió un café.

—Disculpe el retraso —dijo Lottie, mirando su reloj. Eran las cinco y cuarto. «No tan tarde», pensó.

—Gracias por reunirse conmigo —dijo Bea.

—No hay de qué.

Lottie se sentó. El aroma a clavo y *whisky* llenaba el aire alrededor de Bea. El *pub* estaba oscuro y, por lo que Lottie veía, solo había otros tres clientes sentados en la barra. Darren Hegarty, el camarero, le trajo el café.

—¿Ha habido con el asesino? —preguntó el hombre.

—Estamos trabajando en ello —respondió Lottie, y se giró hacia Bea. Darren limpió la mesa y volvió a su solitaria tarea de centinela tras la barra.

—La señora Sullivan lloraba mucho —dijo Bea mientras se limpiaba la nariz con un pañuelo de papel arrugado—. En secreto, quiero decir, cuando pensaba que nadie la veía. Sabía que había algo que la preocupaba.

Bea comenzó a lloriquear.

—¿Está usted bien? —preguntó Lottie.

—Solo triste. —Bea se secó los ojos dándose unos toquitos—. Hará cerca de un mes, entré en el baño de mujeres y la señora Sullivan estaba allí. Llorando. Cuando me vio, pareció avergonzada. Le pregunté si podía hacer algo para ayudar. Me dijo que ya nadie podía ayudarla. «Las cosas están fuera de control». Eso es lo que dijo. «Las cosas están fuera de control». —Bea cerró los ojos.

—¿Tiene idea de a qué se refería?

—Se lo pregunté pero solo se secó los ojos y me dijo que lo olvidara — contestó Bea, y sorbió delicadamente su bebida. El olor a clavo flotó hacia Lottie—. La señora Sullivan estaba bajo una enorme presión en el trabajo.

—¿Algo en particular que deba saber?

Bea titubeó, abrió la boca para hablar y, entonces, la cerró de golpe.

—¿Qué? —presionó Lottie.

—Nada.

—¿Está segura? Creía que iba a añadir algo más.

—No, inspectora, no tengo nada que añadir.

Lottie decidió dejarlo pasar. Por ahora.

—¿Tenía Susan un portátil?

—No. Decía que no lo necesitaba.

—¿Tenía un teléfono moderno? ¿Con internet? —Lottie se cuestionó por qué no hizo esa pregunta el primer día.

—Sí. Un iPhone, creo.

—¿Sabría usted dónde está? —Lottie cruzó los dedos, esperanzada.

—No, lo siento.

Lottie se hundió en la silla. El teléfono de Susan seguía desaparecido. Pero a estas alturas ya deberían tener el registro de llamadas de la compañía telefónica. «Nota mental: hacer el seguimiento».

—Me fijé en unos documentos relacionados con las «Urbanizaciones Fantasma» en los archivos de su ordenador. ¿Cuál era su participación en ellos?

Bea volvió a beber, sus pálidas mejillas ahora estaban enrojecidas por el calor del *whisky*.

—El señor Brown estaba más involucrado con eso. Es un crimen la manera en que las constructoras dejaron inacabadas esas urbanizaciones. El personal intentaba encontrar la manera de hacer que las terminaran, en lugar de dejarlas a medio construir y vacías.

A Lottie le gustaba esta mujer; hablaba bien pese a parecer tímida.

Bea continuó:

—Lo que hace todo esto todavía peor, inspectora, es que esas constructoras pueden abandonar las urbanizaciones y dejarlas como una

morgue, y tienen el descaro de volver a hacerlo.

—¿Quién es el responsable? —preguntó Lottie, deseando haber sido más diligente a la hora de seguir los temas de actualidad.

—Nadie quiere hacerse responsable. Se dice que los permisos de construcción no deberían haber sido concedidos en primer lugar. Yo lo llamo avaricia.

Lottie se quedó pensativa un momento.

—¿Cree que ha habido algún delito relacionado con la construcción en Ragmullin?

Bea titubeó, como si sopesara su respuesta.

—Después de lo que les pasó a la señora Sullivan y al señor Brown, ya no lo sé. Antes de esto, habría dicho que todo era legal. Ahora lo dudo. —Su voz se fue apagando como un estornino escapando del invierno.

—¿Podría orientarme en relación a algún expediente en particular? Tenemos muy pocas pistas y cualquier cosa que me diga, no importa cuán insignificante piense que es, podría ayudar. No estoy diciendo que las muertes estén relacionadas con su trabajo pero, de momento, es todo lo que tengo.

Finalmente, la mujer con aspecto de pájaro abrió la boca.

—Este es el motivo por el que quería hablar con usted. No sabía qué hacer. Mi trabajo es confidencial pero, en circunstancias como estas, siento que tengo el deber de decírselo. —Hizo una pausa y, con los ojos llorosos, prosiguió—: Hay un expediente desaparecido. La señora Sullivan se encargaba de él, y también el señor Brown. En la base de datos consta como «en proceso», a la espera de la firma. La decisión se tomará en unos días. La cuestión es... que no encuentro el expediente en ningún sitio. —La mujer se dejó caer hacia atrás en la silla, exhausta.

—¿Era un expediente contencioso? —preguntó Lottie.

—Eso creo. Pero mi trabajo es comprobar la base de datos, asegurarme de que los informes llegan a tiempo y, si no lo hacen, consultar con la gente apropiada. Yo hago el seguimiento de los expedientes. No los leo. Pero unos meses atrás oí que la propiedad había sido una ganga y que el plan de desarrollo había estado sujeto a controversia.

—¿Qué expediente es?

—Siento que no puedo decirlo. Ahora que estoy aquí, me siento ridícula.

Lottie rebuscó en su bolso y sacó un boli y una libreta. Se los tendió a Bea.

—¿Escribirá los detalles para mí?

Bea titubeó una vez más.

—Por favor —suplicó Lottie.

—Puede que no sea nada. —Bea comenzó a escribir.

«Tiene que ser algo», pensó Lottie. De lo contrario, Bea Walsh no se habría tomado tantas molestias para denunciarlo.

Leyó las palabras que había escrito la mujer. Al fin. Algo a lo que hincar el diente.

Levantó la vista y miró a Bea, interrogándola en silencio.

La mujer asintió con la cabeza.

La propiedad: Saint Angela. El constructor: Tom Rickard.

—Se te ve satisfecha contigo misma —comentó Boyd.

Lottie se sentó frente a su ordenador y sonrió.

—Venga, cuéntamelo —la persuadió.

—Brown y Sullivan se encargaban de una solicitud de construcción para Saint Angela. ¿Adivina quién es el propietario?

—¿No será Tom Rickard?

—Sí, Tom Rickard. —Lottie entró en su ordenador.

—Así que estos asesinatos probablemente están relacionados con asuntos de hoy en día y no del pasado —conjeturó Boyd.

—Todavía no lo sé —dijo ella—. Kirby, cuando comprobaste los expedientes de construcción del ayuntamiento, ¿apareció algo en relación a la propiedad de Saint Angela? —Miró hacia el escritorio de Kirby y puso los ojos en blanco al ver el desorden.

Este empujó apresuradamente con los pies una caja de Happy Meal para esconderla, con un ligero gesto de culpabilidad en los labios.

—Aún no he tenido tiempo. —Añadió enseguida—: ¿Qué estoy buscando?

—Si lo supiera, no te pediría que lo buscaras, ¿no?

—¿Tal vez una pista?

—Eres investigador, empieza a investigar.

En voz baja, Kirby maldijo a todas las mujeres que conocía.

—Vale —cedió Lottie—. Encuentra todo lo que puedas sobre la relación entre Tom Rickard y el Saint Angela.

Lottie pasó otras dos horas comprobando todos los informes que tenían

hasta el momento. No encontró nada, pero eso no consiguió disminuirle el ánimo. Presentía que podía estar cerca del meollo del caso.

Buscó Saint Angela en Google. Una fotografía del *Midland Examiner* de febrero del año anterior le llamó la atención. El obispo Terence Connor le entregaba las llaves a Tom Rickard, de Construcciones Rickard. El pie de foto informaba que la propiedad se convertiría en un hotel con campo de golf, sujeto a permiso de construcción.

Se puso en pie de un salto, fue a buscar a Boyd y lo encontró junto a la cafetera, hirviendo agua.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta? —preguntó Lottie.

—¿A dónde?

—Haces demasiadas preguntas. Vamos.

* * *

El día había sido largo y, ahora, la brillante luz de la luna surcaba el cielo. Boyd conducía. Lottie estaba agotada. Lo guio hacia la vieja carretera fuera de la ciudad.

—Espero que no pretendas que visite el cementerio de noche —dijo Boyd.

—Cobarde. Gira a la izquierda.

Boyd dobló hacia una carretera estrecha con árboles a los lados y se detuvo ante las verjas de entrada de Saint Angela.

—Este lugar intimida —comentó Boyd, y apagó el motor.

Lottie salió del coche. La verja estaba abierta pero quería caminar.

La luz de neón de las farolas de la carretera iluminaban tenuemente el lugar. Un edificio de cuatro plantas, con su silueta recortada por la luz de la luna, se elevaba a unos doscientos metros al final del camino serpenteante flanqueado por árboles. Lottie levantó la vista. Un escalofrío le recorrió la espalda. Había observado ese lugar desde lejos muchas veces. Se veía desde el cementerio. Pero, ahora, no conseguía refrenar la inquietud que le provocaba. Intentó calmar su mente y comenzó a contar las ventanas. Dieciséis a lo largo del último piso.

Boyd se detuvo junto a ella.

—¿Por qué estamos mirando este edificio en la oscuridad?

—Ahora sabemos que Saint Angela es el motivo de la solicitud de construcción de Tom Rickard —dijo Lottie, escudándose detrás de Boyd para bloquear la cortante brisa que agitaba las ramas sobre sus cabezas.

—¿Y?

—James Brown llamó por teléfono a Tom Rickard la noche en que fue asesinado. Rickard no nos ha dado una coartada sólida. —Hizo una pausa y consideró lo que Rickard podía ganar con el asesinato—. Según Bea Walsh, Brown y Sullivan se estaban ocupando del expediente de construcción que presuntamente ha desaparecido. Rickard compró Saint Angela al obispo Connor, que ahora tiene un cura muerto. Y este es el lugar, la institución, donde la joven Susan, entonces conocida como Sally, fue abandonada junto con su bebé recién nacido.

Boyd permaneció en silencio.

—¿Y bien? —preguntó Lottie.

—No me gusta ese tipo, Tom Rickard —dijo él, metiendo las manos en los profundos bolsillos de su abrigo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—De momento, sí. Y que me estoy congelando. Vámonos, lunática. —Se dirigió al coche.

Ella dio unos pasos hacia delante. Una ráfaga de viento retumbó a su alrededor y le provocó otro escalofrío en la columna. Trató de deshacerse de él, así como de la sensación de un viejo y oscuro recuerdo que se revolvía dentro de ella. Le tembló todo el cuerpo. Siguió a Boyd.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre, mirando hacia atrás.

—No es nada. Enciende el coche.

Una vez más, Lottie miró fijamente el edificio mientras Boyd entraba en el vehículo y encendía el motor. Observando atentamente, se preguntó si Saint Angela tenía realmente algo que ver con dos, posiblemente tres, asesinatos.

Se fijó en un nicho que había en el centro del tejado; una construcción redonda que albergaba una estatua de cemento. Entrecerró los ojos, pero la noche era demasiado oscura como para descubrir qué era. Tendría que verlo a la luz del día. Volvió al coche alejándose de Saint Angela, que protegía sus fantasmas tras las sombras.

—Mañana le echaremos el guante a Tom Rickard —dijo al sentarse junto a Boyd—. Y sube la calefacción.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Boyd con el coche al ralentí frente a la comisaría.

—No, gracias —respondió Lottie.

—Venga. Son más de las nueve y no he comido desde no sé cuándo. Me encantaría ir a un indio. —Dio un giro de 180 grados y condujo calle abajo. La ciudad estaba desierta.

—Dios, Boyd, si Corrigan viera lo que acabas de hacer...

—Es imposible que me haya visto.

—¿Por qué?

—Está en un baile benéfico en el hotel Park. El «Golf Ball».

—¿Me tomas el pelo?

—Para nada.

—Qué morro tiene.

—¿Por qué?

—Estamos en medio de tres investigaciones importantes y se dedica a ir a vete a saber qué gala lujosa. Los medios de comunicación se van a poner las botas.

Boyd aparcó en zona prohibida frente al restaurante indio Sagaar cuando la nieve comenzó a caer.

—Debería irme a casa y dar de comer a mis hijos, o al menos llevarles algo de aquí —protestó Lottie.

—No son gatitos. Pueden alimentarse solos. De momento no se han muerto de hambre —dijo Boyd.

En eso tenía razón, supuso Lottie. Salieron del coche y subieron las escaleras hasta el restaurante del primer piso.

Eran los únicos clientes. Solo una música suave rompía el silencio. Unas luces opacas de pared mitigaban la decoración escarlata. Algunos podrían pensar que era romántico, pero a Lottie le recordaba a una sala decorada para Halloween.

Escogió una mesa junto a la ventana donde pudiera ver la calle y evitar los ojos de Boyd. Observó ociosamente los copos de nieve que se derretían contra el cristal durante un rato.

—Tengo que ir al baño —dijo, y se puso de pie—. Pide tú por mí.

Hizo pis, se lavó las manos y se puso rápidamente un poco del pintalabios de Katie. Katie. Abordar la procedencia de la maría todavía estaba en su lista de cosas pendientes; una lista que crecía cada día. Comprobó si su camiseta estaba lo bastante limpia como para quitarse la chaqueta. Tendría que conformarse con eso.

—Ya he pedido —dijo Boyd cuando ella volvió a sentarse.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Ya sabes. Por llamarte cuando estaba borracha la otra noche.

—No me importa. —Se mantuvo ocupado mirando la carta de vinos.

—Ya sé que no. Ese es el problema —dijo Lottie.

—No es un problema para mí —rebatía Boyd—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Me gustaría que me llamaras sobria alguna noche.

El camarero trajo una botella de agua con gas y la sirvió en los vasos.

—Pide vino para ti —dijo Lottie—. Yo conduciré.

—¿Estás segura?

—No lo diría si no lo estuviera.

Boyd le pidió al camarero una botella de vino tinto de la casa.

—No ha costado mucho convencerte —bromeó Lottie, y volvieron a caer en un silencio, con ambos mirando por la ventana.

Lottie dejó de contemplar la calle y observó a Boyd con detenimiento. Estaba absorto en el tráfico. Tenía que admitir que era extrañamente atractivo. Su fuerte mandíbula acentuaba los ojos marrones que, cuando les daba la luz,

brillaban. Una pequeña parte de ella ansiaba indagar bajo la superficie de lo que conmovía a Mark Boyd, pero otra parte tenía miedo de lo que podía descubrir sobre sí misma si se acercaba demasiado a él.

Les trajeron los aperitivos.

—Espero que no sea demasiado picante —dijo Boyd.

—Me iría bien algo picante en mi vida —comentó Lottie, olisqueando el plato.

—Yo me ofrecí.

—Lo sé.

—Tú lo rechazaste.

—Lo sé —repitió Lottie, echando cucharadas de *chutney* de menta sobre un *chapati*.

Comieron en silencio.

—¿Quieres hablar del caso o vamos a disfrutar del silencio? —preguntó Boyd cuando el camarero se llevó los platos.

—Tom Rickard está metido en esto hasta el cuello.

—La única prueba que sostiene esa teoría es una llamada telefónica de James Brown. Que, debo añadir, Rickard niega haber recibido.

—Podemos demostrar que la recibió.

—Estoy de acuerdo, pero nunca sabremos de qué hablaron.

—Brown podría haberle dicho que Susan Sullivan estaba muerta —aventuró Lottie—. Rickard tenía que conocerlos del ayuntamiento. Probablemente trató con ellos por la solicitud de construcción.

—Vale —dijo Boyd—. En teoría, podemos deducir que conocía a Brown y a Sullivan. Pero ¿por qué matarlos?

—No lo sé, pero es multimillonario. Tiene al menos cuatro coches. Podría haber sido su dinero el que entraba y salía de las cuentas de las víctimas. —Miró a Boyd—. Pero ¿por qué?

—Tal vez no fuera él. Es cierto que tenía una solicitud para construir en Saint Angela, pero debe de tener docenas de solicitudes por todo el país. ¿Acaso es esta diferente? ¿Hay algo allí por lo que valga la pena matar?

—Recapitulemos —dijo Lottie—. Las primeras dos víctimas que descubrimos tenían secretos. James Brown tenía una aventura con un hombre más joven y Susan Sullivan se estaba muriendo de cáncer y, a los once o doce

años, tuvo un bebé y fue recluida en Saint Angela. Además, se cambió de nombre. ¿Intentaba exorcizar su pasado? La propiedad, que Tom Rickard compró al obispo Connor, está ahora sujeta a una solicitud de construcción para edificar un hotel multimillonario, con campo de golf o lo que sea.

Lottie bebió un trago de agua y continuó:

—Dos de las víctimas que habían trabajado en ese expediente tienen un tatuaje similar en la pierna, sin mencionar los dos mil euros en el congelador de Susan y los cientos de periódicos amontonados hasta el techo en su sala de estar. Eso es lo que tenemos hasta el momento. —Lottie tomó aire. Había hablado demasiado rápido. Boyd ya sabía todo esto.

—Y el cura muerto en el jardín trasero de Brown. No lo olvides —dijo él.

—Tenemos cuerpos, un montón de preguntas y ni una maldita respuesta —concluyó Lottie. Cogió el puño de su camiseta, tiró de un hilo suelto y observó cómo se descosía—. Empiezo a sentirme como un disco rayado.

El camarero llegó y colocó los platos principales servidos en cuencos plateados en la mesa. El aroma a coco del *korma* de pollo llenó el aire.

—Come y disfruta —dijo Lottie.

Se relajó mientras comían. Después de que les retiraran los platos, pidió un té verde. Boyd se sirvió el vino que le quedaba y miró fuera.

—Acábate el vino —dijo Lottie—. Tenemos una reunión del caso a las seis de la mañana con el comisario Corrigan.

—Tendrá resaca.

—Me vienen a la cabeza la sartén y el cazo —dijo Lottie, con una sonrisa.

—Ahí está —dijo él—. Se te ilumina la cara cuando decides curvar hacia arriba esos fascinantes labios que tienes.

Ella rio, se sentía mareada.

Boyd terminó su vino.

Pagaron la cuenta entre los dos y se marcharon.

* * *

Lottie llevó a Boyd hasta su apartamento, aparcó el coche, le tendió las llaves y lo acompañó hasta la puerta. La nieve pesada había dejado paso a unos copos livianos.

—Gracias por la cena. Creo que necesitaba un descanso —dijo Lottie.

—¿Quieres entrar a tomar un café?

—El café no me deja dormir.

—Mejor —dijo Boyd con una sonrisita.

—Debería irme a casa.

Se quedó ahí un momento. Él le acarició la mejilla, trazando una línea imaginaria desde el ojo hasta la boca.

—No lo hagas —dijo Lottie.

—¿Por qué no? Te gustó la otra noche. ¿Recuerdas?

—No me gusta que me recuerden cosas que no recuerdo haber hecho mientras estaba en un estado de inmemoración. —Lottie apartó la cabeza.

—Eso no es una palabra.

—Ya no me importa.

—Eso mismo dijiste la otra noche.

—Eres un cabrón sádico, Mark Boyd. —Lottie rio.

—Te deseo —dijo él, y posó la mano en su nuca y enredó los dedos en su pelo.

—Lo sé.

Boyd dibujó con el dedo pequeños círculos en la base de la nuca de Lottie. Inclino la cabeza y la besó en los labios.

Ella saboreó el vino y las especias, sintió un aleteo en la boca del estómago y, con las manos todavía en los bolsillos, se permitió un momento de placer.

Entonces, lo detuvo.

—Lo siento —se disculpó Lottie, dejando caer la cabeza.

—No lo sientas. Por Dios, Lottie, no lo sientas. —Le levantó la barbilla con un dedo.

—Tengo que irme —dijo ella.

—Lo entiendo. —Boyd le dio un casto beso en los labios—. Tendrían que haberte dado puntos en la nariz. Te quedará una cicatriz.

Trazó una última línea en su mejilla, acariciando el cardenal bajo el ojo, y ella sintió la suavidad del suspiro de Boyd en su pelo antes de que este girara la llave en la cerradura, entrara y cerrara la puerta.

Lottie sabía que él estaba allí quieto, tras la puerta.

Esperando a que ella pusiera el dedo en el timbre.

Podría hacerlo fácilmente. Llamar al timbre.

Pero no lo hizo.

Se puso la capucha y caminó a casa, con el rostro hacia arriba, atrapando los delicados copos de nieve.

46

La ciudad estaba tan tranquila mientras conducía de camino a casa que se sorprendió al ver a una mujer caminando sola por la nieve. Estaba a punto de parar para ofrecerse a llevarla cuando la mujer levantó la cabeza y su rostro quedó iluminado por la farola. La detective inspectora Lottie Parker.

Siguió conduciendo algunos minutos antes de detenerse en un garaje cerrado. No había bebido demasiado pero, de todos modos, si un coche patrulla pasaba por allí, estaba seguro de que superaba la tasa de alcoholemia. Mirando por el retrovisor, la vio girar hacia un camino recóndito. «Así que vives ahí», pensó.

—Está bien saberlo. Nunca se sabe cuándo podría tener que hacerte una visita —murmuró, y se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta.

¿Qué le estaba pasando? «Vete a casa y tómate una buena copa», se dijo a sí mismo. «Y piensa en el bello espécimen de muchacho que has visto esta mañana».

Encendió el motor, puso el coche en marcha y salió a la carretera cubierta de nieve, preguntándose hasta cuándo le bastaría la imaginación antes de tener la necesidad de hacer algo.

—¿Es esa?

Melanie Rickard estaba borracha. Se quitó los tacones de una patada. Tom Rickard miró cómo se deslizaban por el suelo de mármol de la cocina.

—¿Esa qué?

—Esa puta a la que te estás follando.

—¿De qué hablas? —preguntó él, tranquilamente. Uno no gritaba cuando Melanie estaba gritando.

—No te hagas el inocente conmigo —se mofó ella—. ¿Es esa a la que te follas y luego vienes a casa oliendo a bayas silvestres y jazmín? A puto... perfume... de Jo Malone. No soy estúpida, capullo.

—Estás borracha —dijo él. Lo cual no era algo adecuado que decirle a una Melanie borracha y enfurecida.

Ella gritó y golpeó la encimera con los puños antes de volver a una peligrosa calma.

—No estoy ciega —dijo—. Tenías los ojos enterrados en su escote, ¡casi en su ombligo!

Él no dijo nada. No podía negar que había estado comiéndose con los ojos a la hermosa rubia sentada frente a él; quería acercarse y recorrer su largo cuello con las manos, apretar sus labios contra los de ella. Como había hecho la noche anterior. Se había maldecido a sí mismo por permitir que Melanie lo coaccionara para ir al «Golf Ball». Él sabía que ella estaría allí. Con el pusilánime de su marido. Tal vez, inconscientemente, había querido estar allí. Para comparar la exquisitez de ella con la belleza de Melanie, que se

extinguía rápidamente. Pero tener que sentarse junto al comisario Corrigan hizo que la velada fuera incómoda, así que lo atiborró a *brandy*. «Panda de borrachos, todos ellos», pensó, y Melanie era la peor de todos. Se había escapado con ella tan pronto como había podido.

—A esa no la tocaría ni con un palo —dijo Tom.

—Así que eso era lo que intentaba liberarse de tus pantalones. ¡Pues que os jodan a ti y a tus putas! —Melanie agarró una botella de cabernet.

Tom creyó que se la iba a tirar. Pero la destapó, más rápido de lo que lo habría hecho si estuviera sobria, sacó una copa del armario y caminó descalza dando zancadas hasta el salón, donde inmediatamente se quedó dormida en un sillón demasiado grande.

Él se quedó de pie en medio de la frígida habitación, preguntándose cuándo se había torcido todo.

La odiaba.

En ese instante, podría haberla estrangulado.

Facebook. Lottie entró.

Escuchó el runrún de la nevera y el murmullo del programa de televisión que Sean y Chloe estaban viendo en la sala de estar. Katie había vuelto a salir. Probablemente con Jason Rickard.

Mientras bebía un vaso de agua, sentada en el sillón de la cocina, una solicitud de amistad apareció de repente. Distraídamente, clicó en el icono. Una foto del padre Joe apareció. Dejó el vaso y estiró las piernas. Clicó «aceptar». La ventana del chat se abrió. Estaba en línea.

Hola.

¿Dónde está?

En Roma.

¿Qué hace ahí? Es usted sospechoso de asesinato.

Muy graciosa.

Al comisario Corrigan le va a dar un ataque. A su obispo le va a dar un ataque.

Espero estar de vuelta antes de que ninguno de los dos me eche en falta.

¿Y cómo se propone hacerlo?

Dije que mi madre estaba enferma y que tenía que visitarla en Wexford.

De todos modos, ¿qué está haciendo en Roma?

Hago de detective *amateur*.

Qué gracioso. ¿Sabe que hemos encontrado otro cuerpo?

Lo oí en las noticias.

¿Sabe quién es?

No. ¿Quién?

El padre Angelotti.

No hubo respuesta durante un tiempo. Pero la aplicación mostraba que seguía activo. Entonces, contestó.

Eso es terrible. No lo entiendo.

Yo tampoco. ¿Puede averiguar si alguien en Roma sabía por qué estaba en Irlanda?

Preguntaré por ahí. ¿Lottie?

¿Qué?

¿Recuerda que me pidió si podía encontrar algo sobre los registros de Saint Angela?

Sí.

Busqué en nuestro archivo, pero no había nada *online*. Los archivos están en copia física.

¿Dónde?

Normalmente este tipo de registros están archivados en cada diócesis. Pero he contrastado la información, pensando que tal vez los de Saint Angela podrían haber sido enviados a la archidiócesis de Dublín, que es el procedimiento habitual.

¿Y?

He hablado con el archivista de allí. Durante una época tuvieron los registros. Pero dijo que fueron transferidos a Roma.

¿Por quién? ¿Por qué? Eso no es normal, ¿no?

No, no lo es. No sé quién pidió el traslado y nunca me había encontrado con algo así, pero averiguaré lo que pueda.

¿Cuándo los trasladaron?

Tampoco lo sé. Lo comprobaré.

Espero que no se meta en líos.

No lo haré. Espero encontrar algo interesante.

Gracias.

E intentaré descubrir si alguien sabe algo sobre el padre Angelotti.

Gracias, padre Joe.

Joe.

Vale. Joe. Buenas noches.

Ciao, como dicen los italianos.

Ambos se desconectaron.

Roma. Lottie se preguntó qué estaba pasando. ¿Por qué trasladar los registros de Saint Angela si no era el procedimiento habitual? Tomó una libreta tamaño A4 de la mochila de Sean y un bolígrafo. Sentada en la mesa de la cocina, escribió todo lo que sabía hasta el momento. Nada tenía sentido. Miró los nombres y se preguntó si estaban conectados o si todo era un caos sin sentido.

La puerta principal se abrió y cerró.

—¿De dónde vienes a estas horas de la noche? —preguntó Lottie cuando Katie entró tranquilamente en la cocina, quitándose la chaqueta húmeda.

—¿Qué es eso? —la ignoró Katie, mirando las páginas desparramadas sobre la mesa.

—Trabajo —dijo Lottie.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué está escrito el nombre del padre de Jason?

—¿Así que ahora sí lo conozco? —Lottie observó atentamente a su hija mayor. Sus ojos, aunque delineados por una gruesa capa de lápiz negro, estaban despejados.

—Jason me ha dicho que has estado en su casa esta mañana.

—¿Dónde estabas tú?

—En su habitación. Tuve que quedarme ahí porque había no sé qué reunión de negocios en el piso de abajo.

El mierdecilla de Jason le había mentado.

—¿Quién estaba en la reunión? —interrogó Lottie.

—Y yo qué sé. Estaba confinada en el cuartel, como solía decir papá cuando me mandaba a mi habitación. —Katie abrió la puerta de la nevera y echó un vistazo a su exiguo contenido—. De todos modos, ¿por qué estabas allí?

—Porque quiero llegar al fondo de la cuestión de la maría. Es algo serio, Katie.

—¡Madre! No soy una niña.

—Eres mi niña y no voy a permitir que te mueras en un portal con una jeringuilla clavada en el brazo. Y puedo garantizarte que Jason Rickard huirá a mil kilómetros de ti cuando pierda el interés.

—¡Pues vale! Me voy a la cama —refunfuñó, quitando el plástico a una loncha de queso.

—¿Has comido hoy?

Katie respondió agitando el queso y salió rápido de la cocina antes de que Lottie pudiera seguir regañándola.

Sentada en la mesa, reflexionó sobre Tom Rickard y quién más debía de haber estado en esa reunión. ¿Por qué tenía que hacer negocios en su casa? Disponía de una excelente oficina en el centro de la ciudad. ¿Acaso estaban tratando algún tema poco honesto?

Juntó las páginas, las metió en su bolso y se sentó en el sillón con las piernas recogidas. Cerró los ojos, cayó en un sueño irregular y soñó con cuervos negros volando en círculos sobre la estatua sangrante de una mujer con una cuerda de nylon azul alrededor del cuello. Uno de los cuervos bajó en picado y metió su cuerpo emplumado dentro de una cuna, antes de salir volando con un bebé que chillaba apresado en el pico.

Lottie se despertó de repente, un sudor frío bajaba como un riachuelo entre sus pechos.

* * *

2 de enero de 1975

Sally vio al niño sentado en la ventana mientras seguía a la monja escaleras arriba y a través de la puerta, escuchando el ruido del coche que la abandonaba.

El pasillo estaba frío y el suelo despedía un olor a cera abrasadora. El pánico amenazaba con sobrepasarla cuando la monja desapareció por un

pasillo. Con su bebé. Una puerta se cerró de golpe y Sally siguió el sonido.

Un bebé lloró y se preguntó si sería capaz de reconocer el llanto de su propio hijo; no estaba para nada segura de que fuera así. Avanzó poco a poco, pisando los adornos de madera hasta que el suelo pasó a ser de mosaicos de colores. Se detuvo frente a una puerta antes de girar el picaporte. Sus bragas estaban empapadas y la sangre le bajaba por las piernas, manchando de rojo sus calcetines blancos y subidos hasta las rodillas. Sus pequeños pechos goteaban y le dolían. Quería acurrucarse en su cama y morir.

Giró el picaporte y abrió la puerta.

Había tres hileras de cunas con barrotes de metal, cinco por hilera y un bebé en cada una. La monja que estaba de pie en medio de la habitación se giró y abrió los brazos. Sally se preguntó en cuál de las cunas estaría su bebé. Parecían muñecas. Pequeñas muñecas enjauladas.

—Son obra del diablo, hijos del pecado, engendros de Satán —gruñó la monja.

Sally sintió que le fallaban las rodillas y la sangre rezumó entre sus piernas.

Las telas negras se deslizaron hacia ella con un murmullo, olían como el cajón del armario de su difunta abuelita. La mayoría de las monjas de su escuela llevaban faldas más cortas y algunas incluso se atrevían a mostrar un mechón de pelo. Esta, cubierta con un hábito anticuado y con un delantal de algodón blanco manchado atado a la cintura, era alta y su piel traslúcida mostraba un rostro descolorido y amenazador.

—¿Dónde está mi bebé? —preguntó Sally, mirando ansiosamente las filas de cunas y esforzándose por ver detrás de la monja.

Ahora, todos los bebés estaban callados, algunos dormidos, otros despiertos. Sus ojillos imploraban hacia el cielo agrietado.

—Ya no es tuyo —dijo la monja—. Todos pertenecen al diablo.

Sally se armó de valor y, con el miedo alimentando su impulso, empujó a la monja para abrirse paso, corrió hasta el final de la habitación y volvió. Las lágrimas la cegaban. Frenética, buscó a su bebé. Pero ¿cuál era el suyo?

—¿Dónde está mi bebé? —gritó—. Dígamelo.

La habitación empezó a dar vueltas. El olor a pañales sucios y leche

agria le obstruyó la nariz. Los bebés empezaron a llorar, perturbados por su grito.

Cuando cayó al suelo, vio la estatua azul y blanca al fondo de la habitación. La Virgen María, con una serpiente enroscada en su vientre hinchado que asfixiaba la vida del infante antes de que hubiera nacido.

Día seis

4 de enero de 2015

En la reunión de las seis de la mañana hacían mucha falta varios litros de café.

El comisario Corrigan tenía resaca. Boyd tenía resaca. Kirby tenía resaca. Y Lottie y Maria Lynch estaban atrapadas en el fuego cruzado.

Cuando por fin se hubo arrastrado del sillón de la cocina hasta la cama, la noche de Lottie había estado llena de más pesadillas. Despertó a las cinco, empapada en sudor. Le alegró tener que ir a la reunión matutina, necesitaba algo en lo que concentrarse para disipar los terrores nocturnos.

Al resumir el progreso en la investigación, Lottie deseó que hoy tuvieran más éxito. Y tal vez los cerdos volaran. Miró a Corrigan con recelo.

—Hoy tendré una charla con Tom Rickard —dijo.

—¿Una charla? —bramó Corrigan. Hizo un gesto de dolor y bajó la voz —. ¿Qué tipo de charla?

—Quiero ver qué información puedo descubrir sobre su plan de desarrollo en Saint Angela. Es lo único que tenemos. Puede que sea un callejón sin salida, pero hay que comprobarlo.

—No vayas cargando por ningún puto callejón como un elefante en una cacharrería. Es un conocido mío. Hablé con él anoche, sí. Un hombre excelente. No quiero que vuelva a llamarme quejándose de que lo estás acosando. Especialmente hoy. —Se acarició la calva, dándole todavía más brillo.

—Por supuesto. —Lottie tampoco tenía ganas de discutir.

El sargento de guardia asomó la cabeza por la puerta.

—Anoche arrestamos a un borracho. Ahora está despierto, tratando de derrumbar el edificio con sus gritos. Creo que debería oírlo, inspectora.

—Estoy en medio de una reunión.

—Dice que conocía a Susan Sullivan.

—De acuerdo —cedió Lottie, que recogió sus papeles—. Llévelo a una sala de interrogatorios y estaré allí enseguida.

—Está un poco perjudicado —la avisó el sargento.

—¿Acaso no lo estamos todos? —dijo Kirby.

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia él. Kirby bajó la cabeza.

—Voy para allá —dijo Lottie.

* * *

El aire apestaba a cebollas podridas.

Lottie sintió arcadas e intentó detener la bilis que le subía por la garganta. Boyd estaba sentado a su lado y ella sabía que se moría por encender un cigarrillo. Miró al borracho sentado al otro lado de la mesa y comprobó su nombre en el registro de detención.

Patrick O'Malley estaba hecho un desastre; su cara era un mapa de granos pulsantes y no dejaba de lamerse las calenturas de los labios reseco con su lengua hinchada. Sus manos temblorosas, decoradas con largas uñas torcidas y llenas de los restos de lo último que hubiera comido, estaban enfundadas en unos guantes sin dedos. Un viejo abrigo de lana, que a Lottie le recordaba al que llevaba su padre, colgaba sobre al menos dos sudaderas con capucha desteñidas. «He aquí un hombre», pensó, «que lleva su paso por la vida, no solo en sus ropas, sino también en sus ojos».

—Señor O'Malley —dijo—. Le agradezco que hable con nosotros. Se le ha informado de sus derechos y este interrogatorio está siendo grabado.

El hombre desvió la vista, mirando anhelante hacia la puerta y, luego, agachó la cabeza.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó Lottie.

Él levantó la mirada despacio, con los párpados pegajosos, y ella se dio cuenta de que sus temblores no eran producto únicamente del alcohol: la autoridad lo aterrorizaba.

—No, señora, inspectora —dijo O'Malley al fin, con voz baja y entrecortada—. Estaré de lujo.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Ha tenido una noche dura, ¿no es cierto?

—Sí, así es —convino, recorriendo la pequeña habitación con una mirada furtiva.

—Yo también he tenido unas cuantas últimamente —dijo Lottie.

O'Malley rio con voz ronca.

Lottie decidió que ahora estaba lo bastante relajado como para descubrir qué había gritado en su celda.

—Usted mencionó a uno de mis colegas que conocía a Susan Sullivan. ¿Hay algo que quiera decirme?

—Podría decirse que sí —contestó—. Aunque también podría decirse que no.

Lottie reprimió un suspiro, esperando que este no fuera a ser uno de esos interrogatorios crípticos, resultado de las divagaciones de una mente borracha. Cabía la posibilidad de que le vomitara encima antes de que acabaran. Se preguntó qué tal lo llevaba Boyd, pero no se atrevió a mirarlo.

—Yo solo estaba tirado en el portal de la tienda de electrónica Carey, intentando mantenerme caliente, ¿sabe? Es difícil hacerlo con este tiempo y con solo este viejo abrigo y unos cartones. Pero supongo que usted no tiene que pensar en eso, ¿no, inspectora?

Lottie negó con la cabeza.

—Ya me parecía. Usted es una mujer atractiva. Estoy seguro de que tiene un hombre que la calienta por la noche. —O'Malley soltó una risita que enseguida se convirtió en un ataque de tos. Una flema amarilla le cubrió los labios.

—¿Está bien? —Lottie miró alrededor en busca de pañuelos, encontró una caja tras ella y se los ofreció. El hombre sacó unos cuantos y se los metió en el bolsillo, sin limpiarse la boca.

—Le traeré agua —dijo Boyd, y salió para ir a buscarla.

—Tengo este resfriado, ¿sabe? No me lo puedo sacar de encima. —Hizo una pausa mientras los pulmones le repiqueteaban ruidosamente en el pecho.

Boyd volvió con dos vasos de plástico y le dio uno a O'Malley. Este se lo bebió de un solo trago, sediento.

—Tenga, coja el mío —le ofreció Boyd, y se lo acercó.

—Gracias, señor —dijo O'Malley, y agachó la cabeza.

—Siga, señor O'Malley —lo instó Lottie—. Tiene algo que contarme.

—¿Qué estaba diciendo?

Miró a Lottie y a Boyd, como si intentara recordar dónde se encontraba. No solo en la conversación, sino dónde estaba físicamente. Lottie luchó para controlar su impaciencia.

—Estaba en el portal de Carey —apuntó Lottie.

—Tomándome un trago de vino, antes de que los suyos me arrastraran hasta aquí. Yo estaba ocupándome de mis asuntos. No siempre he sido un borracho o un vagabundo, ¿sabe? Aunque a lo mejor siempre lo fui. — Levantó la cara, haciendo un puchero.

«Dios, va a llorar». Lottie echó un vistazo rápido a Boyd, pero este tenía la mirada fija en un punto de la pared sobre la cabeza del hombre.

—Debe de estar muy ocupada con todos esos asesinatos, inspectora. No quiero hacerle perder el tiempo. —Volvió a hacer una pausa para detener otro ataque de tos.

«Lo ahogaría yo misma», pensó Lottie, pero sonrió cálidamente, facilitándole el camino para hablar.

—Vi las noticias en la tele de una tienda. La otra noche, ¿sabe? No podía oírlo, solo vi las imágenes. Su foto estaba ahí.

—¿La foto de quién? —insistió Lottie.

—La conocía.

—¿A quién?

—Sally nos traía sopa en la ronda de la noche a todos los que dormimos en la calle. Era una de las pocas personas que era amable conmigo.

Dejó de hablar, cerró los ojos y bajó la cabeza, apoyando la barbilla en el pecho.

¿Sally? ¿Quería decir Susan? Si era así, llevar sopa a los sin techo era información nueva. Lottie lo anotó en su libreta.

—Hábleme de ese comedor social.

O'Malley se ahogó con otro ataque de tos. Después, dijo:

—Eso es todo. Venía con la vieja. Cada noche. —Las lágrimas brillaron en las comisuras de sus ojos amarillentos.

—¿Quién era esa vieja?

O'Malley se encogió de hombros sin decir nada.

—Así que esa Sally de la que está hablando era Susan Sullivan —concluyó Lottie.

—Se llamaba Sally, antes de ser Susan —dijo O'Malley—. La recordé de aquel entonces, ¿sabe? La primera noche que me trajo la sopa, la miré a los ojos. Vi esa mirada en ellos. —Arañó la mesa con una uña sucia—. El miedo. Todos lo teníamos. Cuando éramos niños de no más de doce años. En Saint Angela.

Lottie y Boyd se miraron. ¡Saint Angela!

* * *

2 de enero de 1975

Esa tarde vio a la niña a la hora del té.

En el refectorio había mucho ruido y olía mal. Estaba sentada en la mesa con la hermana Immaculata y otros dos niños. Patrick quería averiguar más sobre ella, así que fue brincando entre las dos filas de sillas y se detuvo tras ellos.

—Siéntate, Patrick. Me pones nerviosa —ordenó la hermana Immaculata.

El muchacho se sentó a su lado ruidosamente.

—Esta es Sally. Se quedará con nosotros durante un tiempo. Quiero que hagáis que se sienta como en casa.

—Odio mi puta casa —declaró Sally. Las lágrimas habían dejado surcos en sus mejillas.

—Dios santísimo, no permitimos semejante blasfemia. Serás castigada. Pero primero tienes que comer —reprendió la hermana Immaculata, cogiendo su tenedor con una mano huesuda.

Patrick miró su plato de huevos revueltos y el trozo de pan con una

corteza dura de cinco centímetros. Al ir a coger su vaso, lo volcó y la leche se derramó por su plato, empapó el pan y convirtió los huevos en una sopa aguada.

La hermana Immaculata echó el brazo hacia atrás y lo golpeó con fuerza en la cabeza.

Sally saltó.

—Puedes comerte los míos —dijo la niña—. No me gustan los huevos. —Empujó su plato hacia él.

—Chico estúpido —gritó la monja.

Este sonrió con satisfacción, su cara rebosante de insolencia y sus ojos brillando con travesura. Se giró y sonrió a Sally. Ella lo miró, con la boca y los ojos muy abiertos.

La monja volvió a pegarle.

La hermana Teresa se acercó apresuradamente por entre las mesas. Cogió a Patrick de la mano y lo arrastró lejos de la tiranía de la hermana Immaculata.

Él siguió mirando hacia atrás mientras se alejaba por la sala abarrotada, con los ojos fijos en Sally durante todo el camino.

* * *

—Nadie había sido tan amable conmigo antes de que llegara Sally —dijo O'Malley—. No se mezclaba con los demás, así que ella y yo nos hicimos amigos. Y, luego, todos estos años después, cuando repartía la sopa, tenía pequeñas charlas conmigo. —Apretó los labios reseco, formando una línea—. No debería decir nada.

—Puede contármelo —lo instó Lottie—. Por favor, siga.

—Supongo que puedo. No va a cambiar mucho ahora que los dos están muertos.

—¿Qué dos? ¿De quiénes está hablando?

—Me dijo que trabajaba con James Brown. Y ahora él también está muerto.

—¿Usted lo conocía?

—Sí. También estuvo en Saint Angela con nosotros.

Lottie lo miró fijamente; luego, se volvió hacia Boyd, que se había erguido de golpe. Esto era bueno. La conexión entre Susan y James que había anhelado.

—¿James Brown estuvo en Saint Angela? —preguntó, incrédula.

—Eso es lo que le estoy diciendo.

—No lo sabía. —Lottie sintió que se le abría la boca. Pensó en el tatuaje en las piernas de las víctimas—. James y Susan tenían unas marcas similares en el interior de la pierna. Como un tatuaje rudimentario. ¿Sabe algo de eso?

O'Malley no dijo nada.

—¿Tenía algo que ver con Saint Angela?

—Podría decirse que sí —contestó finalmente.

—¿Qué significa? —presionó Lottie.

—No lo sé. —Su rostro no revelaba nada.

—¿Se hicieron los tatuajes cuando estaban en Saint Angela?

—Sí.

Lottie se quedó pensativa un momento.

—¿Tiene usted uno?

O'Malley la miró fijamente, como si estuviera decidiendo si se lo decía o no. Contestó:

—Sí, inspectora. Tengo uno.

—Entonces, ¿de qué va todo eso?

Se pasó la lengua por los labios y sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo.

Mentía, pero Lottie no lo presionó porque temía que pudiera cerrarse por completo. Quería oír más sobre Saint Angela.

—Hábleme de Susan y James.

—Íbamos juntos a todas partes, los tres. En Saint Angela. —Sonrió—. También éramos amigos con otro chico. No me acuerdo de su nombre. ¿Sabe? Muchos se cambiaron de nombre cuando salieron. A mí me daba igual. Supongo que a James también.

—¿Cuánto tiempo estuvo Susan allí? —interrogó Lottie.

O'Malley parecía confuso.

—En Saint Angela —añadió.

—No lo sé. Podría haber sido un año, podría haber sido más, o menos. Si

le digo la verdad, ni siquiera sé cuánto tiempo estuve yo allí.

—¿Qué hacían todo el día en Saint Angela? —preguntó Lottie, anotando en su libreta.

—Por la mañana íbamos a la escuela después de misa. En otoño, cogíamos manzanas.

—¿Manzanas? —Lottie levantó la vista.

—Las monjas hacían mermelada de manzana.

—¿Para comer?

—Para vender —aclaró O'Malley—. Había un pomar allí. Solíamos recoger las manzanas caídas del suelo. Y si te castigaban por algo, tenías que arrancar los gusanos y las moscas de las que estaban blandas. Mala suerte si te daban miedo los gusanos —dijo O'Malley riendo brevemente, pero Lottie advirtió que sus ojos estaban mortalmente serios.

—Mermelada de manzana —caviló Lottie, recordando los frascos de cristal, con tapas de tela sujetas con bandas elásticas, en la mesa del desayuno frente a su madre.

—Sí, inspectora —dijo O'Malley—. Recuerdo el año en que llegó Sally. Fue un año muy bueno para las manzanas. Pero no para nosotros.

* * *

Agosto de 1975

—Revise esa cesta de manzanas, señorito Brown —ordenó el cura alto, señalando un montón de fruta magullada.

—Por favor, padre, no me gustan los gusanos. No me obligue a hacerlo —suplicó James.

El cura se irguió cuan alto era. El chico se encogió de miedo, como si esperara recibir una bofetada.

—Déjelo en paz —intervino Sally.

Patrick estaba de pie junto a Sally y otro niño llamado Brian. Ella tenía una manzana en la mano. Estaba magullada y negra. Patrick pensó que tal vez se la lanzaría al sacerdote. Un cabrón, eso era el padre Con. Todos lo

sabían. Todos le tenían miedo.

Patrick contempló cautelosamente cómo el padre Con se acercaba a James y extendía la mano hacia la cesta. Cogió una manzana, la escudriñó y la volvió a tirar. Cogió otra. Esta estaba casi deshecha, y un gusano sorbía la pulpa. Empujó la fruta hacia el chico. James mantuvo sus brazos temblorosos pegados a los costados.

—Cómetela —gritó el cura, poniéndole la manzana bajo la nariz—. Come.

—No lo obligue —chilló Sally.

—Tú cierra la boca —conminó el sacerdote.

Patrick agarró a Sally del brazo. No tenía sentido que los castigaran a todos.

—¡He dicho que comas!

James estiró la mano, pero apenas era capaz de sostener la manzana. Tenía las manos completamente blancas. La dejó caer, se dio la vuelta y corrió.

—Esto es culpa tuya —dijo el sacerdote, y cogió a Sally del pelo.

Ella gritó. Patrick se quedó congelado. James llegó hasta el final del pomar y se encogió contra el muro de ladrillo.

El sacerdote agarró a Brian por el brazo.

—Tú recibirás el castigo de Brown.

Entonces, arrastró a Sally hacia él.

—Niña, coge la manzana y haz que Brian se coma hasta el último bocado. —Su voz era un susurro siniestro—. Yo estaré observando.

Patrick vio cómo sus ojos aterrorizaban a Sally hasta dejarla muda. Sostuvo la manzana contra la boca de Brian. El chico chilló.

—Por favor —suplicó Sally a Brian mientras las lágrimas le caían por el rostro.

—No —gritó Brian.

Ella le metió la manzana en la boca abierta.

El cura le tiró más fuerte del pelo. James volvió corriendo hasta ellos. Patrick permanecía inmóvil.

—Otra vez —exigió el padre Con—. ¡Otra vez!

Sally empujó la manzana en la boca del chico y un gusano marrón se

retorció en la comisura de sus dientes. Los ojos de Sally se abrieron horrorizados. Dejó caer la mano y la fruta quedó incrustada en la boca del chico, ahogando sus gritos.

Patrick seguía inmóvil cuando Sally se giró hacia él.

Suplicando.

Pero el chico no podía moverse.

* * *

O'Malley tenía los ojos cerrados, sumido en sus recuerdos.

—Eso es espantoso —dijo Lottie. Tenía la piel erizada por las imágenes que el hombre había descrito y apretó el puño—. ¿Quién era ese padre Con? —Miró el nombre que había escrito.

—Un cabrón, eso era —espetó O'Malley. La ira hacía resplandecer sus ojos desorbitados—. Un flagelo, una puta plaga. —Hizo una pausa—. Disculpe el lenguaje, inspectora.

—¿Sabe su nombre completo?

—Solo lo conocía como padre Con.

—¿Era ese tal Brian el amigo que mencionó?

O'Malley rio.

—Brian no era amigo nuestro, inspectora.

—¿Y tampoco sabe su nombre completo?

—No, señora. —Permaneció en silencio un momento. Cuando habló de nuevo, su voz era un sonido chirriante y doloroso. «Dios bendito», pensó Lottie, «¿aún tenía más que contar?».

—Sally y James —continuó O'Malley—. No fueron los primeros en ser asesinados, ¿sabe?

Lottie clavó sus ojos en los de él mientras este desenterraba otro recuerdo de las profundidades de su ser.

Agosto de 1975

Patrick oyó gritar a la hermana Teresa. Luego, escuchó el escándalo. Las monjas corrían por los pasillos. Los niños salían apresuradamente de sus cuartos. Todo el mundo se preguntaba qué pasaba. Un bebé había desaparecido de la guardería. ¿El bebé de quién?

Patrick sintió que un miedo terrible le atenazaba el pecho. Deseó que no fuera el pequeño de ocho meses de Sally. No es que a Sally le permitieran entrar en la guardería a visitarlo. Las monjas se aseguraban de ello.

Todo el mundo buscó durante horas, adultos y niños, hasta que encontraron al bebé acurrucado en una cesta, bajo un manzano, rodeado de manzanas frescas de piel suave. El cordón de un pantalón de pijama de niño estaba enroscado en su pequeño cuello.

Los niños se amontonaron alrededor mientras una llorosa hermana Teresa aferraba el cuerpecito, como de muñeca y blanco como la tiza, contra su pecho. Caminó lentamente entre la multitud silenciosa, que se abrió como el mar Rojo para Moisés.

Mientras observaban a la monja subir las escaleras, Patrick tomó una de las manos de Sally y James, la otra.

—Jolines —dijo James.

—Mierda —añadió Patrick.

—¿Es mi bebé? —preguntó Sally.

Nadie le permitió ver el cuerpo. Nadie dijo nada a Sally.

Patrick le apretó la mano. Ella le devolvió el apretón y los dos chicos la llevaron dentro.

** * **

—¿Avisaron a los gardaí? —preguntó Lottie a O'Malley.

—¿Está loca o qué? —exclamó, mientras su lengua entraba y salía de su boca como si buscara las calenturas—. Nos condujeron al vestíbulo como a animales, eso hicieron. Nos dijeron que había sido un trágico accidente, eso hicieron. Y estábamos lo bastante asustados como para mantener la boca cerrada.

—¿Qué pasó después? —inquirió Lottie, en voz un poco demasiado alta, incapaz de ocultar su incredulidad.

—Enterraron al niño. Bajo uno de los manzanos.

—¿Y Sally?

—Se convenció a sí misma de que su bebé ya había sido adoptado. Pero nadie lo confirmaba ni lo negaba. Pensar que ya se había marchado evitó que se volviera loca en ese lugar.

—¿Tenía usted alguna idea de quién lo hizo, por aquel entonces?

—¿Y cómo lo iba a saber, inspectora? —dijo O'Malley—. Tal vez el cura. O ese tipo, Brian. Después de todo, fue Sally la que le metió la manzana en la boca. De todos modos, no lo sé. Lo terrible es que culparon a otro chico. Un flacucho pelirrojo e imprudente. Era más pequeño que nosotros, sí.

—¿Quién era?

—No lo recuerdo. Tengo la cabeza un poco confundida por la bebida, ¿sabe?

Se señaló un trozo de piel justo debajo del ojo.

—Pero recuerdo que una vez me clavó un tenedor en el ojo. Podría haberme dejado ciego pero, por alguna razón, nos hicimos algo así como amigos. No amigos de verdad. Nos respetábamos el uno al otro, tal vez. Es difícil de explicar. —O'Malley se quedó mirando fijamente un punto en la pared por encima de la cabeza de Lottie—. Pobre cabrón.

El cerebro de Lottie nadaba en toda esa información nueva.

—También lo mataron. —La voz de O'Malley sonaba suave en el silencio.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién mató a quién? ¿Cuándo? —interrogó Lottie; la confusión obstruía su razonamiento.

—Ah, fue meses más tarde. En invierno. Hacía un frío de narices. Le pegaron una paliza hasta dejarlo hecho papilla. Lo enterraron junto al bebé en el pomar. —O'Malley hundió la cabeza en el pecho.

Lottie se preguntó por un momento si se lo estaría inventando todo. Pero concluyó que el hombre estaba demasiado turbado como para hacer eso. ¿Qué había pasado en ese lugar? ¿Quién mató al bebé y quién mató a ese niño sin nombre? ¿Quién era el bebé? ¿Era el de Susan? Un torrente de preguntas se amontonó en la punta de su lengua sin ser dichas.

Observó a O'Malley. Sus ojos taladraban un agujero en la pared, y supo

que había dicho todo lo que tenía que decir. El hombre movió la cabeza y la miró, y ella sintió cómo sus profundos ojos marrones se clavaban en la parte de atrás de su cráneo.

—Solíamos llamarlo la noche de la Luna Negra —dijo.

—La Luna Negra —repitió Boyd—. Creo que he oído hablar de eso.

—Se lo digo, teníamos miedo antes de que mataran a ese chico, pero no era nada comparado con el terror con el que cargamos después de eso.

—¿Y no sabe quién era? —volvió a preguntar Lottie.

O'Malley sacudió la cabeza.

—Debo de haberlo bloqueado.

—Si se acuerda, hágamelo saber. —La hora de las adivinanzas. Miró a Boyd. Parecía tan bloqueado como la propia Lottie se sentía.

O'Malley asintió, cansado.

Lottie miró el nombre que había anotado en la libreta.

—¿Sabe dónde está ahora el padre Con?

—Espero que esté muerto.

—Y Brian, ¿sabe qué le ocurrió?

—Nunca me gustó y siempre tuve mis sospechas sobre él y el bebé asesinado. Así que espero que esté muerto también.

* * *

Lottie y Boyd estaban frente a la puerta de la comisaría observando cómo O'Malley, encorvado, arrastraba los pies por la nieve calle abajo.

Boyd encendió un cigarrillo. Lottie se lo quitó. Dio una calada y Boyd encendió otro.

—Menudo infierno —dijo ella.

—¿Saint Angela?

—Sí. Por Dios, ¿cuántas vidas destrozó?

—Solo hay que mirar a Patrick O'Malley. Pobre diablo.

—¿Y cuántos más como él hay ahí fuera? —preguntó Lottie—. Creo que Susan Sullivan fue perseguida durante toda su vida por sus experiencias, y probablemente Brown también. Pero por fin estoy convencida de que en este caso hay algo más que un permiso de construcción.

—¿Estás segura de que el pasado de estos chicos es un factor? — cuestionó Boyd.

—Por supuesto que lo es —insistió Lottie. Sabía que Boyd no estaba convencido.

—Dos presuntos asesinatos, hace casi cuarenta años. No veo cómo pueden estar conectados con los asesinatos de ahora —dijo el hombre.

—Yo tampoco. De momento. —Lottie tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie.

—Me pregunto quién es el padre Con y dónde está —dijo Boyd.

—En la cárcel, si tiene suerte.

—Buscaré su nombre en nuestra base de datos a ver qué sale —informó Boyd—. Pero, sin el nombre completo, no tengo muchas esperanzas.

—Encuentra lo que puedas sobre el comedor social —le pidió Lottie.

—¿O'Malley es sospechoso?

—Que Dios lo ayude, pero hay que considerarlo. De algún modo. Está conectado con Brown y Sullivan por su pasado en común. Es mejor que lo mantengamos vigilado.

—No creo que pueda estar sobrio el tiempo suficiente para matar a alguien. —Boyd trató de hacer anillos de humo pero murieron en el aire.

—Y dejaría tras de sí un rastro de piel como para llenar todos los laboratorios forenses del país. —Lottie miró hacia la catedral y saltó cuando las campanas repicaron diez veces.

—Voy a visitar a nuestro amigo constructor, Tom Rickard —dijo.

—Tócale las narices a ver qué te cuenta —sugirió Boyd, apagando su cigarrillo en la nieve.

—Y tendré que descubrir cómo encaja el obispo Connor en todo esto.

—Pregúntaselo a tu cura cuando lo encuentres.

—¿Quién?

—No te hagas la inocente conmigo, Lottie Parker. Creo que estás fascinada con el padre Joe.

—Tu imaginación es tan vívida, Boyd, que me deslumbra.

Lottie se subió la cremallera de la chaqueta y se marchó apresuradamente calle abajo antes de que su compañero viera el rubor en sus mejillas.

Tom Rickard le hacía saber que estaba ocupado, haciendo ruido con los cajones del escritorio, apilando expedientes en su mesa y tecleando en el ordenador. Simultáneamente.

Sus ojos parecían estar más juntos, apretujados por su ceño fruncido.

—Podría prescindir de sus interrupciones —dijo, deshaciéndose de su chaqueta de traje. Se arremangó las mangas de la camisa, lenta y metódicamente, hasta los codos.

«Listo para la batalla», supuso Lottie, preguntándose cómo podía haber engendrado un hijo. Por otro lado, era un cabrón rico. A veces, el dinero compensaba.

—¿Por qué compró Saint Angela? —interrogó sin preámbulos.

Lo había pillado de camino al trabajo, esperando que tuviera resaca como casi todas las personas con las que se había encontrado esa mañana. No le gustó ser abordado. De mala gana, le concedió algunos minutos de su precioso tiempo.

—Eso no es asunto suyo. —Rickard dejó de moverse.

—Tengo dos víctimas de asesinato, y ambas trabajaban en la solicitud de construcción de la propiedad que compró al obispo Connor. También tengo un cura muerto. Ahora, dígame otra vez que no es asunto mío.

—Es simple —contestó el hombre—. Compré Saint Angela porque resulta que creo que es un excelente lugar para desarrollar. He invertido mucho dinero en ese proyecto y espero obtener beneficios en el futuro. No me gusta que se meta en mis negocios. —Dio un último golpe a su escritorio y cruzó los

brazos.

—Es asunto mío si eso me ayuda a atrapar a un asesino. —Lottie hizo una pausa de efecto—. Dígame, ¿por qué contactó James Brown con usted después de que Susan Sullivan fuera asesinada?

—¿Está sorda? Ya se lo he dicho, no hablé con él.

—La llamada duró treinta y siete segundos —persistió Lottie—. Pueden decirse muchas cosas en treinta y siete segundos.

—No hablé con ese hombre —dijo Rickard, lenta y decididamente. Las coronas de sus dientes resplandecieron.

—Tal vez la llamada se desvió al contestador. ¿Lo ha comprobado?

—No hablé con él —insistió, y un gruñido curvó su boca hacia arriba.

—¿Cuánto pagó por Saint Angela? —Lottie cambió de tema.

—Eso definitivamente no es asunto suyo —dijo Rickard, descruzando los brazos y golpeando el escritorio.

Lottie sonrió. Tocarle las narices estaba surtiendo efecto.

—Señor Rickard, he descubierto que compró Saint Angela por la mitad de su precio de mercado. —Bea Walsh le había proporcionado esa información—. Estas averiguaciones pueden interesar a los gurús financieros del Vaticano. He oído que están a dos velas. ¿Qué opina?

—Opino que está fuera de lugar, inspectora. No es asunto de nadie cuánto he pagado por esa propiedad. —Sus fosas nasales se dilataron como las de un toro rabioso—. No veo qué tiene que ver nada de esto con sus investigaciones. —Su rostro se enrojecía más a cada segundo que pasaba.

—Lamento discrepar —dijo Lottie, con calma—. Con los gastos que sufraga esta parroquia, creo que los medios estarían muy interesados en su pequeño negocio.

—Entonces será mejor que lo discuta con el obispo Connor.

—Así lo haré.

Lottie se sentía como si estuviera en un combate de boxeo. Rickard era un experto en hacer trampas y no mostraba sus cartas. Ella prefería ir directa al grano.

—Creo que compró Saint Angela con condiciones —dijo ella.

—Piense lo que quiera.

—¿Y quién estaba en esa reunión que celebró en su casa ayer por la

mañana?

—No tengo la más remota idea de qué está hablando.

—¿Niega que hubiera una reunión?

—No tengo que confirmar ni negar nada. —Abrió y cerró de golpe otro cajón.

—¿Estuvo usted en Saint Angela?

—Soy el maldito propietario. Claro que he estado allí.

—Me refiero de niño, de joven. ¿Estuvo allí alguna vez en, no lo sé... en los setenta?

—¿Cómo? —Rickard hinchó las mejillas, su mandíbula pasó del rojo al púrpura y levantó las manos en el aire.

—¿Y bien? —Lottie se fijó en las manchas de humedad rezumando de sus axilas. La habitación comenzaba a apestar a sudor.

—No. Nunca puse un pie en Saint Angela hasta que me interesé en adquirir la propiedad.

—Mmm... —Lottie no estaba convencida. Pero no tenía manera de probarlo, al menos de momento.

—Puede «mmm» todo lo que quiera —la imitó.

Lottie esbozó su sonrisa más dulce y preguntó:

—Cambiando de tema, ¿sabe que su hijo se está aventurando en el mundo de las drogas? —No iba a dejar que se fuera de rositas.

—Lo que Jason haga o deje de hacer no es asunto suyo.

—Al contrario, es asunto mío porque, señor Rickard, por mucho que me moleste, resulta que su hijo tiene una relación con mi hija.

Miró a Rickard atentamente. Abrió la boca para soltar una réplica, pero se detuvo como si acabara de darse cuenta de lo que ella había dicho. La primera señal de incertidumbre apareció en las líneas alrededor de sus ojos cansados y sus labios decayeron. Por fin lo había hecho tropezar.

—¿Su hija?

—Sí. Mi hija Katie.

Rickard se volvió para encararla, el sol invernal a su espalda recortaba la silueta de su redonda barriga, ahora floja sin el chaleco que la contuviera. Los ruidos del tráfico distante reverberaron desde la calle.

—En qué se mete o qué se mete mi hijo no tiene ninguna relevancia. Y

escúcheme bien, inspectora Parker, yo no tengo nada que ver con esos asesinatos. Si sigue acosándome, la denunciaré.

«Tú y todos los demás», pensó Lottie. Ya había tenido bastante de Tom Rickard. También se puso de pie.

—Espero que no esté poniendo en duda mi profesionalidad. Porque puedo asegurarle, señor Rickard, que llegaré al fondo de esto de una manera honesta y transparente. Yo no actúo de la forma que usted lleva su negocio.

—Y está insinuando... ¿qué, exactamente?

—Usted sabe perfectamente lo que estoy insinuando. Sobres marrones, sobornos, promesas susurradas en los pasillos del ayuntamiento. Piense lo que quiera de mí, pero le advierto: no me subestime.

Lottie giró sobre sus talones, agarró de un tirón su chaqueta del respaldo de la silla y dejó a Tom mirando por la ventana de su moderna oficina, escuchando el tráfico de media mañana bajo sus pies.

Fue hasta el ascensor casi dando saltos. Se sentía bien. No, no bien. Genial.

* * *

De vuelta en comisaría, atravesó apresuradamente la abarrotada recepción y chocó contra Boyd. Este la cogió del brazo, se giró y la condujo otra vez fuera.

—¿Qué pasa? —preguntó Lottie, intentando mantener el equilibrio.

—Corrigan. Ha recibido una llamada de Tom Rickard. Algo sobre que estás amenazando a su familia.

—Eso son chorradas —exclamó, luchando para soltarse de su agarre. Rodeó a Boyd hasta quedar de cara a él—. Una trola.

—Puede. Pero no te vendrá mal alejarte un rato de la línea de fuego de Corrigan.

Volvió a agarrarla del brazo. Ella se resignó y caminó con él hasta el coche.

—¿A dónde vamos? —interrogó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Al comedor social.

—¿Es un restaurante nuevo? —preguntó con ironía.

Boyd dio marcha atrás.

—Sabes perfectamente que es donde Susan Sullivan hacía de voluntaria.

Lottie se calmó y Boyd encendió la radio. Un rapero resonó, y ella pensó en Sean.

—¿Soy una mala madre?

—No, no lo eres. ¿Por qué?

—Desde que Adam murió, no puedo controlar la vida en casa. Me he volcado en mi trabajo. Abandono a mis hijos con sus aparatos. Dios sabe qué hacen Chloe y Sean todo el día. Y Katie está saliendo con el hijo yonqui de un millonario. Creo que estoy perdiendo el control, Boyd.

—Podría ser peor —dijo el hombre.

—¿Cómo?

—Katie podría estar saliendo con un yonqui sin los millones.

Mellow Grove, una urbanización de viviendas de protección oficial de doscientas diez casas sombrías, estaba a un corto trayecto en coche.

Boyd aparcó frente al número 202, un armatoste engujarrado con una pequeña ampliación a un lado cubierta por un techo plano. Un niño de no más de cinco años, con su pelo rubio oscuro sobresaliendo por debajo de una gorra del Manchester United, se acercó a la parte delantera del coche y observó a los dos detectives.

—¿A quién anda buscando, señor? —preguntó.

—Métete en tus asuntos —respondió Boyd, y empujó la verja oxidada.

—Vete a la mierda, larguirucho miserable.

Lottie y Boyd se giraron, lo miraron, intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

Un Fiat Punto del 92 verde lima estaba aparcado fuera, junto al muro. Dos gatos negros y un pastor alemán montaban guardia en el escalón.

Una mujer abrió la puerta. Su cuerpo ocupaba todo el ancho de la misma, tenía el pelo gris y rizado hasta las mejillas, rollizas y sonrosadas. Una chaqueta de punto mal abotonada cubría un vestido de poliéster negro largo hasta media pierna. Unas piernas hinchadas embutidas en medias elásticas conducían a unas pantuflas gastadas de tartán.

—¿La señora Joan Murtagh? —preguntó Lottie—. La hemos telefoneado hace unos minutos.

—¿Ah, sí? —La mujer comprobó sus identificaciones y los guio al interior de su casa—. La memoria me falla a veces. —Ahuyentó al perro por

el camino. Este se estiró y se marchó; sus cálidas patas dejaban tras de sí huellas en la nieve.

Lottie inhaló el aroma de algo recién horneado. Tras entrar en la cocina, divisó un pan integral reposando en una rejilla.

—¿Quieren un poco? —ofreció la señora Murtagh cuando se percató de la dirección de la mirada de Lottie.

Sin esperar respuesta, cortó medio pan en rebanadas, lo colocó en un plato y retiró la tapa de una mantequera. Un bastón de madera colgaba, sin usar, de uno de los bordes de la mesa. Se movía sorprendentemente rápido y Lottie pensó que seguramente tendría la edad de su madre.

—Coman —dijo la señora Murtagh. Echó agua caliente del hervidor en una tetera—. Los dos tienen pinta de necesitar una comida decente.

—Gracias. —Lottie untó mantequilla en el pan y dio un bocado—. Delicioso. Prueba un poco —le dijo a Boyd.

—Estoy a dieta —replicó, y sacó su libreta y su boli.

La señora Murtagh soltó una risotada robusta.

—Qué dieta ni qué ocho cuartos —dijo. Miró hacia Lottie—. Un trabajo peligroso para una mujer, estar en la policía. —Dejó la tetera en la mesa y se sentó.

Lottie se toqueteó la nariz magullada.

—Me gusta mi trabajo.

—Y seguro que es muy buena —añadió la señora Murtagh mientras servía té negro en las tres tazas.

—¿Cuándo conoció a Susan Sullivan por primera vez? —interrogó Boyd, mirando a su alrededor en busca de la leche.

—Tendrán que ser pacientes conmigo. Tiendo a olvidar cosas importantes. Mi médico dice que es alzhéimer precoz. Así que déjeme pensar. Creo que hace unos cinco o seis meses. —La señora Murtagh masticó su pan ruidosamente. Algunas migas se quedaron pegadas al vello de las comisuras de sus labios—. Susan oyó hablar sobre mi trabajo social con los sin techo. Yo estaba recaudando fondos para un albergue, quería convertir la ampliación junto a mi casa en una especie de hostel. ¿La han visto al entrar? El pobre Ned, mi difunto esposo, la construyó él mismo, Dios lo tenga en su gloria. Era un montón de mierda.

Lottie asintió.

La señora Murtagh continuó:

—El ayuntamiento me frenó. Dijeron que no estaba en consonancia con el área general. Sé que los vecinos se quejaron. Montaron una campaña en mi contra, eso hicieron. Al final, dio igual. En ese momento, no tenía suficiente dinero.

—¿Qué hizo Susan? —preguntó Lottie.

—Me llamó para verme. Quería ayudar. Me dio diez mil euros de golpe. En efectivo. Yo no pregunté. A caballo regalado, no le mires el diente, ¿sabe? Renové la ampliación e instalé una cocina tipo restaurante. Un equipo de primera, le puse. Y empezamos nuestro comedor social. —La señora Murtagh dio un sorbo a su té, con el rostro encendido de orgullo—. ¿Se lo enseño?

—Quizá luego —dijo Lottie—. ¿Cómo lo manejaban?

Cuando la señora Murtagh arqueó una ceja, Lottie aclaró:

—El comedor social.

—Ah. Cocinábamos la sopa, la poníamos en termos y conducíamos por la ciudad para repartirla entre los pobres desgraciados. Algunos viven en las calles y hay otro grupo al lado del parque industrial. Ya sabe, junto al canal, detrás de la estación de tren.

Lottie lo sabía. Aún le dolían las costillas del atraco.

—¿Le dio Susan alguna idea de por qué estaba haciendo eso? —Lottie untó de mantequilla un segundo trozo de pan. Si Boyd no quería comer, él se lo perdía.

—Quería ayudar a aquellos que no podían ayudarse a sí mismos. Le preocupaban los niños que dormían en la calle, sí. Es una vergüenza nacional lo que pasa en este país, desde luego. Todas esas casas vacías y tapiadas y los pobres no tienen donde dormir.

La señora Murtagh golpeó la mesa con el puño y sus ojos refulgieron. Su pasión sorprendió a Lottie. «Lástima que no haya más gente como ella», pensó.

—Susan despoticaba sobre los promotores que construían todas esas casas fantasma. Decía que era criminal la manera en que el ayuntamiento les permitía continuar —dijo la señora Murtagh.

Lottie miró a Boyd, quien le devolvió una mirada cómplice.

—Pero ella trabajaba para el ayuntamiento —señaló Lottie.

—Lo sé. Pero ella nunca tenía la última palabra. Eso es lo que me dijo.

—¿Mencionó alguna vez a Tom Rickard? Es un constructor.

—No soy estúpida, solo olvidadiza. Sé quién es ese tipo. Con la presumida de su mujer y el yonqui de su hijo, mirándonos por encima del hombro a nosotros, los simples mortales. Se lo digo, tengo más riqueza yo en mi corazón de la que Tom Rickard tendrá jamás en su cuenta bancaria, detective Dottie. —Volvió a poner la tapa en la mantequera de un golpe.

—¿Ha tenido algún encontronazo con él? —preguntó Boyd.

A Lottie no se le escapó su sonrisita cuando la señora Murtagh pronunció mal su nombre. Lo ignoró.

—No personalmente, pero conozco a los de su calaña —respondió la señora Murtagh—. Para Susan tampoco era santo de su devoción.

—¿Por qué no? —interrogó Lottie.

—Algo que ver con que fuera el dueño de Saint Angela. Es ese orfanato enorme vacío a la salida de la carretera. Una vez dijo algo sobre que había conseguido el plan de desarrollo a base de sobornos. No sé lo que quiere decir, pero me lo puedo imaginar.

Lottie apuró lo que quedaba de su té. La señora Murtagh empezó a rellenar las tazas.

—¿Cuánta gente está involucrada en el comedor social? —preguntó Boyd, rechazando el té.

—Solo yo, ahora que Susan ya no está. No sé cuánto tiempo podré mantenerlo abierto, sin dinero que entre.

Lottie tenía el presentimiento de que la señora Murtagh mantendría su comedor abierto hasta el día que muriera, con o sin dinero.

—¿Tiene alguna idea de por qué alguien querría matar a Susan? —inquirió Boyd.

—No lo sé. —La mujer sacudió la cabeza, apesadumbrada—. Era un alma buena. Solo quería ayudar a la gente. Es un misterio para mí. —Se secó las lágrimas de los ojos—. Muchas cosas son un misterio para mí hoy en día.

—Debió de haber hablado con usted sobre su vida. ¿Tenía algún problema o algo que le preocupara?

—Me dijo que se estaba muriendo. Nunca he conocido a nadie que

aceptara una sentencia de muerte como ella lo hizo. Estaba resignada a su destino, sí.

—¿Le dijo alguna vez de dónde provenía el dinero?

—¿El dinero? —La señora Murtagh se quedó en silencio y pensativa un momento—. Sí, me dijo que se lo debían, desde hacía mucho tiempo. «Todo el mundo paga al final». Eso dijo Susan. Qué curioso que pueda acordarme de estas cosas pero no de otras. ¿Saben? Tengo la sensación de que hay algo más que tendría que decirles. Pero no hay manera de que lo recuerde.

Lottie digirió la información.

—¿Había alguien que se la tuviera jurada? —preguntó Boyd, dando golpecitos a su libreta, impaciente.

—Susan era un alma tranquila, solo quería ayudar a la gente. No sé por qué nadie querría hacerle daño.

—¿Tenía novio o pareja? —interrogó Lottie.

—No que yo supiera.

—¿Sabía usted que Susan estuvo en Saint Angela de niña?

La anciana enmudeció un momento, asintiendo para sí misma.

—Me dijo que era un lugar terrible. Ningún niño tendría que ser abandonado por su madre de esa manera. Dijo que era una de las que tuvo suerte, si puede llamarse suerte a quedar traumatizada de por vida. La Iglesia católica tiene mucho de lo que responder en este país. —Negó con la cabeza, cansada.

—¿Qué le dijo sobre la búsqueda de su hijo? —interpeló Lottie.

—Le rompió el corazón, sí señora, que le quitaran así a su hijito. Nunca supo realmente qué le pasó a su bebé.

—Entonces, ¿nunca lo encontró?

—Probó por todas las vías posibles pero no la llevaron a nada. El mayor obstáculo era la Iglesia. Incluso se reunió con el obispo. Menuda ayuda fue eso. —De nuevo, la rabia brilló en los ojos de la anciana.

—¿Se reunió con el obispo Connor? —Lottie le dio un golpecito a Boyd en el codo. El obispo había negado conocer a Susan y, ahora, parecía que en realidad se había encontrado con ella.

—Sí, lo hizo. Déjeme pensar un momento. —La señora Murtagh cerró los ojos y, entonces, añadió—: Cuando volvió aquí después de reunirse con él,

estaba muy disgustada. Así que no pude entender por qué regresó una segunda vez.

—¿Una segunda vez? ¿Cuándo? ¿Por qué? —preguntó Lottie, ansiosa por volver a hablar con el obispo Connor.

—No lo sé. Le dije que no volviera, pero ella insistía en que él tenía información. —La señora Murtagh bajó la mirada—. Pobre mujer. Ese hombre le dijo que no era más que una puta y que por eso habían tenido que enviarla a Saint Angela. Es un cabrón. Que Dios me perdone. —La mujer se santiguó otra vez.

Lottie asimiló esa información. ¿Por qué había mentido el obispo Connor?

—¿Cuándo se produjo este segundo encuentro, señora Murtagh?

—¡Navidad! Sí, fue antes de Navidad.

—¿Tiene alguna idea de cuándo, exactamente?

—Susan tenía vacaciones en el ayuntamiento. Nochebuena. ¡Eso es! Teníamos tres ollas hirviendo en el fogón grande. ¿Les he enseñado el fogón? Claro que no. Recuérdenmelo antes de irse. Normalmente una o dos ollas son el máximo. Qué curioso que pueda acordarme de eso cuando hay tantas cosas de las que no. Caía una nevada de mil demonios y el hombre del tiempo dijo que estaríamos a menos doce o algo así de ridículo. Así que sí, estoy bastante segura de que fue en Nochebuena.

Boyd lo anotó.

—¿Cómo le fue en la segunda reunión? —interrogó Lottie, y dio otro mordisco al pan. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Creo que no se lo llegué a preguntar. Cuando volvió, llenamos los termos, cargamos mi coche y salimos en plena tormenta de nieve.

—¿Le había cambiado el humor?

—¿Qué quiere decir?

—Después de la reunión con el obispo. ¿Estaba preocupada o disgustada?

—Imagino que era la misma Susan de siempre. Preocupada, muy preocupada.

Lottie pensó en el obispo Connor y sintió una compasión creciente hacia Susan Sullivan. La habían tratado injustamente durante toda su vida, y cuanto más descubría sobre ella, más decidida estaba a ofrecerle algún tipo de justicia, aunque fuera demasiado tarde.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Susan? —intervino Boyd.

—La noche antes de su asesinato. —La señora Murtagh se secó otra lágrima de la comisura del ojo—. Hicimos nuestra ronda de sopa cada noche durante las Navidades.

—Estaba de vacaciones —dijo Lottie—, así que, ¿qué hacía durante esos días?

—No lo sé. Susan era muy reservada.

—Vivía al otro lado de la ciudad. Pero parece que no habían movido su coche en semanas. ¿Iba caminando a todas partes?

—Le gustaba hacer ejercicio. Siempre tenía esa cosa de música en las orejas. ¿Cómo se llama?

—Un iPod.

—Le gustaba la música, sí señor —afirmó la señora Murtagh, melancólica.

—¿Hay algo más que pueda decirnos? —inquirió Lottie.

—Dos tazas de harina integral, una cucharadita de levadura, una cucharada de mantequilla, una pizca de sal y veinte minutos en el horno.

—Me temo que no cocino —replicó Lottie—. Y, aunque lo hiciera, no creo que pudiera preparar nunca un pan tan delicioso como este.

Se preguntó si la anciana estaba cambiando de tema. No quería ni pensar en su madre teniendo alzhéimer. O tal vez sería algo bueno. Era difícil decirlo con Rose Fitzpatrick.

—Intenta adularme. Voy a buscar un poco de papel de aluminio y puede llevarse el resto del pan a casa.

Lottie comenzó a protestar, pero decidió que era una oferta demasiado buena como para rechazarla.

Mientras envolvía el pan, la señora Murtagh dijo:

—Y usted, joven, a usted le iría bien un trozo o dos.

Boyd sonrió y permaneció en silencio.

Lottie regresó a la conversación.

—Tengo entendido que Saint Angela era un lugar despiadado. ¿Qué le contó Susan al respecto?

—Me dijo algo una vez. Dijo que no se lo había contado ni a un alma. Asesinaron a un bebé y mataron a un niño a palos. —La señora Murtagh se

persignó, frente, pecho y hombros, lenta y deliberadamente—. Lo llamaba la cárcel de bebés; todos los pequeños en cunas con barrotes de hierro. Y no estaba segura de si era su bebé el que habían asesinado, pero se convenció a sí misma de que no. —Hizo una pausa, con las mejillas húmedas de lágrimas—. La incertidumbre, eso era lo peor. Pobre alma atormentada. ¿Saben que compraba el periódico cada día para mirar las fotos? Pensaba que podría reconocer a su hijo, ya adulto.

—Vimos los periódicos en su casa —comentó Boyd.

—Estaba obsesionada. Como si pudiera reconocer a alguien que solo había visto de bebé. Intenté hablar con ella. Pero dijo que si veía una foto, lo sabría.

Descartando la futilidad de la búsqueda de Susan en los periódicos, Lottie dijo:

—Patrick O'Malley. ¿Ha oído hablar de él?

—Por supuesto. Un loco. Uno de nuestros «clientes» —explicó la señora Murtagh—. Susan era muy amable con él, pero nunca me dijo nada al respecto. Detective, solo conocí a Susan los últimos seis meses de su vida, pero siento como si la hubiera conocido desde siempre. Es tan triste. ¿Por qué le pasan estas cosas a la gente buena y los cabrones malvados vagan por ahí sin ser castigados?

Lottie y Boyd no dijeron nada. No había mucho que pudieran añadir a eso.

La mujer se levantó, recogió las tres tazas, las dejó en el fregadero, abrió el grifo y las enjuagó bajo el chorro de agua. Las colocó en el escurridor para que se secaran, cogió su bastón y señaló la puerta lateral.

—Vengan. Les mostraré nuestro comedor social. Estábamos tan orgullosas de él.

Lottie no tuvo el valor de negarse.

* * *

Las cuatro ruedas estaban intactas y no se veía al niño mal hablado por ningún sitio.

—Son unas buenas instalaciones —comentó Boyd, y encendió el coche.

—De dondequiera que Susan sacara el dinero, parece ser que lo invirtió

en el comedor social. —Lottie dejó el pan entre sus pies—. Espero que lo que la señora Murtagh no recuerda no sea nada importante.

—Necesitamos revisar otra vez el registro telefónico de Susan.

—Definitivamente.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Boyd—. ¿O puedo adivinar?

—A ver al obispo Terence Connor —respondió Lottie—. Tiene que darnos algunas explicaciones.

—Veo que ha traído a la caballería, inspectora.

El obispo Connor les señaló dos sillas frente a su escritorio. Lottie y Boyd se sentaron.

—¿Hasta cuándo se quedarán el cuerpo del padre Angelotti? —preguntó.

—Eso depende de la patóloga —contestó Lottie—. ¿Hay algo que pueda añadir a nuestra investigación con respecto a su asesinato?

—Estoy destrozado —dijo—. Pensar que estaba aquí hace solo unas semanas y, entonces, ocurre esta abominación.

—¿Por qué estaba en casa de James Brown?

—No tengo ni idea.

—¿Le mencionó a usted alguna vez a James Brown o a Susan Sullivan? —presionó Lottie.

—Nunca mencionó nada, inspectora. Apenas habló conmigo.

—¿Tenía acceso a un coche?

—Estoy seguro que habría podido conseguir uno si lo hubiese necesitado.

—Pero no había ningún coche en casa de Brown. ¿Cómo llegó hasta allí?

Connor titubeó. Fue apenas un movimiento imperceptible de ojos, pero Lottie lo advirtió.

—¿En taxi? —sugirió Connor—. Estoy seguro de que puede comprobarlo con las compañías locales.

—Lo estamos haciendo ahora mismo —dijo Lottie, anotando mentalmente que tenía que investigarlo.

—Me dijo que no conocía a Susan Sullivan. ¿Es eso correcto? —preguntó

mientras pasaba las páginas de su libreta, más por efecto que por necesidad. Los intensos ojos verdes que habían tratado de intimidarla en la primera visita ahora la observaban con sospecha.

—Diría que es correcto —musitó él, emulando las palabras de Lottie.

—Tiene que pensarlo muy cuidadosamente —enfaticó ella—. Tengo pruebas de que se encontró con la señora Sullivan en al menos dos ocasiones. —Un testimonio de oídas, pero eso él no lo sabía.

—¿Y qué pruebas son esas? —Los ojos del obispo llamearon.

Lottie le cedió la palabra a Boyd. Él era mejor amañando la verdad.

—Tenemos registros telefónicos que prueban que Susan Sullivan lo telefoneó. Y la agenda de su ordenador, detallando una reunión programada con usted —dijo Boyd, tirándose un farol, confiado.

—Creía que no encontraban su teléfono. —El obispo Connor se reclinó en su silla y sonrió.

—¿Y cómo sabe usted si lo hemos encontrado o no? —intervino Lottie.

—Mis fuentes son muy buenas.

—Sus fuentes son incorrectas y usted me ha mentado —espetó Lottie.

—No conocía a Susan Sullivan. Debo admitir, eso sí, que me reuní con ella. Hay una diferencia entre conocer y reunirse con alguien. —Se acarició la suave barbilla con los dedos.

—Está siendo evasivo. Podría arrestarlo por obstrucción. —«Gilipollas», pensó Lottie.

—No creo que tenga ninguna información que pueda ayudarles —dijo el obispo.

—Deje que eso lo juzgue yo. ¿Cuál fue el motivo de las reuniones? —Ya estaba harta de andarse con rodeos.

—Asuntos privados. No tengo que decirle nada más.

—Obispo Connor, usted conocía a dos de las tres víctimas. Una de las cuales, Susan Sullivan, se reunió con usted, y la otra, el padre Angelotti, estaba bajo su cuidado. Y usted dice que no tiene que decirnos nada. —Lottie mantuvo la voz fuerte y desafiante—. Cuanto más siga jugando a este juego, más pensaré que es culpable de algo. Y créame, si tengo la más mínima sospecha de que nos está haciendo perder el tiempo, puede que empiece a descubrir cómo es el infierno en la Tierra. —Se inclinó hacia delante,

respirando rápidamente.

—¿Me está amenazando, inspectora? —El obispo le devolvió la mirada. Boyd detuvo la confrontación.

—No le estamos amenazando, obispo Connor. Le estamos diciendo cómo son las cosas y nos gustaría saber por qué negó conocer a Susan Sullivan. Tiene que admitir que es muy sospechoso.

El obispo Connor tomó aire y se reclinó en la comodidad de su silla. Lottie permaneció inclinada hacia delante, tan tensa que podría saltar por encima del escritorio en cualquier momento. Boyd le puso una mano en el brazo. Ella se negó a moverse. Ni loca iba a permitir que Connor se escapara esta vez.

—Y no me venga con la amenaza del comisario —dijo—. Me importa una mierda cuántas pelotas de golf hayan golpeado juntos usted y el comisario Corrigan. O cuántos *whiskys* se han tomado en el hoyo diecinueve, o cuántos *birdies*, *eagles* o pelícanos pueden adjudicarse. A mí no me la pega. Quiero respuestas. Si tengo que arrastrar su impío culo hasta la comisaría, que así sea. Pero, de un modo u otro, usted hablará conmigo.

El obispo Connor sonrió, cosa que enfureció todavía más a Lottie.

Boyd habló:

—Permítame que le resuma nuestra situación. El padre Angelotti llegó aquí procedente de Roma el 1 de diciembre. En Nochebuena, usted se encontró con Susan Sullivan, después de otro encuentro que tuvieron anteriormente ese mismo año. Estimamos que el padre Angelotti fue asesinado en Nochebuena. Creo que es hora de que empiece a hablar.

—Y yo creo que es hora de que se vayan —dijo el obispo Connor.

—¿Qué esconde? —preguntó Lottie, manteniendo los ojos fijos en las esmeraldas del obispo, que se clavaban como dardos.

—No tengo nada que esconder —respondió, mientras una sombra rosada trepaba por sus pómulos.

—Pero no quiere hablar con nosotros —apuntó Boyd.

—Estoy ocupado... Si son tan amables... —Señaló la puerta con el teléfono ya en la mano.

—Pierde el tiempo hablando con el comisario Corrigan —replicó Lottie, y se dirigió hacia la puerta pisando fuerte.

—Y usted pierde el suyo hablando conmigo.
Cerró la puerta tras ellos.

* * *

Tras sentarse en el coche, Lottie dijo:

—Si estuviera dispuesta, podría matar a ese cabrón yo misma.

—Yo también —convino Boyd—. ¿Y cómo sabes tanto de golf?

—Sean pasó por una fase de Rory McIlroy con sus juegos de la PlayStation.

Boyd asintió como si entendiera.

—Connor oculta algo —afirmó Lottie.

—Necesito una copa —dijo Boyd.

Lottie miró por la ventanilla hacia el lago mientras él conducía; el agua se ondulaba en olas plateadas bajo el reflejo de la luna.

—Son casi las siete. Debería ir a ver a los niños —dijo Lottie.

Boyd estaba concentrado en la carretera.

—Aunque pensándolo mejor, ¿por qué no? —añadió, reclinando el asiento. Puso los pies sobre el salpicadero y cerró los ojos.

Él permaneció callado.

Lottie agradeció su silencio. Rickard y Connor le estaban dando largas y, después de lo de hoy, estaba convencida de que ocultaban algo. Pero ¿qué? Estaba casi segura de que tenía que ver con Saint Angela. Aunque no sabía si en relación al pasado o al presente. Eso sí, había una cosa segura: estaba decidida a descubrirlo. Se lo debía a las víctimas.

El hombre abandonó la oficina tras decir que volvería en una hora. Necesitaba aire fresco, aunque no dejara de caer nieve.

Mientras paseaba por la ciudad medio desierta, una pareja de adolescentes pasó rápidamente junto a él, abrazados y riendo. Una ráfaga de viento levantó la bufanda del cuello del muchacho y la chica la enrolló en el suyo. El tatuaje negro destacó contra los copos blancos que caían del cielo. El hombre se detuvo frente a un escaparate mientras la chica tiraba del chico hacia ella y se besaban. El hombre observó cómo las pálidas manos de la joven rozaban las caderas del muchacho y subían hasta acariciarle el cuello.

Trató de controlar su respiración; era tan ruidosa que pensó que la oirían. El cuello. El tatuaje. El bello muchacho.

La joven pareja continuó con su paseo y entraron al bar Danny's.

Necesitaba tocar esa piel.

Pronto.

Los detectives Larry Kirby y Maria Lynch ya estaban en el bar Danny's, sentados frente al fuego, cuando Lottie y Boyd llegaron.

Dos pintas de Guinness eran las protagonistas de la mesa redonda junto a Kirby, cuyo pelo estaba más salvaje que de costumbre. Lynch estaba bebiendo un *whisky* caliente. Un murmullo de conversaciones llenaba el aire y un grupo de adolescentes, con *piercings* y tatuajes resaltando su pálida piel, estaban sentados en semicírculo en una esquina sombría. Una tetera con una multitud de tazas y platitos se amontonaban en la mesa. «Es la hora del té en el zoo», pensó Lottie, que se sentó entre los dos detectives. No prestó más atención a los jóvenes. Boyd fue a pedir las bebidas.

—¿Estás bebiendo por dos, Kirby? —preguntó Lottie.

—Estoy aquí sentado pensando en la segunda —respondió mientras se sacaba la chaqueta, listo para una buena juerga. Un montón de papeles y tres bolígrafos mordisqueados sobresalieron del bolsillo de su camisa.

—¿Y la primera?

—Se va a acabar tan rápido que ni recordaré haberla bebido.

Cogió la pinta, la levantó haciendo un gesto a las dos mujeres que había a sus lados y se acabó la bebida en tres tragos. Se limpió la boca con la palma de su áspera mano y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—Lo necesitaba —dijo.

Lottie sonrió a Lynch, al otro lado de la mesa. Boyd llegó con una copa de vino tinto para él y una de blanco para Lottie.

—Pensaba que ya no bebías —comentó Kirby, con un bigote de Guinness

blanco y espumoso sobre el labio.

—Esto no es «ya» —replicó Lottie—. Esto es ahora. Lo necesito tanto como tú esa primera pinta.

—Totalmente de acuerdo contigo —dijo Kirby, bebiendo un largo trago, seguido de un sonoro eructo, sin rastro de vergüenza.

Los cuatro detectives bebieron sus copas y el fuego abrasador les devolvió el calor al cuerpo.

—No mires ahora, inspectora —dijo Lynch, señalando con la cabeza detrás de Lottie, con un latigazo de su coleta—, pero tu hija está sentada en la esquina.

Lottie se volvió de golpe. ¡Katie! Estaba apoltronada con la cabeza recostada sobre el hombro de Jason Rickard. Sus ojos eran dos rendijas cansadas, y una sonrisita se rizaba en las comisuras de sus labios rojos. Su rostro, artificialmente pálido a causa de una base intensamente blanca, desafió a Lottie.

—Quédate donde estás —le aconsejó Boyd.

—No tengo ninguna intención de moverme. Ya he tenido suficientes enfrentamientos por un día.

Sorbió el vino ilícito, aunque lo que realmente quería era pulírselo de un trago, como había hecho Kirby con su pinta. Pero ella no tenía su estómago y tenía que volver a casa caminando. Katie podía esperar. Pero le molestaba que Maria Lynch hubiera sido testigo de su conflicto familiar. Se giró hacia sus colegas y les contó los progresos que habían hecho ella y Boyd.

—Deme cinco minutos con ese obispo y hablará —dijo Kirby, relamiéndose los labios.

—¿Cómo ha ido tu día? —preguntó Lottie, ignorando deliberadamente a los adolescentes a su espalda.

—He tenido algo así como un «momento bingo» —explicó Kirby—. He revisado los registros telefónicos de Brown y he descubierto que algunas de las llamadas que hizo fueron a un número de móvil que pertenecía al padre Angelotti.

—¡James Brown conocía al padre Angelotti! —Lottie terminó su vino de un trago—. Así que ahora tenemos una conexión concluyente entre James Brown y el cura muerto. —Dejó la copa vacía sobre la mesa—. ¿Cuándo fue eso? ¿En qué fecha?

—Fechas —la corrigió Kirby—. Fueron unas cuantas llamadas. La primera fue a mediados de noviembre. Espera.

Sacó el montón de papeles del bolsillo de su camisa y los desplegó. El subrayador amarillo iluminaba las páginas, rodeando una miríada de números.

—Aquí está —dijo Kirby, y señaló con un dedo rechoncho—. 23 de noviembre a las seis de la tarde. Y otras dos, el 2 y el 24 de diciembre.

—¿A qué hora el 24 de diciembre? —preguntó Lottie en un arrebató de emoción.

—A las diez y media de la mañana y a las siete de la tarde —respondió Kirby, tomó uno de sus bolígrafos y dibujó otro círculo más alrededor de los números.

—Y de acuerdo con la estimación de la patóloga, el padre Angelotti fue asesinado en Nochebuena —señaló Lottie.

—Y Susan Sullivan se encontró con el obispo en Nochebuena. A pesar de que ese cabrón pretencioso se niega a decirnos cuál fue el motivo —dijo Boyd.

—¿Qué relaciona todo esto entre sí? —preguntó Lynch.

—Saint Angela y el constructor Tom Rickard. —Lottie le lanzó una mirada por encima del hombro al vástago de Rickard, que acariciaba el cuello de su hija con la nariz. Se volvió y arrugó la nariz en señal de disgusto.

—¿Cómo encaja el padre Angelotti en esto? —inquirió Boyd.

—Todavía no lo sé, pero podemos suponer que Brown lo llamó a las diez y media para concertar un encuentro y, luego, otra vez para decirle que no llegaría a tiempo —conjeturó Lottie—. Esa es la cita que su amante Derek Harte mencionó.

—Pero el padre Angelotti ya estaba allí —observó Boyd—. Y también otra persona.

—Aparentemente —añadió Lottie—. Pero ¿quién?

Un camarero pasó entre ellos para echar un cubo de carbón al fuego. Las llamas disminuyeron momentáneamente y, luego, se elevaron chimenea arriba. Las chispas cayeron sobre el hogar frente a los detectives. Kirby pidió otra ronda. Los cuatro se quedaron en silencio. Una carcajada surgida de entre el parloteo tras ellos quebró el aire.

Lottie trató de concentrarse en la información de Kirby. Al mismo tiempo,

quería saber qué tramaba su hija. Miró su copa vacía, deseando que el camarero volviera con más bebidas. Se fijó en los bordes deshilachados de las mangas de su camiseta. Si Adam estuviera vivo, tendría más dinero. ¿Era la riqueza del chico de Rickard lo que atraía a Katie?

Las bebidas llegaron. Boyd las repartió. Kirby pagó. Lottie oyó una risa tras ella otra vez. Se giró.

Katie hacía como si no existiera. La boca abierta de la chica permitía ver un *piercing* en la lengua que reflejaba la luz del fuego. ¿Cuándo se lo había hecho? Jason tenía el brazo alrededor de los hombros de Katie y le acariciaba la clavícula. Cuando Lottie sintió que Boyd tiraba de su brazo, se dio cuenta de que se había puesto de pie.

—Déjala —dijo él—. Solo es una adolescente divirtiéndose.

—¿Y tú qué sabes de eso? —espetó Lottie, apartando la mano de Boyd.

—No mucho, es verdad. Pero sé que montar una escena con tu hija delante sus amigos es una mala idea. Siéntate.

Lottie obedeció. Boyd tenía razón, por supuesto. Suspiró y permitió que el vino extendiera una fina capa de insensibilidad sobre su cerebro.

—Odio decir esto, pero tu otra hija, Chloe, ¿no es cierto? Acaba de entrar —advirtió Lynch.

—Dios santo. —Lottie se giró en la silla. Chloe la saludó con la mano y se acercó.

—Hola, madre —dijo Chloe. Hizo un gesto con la cabeza a los otros detectives—. Así que esta es tu apretada agenda.

—El sarcasmo no te pega —dijo Lottie—. ¿Dónde está Sean?

—Bueno, no está conmigo.

—Obviamente —replicó Lottie, citando una de las palabras favoritas de Chloe.

—Está en casa. Hemos almorzado fideos instantáneos —dijo Chloe, parada tras la silla de su madre.

—*Puaj* —dijo Boyd, haciendo una mueca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lottie; su hija estaba consiguiendo hacerla sentir culpable—. Eres menor de edad.

—Estás diciendo obviedades, madre —respondió Chloe, tirando del cordel de la sudadera con capucha rosa bajo su anorak acolchado blanco.

Parecía que tuviera doce años, no dieciséis—. Estaba buscando a Katie y ahora la he encontrado.

—Creo que deberías irte a casa —replicó Lottie, consciente de que ahora todo el *pub* las miraba con disimulo—. Espérame fuera. Enseguida me reuniré contigo.

Chloe dio media vuelta, con su pelo rubio oscilando de arriba abajo, y salió del *pub*.

—No te preocupes por ellos —dijo Lynch—. Las cosas mejorarán.

—¿Cuándo? —protestó Lottie—. Eso es lo que me gustaría saber. Va de mal en peor... —¿Era una sonrisita lo que había visto en los labios de Lynch? Tenía que vigilarla más de cerca. No creía que pudiera confiar en ella.

Ignoró el vino que le quedaba y se puso la chaqueta.

—Os veré a todos a las seis de la mañana. Gracias por las copas. Os debo una.

—¿Necesitas que os lleve? —preguntó Boyd. Permaneció sentado.

—Iremos caminando. Quiero despejarme la cabeza. Gracias de todos modos.

—Cuidado con los atracadores —dijo Kirby.

Lottie se detuvo un momento frente a Katie y sus amigos, no dijo nada y siguió caminando.

Boyd, Kirby y Lynch tampoco dijeron nada. Bebieron sus copas mientras escuchaban el crepitar del fuego.

Fuera del *pub*, mientras se ponía la capucha para protegerse de la ventisca, Lottie pensó que a veces era más fácil luchar contra el viento que contra la tumultuosa tormenta que arrasaba en su interior. Chloe se agarró a su brazo y, al fin, Lottie sintió calor.

* * *

El hombre permaneció en el oscuro rincón, oculto de la muchedumbre, hasta que finalmente los detectives se marcharon después de otra ronda de bebidas. No estaba seguro de si lo habían visto. Pero había llegado a un punto en que le daba igual. Cuando el joven con el tatuaje en el cuello entró en el bar, se unió a él.

—¿Puedo invitarte a una pinta? —preguntó, pidiendo una para sí mismo.

—No, gracias. Estoy con unos amigos.

—¿Estás seguro? —Agitó un billete de cincuenta.

—¡Que me dejes en paz, tío!

El hombre se quedó mirando esos ojos oscuros antes de pagar su pinta y guardarse el cambio. Mientras se alejaba, haciendo ver lo mejor que pudo que era por accidente, rozó con la mano la parte baja de la columna del muchacho, notando las vértebras bajo la camiseta de algodón.

—Oh, lo siento —dijo—. Está muy lleno hoy.

—Vete a la mierda, perverso.

El hombre regresó al rincón, sintiendo un hormigueo en los dedos y cómo se endurecía su cuerpo. La expectación era insoportable. Tendría que hacer algo al respecto.

Tom Rickard estaba sentado en el borde de la cama atándose los cordones.

—¿Te he dicho lo hermosa que eres? —dijo.

—Solo cada cinco segundos durante la última hora —contestó la mujer, con su largo cabello enmarcándole el rostro—. Tom, no sé cuánto tiempo más podré seguir haciendo esto.

El hombre suspiró mientras ella tiraba de la sábana y se tapaba hasta el cuello, con su cuerpo húmedo delineado seductoramente debajo y con una cadena plateada colgando sobre un hombro brillante.

—No digas eso. —Él se volvió e, inclinándose sobre ella, la besó bruscamente en los labios.

Ella forcejeó para sentarse y la sábana cayó, dejando expuesta su piel, cálida y tentadora. La deseaba otra vez. ¿Tenía tiempo?

—Cada vez resulta más difícil inventar excusas —se quejó ella—. Y, algún día, alguien nos verá entrar y salir de aquí. —Hizo una pausa—. Tom, ¿me estás escuchando? Mira este lugar. ¿Cuánto tiempo podemos mantener esto? Lo odio.

No se veía capaz de hablar. Recogió su chaqueta de la estrecha silla de madera y la deslizó sobre su camisa púrpura arrugada. Echó un vistazo a la habitación y se fijó en cómo era. Un radiador eléctrico deficiente de dos resistencias, pintura desconchada colgando del techo húmedo y suelos de tarima resquebrajados que, más de una vez, habían resultado en cortes en los pies de ambos. Su lujuria había convertido la habitación en un paraíso para amantes. La bella criatura en la chirriante cama merecía más que un

dormitorio vetusto. Pero ambos eran demasiado conocidos como para encontrarse en hoteles. Y menos ahora, con Melanie olfateando a su alrededor.

—¿Podemos discutirlo en otro momento? —Volvió a sentarse en el borde de la cama.

—No hace falta que me hables como si fuera uno de tus subalternos. No puedes dedicarte a concertar un polvo rápido en tu agenda y, luego, largarte otra vez con la señora Versace Rickard. Ni siquiera deberíamos estar aquí, independientemente de lo que hacemos cuando estamos aquí. —Se desplomó sobre la almohada húmeda y cerró los ojos.

—Dame un poco más de tiempo. Estoy buscando una solución. De verdad. Saldremos adelante. Juntos.

—¿Y cómo te propones hacer eso? Abre los ojos, Tom. Eres patético.

—¿Quieres que lo dejemos? —preguntó él, horrorizado por que ella pudiera decir que sí.

—No. Sí. No lo sé. Esto no está bien. —Cerró los ojos con fuerza.

—Pronto, muy pronto. Ya casi lo he conseguido. No hagas nada imprudente. Todavía no. Dame tiempo.

La mujer abrió los ojos de golpe y Rickard tembló bajo la intensidad de su mirada. Entonces, ella pareció ceder.

—Dame un beso y me vestiré. Podemos marcharnos juntos. Este lugar me pone los pelos de punta.

Él se inclinó hacia ella y le lamió el hombro, succionando la cadena que descansaba sobre este. Posó su boca en la de ella y le dio un beso violento. Un grito agudo escapó de los labios de la mujer y él se dio cuenta de que le había hecho sangre.

—¿Por qué has hecho eso? —chilló ella, apartándolo. Se levantó de un salto de la cama y se puso la ropa interior. El olor a sexo se le pegaba a la piel, almizcleño, como el perfume de ayer—. A veces, me pregunto si estás mal de la cabeza —espetó, con las palabras impregnadas de asco.

—Lo siento —se disculpó él. La frustración de no haber podido tocarla la noche anterior en el baile crecía como un tumor dentro de él. Nunca se saciaba de ella—. Lo siento —repitió.

—Yo también. Siento haberme metido en este enredo sórdido. —Se subió la cremallera del vestido—. No estoy segura de que quiera seguir contigo.

—No digas eso. Te quiero. Estamos hechos el uno para el otro —imploró.

—¿Lo ves? A eso me refiero. —Se abrochó la chaqueta de punto y, luego, el abrigo—. Puedes ser muy inmaduro. Ya he pasado por esto. He visto a hombres derrumbarse bajo el peso de sus aventuras. Y tú estás resultando ser exactamente como el resto.

La observó abrocharse el cinturón del abrigo. Cuando se rio de él, sintió como si un cuchillo se le clavara. Se quedó allí de pie, con la boca abierta.

—Oh, vamos. No creerás de verdad que eres mi primer amante. Madura. —Se rio otra vez, cogió su bolso y se lo colgó del hombro—. Tienes que buscar otro lugar para tu polvo habitual. No pienso volver a poner un pie aquí.

Cerró la puerta de un golpe. Las ventanas repiquetearon y él sintió cómo su corazón se encogía. Tom Rickard se sentó sobre las sábanas manchadas y sacudió la cabeza. Primero, Melanie perdió los papeles; ahora, su amante. Añade a la mezcla el caos financiero en el que se encontraría si el proyecto de Saint Angela fracasaba, además de la detective inspectora Lottie Parker con su nariz de sabueso. Se preguntó cómo podían empeorar las cosas.

Entonces, comenzó a reír.

Se había visto en situaciones peores y había salido adelante. Esta vez no iba a ser diferente. Él lo arreglaba todo, y arreglaría esto también.

Nevaba con fuerza mientras caminaban de vuelta a casa y el aire frío ayudaba a diluir el vino en el torrente sanguíneo de Lottie. Caminó con pesadez junto a su hija en silencio; estaba demasiado abatida como para hablar, mirando constantemente por encima del hombro para asegurarse de que no la seguían. No quería ser paranoica, pero aún le preocupaba que el atracador la atacara otra vez.

Cuando llegaron a casa, colgó la chaqueta de la barandilla de las escaleras y Chloe se dirigió a la sala de estar. Sean estaba tirado en el sofá cambiando indiscriminadamente de canal. Chloe fue haciendo aspavientos hasta la silla que había frente a él, con los brazos cruzados. La habitación estaba caliente pero el ambiente era frío.

—Lo siento —se disculpó Lottie—. Debería haber venido a casa directamente después del trabajo. Pero ha sido un día largo y necesitaba relajarme primero. —Se apoyó contra la puerta y miró a sus hijos. ¿Por qué estaba dando explicaciones? ¿Culpa?

Chloe se levantó de golpe de la silla y se acercó a ella.

—No, yo lo siento —rebatí, y rodeó a Lottie con sus brazos, abrazándola—. Me preocupaba que estuvieras emborrachándote. Esa es la verdadera razón por la que fui al *pub*.

Lottie agradeció la preocupación de su hija.

—No tienes que preocuparte por mí —dijo—. Solo he tomado un par de copas. No lo voy a convertir en una costumbre.

—No pienses que voy a ir a abrazarte —intervino Sean, sonriéndoles por

encima del hombro—. Necesito una PlayStation nueva.

—Solo hace dos años que tienes esta. ¿Qué le pasa? —preguntó Lottie mientras se soltaba de Chloe.

—Se queda congelada. Niall le ha echado un vistazo y dice que está casi en la luz roja de la muerte. No se puede arreglar —dijo Sean—. Y tiene cuatro años, no dos. La tengo desde mucho antes de que papá muriera.

—Y Niall es un experto, ¿no?

Lottie sabía que el mejor amigo de Sean era un maestro desmontando cosas y volviéndolas a montar. Esperaba que estuviera equivocado. ¿Luz roja de la muerte? ¿Qué diablos era eso? Su presupuesto no llegaría para una nueva PlayStation.

—Sí que es un experto. ¿Cuándo puedo comprarme otra? —suplicó Sean. El niño que había en él superó al adolescente—. Tengo algo de dinero en el banco.

—No puedes tocar ese dinero. Ya sabes que está en un fondo fiduciario hasta que cumplas los veintiuno. —Había invertido el poco dinero del seguro de vida de Adam en cuentas especiales para los niños.

—Ya lo sé. Pero tengo unos trescientos o así en mi propia cuenta —se enfurruñó Sean.

—Veré qué puedo hacer. En unos días vuelves al instituto, así que estarás estudiando —dijo, esperanzada—. Por lo tanto, no tendrás tiempo para la PlayStation.

—Me moriré sin el FIFA o el GTA. No dan nada en la tele.

Lottie suspiró. Tal vez debería cancelar su suscripción de televisión por cable.

—Venga Chloe, vamos a ver si hay algo más que fideos instantáneos en la cocina.

Sean volvió a hacer *zapping* y al final escogió una reposición de *Breaking Bad*.

Lottie no estaba segura de que esa serie fuera adecuada para un chico de trece años, pero no tenía energía para protestar.

Mike O'Brien había salido del banco con un humor de perros, después de haber enviado la cuenta de préstamos de Rickard a la oficina central. Sabía que podía haber repercusiones. Algún día. Pero no ahora. Había manipulado las cifras lo mejor que había podido. Ahora tenía que esperar y rezar para que la cuenta se perdiera en el mundo virtual. El desvío que había hecho de camino a casa apenas había ayudado a aliviar su mal humor.

Se sentó con su gato a rayas naranjas descansando sobre su rodilla, como hacía la mayoría de noches. La música clásica que salía de los altavoces de su equipo de música llenaba el aire. Normalmente lo ayudaba a relajarse. Pero esta noche no.

Mordiéndose las uñas, acarició al animal, que no dejaba de ronronear. Había pasado la mayor parte de su vida solo. Le gustaba. La soledad iba con él. Nunca había sido una persona de formar amistades, menos aún relaciones. Tenía algunos conocidos en el gimnasio, incluido el detective Boyd. Pero no eran amigos. Sus deficiencias sexuales deformaban su sensación de pertenencia. Había aprendido a vivir con ello. Encontró maneras de suplementarlo. No siempre con estilo, pero sobrevivía. Y faltaba otro par de meses antes de que comenzara la temporada de *hurling*. Echaba de menos entrenar a los muchachos. La actividad ayudaba a llenar las tardes de primavera.

El timbre sonó, lo que rompió su ensoñación.

O'Brien tiró al gato al suelo y miró a su alrededor con cara de espanto. ¿La oficina central había enviado ya a la brigada criminal? ¿Podía ser que ya estuvieran tras él por la actividad fraudulenta con los préstamos de Rickard?

No tenía sentido. No a las nueve en punto de la noche.

Apagó la música, apartó la cortina y miró en la oscuridad. Vivir en las afueras de la ciudad tenía sus desventajas, especialmente porque su casa estaba en medio de una de las urbanizaciones fantasma de Rickard. Veinticinco casas, cercadas por muros altos, era el plan original, pero solo habían acabado la mitad y la construcción de las verjas con intercomunicador nunca había acontecido. El resto de casas luchaban contra andamios oxidados y el viento aullaba por el hormigón sin ventanas. El sonido resonaba en el cráneo de O'Brien.

Mientras se apartaba de la ventana, todo lo que quedaba era su reflejo en el cristal. Dejó caer la cortina y alisó sus arrugas.

El timbre sonó una segunda vez.

Maldijo y fue a responder.

* * *

El obispo Connor fruncía el ceño con gesto ansioso.

—Déjame entrar, antes de que alguien me vea —exigió, y se abrió paso empujando a O'Brien.

—¿Qué sucede? —preguntó este, notando que su sonrisa flaqueaba. Cerró la puerta después de comprobar que no había nadie más fuera.

—Odio a los gatos. —El obispo Connor caminó directo hacia el salón echándole una ojeada al gato pelirrojo escondido detrás de una silla estilo reina Ana.

O'Brien apretó los puños. Esta era su casa.

—Guardaré tu abrigo —dijo, y lo cogió de detrás del sofá donde Connor lo había dejado caer. Había un pelo de gato pegado al hombro. O'Brien lo quitó y colgó el abrigo en el pasillo.

Regresó y encontró a Connor sosteniendo un frágil adorno de Lladró de un muchacho.

—No te vendría mal modernizar la decoración —dijo Connor, que volvió a dejar la pieza de cerámica en la repisa de la chimenea.

—A mí me va bien así. No veo la razón para gastar dinero sin necesidad.

—Ah, sí. Siempre el banquero.

—¿Una copa? —ofreció O'Brien.

Sirvió unos generosos dedos de *whisky* en dos vasos de cristal y tendió uno a Connor. Brindaron, permanecieron de pie y bebieron el licor.

—Esa entrometida de la inspectora Lottie Parker está metiendo las narices —dijo Connor.

—Es su trabajo.

—Sabe que me reuní con esa mujer, Sullivan, y está husmeando en lo del padre Angelotti.

—Eso no tuvo nada que ver contigo —dijo O'Brien—. ¿Verdad?

—No necesito que una más puntos.

—¿Qué hay de tu amigo, el comisario Corrigan? ¿No puede ayudarte?

—Creo que he agotado esa amistad.

—¿Quieres sentarte? —O'Brien señaló una silla. El gato se hallaba debajo, enfurruñado.

—Me quedaré de pie —respondió Connor, y caminó hacia el centro de la habitación.

O'Brien sintió cómo se le debilitaban las piernas; necesitaba sentarse, pero permaneció de pie.

—¿Qué quieres que haga?

—Quítamela de encima. Tenemos que desviar su atención hacia otra cosa.

—¿Y qué propones? —preguntó O'Brien, abrumado por una sensación de desamparo. Se le cerró la garganta, así que bebió otro trago de *whisky*. Lottie Parker lo ridiculizó ayer en su oficina. Le encantaría hacerla pagar por ello, pero ¿qué podía hacer él?

—¿Qué hay de Tom Rickard? ¿Qué dice él al respecto?

—Estoy hablando contigo, no con Rickard —replicó Connor. Su voz era dura como el acero.

La habitación parecía más pequeña con el obispo allí. O'Brien sudaba de forma incontrolada y el vaso se le resbaló ligeramente de la mano. Lo colocó en la repisa de la chimenea a su espalda.

—Tú y yo sabemos lo importante que es que nada quede al descubierto. —Dando un paso, Connor invadió el espacio personal de O'Brien. Sacudió un copo de caspa del hombro del banquero con el dedo—. Los secretos tienen que permanecer así. Secretos.

O'Brien dio un paso atrás. Su tobillo chocó contra el salvachispas. No tenía adonde ir. Ambos hombres se miraron a los ojos. El olor agrio del *whisky* le revolvió el estómago. Connor no llevaba el alzacuellos, y la arteria carótida le palpitaba visiblemente en la garganta. La observó expandirse y contraerse, hipnotizado, mientras la imaginaba bombeando sangre al corazón del obispo, si es que tenía. Contuvo el aliento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó O'Brien finalmente.

—¿Tengo que deletreártelo?

—No... no. No lo creo.

Los ojos de Connor se oscurecieron. Dejó el vaso junto a la figura de Lladró y puso ambas manos sobre los hombros de O'Brien.

—Bien. No puedo permitirme salir perdiendo en este trato —le advirtió Connor—. Tú eres el hombre del dinero. Tú te ocupas de que mis finanzas y... todo lo demás permanezca ilocalizable.

Cada palabra resonó por la habitación. Le dio una sacudida a O'Brien, apartó las manos, cogió su vaso de *whisky*, lo apuró y volvió a dejarlo sobre la repisa. Se dio la vuelta. Solo entonces O'Brien exhaló.

—Odio a los gatos —repitió Connor de camino al pasillo.

O'Brien no dijo nada. No podía. El olor del aliento del obispo casi lo había ahogado. Se recostó contra la chimenea, en busca de apoyo.

Connor se puso el abrigo.

—Sé dónde está la puerta —dijo.

Solo cuando el gato reapareció de debajo de la silla y se frotó contra su pierna, O'Brien se movió.

* * *

Llegar al puesto de gerente del ayuntamiento requería mucho esfuerzo, cerebro y perspicacia para los negocios. También ayudaba que tu padre lo hubiera sido antes. Gerry Dunne no era tonto, sabía que su padre había movido hilos en la sombra para asegurar su éxito. Ahora se arrepentía. El trabajo le traía demasiados problemas en los que tenía que tomar la decisión final. Odiaba tomar decisiones difíciles, especialmente cuando se le haría responsable de ellas.

Había salido pronto del trabajo, pero regresó para comprobar el expediente una vez más y maldijo en silencio a su entrometido padre. Ojeó el expediente de solicitud de construcción de Saint Angela, agradecido de que James Brown se lo hubiera dado para la última consideración, justo antes de su inoportuna muerte. Lo depositó en el cajón de su escritorio y lo cerró con llave. El proyecto no era tan polémico como debería, ya que habían tenido éxito en contravenir el plan de desarrollo. Pero Tom Rickard quería estar totalmente seguro, así que estaba dispuesto a pagar más. Dunne no iba a rechazar la oferta. Esperaba poder olvidarse pronto del tema y seguir con su vida, sin las garras de Rickard arañándolo por doquier. Observó la nieve que caía y se preguntó de dónde diablos iba a sacar la sal para el resto de la semana.

Cogió su abrigo, apagó la luz y se dirigió a casa. Nunca antes en su vida había estado bajo tanta presión.

* * *

Tras abrir el grifo de la ducha al máximo, Mike O'Brien dejó que el agua caliente le pellizcara la piel. Se quedó de pie en el cubículo sintiéndose muy pequeño.

Los demonios reptaban en el interior de su epidermis llena de cicatrices, emitiendo jadeos aterrorizados. Los hizo desaparecer. No le gustaba que le recordaran el pasado. Estaba enterrado. Para siempre. Nadie iba a resucitarlo. Nadie. Se frotó con más fuerza y sus uñas dibujaron líneas rojas sobre sus brazos y torso. Trató de sofocar la rabia creciente que amenazaba con ahogarlo.

Necesitaba escapar del tormento mental que rápidamente se estaba adueñando de su cerebro. Cerró el grifo y permitió que el aire del baño enfriara su cuerpo desnudo.

Solo había una manera de calmar su tormento interior.

Se vistió, dio de comer al gato y salió, sumergiéndose en la noche.

* * *

El obispo Terence Connor condujo sin destino durante un rato; luego, aparcó y permaneció sentado largo tiempo. Repasó una y otra vez su encuentro con O'Brien.

Le preocupaba haberlo presionado en exceso. La desesperación se estaba apoderando de él. Demasiados males estaban escapando de la caja de Pandora y necesitaba urgentemente ponerle la tapa y clavarla bien clavada. No necesitaba otra bomba de relojería. Además, tenía que asegurarse de que Tom Rickard cumpliera con su parte del trato. Estaban todos juntos en esto. Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Se preguntó si todos estarían dispuestos.

Se quedó mucho rato mirando a través del aguanieve, hacia el lago congelado, visualizando un día de sol mientras jugaba al golf en el nuevo complejo Saint Angela. «Sí», pensó, «había días buenos en el horizonte».

—He recibido una visita de tu amigo, el obispo —dijo O'Brien mientras se acomodaba en un sillón.

—¿Qué quiere ahora ese cabrón asqueroso? —preguntó Rickard, ofreciéndole una copa.

O'Brien sacudió la cabeza.

—Tengo que conducir y ya me he tomado un par.

—Como quieras. —Rickard se sirvió una—. Pareces nervioso.

—Sí, bueno, sabe hacer que me cague encima.

Tom Rickard se rio sonoramente.

—Oh, vamos, no seas idiota. ¿Qué quería?

—No le gusta que los gardaí, especialmente la inspectora Parker, estén husmeando en nuestros negocios.

—Ya es demasiado tarde para eso. Dos de las víctimas están relacionadas con nuestro proyecto, por endeble que sea la conexión. Pero no tenemos nada que ocultar. —Rickard escudriñó a O'Brien—. ¿No es cierto?

—No... no. No lo creo.

—¿No lo crees? —Rickard se inclinó de forma amenazadora sobre O'Brien—. Más te vale estar seguro.

—Es solo que... todos esos préstamos. Estaré hasta el cuello si no los pagas pronto.

—Eso no tiene nada que ver con nuestro amigo en común.

—Tus préstamos financian el trato.

—Sé cuál es mi parte en el plan. —Rickard caminó alrededor del sofá de

cuero blanco—. Al obispo le valdría más ocuparse de sus propios asuntos.

—Hay otras cosas...

—¿De qué hablas?

—No... no puedo decirlo. Pero si se descubren...

—¡Por Dios, hombre! Suéltalo.

—No es necesario que lo sepas.

—Te lo advierto, si los gardaí encuentran algo de lo que yo no esté al tanto, se acabó el trato. ¿Me oyes? Se... a... ca... bó. —Rickard dejó el vaso con un golpe, salpicando el brazo del sofá de *whisky*. La noche iba de mal en peor.

—No lo dirás en serio —dijo O'Brien, abriendo los ojos consternado.

—Oh, ya lo creo que sí. Si tú y Connor habéis urdido algo a mis espaldas, me retiro. —Rickard cruzó los brazos sobre su ancha barriga—. ¿Y qué será de vosotros dos, entonces?

—Yo... yo... yo... —O'Brien se levantó y agitó las manos en el aire.

—No me gustas, O'Brien. Pero ¿sabes qué? No tienes que gustarme.

—¿Por qué no?

—Ya me conoces, llamo las cosas por su nombre, y tú eres una mierda esperando a que la recojan. Así que asegúrate de que el dinero está a salvo y mantente fuera de mi vista. —Rickard se volvió hacia la puerta y la abrió—. Lárgate de mi casa.

—Ya... ya me voy.

—¿Sabes qué, O'Brien?

—¿Qué?

—Te gusta arreglarte, con tus gemelos de diamante y tus trajes de diseño, pero ese personaje no esconde el hecho de que eres un farsante sin tus disfraces.

—Me estás insultando —dijo O'Brien. ¿No había llegado Lottie Parker a la misma conclusión? ¿Qué derecho tenían ninguno de los dos a hacerle esto? Dejó caer la cabeza.

—Lárgate —vociferó Rickard—. Los insultos no son nada comparados con lo que te haré como no te marches ahora.

O'Brien se escabulló por la puerta.

Rickard se sirvió otra copa y fue hacia la ventana.

—Desgraciado de mierda —dijo.

Abrió la cortina de un manotazo y vio las luces traseras del coche de O'Brien alejándose hasta desaparecer. Luego, volvió a cerrarla, apuró su *whisky* y se dirigió a la mesa de las bebidas. No le gustaba que le ocultaran cosas y O'Brien había insinuado que había algo que debería saber. Ese capullo le tenía demasiado miedo al obispo. ¿Qué control tenía Connor sobre O'Brien? Pero el banquero tenía razón en una cosa, concluyó Rickard. Les iría mejor sin la inspectora Lottie Parker jodiendo su proyecto. Las cosas empezaban a descontrolarse un poco.

Se sirvió dos dedos más de *whisky* y bebió con avidez. La puerta se abrió y Jason entró tranquilamente en la habitación, de la mano de Katie Parker. Melanie iba detrás de ellos. Rickard miró fijamente a la chica, viendo solo a su madre.

—Creo que deberías irte a casa, señorita —sugirió, señalándola con el vaso.

—¿Por qué? —preguntó Jason, rodeando a Katie con el brazo.

—Porque su madre es una puta detective, por eso.

—Esa no es razón suficiente —replicó Jason—. Estás borracho.

—No te atrevas a desafiarme —rugió Rickard mientras se acercaba más a la pareja.

—Pues entonces no me desafíes tú a mí —dijo Jason, y atrajo más a Katie hacia su costado.

Tom Rickard apretó el puño, estiró el brazo y golpeó a su hijo en la mejilla. El vaso cayó de su otra mano al suelo y se rompió en pedazos. Golpeó al chico una segunda vez, directo en la mandíbula. Jason cayó al suelo.

Katie gritó, dio media vuelta y huyó.

Lottie apiló los platos de la cena en el lavavajillas, barrió el suelo y metió en la lavadora la segunda carga de la noche. La ropa se estaba secando en el piso de arriba sobre los radiadores y había subido el termostato de la caldera. La casa estaba caliente y el olor fresco del suavizante de ropa flotaba en el aire cálido.

Reprimiendo un bostezo, estiró los brazos y pensó en qué más tenía que hacer a esa hora de la noche. Paseando la vista por la cocina, se sintió a gusto en su casa. No era un palacio, pero era su refugio, un hogar para ella y para sus hijos. Deseaba poder estar allí todo el tiempo. Pero no era una opción. Tal vez debería pedirle a su madre que le echara una mano con la casa. «Aunque pensándolo mejor, tal vez no», pensó con tristeza. Pero en realidad sabía que pronto tendría que hacer las paces con Rose. Después de todo, era su madre y la quería, a pesar de lo que Rose hubiera hecho en el pasado. Si tan solo supiera la verdad sobre el asunto... Otro punto más que añadir a su lista de cosas pendientes. Repasó la conversación que había tenido con Rose sobre Susan Sullivan. ¿Quizá los asesinatos tenían algo que ver con la búsqueda de su hijo?

La puerta delantera se abrió, se cerró de golpe y unos fuertes pasos retumbaron escaleras arriba.

—¿Katie? —llamó Lottie.

No hubo respuesta. Fue tras su hija y la encontró llorando contra la almohada. Lottie se sentó en el borde del colchón y puso la mano sobre el hombro de Katie.

—Estás empapada. ¿Has venido a casa caminando? —Quitó unos copos de nieve del pelo de su hija.

—Es culpa tuya —resopló Katie—. Tú y ese trabajo tuyo. Me lo has estropeado todo. Como siempre.

—¿De qué hablas?

Lottie sabía que la joven probablemente había estado medio colocada en el bar Danny's, pero ahora sus ojos estaban abiertos y llenos de furia. Unas manchas de rímel ennegrecían sus mejillas blanco tiza y la niña que Lottie había criado había desaparecido. No tenía ni idea de cómo hacer frente al hecho de que Katie fumara hierba, aunque era muy buena dando consejos a las madres de los yonquis que conocía en su trabajo. Tenía que hacerse cargo del tema. Hablaría con ese chico, Rickard, y lo apartaría, a él y a sus drogas, de su hija. Boyd la ayudaría.

—La señora inspectora detective —le espetó Katie—. Te crees tan importante, sentada en el *pub* con tus tres títeres. Tan grande y poderosa. ¿Pues sabes qué? Solo eres una borracha. Eso es lo que eres. ¡Una borracha! Me has arruinado la vida. —Enterró la cara en la almohada y ahogó su llanto.

Lottie se puso en pie de un salto. Las palabras de Katie hicieron que la piel le escociera como una reacción alérgica. No podía hablar. Se retorció las manos, conteniendo la humillación. Contó los pósteres en la pared. Contó los cubitos de sombra de ojos en el tocador. Contó los zapatos alineados junto a la cama. Recorrió la habitación con la vista como loca. Se le anegaron los ojos en lágrimas por el pánico y el dolor. Quería tranquilizar y consolar a su hija, pero no sabía cómo.

Katie levantó la cabeza de la almohada.

—El padre de Jason le ha pegado esta noche —gimoteó; volvía a ser la niña pequeña que Lottie conocía y amaba—. Al final he cogido un taxi, después de caminar durante kilómetros. En la nieve. De noche. Estaba muy asustada.

—Oh, Dios mío. Tendrías que haberme llamado. Ven, vamos a quitarte esa ropa mojada y, luego, a dormir.

—¿Por qué le ha pegado? —Katie se sentó y forcejeó para quitarse la chaqueta mojada.

—No sé por qué la gente hace esas cosas —respondió Lottie—. De verdad que no lo sé.

Únicamente podía pensar en su alocada hija caminando por la carretera del lago en una oscura noche de invierno. Y en las tres víctimas de asesinato que yacían en la Casa de los Muertos de Jane Dore.

¿Es que no había enseñado nada a sus hijos?

Después de que Jason saliera de casa hecho una furia, Tom Rickard observó cómo Melanie se apartaba de él, con el rostro contorsionado por una mezcla de miedo y asco.

Le tembló la mano mientras se servía otro *whisky*. Nunca en su vida había pegado a su hijo. ¿Qué lo había poseído para hacerlo ahora? Más allá de lo que pasara en sus negocios, esa no era excusa para golpear al chico.

Tal vez debería tomarse otra copa.

Se aflojó el nudo de la corbata y engulló el líquido ambarino.

Las respuestas eran como los copos de nieve en la ventana: desaparecían antes de que pudiera atraparlas.

* * *

Odiaba a su padre.

En el instante en que el puño había conectado con su mandíbula, Jason lo odió más que a nada o a nadie en el mundo.

Había salido corriendo de casa, pasado de largo de su coche, metido las manos en los bolsillos de los tejanos y echado a andar por la avenida. Había puesto rumbo hacia la calle principal sin saber adónde iba. Solo necesitaba largarse de allí. Esperaba que Katie estuviera bien. Mierda, había permitido que se fuera sola a casa. De noche. Se detuvo. Debería llamarla. ¡Oh, Dios! Se había dejado el móvil en casa, en la mesa del recibidor, junto con sus llaves.

Y se había ido sin chaqueta. La nieve le empapaba la camiseta, que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Todavía estaba colocado, pero no podía ir a ningún sitio sin su teléfono.

Dio la vuelta para regresar a casa cuando las luces de un coche iluminaron la carretera a su espalda. Tras darse cuenta de que estaba caminando por el lado equivocado, Jason se metió en la cuneta para dejar pasar al coche. El conductor se detuvo y bajó la ventanilla.

—¿Necesitas que te lleve, hijo? —preguntó el hombre, inclinándose sobre el asiento del acompañante.

Jason creyó reconocerlo. ¿Un amigo de su padre? ¿El hombre del bar? No estaba seguro debido a la confusión que se arremolinaba en su cabeza. Pero no era tan idiota como para rechazar la oferta.

—Gracias. Aunque no sé a dónde voy.

—No te preocupes —dijo el hombre—. Yo tampoco.

Jason abrió la puerta y se sentó, envuelto por el calor del vehículo. El hombre sonrió, puso una marcha y arrancó. Los limpiaparabrisas se deslizaban de un lado a otro, haciendo un ruido silbante, y el hombre encendió la radio para ahogar el murmullo repetitivo.

Condujeron a través de la noche con la voz clara de Andrea Bocelli llenando el silencio. Mientras la nieve caía y moría, una helada cortante descendió y la brillante luna se elevó por detrás de las nubes. Jason sintió un escalofrío mientras escuchaba el inquietante compás del hombre ciego que cantaba y supo lo que se sentía.

61

La señora Murtagh aparcó su Fiat Punto y se colocó la mochila en la espalda. Forcejeó con el enorme termo y las tazas de plástico, que sobresalían de la parte de arriba de la mochila. Cojeó apoyada en su bastón, pensando en lo extenuante que era todo sin la ayuda de Susan.

Echaba de menos a Susan. ¿Por qué la habían matado? Esperaba que no tuviera nada que ver con alguno de sus desafortunados clientes. Gente pobre y desesperada. Ocultos durante el día de la gente indiferente de Ragnmullin que se negaba a verlos, se fundían con los ladrillos y la argamasa de la ciudad. De noche, ellos eran el paisaje urbano.

La temperatura del aire cayó rápidamente a bajo cero. Su aliento se elevaba en el aire, precediéndola mientras arrastraba los pies por la acera hacia la tienda de electrónica Carey's. Dejó el termo en el suelo. Patrick O'Malley solía estar aquí, ya fuera borracho o dormido.

Miró a su alrededor, pero no vio ninguna señal de él. Comprobó su reloj. La misma hora que cada noche. Mantener un horario regular había sido idea de Susan. A esta gente les daba al menos una cosa con la que contar, había dicho.

La señora Murtagh suspiró profundamente. Recogió el termo y siguió caminando por la calle hasta su próximo desdichado cliente. Con suerte, Patrick no estaría muriéndose congelado en algún sitio.

Lo más probable, pensó, era que estuviera totalmente borracho.

El edificio estaba a oscuras. Sus ventanas hundidas eran agujeros huecos en el cemento.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Jason, parpadeando al abrir los ojos. Mierda, se había quedado dormido.

—Aquí podrás echar un sueñecito esta noche —explicó el hombre, tras dejar el coche en reposo.

—Qué va, tío. Llévame a casa. Necesito mi teléfono. Tengo que comprobar que mi novia está bien.

—Seguro que está bien. ¿Quién es?

—Katie. Su madre es detective.

—¿En serio? —El hombre se quedó en silencio un momento—. Qué interesante.

—Debería irme a casa —dijo Jason, con el cuerpo tembloroso por culpa del frío.

—Pensaba que a los jóvenes os gustaba la aventura. Quiero enseñarte algo. Darte una lección de historia.

—Es tarde, y odio la historia —replicó Jason. Se sentó erguido mientras el hombre maniobraba con el coche, con los faros delanteros atenuados. No podía verle bien, pero le resultaba familiar.

—Ah, pero esta será una lección interesante —insistió el hombre. Apagó el motor.

—Está muy oscuro —se quejó Jason, intentando no sonar como un niño pequeño.

—Vamos —lo instó, y salió del coche.

Jason salió y se subió los pantalones húmedos hasta la cintura.

El hombre encendió la linterna de su móvil y subió los escalones hacia la sólida y enorme puerta. Jason se quedó de pie en el escalón de abajo, indeciso. No quería quedarse solo fuera en la oscuridad, así que lo siguió.

La puerta crujió cuando el hombre empujó con el hombro para abrirla. Se apresuró a entrar. Alumbrando el pasillo con la luz de la linterna, gritó:

—Cariño, ya estoy en casa.

Rio. El sonido, fuerte y desagradable, hizo eco en las paredes. Caminó hacia la escalera. El pasamanos parecía evocar en él algún recuerdo; acarició la madera con los dedos y apoyó la mejilla, como si así sintiera la suavidad.

Jason pensó en bajar corriendo por las escaleras, atravesar la verja y volver a casa. Pero su padre había sido un auténtico capullo. La mandíbula todavía le latía por el impacto del puño. Le dieron ganas de fumarse un porro. Joder, si Katie estuviera con él se estarían riendo de ese gilipollas que besaba la escalera.

—Aquí arriba —indicó el hombre mientras subía las escaleras y dejaba a Jason en una estela de oscuridad.

Un agudo alarido resonó sobre sus cabezas.

—¿Qué es eso? —Jason se encogió.

El hombre rio disimuladamente.

—Solo es el viento silbando por estos viejos pasillos —dijo—. O pájaros. Nunca sé cuál de los dos. Ven, quiero enseñarte algo.

Jason, frío y mojado, sintió curiosidad por ver lo que había arriba. La rabia contra su padre alimentó su determinación. Subió las escaleras, pisando fuerte.

¿Qué era lo peor que podía pasar?

El teléfono de Lottie sonó quince minutos antes de medianoche.

Estaba repasando sus notas del caso, maldiciendo el hecho de haberse olvidado el pan integral de la señora Murtagh en el coche de Boyd. El nombre del comisario Corrigan apareció en la pantalla. Lo ignoró. Era demasiado tarde para escuchar una diatriba. El teléfono enmudeció. Al momento, volvió a sonar. Sabiendo que Corrigan no se daría por vencido, contestó sin mirar el nombre de la pantalla.

—¿Sí, señor?

—Ese es un saludo muy oficial.

Lottie sonrió y recogió sus notas.

—Padre Joe. Me alegro de oírle.

—¿Cómo va la investigación?

—Decir que va lenta es quedarse corto.

—Venga a visitarme a Roma. El clima es estupendo. Frío con cielos azules.

—Suenan bien. Pero...

—Se preguntará qué hago llamándola a estas horas, ¿no es cierto?

—Me ha leído la mente.

Él rio.

—¿Cómo está?

—Estoy bien —mintió Lottie.

No estaba bien en absoluto. Había consolado a Katie hasta que se había quedado dormida antes de volver a la cocina con las palabras de su hija

resonando en su cabeza. ¿Una borracha? ¿Tenía razón la joven? ¿Acaso no era eso en lo que se había convertido desde que murió Adam? Lo tenía bajo control la mayor parte del tiempo, pero no por completo, y cada vez dependía más de sus pastillas. Menudo ejemplo para su hija adolescente. Suspiró.

—No está bien. Lo noto en su voz —dijo él—. Venga a Roma. He conseguido información interesante. Tiene que verlo de primera mano.

—¿Ha encontrado otro código Da Vinci? —bromeó Lottie.

—No exactamente. He encontrado los archivos de Saint Angela. Están en un lugar seguro, en papel. Sería imposible fotografiarlos para enviarlos por fax o por correo electrónico. Llevaría una eternidad. Y si me pillaran, me excomulgarían. En serio, tiene que verlos usted misma. ¿Podría arreglarlo con su comisario?

—Ni de broma —respondió Lottie—. Le he estado tocando las narices a su obispo. Creo que ha vuelto a denunciarme.

—Usted solo está haciendo su trabajo.

—Es el colega de golf del comisario Corrigan.

—Si yo fuera usted, se las tocaría todavía más. Lo crea o no, no es el santurrón que quiere aparentar.

—¿De verdad cree que lo que ha encontrado servirá de ayuda?

—No lo sé. Pero puede darle información sobre los antecedentes. Tal vez llenar algunos huecos.

—El obispo Connor definitivamente está siendo parco con la verdad —afirmó Lottie.

—No me sorprende, después de los documentos que he visto.

—Ahora ha picado mi curiosidad. ¿Algo relacionado con el padre Angelotti?

—He conocido a un amigo suyo. Piensa que tal vez el padre Angelotti fue enviado para vigilar al obispo Connor; no al revés, como nos habían hecho creer.

—Y, entonces, el padre Angelotti consigue que lo maten.

El padre Joe había despertado su interés y ahora quería ver qué había encontrado. Quería verlo a él.

—Lottie, las cosas que he visto aquí me dicen que puede que haya otra razón por la que el padre Angelotti estaba en Ragnullin.

—Dígame.

—No me siento cómodo hablándolo por teléfono —susurró el padre Joe.

—¿Está en la cama? —preguntó Lottie.

—¿Y ahora quién lee la mente? —Se rio el hombre—. Tengo que colgar. Oigo a mi compañero de habitación subiendo las escaleras.

—¿No tiene habitación propia?

—No pretendo quedarme aquí el tiempo suficiente como para justificar tener un dormitorio propio —dijo—. Solo estoy pasando un par de noches en el Colegio Irlandés. Lottie, hable con el comisario Corrigan, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Le encontraré en este número? —Miró la hilera de números en la pantalla.

—Deje un mensaje si no contesto. Podría estar diciendo misa.

Lottie imaginó su sonrisa.

—Buenas noches, Lottie.

Ella le deseó buenas noches y colgó.

Acabó de recoger sus notas y subió a ver a Katie. Dormía profundamente. Depositó un beso suave sobre su pelo y fue a apagar la lámpara. Una fotografía en el vestidor, enmarcada con conchas de mar, llamó su atención. La levantó para verla mejor. Los cinco. En Lanzarote. Hacía cuatro años. La última vez que habían ido juntos de vacaciones. Pasó el dedo por el cristal polvoriento. Todos sonreían. Felices. La tomaron al empezar un paseo en *jeep* hacia el volcán Timanfaya.

Se dejó caer en la cama y Katie suspiró en sueños.

La fotografía había removido una visión de un tiempo en que las cosas eran muy diferentes. Rutina, segura y cariñosa. El conflicto se propagaba en su interior. Estaba dividida entre su pasado estable y su futuro incierto. Habían pasado tres años y no podía dejar marchar a Adam. Pero plantearse volar a Roma para encontrarse con un cura al que conocía desde hacía solo una semana le hizo pensar que estaba perdiendo el norte.

* * *

30 de enero de 1976

Sally estaba llorando en sueños y despertó.

Casi esperaba ver a su madre de pie junto a su cama. Era Patrick.

El chico se llevó un dedo a los labios para indicarle que debían guardar silencio. Sally se incorporó mientras se preguntaba qué hacía él en el dormitorio de las niñas. Echó un vistazo a la habitación en penumbra, oyendo únicamente el suave murmullo del sueño.

—Ven conmigo —susurró Patrick, que le quitó la manta de un tirón—. Tengo que mostrarte una cosa.

Ella salió de la cama, arrastrándose y apretándose el camisón de franela de flores contra el pecho. Patrick no le dio tiempo para coger su bata.

—¿A dónde vamos? —preguntó la niña.

—Shhh —contestó él, y le cogió la mano.

Fuera del dormitorio, una luz tenue escapaba de debajo de la polvorienta pantalla de una lámpara, colgada sobre la escalera. La habitación de las monjas de guardia estaba al otro lado del pasillo y Patrick la condujo hasta el segundo piso. Anduvieron hasta el final del pasillo y atravesaron una puerta. Sally nunca había estado allí. Caminaron rápidamente en la oscuridad y el chico abrió otra puerta que precedía un corto pasadizo. La luz de la luna brillaba a través de tres ventanas y daba a sus rostros un aspecto cadavérico. Una arcada se alzaba ante ellos.

Sally se detuvo.

—Tengo miedo, Patrick.

Él se giró y, todavía cogiéndole la mano, dijo:

—Esto es serio, Sally. Por favor. Tienes que verlo.

Ella suspiró y dejó que la guiara a través de la arcada, bajando por una estrecha escalera de piedra. Tenía los pies fríos. Había olvidado ponerse las zapatillas. En el último escalón, Patrick se quedó quieto. Estaban en la capilla. La niña se volvió para mirarlo. Él sacudió la cabeza; era un aviso para que se quedara callada. Era la primera vez que Sally estaba aquí.

Se fijó en que el altar estaba encendido, lleno de velas ardiendo, y percibió el olor a cera que despedían. Entonces, vio al padre Con. Apretó más la mano de Patrick. El cura estaba arrodillado en los escalones del

altar, envuelto en una capa de color crema y dorado, la que llevaba para la bendición. Sus manos estaban estiradas hacia el mosaico de la Virgen María sosteniendo al niño Jesús, en un nicho frente a él. Su largo cinturón de cuero reposaba sobre sus ropas pulcramente dobladas, en el escalón.

Sally se acercó furtivamente a Patrick y se apoyó contra él. Aunque el aire era frío, el chico llevaba un pijama fino y ella notaba el calor que desprendía su cuerpo.

—Patrick, ¿qué está pasando? —susurró.

Él sacudió la cabeza, se encogió de hombros y la condujo hacia la derecha, a lo largo de la última fila de reclinatorios. Tiró de ella para colocarla en la esquina detrás de un confesionario de madera. Había alguien más allí. Dos personas. Estuvo a punto de gritar. Patrick la miró con los ojos llameantes de enfado. Ella contuvo el aliento, esperando que el grito muriera en algún lugar de su vientre.

Mientras sus ojos se acostumbraban a las sombras arrojadas por las velas, reconoció a los niños en la esquina. James y Fitzzy. Patrick la empujó hacia ellos y se apiñaron juntos. Quería hacer un millón de preguntas, pero permaneció en silencio. Patrick seguía sosteniéndole la mano. Se alegraba de ello.

Un grave tarareo fue en crescendo y volvió a bajar. Sally abrió los ojos y se mordió la lengua, obligándose a permanecer callada.

El cura se inclinaba, arriba y abajo, cantando. Una cortina, junto al altar, se abrió. Brian estaba allí de pie, desnudo, con el cuerpo cubierto de heridas que se entrecruzaban. La niña apartó la vista; luego, volvió a mirar y apretó más la mano de Patrick, temiendo que fuera a abandonarla allí. El cura se levantó e hizo un gesto a Brian para que se acercase. El chico avanzó arrastrando los pies, con los brazos firmemente pegados a los costados de su cuerpo. «Debe de estar congelándose», pensó Sally.

El cura obligó al chico a ponerse de rodillas y lo envolvió con la capa dorada. Sally no pudo soportarlo y, finalmente, gritó.

Patrick le puso una mano sobre la boca con fuerza. El padre Con se giró con su desnudez exaltada por la luz de las velas. Sus ojos estaban negros. Eso asustó más a Sally que el hecho de que todos estaban metidos en un lío enorme.

—Corred —gritó Patrick, arrastrando a Sally tras él.

Ella corrió, con Fitzzy pisándole los talones desnudos. James iba en la retaguardia. Mientras corrían escaleras arriba, la imagen de Brian quedó grabada en su cerebro. El cuerpo desnudo. La boca abierta. Los ojos muertos.

Se detuvieron en la habitación con las dos puertas para recuperar el aliento. Sally empezó a llorar. Fitzzy le pasó un brazo por los hombros. James se quedó de pie junto a Patrick, diciendo una y otra vez: «Jolines. Jolines».

—¿Qué le estaba haciendo a Brian? —preguntó Sally, pero ya lo sabía. El padre Con la había obligado a hacer lo mismo muchas veces. No podía reprimir la imagen del chico con la boca abierta y la cosa blanca pegada a sus labios.

—Es un enorme pedazo de mierda, eso es lo que es —dijo Patrick.

—Voy a quemar a ese cabrón con una de sus putas velas. Le voy a quemar las pelotas —dijo Fitzzy. Su voz rebotó en las paredes.

Sally percibió el miedo trepando por sus respiraciones, lo olió emanando de sus pieles. Se manifestaba de una manera tan dolorosamente nítida que creía que podría tocarlo, incluso verlo. Escuchó pegada a la puerta, esperando que el cura no los hubiera seguido. No le gustaba la oscuridad.

—Tenemos que hacer algo —susurró.

—Ya —dijo Patrick—, ¿como qué?

—Lo digo en serio. De verdad. ¿Qué podemos hacer? —sollozó Sally, tragándose las lágrimas.

El ruido de unos pies descalzos resonó por las escaleras. La niña se dio la vuelta y vio el blanco de los ojos de los niños brillando a la luz de la luna. El terror los había dejado paralizados.

—Chicos, ¿qué vamos a hacer? —chilló.

James comenzó a llorar.

Día siete

5 de enero de 2015

El sargento detective Larry Kirby estaba clavando unas fotografías en la pizarra de la sala del caso cuando Lottie llegó, justo después de las cinco y media de la mañana. No había dormido bien y su humor de perros pugnaba por salir a la superficie.

—Te has levantado temprano —dijo ella. Dejó su café tibio en el alféizar de la ventana y se quitó la chaqueta.

Había dejado el coche en la comisaría la noche anterior, pero el paseo hasta el trabajo no había ayudado a mejorar su estado de ánimo. Se quedó de pie junto a Kirby. El humo de cigarro se le adhería al traje, como los calcetines sucios en el fondo de su cesta de la ropa. Se alegraba de haber acabado de hacer la colada la noche anterior. Una tarea menos de la que preocuparse.

—No me he ido a dormir, así que no me he tenido que levantar —aclaró él, clavando chinchetas torpemente en las fotografías. Sus dedos manchados de tabaco eran demasiado grandes para los pequeños alfileres de metal. Uno cayó al suelo y se unió a la multitud que ya había amontonada allí.

—¿Qué haces?

—He decidido reorganizar la pizarra del caso. Ha pasado una semana desde que empezó todo esto.

—No me lo recuerdes. ¿Quieres que lo haga yo?

Kirby negó con la cabeza.

Lottie se encogió de hombros, cogió su café y se sentó tras él.

—Dime qué estoy mirando. —Tal vez tendría que haberle traído un café.

Parecía que fuera a quedarse dormido en cualquier momento.

—Fotos de los protagonistas de nuestra tragedia —dijo Kirby.

Lottie estudió la pizarra. Hasta el momento, tenían a Patrick O'Malley, Derek Harte, Tom Rickard y Gerry Dunne colgando torcidos unos junto a otros. Kirby sostenía la foto del obispo en una mano y una chincheta en la otra.

—Yo que tú no haría eso —advirtió Lottie.

Él la miró; su barriga cubierta de pelo gris era visible a través de un botón abierto en su camisa arrugada, de un blanco grisáceo. Una corbata de lunares sobresalía del bolsillo de su chaqueta.

—¿Y por qué no? Después de tu incidente de ayer con él, creo que es la estrella del espectáculo.

—Tal vez el comisario Corrigan tenga algo que decir al respecto —dijo Lottie—. Después de todo, son colegas de golf.

No le había devuelto la llamada de anoche. Le iba a caer una bronca, y pronto. Esperaba que la señora Corrigan hubiera enviado a su marido al trabajo esta mañana con una sonrisa y el estómago lleno.

—A la mierda con él —replicó Kirby, que clavó una chincheta de lleno en el cuello del obispo, como si no le diera la gana poner tres alfileres más. Dio un paso atrás y admiró su obra. Una sonrisa cansada trepó por su cara hacia sus ojos inyectados en sangre, como la espuma formándose en una pinta de Guinness.

—No son realmente sospechosos —dijo Lottie.

—Son la mejor alternativa.

Se desplomó en una silla. Permanecieron allí sentados en el silencio de la mañana. Ella le ofreció su café. Él lo cogió, lo levantó simulando un brindis y bebió.

—Tenemos un abanico de candidatos muy estrecho —dijo, mirando el mural asimétrico.

—Podríamos añadir a la señora Murtagh, a Bea Walsh y a Mike O'Brien, el gerente del banco —sugirió ella—, entonces tendremos la suma total de las personas que, por lo que sabemos, conocían a las víctimas. Por Dios, es como si Brown y Sullivan hubieran vivido en un convento de monjas de clausura.

—Mierda, ¿dónde he puesto a O'Brien? —Kirby hurgó en un montón de

papeles sobre la silla, encontró lo que estaba buscando y clavó otra foto en la pizarra.

—¿Qué hay del padre Joe Burke? —preguntó Boyd cuando entró por la puerta, con el pelo corto reluciendo bajo los fluorescentes, recién salido de la ducha matutina.

—¿Qué pasa con él? —inquirió Lottie. Sus defensas hicieron que se le erizara la piel.

—Fue el primero en aparecer en la escena del crimen de Sullivan, después de la señora Gavin, la mujer de la limpieza —les recordó Boyd, que se sentó junto a Kirby. Tenía una taza de café en la mano. Lottie se la quitó y le dio unos tragos.

—Será mejor que también consigamos una foto de la señora Gavin —se mofó ella, incapaz de disimular el sarcasmo.

—Pongámonos serios un momento —dijo Kirby.

Lottie sabía que a Kirby no le gustaba que nadie convirtiera su trabajo en una barraca de feria. Estaba exhausto.

Kirby señaló la foto de Derek Harte.

—El amante podría haber matado al cura, el padre Angelotti, en un ataque de celos —conjeturó—. Y, luego, matar a Brown cuando este lo descubrió.

—Pero ¿por qué matar a Sullivan? —preguntó Boyd.

Kirby se quedó mirándolo.

—No lo sé...

—Todavía —añadió Lottie.

—Luego, tenemos a Tom Rickard. Promotor inmobiliario sin parangón —dijo Kirby—. Compró Saint Angela por cuatro duros. Obtuvo una contravención material del plan de desarrollo forzada en el ayuntamiento, probablemente con un soborno, para construir lo que quiera en ese sitio. En cuanto su amigo, Gerry Dunne, le conceda el permiso de construcción. —Señaló las fotografías de las víctimas—. Dos empleados del ayuntamiento podrían haber intentado detenerlo o tal vez se traían entre manos un asunto de chantaje. De ahí las grandes sumas de dinero transferidas a sus cuentas bancarias, con parte del dinero escondido en el congelador de Sullivan. Brown llamó a Tom Rickard, antes de reunirse con su ejecutor. Con Sullivan y Brown fuera de juego, puede mandar a todos a la mierda sin que se enteren.

—Kirby clavó su grueso dedo índice en la foto de Rickard.

—Por un momento, vamos a suponer que tienes razón. ¿Dónde encaja el padre Angelotti? —preguntó Boyd.

—No tengo la menor idea —respondió Kirby rascándose la cabeza cubierta de pelo áspero—. Pero puede que anduviera detrás del dinero.

—Continúa —instó Lottie, cada vez más interesada en el pequeño drama de Kirby.

—Hablando de dinero... Mike O'Brien. —Kirby estudió la fotografía durante un segundo—. Él sabe quién transfería el dinero a las cuentas de las víctimas. ¿Es un intermediario? No lo sé. Tal vez deberíamos vigilarlo más de cerca. Y luego está nuestro amigo en común, el obispo Connor.

Hizo una pausa de efecto y, después, continuó:

—Vendió Saint Angela por debajo de su valor de mercado. ¿Quién dice que no recibió un sobre marrón repleto de billetes directamente de las garras de Rickard? También deberíamos comprobar su congelador. —Se rio de su propia broma, que mitigó con una tos—. Volviendo al padre Angelotti, ¿por qué estaba aquí? No me creo esa mierda de que «se estaba encontrando a sí mismo». Vino aquí por un motivo.

Lottie no dijo nada. Estaba pensando en su conversación con el padre Joe la noche anterior. Observó el aguanieve que golpeaba contra la ventana, devorando la escarcha. Un día en la soleada Roma podría ser una buena idea.

—Sigo pensando que la foto del padre Joe Burke debería estar en la pizarra —repitió Boyd, sin querer soltar el hueso.

—Pues ponla —espetó Lottie, más seca que el esparto.

—Estamos susceptibles esta mañana, inspectora —dijo Boyd.

—Vosotros dos, no empecéis —intervino Kirby, bajando los ojos exhaustos.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Maria Lynch, que entró en la habitación con su cola de caballo meciéndose de un lado a otro. Llevaba una bolsa de cruasanes en la mano.

Tres pares de ojos se giraron hacia ella.

—No. —Fue la respuesta colectiva.

El comisario Corrigan entró detrás de Lynch, escupiendo sobre los detectives antes incluso de que las palabras salieran de su boca.

—¡Detective inspectora Parker!

Se detuvo con las manos en las caderas, las piernas separadas y el rostro tan enrojecido como el de Kirby. Al parecer no había desayunado.

—¿Señor? —preguntó Lottie.

—A mi despacho.

Corrigan giró sobre sus talones y echó a andar por el pasillo.

Después de devolverle el café a Boyd, Lottie formuló mentalmente las respuestas a las inevitables preguntas. Preparada para la discusión, siguió a Corrigan hasta su despacho.

—Antes de que diga nada, señor... —comenzó a decir.

—No, inspectora Parker —la interrumpió, alzando las manos. Se sentó en su silla de cuero y el aire escapó silbando bajo su peso—. Antes de que tú digas nada, no me vengas con excusas de mierda. No quiero oírlas. ¿Está claro?

Lottie asintió, desconfiando de las palabras que pudieran abrirse camino hasta la punta de su lengua.

—Será mejor que tengas una buena razón para molestar al obispo Connor. Otra vez.

—¿Eso es una pregunta, señor? —Vaya manera de mantener la boca cerrada.

Las gafas de Corrigan resbalaron por su nariz sudorosa, sus ojos saltones sobresalían por encima de ellas. Su coronilla parecía un huevo cocido listo para ser roto con una cuchara caliente.

—Explícate. Antes de que haga que el comisario jefe te suspenda.

—¿Suspendirme? —Esto iba en serio. Mierda—. ¿Por qué?

—Ya se me ocurrirá algo —espetó él, empujando la habitación con su voz.

Lottie contuvo el aliento antes de soltar:

—Quiero ir a Roma. —«Para lo que me queda en el convento...», pensó.

—¿Ro... Roma? —tartamudeó Corrigan—. ¿Ahora quieres insultar al puto papa? —Empujó las gafas para volverlas a colocar en su sitio.

Lottie mantuvo la boca firmemente cerrada.

—Y siéntate. Siéntate, por Dios. Ahí de pie como una jirafa perdida en el puto zoo.

Lottie se sentó.

—¿Eres estúpida? —Corrigan levantó las manos con desesperación—. ¿Qué te pasa?

—Necesito ir a Roma —se arriesgó a decir Lottie otra vez—. Creo que el padre Angelotti es la conexión entre las muertes de Brown y Sullivan. Y la respuesta a esa conexión está en Roma. —Esperaba haber sonado convincente, porque no sabía qué había descubierto el padre Joe. Continuó antes de que Corrigan pudiera interrumpirla—. Necesito ver los registros de Saint Angela. Dos niños fueron asesinados allí, hace casi cuarenta años, y dos de nuestras víctimas residían allí entonces. Creo que esos documentos pueden ayudar a establecer un móvil. Deberían estar archivados en la archidiócesis de Dublín pero, por alguna razón desconocida, han sido trasladados a Roma. Así que tengo que ir a Roma.

—O estás borracha o loca —dijo Corrigan—. Y no hueles a alcohol, así que debe de ser lo segundo.

—Entonces, ¿eso es un no?

—Definitivamente.

—¿Puedo explicarle de dónde viene esto? —preguntó Lottie.

—No puedes ni explicarme a dónde va —bramó Corrigan—. Pero yo sí que te voy a explicar algo, inspectora Parker. —Se levantó y caminó a su alrededor—. Hace una semana que estamos con esta investigación y hasta ahora no has descubierto una mierda. Estoy atendiendo a la prensa a diario, diciendo un montón de chorradas, por culpa de Boyd, Kirby, Lynch, tú y todos los demás payasos de tu circo ahí fuera, demasiado ocupados en jugar a ponerle la puta cola al puto burro con las fotos como para darme respuestas. La gente de Ragnmullin está cagada de miedo. El asesino está ahí fuera riéndose de nosotros, y ¿qué quieres hacer tú? Irte a hacer el imbécil a la puta Roma. ¡Ja!

Cesó su paseo alrededor de ella y se sentó, dejando escapar más aire. Lottie se preguntó si provenía de la silla o de su culo.

—Hay una explicación lógica y tengo una corazonada... —Se detuvo a mitad de la frase al ver cómo se encendían las mejillas de Corrigan y se volvían púrpuras.

—No quiero oír chorradas sobre intuición femenina o corazonadas, ¿me oyes?

—Sí, señor.

—Y deja de acosar al obispo Connor. Si vuelvo a ver su nombre aparecer en mi teléfono, haré que te suspendan antes de responder la llamada. ¿Entendido, inspectora?

—Sí, señor —convino Lottie, mordiéndose la lengua para no decir que Connor podría estar llamando para una partidita de golf.

—Y mantente alejada de Tom Rickard también.

—Sí, señor.

—Ahora, vete de aquí y haz algo de trabajo constructivo, si es que todavía sabes lo que significa eso.

El comisario Corrigan se quitó las gafas, se frotó los ojos y, cuando se las volvió a poner, Lottie estaba saliendo por la puerta. Oyó las palabras del hombre mientras se alejaba.

—Roma mis cojones.

Tom Rickard masticaba su desayuno. Vigorosamente.

—Jason no volvió a casa anoche —dijo Melanie.

—Lo sé. —Rickard se metió una salchicha en la boca.

—Estoy preocupada —añadió ella mientras volvía a llenar la taza con la tetera roja Le Creuset—. A menudo pasa la noche fuera, pero después de lo que pasó anoche, ya sabes... —Su voz era tan afilada como el cuchillo que él sostenía.

Rickard levantó la cabeza, se quitó un trozo de huevo de entre los dientes y se lo tragó.

—Volverá pronto a casa.

—Nunca le habías pegado, ni siquiera cuando era pequeño. Ni tan solo una bofetada. No sé qué bicho te picó. Y delante de su novia. Eres despreciable.

Mientras se pasaba la lengua por los dientes, Rickard levantó el tenedor y terminó su desayuno. Echó tres cucharaditas de azúcar en su té y se lo bebió ruidosamente.

—Se está juntando con malas compañías. Voy a acabar con esa historia hoy mismo —afirmó.

—¿Te das cuenta de que un asesino anda suelto y de que nuestro hijo ha desaparecido?

—No seas estúpida —dijo él—. Probablemente haya pasado la noche enroscado a esa chica.

—¿Como tú? ¿A dónde fuiste anoche tan tarde?

—No vayas por ahí, Melanie. —Rickard la miró por entre las púas de su tenedor.

—Pegas a nuestro hijo y, luego, haces tu truquito y desapareces —dijo Melanie con desprecio—. ¿Estabas con tu rubia perfumada? —Olisqueó el aire como si llevara con él el aroma de la otra mujer a todas partes.

Rickard se llenó la taza de nuevo. Se preguntó en cuántos trozos se rompería la tetera si la tirara contra la pared. O tal vez contra la cabeza de Melanie.

Un teléfono sonó en el pasillo. Rickard se levantó para ir a responder, pensando que lo acababa de salvar de cometer una locura.

* * *

Katie Parker despertó con una jaqueca retumbando tras sus ojos. Sacó el teléfono de debajo de la almohada. No había llamadas perdidas ni mensajes de texto.

Marcó el número de Jason. ¿Por qué se había enfadado tanto su padre?

El buzón de voz. Su voz reía durante el mensaje. «Eh, colega, obviamente no puedo coger tu llamada, ni te molestes en dejar un mensaje. Ja. Ja».

Katie sonrió.

—Hola, cariño. Espero que estés bien. Llámame cuando te levantes. Te quiero.

Colgó y le mandó un mensaje de texto con dos líneas de emojis sonrientes.

Se frotó la nariz contra la almohada, hundiéndose en ella, y gruñó mientras más recuerdos de la noche anterior le venían a la mente.

Había llamado borracha a su madre.

Enterró la cabeza bajo el edredón y gimió.

* * *

Tom Rickard miró fijamente el teléfono que tenía en la mano. El móvil de su hijo. Rápidamente cayó en la cuenta de que Jason se había ido la noche anterior sin él. Dejó de sonar. Vio el nombre de Katie en la pantalla y el icono del buzón de voz parpadeó.

Escuchó las palabras de la chica y supo que Jason no había pasado la noche con ella. Contempló el teléfono del chico en su mano. Jason no iba a ningún sitio sin él. Así que, ¿dónde estaba?

Después de volver al salón para terminar su desayuno, Rickard concluyó que tendría que haber pegado todavía más fuerte al idiota de su hijo.

* * *

Unos ruidos como de rasguños sobre su cabeza despertaron a Jason Rickard. Intentó sentarse, pero no pudo. Tenía los pies y las manos atados con una cuerda, enrollada a su torso y alrededor de su cuello. Su cuerpo tembló violentamente. Mierda, mierda, mierda. ¿Qué había pasado? Trató de recordar, pero su mente estaba en blanco.

Movió un poco el cuello para intentar mirar a su alrededor. Nada. Oscuridad. Penumbra. Giró la cabeza. La cuerda se apretó más contra su garganta. El dolor palpitaba como si un escarabajo se hubiera metido en su oreja y alojado en su cerebro. Se dio cuenta de que estaba atado como un pavo en Navidad.

Esto no era ninguna broma.

Esta mierda iba en serio.

Relajó el cuerpo sobre la fría tarima e intentó gritar, pero en lugar de eso sucumbió a un ruidoso llanto.

Quería a su madre.

Quería a Katie.

Quería matar al cabrón de su padre.

Lottie siguió a Boyd hasta la cafetería que habían montado en la despensa. Él encendió el hervidor.

—¿Quién se cree Corrigan que es? —siseó ella. Con los dientes apretados, golpeó la encimera improvisada.

—Pues el jefe, que es lo que es —dijo Boyd. Encontró dos tazas limpias y les echó unas cucharadas de café.

Lottie se apoyó contra la pared con los brazos cruzados como si así pudieran contener su enfado y dijo:

—Incluso he hecho mi numerito de la subordinada. No se lo ha creído. Ni siquiera ha querido escucharme.

—Yo tampoco te escucharía —comentó él—. Míralo desde su punto de vista. No hemos entregado ni una sola prueba sólida de ninguno de los asesinatos. Ahora que se sabe que Sullivan trabajaba en el comedor social, vuelve a ser portada. Corrigan tiene que responder a sus superiores y al público. La gente cree que no estamos haciendo una mierda para encontrar al asesino.

—Dios, hablas como él —espetó Lottie. Respiró profundamente un par de veces—. Puede que tenga una pista sólida en Roma, pero no ha querido saber nada.

—¿De qué hablas?

Lottie le contó lo de su charla con el padre Joe. El rostro de Boyd se mantuvo impassible. Ella deseó que mostrara alguna emoción, aunque fuera rabia.

—Sé sensata, Lottie —dijo—. Con la tecnología de hoy en día, estoy seguro de que tu cura puede encontrar alguna manera de enviarte la información. —El agua hirvió y la sirvió en las tazas—. No hay leche.

—No quiero leche. Quiero respuestas. Tengo una posible pista y no me dejan seguirla. —Cogió la taza, dio un sorbo al café y permitió que el silencio restaurara la calma en su mente—. Tal vez tengas razón —dijo finalmente.

—¿Sobre qué?

—Tal vez debería contactar otra vez con el padre Joe. Pedirle que busque alguna manera de enviarme lo que sea que haya encontrado.

—Al menos es un comienzo —dijo Boyd.

El teléfono de Lottie sonó. Miró la pantalla.

—Es Katie. Otro problema que tengo que solucionar.

—Con eso no puedo ayudarte. ¿Qué sabré yo?

Boyd pasó a su lado rozando su cuerpo contra el de ella. Inclino la cabeza en señal de disculpa y siguió caminando.

Ella fingió no notar su caricia fugaz, pero la llenó de calidez.

—Katie, ¿estás bien?

—... y no he sabido nada de él —dijo Katie.

—Empieza de nuevo. Estaba distraída —pidió Lottie.

—¡Ay, por Dios, mamá! Es Jason. No sé dónde está. Su madre me ha llamado desde su teléfono móvil. No volvió a casa anoche.

Lottie miró el reloj.

—Son poco más de las siete. Es probable que esté durmiendo en casa de algún amigo.

—¡Mamá! No va a ningún sitio sin su teléfono. La señora Rickard dice que se marchó poco después que yo. Después de que su padre le pegara. Estoy preocupada.

—Bueno, no hay nada de que preocuparse. Confía en mí. Probablemente se esté curando su ego herido. Su padre hizo mal en pegarle, pero es algo que Jason tiene que solucionar él mismo. Cuando sepa cómo hacerlo, volverá a casa. Tiene diecinueve años, no nueve.

—Espero que tengas razón —dijo Katie—. Y lo siento.

—¿Por qué?

—Por llamarte borracha. No lo decía en serio. De verdad. Eres la mejor

madre que podría tener. —La voz de Katie estaba cargada de lágrimas.

—Gracias —dijo Lottie. Una oleada de alivio hizo temblar la taza en su mano—. Escucha, tengo que colgar. Hablamos luego. El cabrón de Corrigan me está vigilando. Desayuna algo y en cuanto tengas noticias de Jason, avísame.

Lottie volvió a la sala del caso. Al mirar la pizarra, se fijó en que Kirby había colgado la fotografía de Joe Burke.

Mike O'Brien estaba muy ocupado haciendo ver que estaba ocupado.

Su asistente personal, Mary Kelly, meneó el trasero al inclinarse sobre su escritorio, fuera de la oficina de O'Brien. Por un momento, observó la figura de la mujer a través de la puerta abierta. Pero no le interesaba. Demasiados pensamientos nublaban su cerebro. El obispo Connor lo había puesto nervioso anoche. Tom Rickard lo había puesto furioso. Entre los dos, lo habían puesto en la cuerda floja.

Sus dedos temblaban mientras intentaba introducir las cifras. Era un galimatías. Aire. Necesitaba aire. Un poco del agradable aire frío invernal. Apagó el ordenador y se puso el abrigo.

—Mary, tengo que salir. Coja los recados si alguien pregunta por mí. No tardaré mucho.

Se abrochó el abrigo.

—Si llaman los de la oficina central por lo de las cifras que mandó ayer, ¿qué les digo?

—Que se vayan a la mierda —respondió O'Brien, y siguió caminando.

* * *

El obispo Connor abrió su coche y se sentó en el asiento de cuero de color crema. Tal vez no debería haber sido tan duro con O'Brien anoche. Tal vez no debería haberle dado la tabarra sobre despistar a la inspectora. De hecho, eso podía hacer que esta sospechara todavía más. Dios sabe lo que haría O'Brien

y, si el hombre se desmoronaba, era capaz de hacer cualquier cosa. Era la carta débil de la baraja. «Pero siempre hace falta alguien que se haga cargo del dinero», pensó.

Lo hecho, hecho estaba. Él no era alguien que diera la espalda a sus convicciones. Al menos el padre Angelotti estaba fuera de juego. Eso estaba bien. Ya tenía suficientes personas entrometidas en sus asuntos para el resto de su vida. El proyecto seguiría adelante. Un nuevo hotel y campo de golf. Membresía de por vida, con todo el tiempo del mundo para disfrutarlo.

Las cosas iban bien. Al fin.

Encendió la radio y condujo por la carretera, tarareando al son de la música.

* * *

El tráfico se movía a paso de tortuga por la carretera cubierta de hielo.

Gerry Dunne quería llegar pronto al trabajo. No parecía que fuera a conseguirlo. Necesitaba revisar el documento una última vez. Sonó el teléfono. Bea Walsh. Lo ignoró. Era una metomentodo. Justo ayer ella había intentado decirle que el expediente de Saint Angela había desaparecido. Él le había dicho educadamente que estaba bajo control. ¿Bajo control? Un día más, y ya no lo tendría en sus manos y sería libre, con un sobre enorme lleno de billetes. Se preguntó si a su mujer Hazel le gustaría pasar otra semana bajo el sol.

Mientras el coche avanzaba con lentitud en los semáforos de la intersección de la calle principal y la calle Gaol, vio por el retrovisor cómo Mike O'Brien salía de una plaza de *parking*, gritaba mientras bajaba por la calle y conducía directo hacia un semáforo en rojo. ¿Quién le había puesto hormigas en el culo? Qué ganas tenía de que todo esto acabara.

Esa semana bajo el sol le parecía cada vez más atractiva.

—¿Qué haces? —preguntó Boyd, espiando por encima del hombro de Lottie.

—Estoy mirando vuelos a Roma —contestó, maldiciendo a Ryanair y a lo que parecían ser un millón de casillas que marcar.

—¿Te has vuelto completamente loca? ¿Quién va a pagarlo?

—Yo.

—Bueno, esto sí que es una novedad. Nunca había oído que un detective se pagara algo que tuviera que ver con el trabajo.

Se acercó rodando en su silla y se colocó a su lado.

—No mires lo que estoy haciendo y no tendrás que mentir —replicó ella mientras tecleaba.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho antes? Es una locura.

—Eso ya me lo has dicho. Deja de repetirlo.

—No quiero tener nada que ver con esto. —Boyd se puso de pie.

—¿Y quién te lo ha pedido?

Kirby les lanzó una mirada sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no vas a hacer algo útil? —masculló Lottie.

—¿Como qué? —preguntó Boyd.

—Como hablar de nuevo con el amante de Brown, Derek Harte. A ver si puedes sacarle algo más. Oculta algo. Continúa investigando a ese cura joven de la casa del obispo, el padre Eoin. ¿Se llama así? Habla con Patrick O'Malley. Encuentra al escurridizo padre Con. ¿Te hago una lista? —No habían tenido suerte encontrando al padre Con, quienquiera que fuera, y Lottie

se había dado cuenta de que había muchas cosas que todavía no entendían.

Boyd empujó la silla de una patada, haciendo que chocara estrepitosamente contra un radiador, cogió su abrigo y salió dando un portazo.

Había un vuelo que salía a la una y media. Miró el reloj. Tenía tiempo suficiente para ir al aeropuerto. Si se daba prisa. Setenta y nueve euros con los impuestos incluidos. No estaba mal. Aunque realmente no podía permitírselo. ¿O sí? Los de arriba no se lo reembolsarían a menos que tuviera aprobación previa y no tenía tiempo para eso. Tendría que pagárselo ella misma. Pero tenía que hacerlo. Clicó.

—Por el amor de Dios —murmuró.

—¿Qué pasa? —Kirby miró por encima de su pantalla.

—Nada.

Buscó en el cajón una pastilla para calmarse. No encontró ninguna. Al cerrarlo, se fijó en el viejo expediente. Solo en medio del caos. Quieto. Esperando. ¿Una respuesta? ¿Podían los viejos registros, ahora en Roma, darle respuestas después de todo este tiempo? Si era así, el gasto valdría la pena.

—Setenta y nueve euros de ida; vuelo de regreso por la mañana, otros cincuenta y cinco —dijo. Kirby fingió que no la escuchaba.

Definitivamente, no podía permitírselo. Buscó en su cartera la tarjeta de crédito. Tenía que pagar las facturas. Se mordió el labio inferior pensando, dándole vueltas a todo en su cabeza. ¿De verdad el padre Joe había encontrado algo útil? ¿Qué pasaba si se había equivocado con él? ¿Y si era él quien había matado a Sullivan y Brown, incluso al padre Angelotti? ¿Cuál era la verdad? Pero se percató de que, fuera la que fuera la deuda que tenía en su Visa, les debía esto a las víctimas.

Buscó en el cajón y sacó el viejo expediente del chico desaparecido. La perseguía como un tenaz fantasma. Lo colocó junto al teclado, lo abrió y miró la fotografía del chico. Pasó el dedo por sus pecas. Tomó una decisión. «Si Corrigan quiere suspenderme, más vale que le dé una buena razón». Introdujo los datos de su tarjeta de crédito. Transacción completada. Tarjeta de embarque impresa. Antes de que pudiera cambiar de opinión.

—Mierda. —Se pasó ambas manos por el pelo, estrujándolo con fuerza.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Kirby.

—Tengo que encontrar a alguien que cuide de mis hijos.

Kirby negó con la cabeza y volvió a lo que estaba haciendo.

—Eso seguro que no está en mi currículum.

Lottie se clavó las uñas en la cabeza. Se tragó su orgullo y llamó a su madre.

Debía de haberse quedado dormido otra vez, porque cuando abrió los ojos, vio un fino rayo de luz.

El hombre. De pie en la puerta. Jason parpadeó. No veía bien.

—¿Qué quieres de mí? —graznó.

—No estoy seguro. Nada seguro. Te recogí en un arrebató, por capricho. Nunca antes lo había hecho. Era bastante excitante tener una carne tan joven sentada junto a mí.

—Eres un perverso.

—Chico estúpido, insultándome. Puede que te arrepientas.

—¿Qué me has hecho? Si me has tocado, lo juro por Dios, mi padre te matará.

—A juzgar por lo que me decías anoche, yo no contaría con él.

—¿Me has...? —La voz de Jason se quebró.

—Si te he ¿qué?

Jason sabía que se estaba burlando de él.

—¿Que si te he tocado? No. Al menos de momento. Estoy pensando en ello. Larga y duramente. —Se rio y se pasó la mano por la entrepierna.

El cuerpo de Jason se sacudió con violencia.

—¿Me has drogado?

—Una pastilla te llevó al mundo de los sueños. No podía arriesgarme a que te resistieras. Eso habría frustrado el propósito del ejercicio.

—¿Qué ejercicio?

—Como ya he dicho, todavía no lo tengo todo pensado. ¿Tienes hambre?

—Tengo sed. Por favor, desátame.

Un ronquido entrecortado llenó la habitación cuando el hombre soltó una carcajada.

—Tal vez un poco de comida y agua. La próxima vez.

Se giró para marcharse.

—Por favor, déjame salir. Quiero ir a casa —imploró Jason. Su respiración se convertía en una niebla blanca en el aire frío.

—Harás exactamente lo que te diga. —La voz se elevó y, luego, se desvaneció, arrastrando amenazas no dichas en su estela.

La puerta se cerró con un golpe sordo y una llave giró en la cerradura.

Jason esperó. Escuchó. Un ruido de arañazos en el techo sobre su cabeza y un pájaro graznando en algún lugar en la distancia.

Eso fue todo lo que oyó, el resto era silencio mortal.

Después de numerosas protestas, Boyd aceptó cubrirla.

—Es solo hasta mañana —le aseguró Lottie.

—No debería...

—Gracias Boyd. Sabía que podía contar contigo. —Le apretó el brazo afectuosamente—. Si te preguntan, estoy revisando las casas de las víctimas otra vez. Siguiendo pistas. Hablando con sospechosos.

—¿Qué sospechosos? ¿Qué pistas?

—Anda, oigo como un eco. —Lottie ahuecó la mano sobre su oreja—. Ya se te ocurrirá algo.

Si el padre Joe había encontrado algo que valiera la pena, estaba salvada, pero Corrigan probablemente la suspendería de todos modos cuando descubriera que había desobedecido sus órdenes. Por otro lado, no le había dicho categóricamente que no. ¿O sí? Que le jodan.

De vuelta en casa, Lottie vació la mochila de Sean, apiló sus libros sobre la secadora y subió corriendo las escaleras a buscar ropa limpia. Arrancó camisas y jerseys de las perchas y contempló cómo la pila crecía hasta convertirse en una torre inclinada sobre su cama.

—¿Qué haces? —preguntó Chloe, de pie en la puerta, todavía en pijama.

—Me voy a Roma. Un asunto de trabajo. He llamado a tu abuela para que se quede aquí esta noche.

—¿Qué? Ah, no.

—Lo sé, lo sé —dijo Lottie—. Pero necesito asegurarme de que estéis a salvo. —Sostuvo una blusa de satén rojo contra su pecho, buscando el visto

bueno de su hija.

La adolescente arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—Déjame ver —dijo—. ¿Qué necesitas?

—Algo bonito y limpio.

Del montón, Chloe sacó una blusa de seda color crema con botones pequeños, una camiseta de tirantes y unos vaqueros oscuros.

—¿Qué te parece? —preguntó Chloe—. Quedarán bien con tus UGG.

—Perfecto —convino Lottie—. ¿Podrías doblarlo y meterlo en la mochila? Ya sabes cómo soy.

Buscó entre su ropa, encontró una camiseta de manga larga azul marino y se la puso. Comprobó si sus tejanos estaban presentables y decidió que eran su única opción.

—Algún día quemaré esas camisetas —prometió Chloe.

—Son cómodas. Aunque esa blusa no me acaba de convencer.

—Es preciosa. Tendrías que esforzarte más. Puede que pesques a un buen hombre —dijo Chloe.

Lottie miró fijamente a su hija con las cejas arqueadas.

—¿A qué viene eso?

—Necesitas salir, ir a sitios bonitos y conocer gente. Eres demasiado joven para estar soltera el resto de tu vida. Sé que papá habría querido que estuvieras con alguien. —Chloe cogió un pequeño tubo de crema hidratante del tocador—. Voy a buscar una bolsa de plástico transparente para esto. Para el control de seguridad del aeropuerto.

Lottie la observó mientras salía de la habitación. Nunca se le había ocurrido que sus hijos quisieran que conociera a alguien. Después de todo lo que habían pasado con la enfermedad de Adam, continuaban sorprendiéndola.

Sentada en la cama, contempló el armario profanado. Se fijó en un grueso suéter tejido en la estantería de arriba, dio un salto y lo sacó. El jersey de pesca de Adam. Se lo acercó a la nariz, anhelaba encontrar algún rastro de él, pero sabía que los lavados lo habían hecho desaparecer. Su extraordinario olor, pegado a su ropa, había sido la única cosa física que quedaba antes de que Rose Fitzpatrick lo metiera todo en la lavadora el verano pasado, quejándose de las polillas. La herida infectada se extendió ese día. Lottie había perdido el control con su madre, la desterró de su casa y lloró sobre la

cesta llena de ropa mojada. No había sido culpa de su madre, en el fondo lo sabía, pero se había sentido violada. Lo único que le quedaba era una aplastante sensación de pérdida.

Se aferró con fuerza a ese pequeño trozo de Adam, apretándolo contra su pecho antes de doblarlo y dejarlo de nuevo en la estantería. Tendría que hacer las paces con su madre. Pronto.

Chloe volvió con una bolsa de plástico transparente, metió el frasco de crema en ella y la colocó encima de todo en la mochila.

—¿Has puesto una muda de ropa interior? —preguntó Chloe.

Lottie hurgó en un cajón, sacó unas bragas y un sujetador y los metió en la bolsa.

—¿Qué haría sin ti, Chloe Parker?

—De verdad que no lo sé, madre —respondió Chloe, sacudiendo la cabeza mientras reía.

—La abuela llegará pronto.

—Supongo que podremos tolerarla durante una noche.

—Solo una cosa más. Échale un ojo a Katie. Estaba disgustada anoche. Y nada de peleas.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Todo siempre gira alrededor de Katie. ¿Qué pasa conmigo y con Sean?

—Sé que puedo contar con vosotros. ¿Por favor?

—Vale —cedió la chica—. Prometo no matar a Katie, al menos hasta que vuelvas. Tú ten cuidado con esos sementales italianos.

Lottie abrazó fuerte a Chloe, le dio un beso en la frente y fue a despedirse de sus otros hijos.

—¿Alguna novedad sobre Jason? —preguntó a Katie.

—No —contestó la joven—. En un rato iré a preguntar por las casas de nuestros amigos, a ver si averiguo algo.

—No te preocupes —dijo Lottie—. Probablemente ha fumado demasiada maría y se ha quedado frito.

—¡Mamá!

—Y cuando vuelva, hablaremos de horticultura —añadió Lottie.

—¿Qué?

—Cómo librarse de las malas hierbas.

Katie sonrió. Lottie le dio un abrazo.
Sean estaba de pie en la puerta.
—¿Cuándo puedo comprarme la PlayStation nueva?

* * *

Lottie cerró la puerta principal apenas unos minutos después de las once de la mañana. Boyd estaba apoyado contra su coche. Le cogió la mochila del hombro.

—Yo conduzco —dijo, entrando en el vehículo.

—No quiero sermones —advirtió Lottie tras sentarse a su lado.

—Y yo no entiendo qué te ha dado —rebató él mientras daba marcha atrás—. Vale. No diré nada al respecto. ¿Has comido?

Ella negó con la cabeza. Boyd se inclinó, sacó una tableta de chocolate de la guantera y se la lanzó al regazo.

Boyd se concentró en conducir por la carretera helada y viajaron en silencio. Llegaron al aeropuerto en cincuenta minutos, a pesar del mal tiempo. Aparcó en una zona de descarga fuera de la terminal de «Salidas». Lottie se puso la mochila sobre las rodillas apresuradamente.

—Si estoy equivocada, que así sea. Pero tengo que averiguar todo lo que pueda, se lo debo a las víctimas.

—Es un suicidio laboral y lo sabes. No deberías ir —dijo él.

—Observa y verás —lo retó Lottie.

Erguida cuan alta era, Lottie atravesó las puertas de cristal y sus largos pasos la llevaron con una sensación de confusa resolución; probablemente porque no tenía ni idea de qué estaba haciendo.

* * *

Boyd condujo de vuelta hasta Ragmullin sin que su enfado se disipara. Se sentó en el escritorio de Lottie, preguntándose cómo se las iba a apañar su amiga para salir de este lío. Por muy disidente que fuera, esto era pasarse de la raya.

La oficina parecía vacía sin ella. Como su propio corazón. Cogió la taza

de café que ella había dejado. La desordenada de Lottie. Al levantarse, rozó el viejo expediente que reposaba sobre el escritorio. Lottie lo guardaba como un secreto de estado. Boyd no le había prestado atención antes, pero ahora despertó su interés y abrió la carpeta.

El chico de la fotografía tenía una curva pícaro en los labios, como si estuviera planeando qué travesura hacer a continuación. Boyd leyó rápidamente. Recluido en Saint Angela. Su madre había denunciado su desaparición después de que la institución informara de que se había fugado. Volvió a mirar el nombre del chico. Inmediatamente supo por qué el expediente y el chico desaparecido eran tan importantes para Lottie. ¿Por qué no había confiado en él lo suficiente como para decírselo? ¿Acaso su amistad no valía nada?

Siguió leyendo y, cuando acabó, Boyd se preguntó si realmente sabía algo sobre Lottie Parker.

Al bajar del tren rápido que la llevó del aeropuerto a la estación Roma Termini, la piel de Lottie hormigueaba de expectación. Era una tarde apacible y caía una ligera llovizna. Adelantó su reloj para ajustarlo a la diferencia horaria de una hora.

Salió a la acera empedrada y cruzó la calle. Nunca antes había estado en Roma, pero había estudiado el mapa en el tren, memorizando las indicaciones hasta su hotel. Todo recto, luego a la izquierda y tendría que estar al lado. Y así era.

Se encontraba en una pequeña *piazza* de cara a la basílica de Santa Maria Maggiore. Su magnificencia la hizo detenerse. Las campanas tocaron las seis y la plaza cobró vida, mientras las palomas dejaban de picotear migas húmedas entre los adoquines y se elevaban hacia el cielo gris.

Entró en el vestíbulo del hotel e inmediatamente quedó cegada por los increíbles suelos y paredes de mármol. El recepcionista le dio la bienvenida.

—*Buongiorno, signora.*

A Lottie le encantaba su acento y pensó que ojalá supiera hablar italiano. Confirmó su reserva y el hombre le dio la llave.

—Es nuestra habitación de lujo, *signora*. Tome el ascensor hasta la cuarta planta.

—*Grazie* —dijo Lottie. Al menos sabía una palabra en italiano.

Al final de un pasillo de mármol blanco, encontró su habitación. Compacta, limpia y acogedora. En silencio, le dio las gracias al padre Joe por encontrar este lugar con tan poca antelación cuando le mandó un mensaje

desde el aeropuerto de Dublín. E insistió en pagarla él mismo. Con los fondos de la diócesis, dijo. Ella no discutió.

Abrió la ventana y los sonidos de Roma se arremolinaron fuera y se colaron en la habitación. El aroma fragante del café se elevaba desde la cafetería de abajo. La vista sobre los tejados la llenaba de emoción. Le encantaría poder visitar la ciudad. Aunque no lo haría esta vez.

La ducha era un chorro débil de agua tibia. Lottie persistió y emergió revitalizada. Se vistió con los vaqueros marrones y la camisa de manga larga de seda color crema. Frente al espejo, abrió los dos botones de arriba y dejó que el cuello colgara suelto. «Así está mejor», pensó, antes de abrocharlos de nuevo. Comprobó la hora. El padre Joe la estaría esperando.

* * *

Las estrechas y sinuosas calles la llevaron hasta las profundidades del corazón de la vieja Roma. Los coches pitaban, las motocicletas aceleraban y las sirenas aullaban. Cuando cesó la llovizna, finalmente salió del laberinto de adoquines para encontrar la basílica de San Pedro al otro lado del Tíber, reluciendo bajo el brillo de las farolas. Cruzó el puente y llegó hasta la ciudad del Vaticano. Comprobando las calles en las indicaciones del mensaje de texto, dobló una esquina y lo vio.

—Inspectora Parker, bienvenida a Roma.

—Me alegro de verle —dijo ella tendiéndole la mano, sorprendida de haberlo encontrado tan rápidamente.

Él la atrapó en un abrazo de oso. Lottie sintió que un rubor caliente le cubría las mejillas. Él la soltó y la agarró por los hombros, con los brazos extendidos.

—Ha perdido peso desde la última vez que la vi. Trabaja demasiado. Y esos cardenales tienen peor aspecto.

Lottie sonrió.

—No sea tonto, me vio hace solo un par de días.

—Me alegro de que haya venido —dijo él—. Quiero enseñarle Roma entera. Le va a encantar.

—Estoy aquí por trabajo —advirtió ella—. Solo tengo unas horas.

—Disfrútelo mientras esté aquí —dijo él—. ¿Una visita rápida por la basílica antes de que cierre?

Sabía que debía ponerse manos a la obra cuanto antes, pero también quería ver el edificio.

—De acuerdo, pero no nos retrasemos.

Mientras caminaba junto a él, este le señaló los atractivos arquitectónicos del exterior antes de guiarla hacia las escaleras y a través del control de seguridad.

—Guau —exclamó ella, recobrando el aliento.

El interior era tan espléndido como la fachada; el incienso llenaba la atmósfera. Pasearon arriba y abajo por los impresionantes pasillos. A Lottie la atraía la *Pietà* de Michelangelo, su piedra pulida resplandeciendo bajo los focos, detrás del cristal protector. La Virgen, con el rostro afligido pero resignado, sostenía a su hijo muerto en brazos. Lottie pensó en Adam y en cómo ella había abrazado su cuerpo mientras se enfriaba, ya muerto. Rogó que nunca tuviera que sostener así a su hijo. Un suspiro escapó de sus labios y el padre Joe le puso la mano en el hombro.

—Es hermoso —susurró Lottie.

—Magnífico —convino él.

Salieron de la basílica y caminaron por callejones estrechos. Se detuvieron unos diez minutos más tarde frente a una puerta de madera de casi cinco metros. El padre Joe se negó a responder sus preguntas a lo largo del camino, alegando que la estaba llevando al origen de sus descubrimientos. Apretó el botón de un portero automático. Una voz rasposa respondió en italiano y la puerta se abrió con un crujido.

Un estrecho vestíbulo se extendía frente a ellos, con una fuente dominando el centro, rodeada de querubines de piedra haciendo cabriolas. Numerosas escaleras serpenteaban hacia los apartamentos en los pisos de arriba. A Lottie le recordaba a la residencia de Gregory Peck en la película *Vacaciones en Roma*. Casi esperaba que la cabeza de Audrey Hepburn apareciera al final de una de las escaleras.

Una puerta se abrió dos pisos más arriba y un hombre rechoncho de metro y medio, vestido con una túnica negra holgada, bajó corriendo las escaleras mientras una sarta de palabras en italiano emanaban de él en tono melodioso.

—¡Joseph, Joseph! —gritó, y rodeó al padre Joe con los brazos.

—Padre Umberto. Esta es la detective inspectora Lottie Parker —la presentó el padre Joe, liberándose del abrazo—. La detective irlandesa que te mencioné.

El hombrecillo se puso de puntillas y rozó su mejilla contra la de Lottie.

—Umberto —dijo—. Llámeme Umberto.

—Usted puede llamarme Lottie.

Los siguió mientras el padre Umberto conducía al padre Joe de la mano escaleras arriba, como una madre recogiendo a su hijo de la escuela. Al final de la escalera había una puerta abierta de par en par. Al entrar en la habitación, Lottie quedó estupefacta por la cantidad de libros desparramados que había por todas partes. El pequeño cura intentó ordenar un poco, agitando las manos aturullado.

—Perdone, no tiempo de ordenar —se disculpó con un marcado acento italiano. Sus gafas parecían estar pegadas a su nariz, como si hubiera engordado demasiado para llevarlas. Lottie se sentó en el escritorio de caoba a rebosar de papeles.

Los dos curas conversaban en italiano. Lottie llamó la atención del padre Joe.

—Tal vez deberíamos cambiar de idioma —sugirió.

—*Sì* —contestó el italiano.

—Umberto, por favor, cuéntale a la inspectora... Lottie por qué el padre Angelotti fue a Irlanda —pidió el padre Joe.

De repente, Umberto se quedó callado. Su entusiasmo desapareció.

—Está muerto. Es... como dicen... terrible. —Se santiguó e inclinó la cabeza. Cuando finalizó sus oraciones entre dientes, sus ojos recorrieron la habitación a toda velocidad—. Sé que es malo. Lo sé.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lottie. La campana de una iglesia sonó y ella se sobresaltó. Parecía que estuviera en la habitación con ellos.

—Creo... él intenta esconder. Esconder errores. —Umberto se sentó súbitamente en el suelo. No había otro lugar donde sentarse.

—El padre Umberto es el conservador de los registros pastorales de Irlanda —explicó el padre Joe—. Eso quiere decir que es responsable de catalogar y archivar cualquier expediente o correspondencia enviado al papa por los obispos. Estos últimos años, algunos registros de la diócesis irlandesa

se han almacenado aquí. Su superior inmediato era el padre Angelotti.

Umberto se quitó las gafas y su anterior fervor apasionado se transformó en un intenso llanto. Lottie observó a través de la pequeña ventana para evitar mirarlo. Los hombres sensibles no eran su fuerte.

—Perdón. Tan triste. Angelotti, él amigo mío.

El padre Joe preguntó:

—¿Quieres un poco de agua?

—No, yo bien. No puedo creer mi gran amigo no viene a casa. Me rompe el corazón. —Sus hombros se alzaron y cayeron mientras prorrumpía en nuevos sollozos.

Lottie interrogó al padre Joe con los ojos. Este giró la cabeza, evitando su mirada.

—¿Puede ayudarnos? —imploró ella al padre Umberto.

—Yo ayudar, *sì*. —Se puso en pie, apretándose las gafas contra la nariz—. Nadie puede hacerme daño. *Sì*? —Se secó las lágrimas, tratando de recobrar una pizca de calma.

—¿Por qué fue el padre Angelotti a Irlanda? —preguntó Lottie, con la esperanza de que el cura les dijera pronto algo que mereciera la pena. El tiempo corría rápido y la perspectiva de perder su trabajo parecía más real a cada segundo que pasaba.

—Recibe correspondencia... por eso él va.

—¿Tiene usted una copia de esa correspondencia? —interrogó ella.

—No. Un mensaje. En su teléfono.

—Pero usted debe de saber algo —insistió Lottie.

El cura suspiró, miró al padre Joe y volvió a centrarse en Lottie.

—No recuerdo cuándo. ¿Verano, tal vez? Él recibe una llamada de un hombre. James Brown. Él pide una investigación. En Saint Angela. Él dice, se vende por poco dinero. Él dice, padre Angelotti también tiene que buscar bebé adoptado. ¿Entiende? No hablo muy bien su idioma.

—Entiendo —dijo Lottie.

—Padre Angelotti, él pasa muchas horas con los libros maestros después de eso. Sé que hay más correspondencia con ese James. Diciembre, padre Angelotti me dice tiene que ir. Dice que ha hecho un gran error. Dice que tiene que hablar con gente. Para arreglar cosas.

—¿Qué error? —preguntó Lottie.

—Dice que confunde números. Eso es todo que dice. Dice a mí que no hago preguntas. Así que no hago.

—¿Puedo mostrarle a la inspectora Parker los libros maestros? —pidió el padre Joe.

El cura asintió.

—Mi querido amigo es muerto. —Hizo una pausa y añadió—: Voy a dar una *passeggiata*... paseo. Así no digo mentiras cuando no veo. —Se puso el abrigo y, sin decir otra palabra, salió adentrándose en la noche, dejándolos solos.

El padre Joe se puso en pie.

—El obispo Connor ordenó que todos los viejos libros maestros de Saint Angela se trasladaran de Irlanda a aquí. Eso fue hace unos dos años. No tengo ni idea de por qué. Ahora, están guardados en el sótano. Venga —la instó, y abrió una puerta que Lottie había pensado que era un baño. Reveló una escalera de caracol.

—¿No deberían estar en un lugar más seguro? —cuestionó Lottie.

—Esto es seguro. Hay multitud de oficinas como esta repartidas por toda Roma. Muy pocas personas saben de su existencia.

Llegaron al final, tres pisos más abajo.

La gruesa puerta de madera estaba abierta, con una llave de hierro en la cerradura. Lottie miró al padre Joe y entró en la habitación.

—Este lugar es increíble —comentó Lottie.

Estantería tras estantería de libros maestros forrados en cuero. La historia relegada a las callejuelas de Roma.

El padre Joe abrió uno de los libros que había sobre el escritorio.

—Saint Angela —dijo.

Lottie respiró profundamente tras darse cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Con cuidado, el padre Joe pasó las desgastadas páginas hasta alcanzar el año que estaba buscando: 1975. Ella lo miró antes de leer detenidamente lo que se había escrito décadas atrás.

Listas. Nombres, edades, fechas, sexo. Todas mujeres.

—¿Qué estamos mirando? —preguntó, aunque ya lo había adivinado.

—Estas páginas se refieren a las chicas trasladadas al Saint Angela en 1975 —explicó él—. Las he repasado, pero no he encontrado a Susan Sullivan en ningún sitio.

Lottie se sentó y pasó las páginas, leyendo las listas.

—Aquí está —dijo—. Sally Stynes. Se cambió de nombre. —Recorrió la línea con el dedo.

—Por eso no podía encontrarla —murmuró él.

—Estos son números de referencia —anunció Lottie—. Este, junto al nombre de Sally, AA113. ¿Qué significa?

—Hace referencia a otro libro de por aquí. Todavía no lo he encontrado. Pero mire esto. —Le acercó otro libro más pequeño.

—Dios mío —susurró ella—. No me lo puedo creer. Fechas de

nacimiento. Fechas de defunción. Joe, solo eran bebés y niños pequeños. — Lottie estudió las páginas mientras el horror la ahogaba.

—Lo sé —dijo él, en voz baja.

—Causa de la muerte: sarampión, cólico, desconocida... —leyó—. Dios mío. ¿Dónde los enterraban?

—No tengo ni idea.

—Parece todo tan metódico, tan impersonal —dijo Lottie—. Estos eran los hijos de alguien.

—No estoy seguro de que esté relacionado con sus investigaciones. El número de referencia que usted ha señalado, no lo veo aquí —comentó él, inclinándose sobre su hombro.

Lottie trató de controlar el temblor que recorría su cuerpo. Impactantes titulares sobre bebés muertos en fosas sépticas volvieron a su memoria. Fue noticia internacional hace algunos años. Ahora, tenía pruebas en sus manos de algo similar. ¿Era esta la razón por la que habían trasladado los registros? Volvió al primer libro que el padre Joe le había enseñado.

—Este libro —dijo— solo contiene los ingresos de las niñas. También había niños en Saint Angela. —Recordó el expediente del niño desaparecido, enterrado en su cajón. Otro misterio asociado con Saint Angela. Deseó que este lugar pudiera arrojarle algo de luz.

—Estarán en otro libro. Seguiré buscando. Hubo muchos niños en esa escuela a lo largo de los años —dijo, señalando las hileras de lomos negros que había en las estanterías.

—No lo llame escuela —gritó ella, golpeando la mesa, incapaz ya de contener su rabia—. Era una institución. Una institución que pasó desapercibida.

—Hasta ahora. —Su voz era inexpresiva. Resignada.

—¿Quién es este padre Cornelius que firma cada página? —preguntó Lottie, desviando la vista de la tragedia escrita ante ella. ¿Podría ser el padre Con del que habló O'Malley? «Debe de serlo», pensó.

El padre Joe sacó otro libro del estante.

—Tiene que ver esto primero —dijo, y abrió una página que ya había marcado—. Estos registros son como un dispositivo de seguimiento —explicó—. Es una lista de los curas y de dónde sirvieron.

Lottie tomó el pequeño libro y lo colocó encima de los otros con manos temblorosas. Un nombre encabezaba la página escrito en una nítida caligrafía en tinta, padre Cornelius Mohan. Las filas bajo este confirmaban movimientos entre parroquias y diócesis. No se explicaba la razón de estos traslados.

—La mayoría de los curas sirven en unas tres, tal vez cuatro parroquias a lo largo de su vida —dijo el padre Joe.

—Pero aquí debe de haber unas veinte o treinta. —Recorrió la página hacia abajo con el dedo, contando. Luego, pasó a la siguiente. Más parroquias. Siguió contando.

—Sirvió en cuarenta y dos parroquias diferentes a lo largo del país — señaló Lottie, sacudiendo la cabeza.

—Habla por sí solo, ¿no es cierto? —dijo él. Era una declaración, no una pregunta. Se paseó por el reducido espacio.

—¿Se trasladó por abusos? —preguntó Lottie.

—No lo especifica, pero los curas normalmente no son desplazados de parroquia en parroquia de esa manera. Estoy seguro de que hay expedientes repletos de acusaciones contra él. En alguna parte.

—Dios santo, su última dirección es Ballinacloy. Eso no está lejos de Ragnmullin —observó Lottie—. ¿Sabe si todavía está vivo?

—Estoy seguro de que habrían dicho algo si hubiera muerto, incluso aunque esté retirado —dijo el padre Joe, asintiendo con la cabeza y con los hombros caídos—. Debe de rondar los ochenta años.

—¿Lo conoce? ¿Lo ha visto?

—No lo conozco. Me quedé conmocionado cuando descubrí esto.

—¿Alguien actualiza manualmente estos libros?

—Nada de lo que hay aquí se introduce en un ordenador. ¿Querría que esto se encontrara? La Iglesia católica no. Querría que se escondiera, que quedara oculto y encubierto.

—¿Puedo hacer copias?

—No está permitido.

Lottie lo observó un momento y sus ojos le dijeron lo que necesitaba saber. Toqueteó su teléfono dentro del bolsillo.

—¿No ha dicho que tenía que ir al baño? —preguntó.

—No arranque ninguna página —respondió él. Sabía lo que ella planeaba.

—Gracias.

—Confío en usted.

Mientras escuchaba al padre Joe subir lentamente las escaleras, Lottie pensó que sus pasos sonaban cargados con el peso de los pecados de su iglesia.

Se sintió físicamente enferma mientras examinaba el texto. No podía seguir leyendo, así que fotografió rápidamente las páginas con la cámara de su móvil. Intentó capturar lo máximo posible del libro grande. Calculando una cuadrícula en su cabeza, hizo las fotos en orden cronológico; las montaría en su propio ordenador. «Esto no permanecerá escondido», juró en silencio. Los nombres grabados en las páginas parecían tan impersonales, tan desprovistos de humanidad; quería leerlos todos, dedicarles a cada uno su tiempo. Hacían referencia a una vida, al latido de un corazón y a un corazón roto. Y estaba segura de que estaban relacionados con los asesinatos actuales en Ragmullin. James Brown y Susan Sullivan habían pasado tiempo juntos en Saint Angela. Y estaba convencida de que la conexión entre sus asesinatos estaba enterrada en algún sitio de esta mazmorra de libros maestros.

Cuando terminó de hacer fotos, centró su atención en las estanterías y examinó las fechas inscritas en los lomos polvorientos. Principios de 1900 hasta 1980. Volvió sobre sus pasos y sacó un libro delgado de 1970, con referencias de A100 a AA500. Localizó lo que creyó que serían las páginas relevantes, las fotografió apresuradamente sin leerlas y lo devolvió a la balda. Buscó los libros de los chicos. Los descubrió en el estante de abajo del todo, encontró el de 1975, fotografió cada página y devolvió el libro a su polvorienta lugar de reposo. Hizo lo mismo con la primera mitad de 1976. No tenía fuerzas para leerlo todo ahora. Y se preguntó por qué el padre Joe no había simplemente fotografiado las páginas y se las había enviado por correo.

La puerta se abrió. El padre Joe estaba allí de pie con las manos metidas profundamente en los bolsillos.

—Anoche insinuó —dijo Lottie— que todo esto tenía algo que ver con el obispo Connor, pero no veo ninguna prueba.

—Mire la firma al final de cada línea de movimientos del cura —instruyó él.

Lottie obedeció. Era un garabato alargado, pero no había duda de cuál era el nombre. Terence Connor.

—Tengo que llamar a Boyd —dijo.

—¿Por qué?

—Quiero que hable con ese padre Cornelius Mohan. Sirvió en la parroquia de Ragnmullin y fue asignado a Saint Angela durante tres años. — Miró su teléfono. Sin cobertura—. Vamos a tomar un poco de aire fresco.

Las náuseas amenazaban con superarla después de lo que acababa de leer. Rozó al padre Joe al pasar por su lado y subió los escalones de dos en dos, apresurándose como si los muertos se hubieran alzado de las páginas polvorientas y estuvieran siguiendo sus pasos.

Fuera, caminó en pequeños círculos bajo la luz de las farolas. Los altos edificios, inclinados hacia dentro, parecían agarrar las sombras y tirarlas a su alrededor como grava en un arenero.

—¿Seguirá buscando en los otros libros por mí? —pidió—. A ver qué puede averiguar. Estoy segura de que todo está conectado con Saint Angela.

—Sí, por supuesto —accedió el padre Joe—. Pero ¿cómo puede estar segura?

—Tiene que ser un encubrimiento y el error que cometió el padre Angelotti debe de estar relacionado con los números de referencia. —Lottie tecleó en su teléfono—. Las cosas empiezan a tener sentido.

Comprobó la señal y llamó a Boyd.

El gimnasio iba a cerrar. La música machacona había quedado desterrada a las profundidades de la nada y alguien encendía y apagaba las luces. Boyd acabó los ejercicios de recuperación, apagó la cinta y se dirigió rápidamente al vestuario.

Mike O'Brien estaba abrochándose la camisa hasta el cuello y poniéndose los gemelos, con el rostro enrojecido e hinchado por el esfuerzo. Se había dado la vuelta y se estaba poniendo la chaqueta cuando el teléfono de Boyd sonó.

Este comprobó quién llamaba, maldijo y contestó.

—Boyd —dijo, y escuchó mientras Lottie hablaba.

—Padre Cornelius Mohan —repitió, buscando en su bolsa del gimnasio —. No encuentro un boli, espera.

O'Brien le tendió uno que sacó del bolsillo de su camisa. Boyd lo cogió y asintió en señal de agradecimiento.

—Sigue. Sí, lo tengo. Ballinacloy. Muy bien. Sí, enseguida.

Quería preguntarle muchas más cosas a Lottie, pero esta colgó.

—Yo también te quiero —masculló con sarcasmo al teléfono en su mano.

Le devolvió el bolígrafo a O'Brien, cogió su bolsa y salió del gimnasio sin hablar con nadie.

* * *

Ballinacloy, un pueblo de casi doscientas almas o pecadores —según como se

quiera ver— estaba situado a cincuenta kilómetros de las afueras de Ragnullin, en la vieja carretera Athlone.

Fuera, en el jardín, el padre Cornelius Mohan recogía hierba en una cesta. Un cigarrillo colgaba de sus labios agrietados. Orgulloso de lo ágil que era para su edad, se sentía frustrado por cómo la nieve lo había debilitado. Temía caerse y romperse la cadera.

Cuando se giró para regresar a casa, la luz se atenuó. Había alguien delante de la puerta que bloqueaba el resplandor de la bombilla. El viejo cura levantó su blanca cabeza y miró directamente a esos ojos oscuros. Un dolor le apretó el corazón y su respiración se volvió laboriosa. La cesta llena de hierba golpeó contra el suelo y el cigarrillo cayó de su boca sobre la nieve, crepitando por un momento antes de que la colilla roja se ennegreciera y extinguiera.

—¿Me recuerdas? —retumbó la voz, distorsionada por un soplo de viento.

El viejo cura miró el rostro parcialmente oculto por una capucha negra. Aunque el rostro era más viejo, los ojos reflejaban la misma frialdad de antaño; un ser insensible que él mismo había ayudado a crear. Y sabía que este día llegaría.

Se dio la vuelta, dio una patada a la cesta y trató de correr. Sus viejas piernas se negaban a moverse rápidamente.

—Vete —gritó—. Déjame en paz.

—Así que me recuerdas.

Una mano lo agarró por el hombro. El cura se la quitó de encima y cojeó hasta la esquina de la casa antes de tropezar con la rejilla metálica que cubría un desagüe. Cuando cayó de espaldas, su asaltante se le echó encima y lo inmovilizó contra el suelo.

—¿Qué quieres de mí? —graznó el viejo cura.

—Me robaste. —El tono era amenazador.

—Nunca he robado nada en mi vida.

—Me robaste mi vida.

—Tu vida ya no valía nada —espetó—. Tendrías que agradecerme que te salvara del mal.

—Tú me mostraste el mal, viejo loco de mierda. He esperado este

momento durante toda mi vida y, ahora, por fin puedo enviarte al fuego eterno.

—Vete al infierno.

El padre Cornelius luchaba por respirar cuando la soga se estrechó alrededor de su garganta. Creyó oír campanas repiqueteando antes de que su mundo se oscureciera.

* * *

Boyd mantuvo el dedo apretado contra el timbre. Había luz dentro y veía que el farol del jardín trasero estaba encendido.

No hubo respuesta.

—Vamos —urgió a Lynch, y rodearon la casa hacia el lateral.

El jardín estaba iluminado por una bombilla solitaria, de una potencia demasiado baja para alumbrar en la distancia. Aunque la luna estaba baja en el cielo, recortaba suavemente las siluetas de los árboles.

Lynch caminaba de puntillas tras él. Se alegraba de haberla llamado. Necesitaba la compañía.

Detrás de la casa, una figura yacía inmóvil en el suelo. Boyd estiró el brazo para que Lynch se detuviera.

—¿Qué? —preguntó esta al chocar contra él.

Boyd la miró, se puso un dedo sobre los labios y escuchó.

—Espera aquí —susurró, y se acercó lentamente a la figura, con cuidado de no pisar nada que pudiera ser una prueba.

Se agachó al lado del viejo cura y puso dos dedos contra su garganta. Supo que su acción era inútil cuando vio la soga enroscada con fuerza alrededor de su cuello. El rostro era azul bajo la suave luz, la lengua asomaba por entre los labios y los ojos ciegos parecían atravesarlo con la mirada. El hedor rancio de las heces del muerto flotaba, anulando cualquier otro olor. Boyd se levantó y echó un vistazo a los alrededores, tanto como le permitía la débil bombilla.

—¿Lynch?

—¿Qué?

—Los arbustos... por allí. Me parece que he visto algo.

—Yo no veo nada.

—¡Allí! ¿Lo ves? —Boyd atravesó corriendo el jardín en penumbra.

—Espera —gritó Lynch—. ¿A dónde crees que vas?

Boyd saltó el seto y encendió la linterna de su móvil. Comenzó a sonar. Ignoró la llamada, concentrado en la oscura figura que corría delante de él por la angosta calle.

—Boyd, idiota —chilló Lynch—. ¡Espera!

Este corría veloz, resbalando y patinando, tratando de no perder de vista al objetivo. Las ramas le golpeaban la cara, y las hojas mojadas rebotaban y lo abofeteaban con fuerza. Un arbusto espinoso le rasgó el agujero de la nariz y una rama le arañó la cabeza. Tenía que atrapar a su presa. Era el asesino. Estaba seguro. La adrenalina alimentaba sus piernas e inconscientemente agradeció las horas que había pasado sudando en el gimnasio.

La luz de la luna era intensa pero era difícil correr sobre los adoquines resbaladizos. Su respiración se agitaba, rápida y superficial. Un contenedor de basura con ruedas se estrelló en su camino y la sombra aceleró calle arriba. Al final, un muro. Boyd lo escaló de un solo movimiento y siguió al espectro en la noche.

Frente a él, un campo se extendía en la oscuridad. Se detuvo para recuperar el aliento. ¿En qué dirección había ido? Boyd no veía nada. La frustración se manifestó e insultó al aire.

Sin haber oído ni un ruido, notó que algo le rodeaba el cuello. Levantó las manos, agarrándose a la nada, maldiciendo su estupidez. Era fuerte, pero lo había cogido desprevenido y estaba en desventaja. Seguro que Lottie tendría algo que decir sobre esto, pensó inconscientemente. Golpeó con el codo al hombre tras él, pero el agarre no se aflojó.

Dio una patada hacia atrás. Su pie chocó contra un hueso. Bien. El lazo se apretó más. Mal. La oscuridad descendió mientras el aire helado esperaba como un oscuro escalofrío a su alrededor. Sintió impotencia y unas ganas incontrolables de reír, todo a la vez. Su garganta se estrechaba, sus manos se agitaban, el cable se apretó más. Luchó desesperadamente contra la presión. Pero sus rodillas flaquearon y la nieve caló en sus huesos.

No podía ver nada, pero sintió que el hombre se inclinaba sobre él. Un cuchillo atravesó su ropa, su carne. Un dolor agudo en el costado. Dejó escapar un grito. Su teléfono sonó en un mundo distante. Lottie se iba a cabrear un montón con él por haberse dejado matar. Una rodilla se hundió en

su columna. Sintió arcadas y la luna iluminó las sombras durante un segundo, antes de que la completa oscuridad descendiera como un velo negro sobre el rostro de una viuda.

Oscuridad.

Lottie sintió el brazo del padre Joe rodear el suyo, guiándola por la ciudad amurallada a través de Borgo Pio y cruzando el río.

—Espero que esos libros maestros le sirvan de algo —dijo él—. ¿Cómo va la investigación en general?

—No pregunte.

—¿No quiere hablar de ello?

—No con usted, padre Joe. Todavía es sospechoso. —Un matiz de inquietud reptó por su voz.

Él rio.

—Ah, eso no es muy agradecido por su parte. Ya le he dicho que podrían excomulgarme por lo que acabo de mostrarle.

—Lo siento. Gracias.

—De nada.

—Todavía no consigo entender por qué el padre Angelotti viajó hasta Ragmullin —comentó ella—. Parece poco probable que fuera debido a la correspondencia con James Brown.

—No lo sé —dijo él, acercándose más a ella mientras caminaban.

—No sabe ¿qué?

—Por qué fue hasta Ragmullin.

Contemplaron la basílica de San Pedro al otro lado del Tíber. El padre Joe se rascó la cabeza.

—Lottie, hay un montón de preocupaciones dando vueltas en mi cerebro. Y no me gusta esa sensación.

—Continúe —instó ella.

—Siempre ha habido escándalos asociados a la Iglesia católica a lo largo de los siglos. En las últimas décadas, se han extendido rumores sobre negocios financieros inapropiados y vergonzosos casos de abuso sexual a niños. —Cerró los ojos un momento—. Creo que tal vez el padre Angelotti estaba en una misión para encubrir algo que amenazaba con explotar. Intentaré averiguar quién lo envió. Pero es posible que actuara por iniciativa propia.

—Ha habido multitud de casos de abuso. Los bebés de Tuam, el Asilo de las Magdalenas... ¿Por qué ahora? ¿Por qué matarlo? No tiene sentido.

Lottie alzó las manos y, luego, las bajó. El padre Joe la agarró del brazo y la volvió hacia sí.

—Nada de esto lo tiene, Lottie. Pero debe de haber un móvil o un argumento verosímil. Y cuando revise las copias de los libros maestros estoy seguro de que encontrará algo.

—Este caso es como un nudo de carreteras —se quejó ella, notando los dedos del padre Joe a través de su chaqueta—. Va a todos lados y a ninguno. No hay pistas, ni nada. Y trasladar esos registros a Roma es muy poco ortodoxo.

—No es poco ortodoxo, es hacer lo que se le da mejor a la Iglesia católica. Encubrir. —Empezó a caminar de nuevo—. Volveré a visitar a Umberto por la mañana y revisaré el resto de libros.

—Le agradezco todo lo que está haciendo, de verdad.

—¿Pero sigo siendo sospechoso? —inquirió.

Lottie no dijo nada. Hicieron el resto del camino en silencio.

Parados en la acera frente a su hotel, Lottie preguntó:

—¿A dónde irá ahora?

—Si le soy sincero, no lo sé.

Lottie notó unas ligeras gotas de lluvia caer sobre su cabeza.

—¿Quiere entrar a tomar un café? —No quería estar sola con las imágenes que los viejos libros maestros habían conjurado y sintió que Joe podría ser su amigo.

—Tal vez lo haga —contestó él, y la siguió al interior del cálido vestíbulo.

—Mierda —maldijo ella.

—¿Qué ocurre?

—El bar está cerrado.

—Quizá debería haberle reservado un hotel más sofisticado —bromeó él. Lottie se quedó pensativa un momento.

—Esto no es muy apropiado, pero ¿quiere subir a mi habitación? Hay un hervidor y tazas.

—Inspectora Parker, esa es una sugerencia totalmente inapropiada —contestó él, con una sonrisa iluminándole el rostro—. Una sugerencia que acepto.

En el ascensor, Lottie dejó algo de espacio entre ellos, se apretó el bolso contra el pecho y suspiró. ¿Qué iba a hacer ahora? El padre Joe le gustaba. Pero ¿era como un hermano o era algo más? No estaba nada segura.

La habitación estaba tal y como la había dejado. Las cortinas ondeaban con la brisa y el aroma a lluvia fresca reposaba en el alféizar de la ventana. Al darse la vuelta, el padre Joe se encontraba exactamente tras ella. De repente, la habitación era demasiado pequeña.

—Disculpa —susurró, y pasó junto a él para coger el hervidor.

Lo llenó en el baño. Cuando regresó a la habitación, él estaba sentado en la estrecha silla de madera frente al escritorio, y su abrigo descansaba sobre los pies de la cama. No había dicho ni una palabra desde que abandonaron el vestíbulo. Encendió el interruptor, se entretuvo abriendo las miserables bolsitas de café y echó los granitos en las tazas.

Una oleada de agotamiento se filtró por sus nervios. Se frotó la nuca. Inmediatamente, el padre Joe se levantó y se puso de pie detrás de ella.

—*Shhh* —la calmó, masajeando el sitio donde habían estado los dedos de Lottie.

Unos temblores la recorrieron como rayos hasta los dedos de los pies. «Santo Dios», pensó, «soy un cliché. Es un cura. No pasa nada. Solo me está haciendo un masaje en la nuca».

Sintió la manga de su suéter, áspero contra la seda de su blusa. Olió su jabón suave. Permaneció de pie, callada, sepultada por su caricia, y se preguntó si anhelaba ese contacto para que la absolviera de todos los horrores de las últimas horas, de los últimos días, de los últimos años, y de todos los que todavía debían ser revelados.

—Ya es suficiente, Joe. —Rio nerviosa y se escabulló, alejándose de él. Fue a buscar el hervidor—. Tomémonos ese café.

—Por supuesto —convino él, y se sentó en la silla.

Tras ofrecerle una taza, Lottie dijo:

—Espero no haber mandado señales equivocadas. Me gustas como amigo. Nada más. Mi vida ya es lo bastante complicada.

Él soltó una carcajada y la tensión de la habitación pareció deslizarse por la ventana tras la cortina ondulante.

—Buen Dios, espero no haberme comportado de manera inapropiada. Solo intentaba aliviarte la tensión del cuello. Has tenido un día difícil.

Lottie sintió que un rubor se extendía por sus mejillas. Mierda, había quedado como una idiota. Dejó la taza y se giró.

Él se levantó y le puso las manos sobre los hombros, obligándola a mirarlo.

—Eres una buena mujer, Lottie Parker. Quiero que sepas que seré tu amigo y que haré todo lo que pueda para ayudarte a resolver esos asesinatos. —Le tendió la mano—. ¿Amigos?

—Sí —dijo Lottie, y le dio la mano. Él la estrechó, sujetándola firmemente en la suya.

Luego, se marchó sin decir nada más.

Lottie se apoyó contra la puerta y escuchó sus pasos desaparecer por el pasillo de mármol. Esperó a que su respiración volviera a la normalidad. Esperó al repiqueteo de las campanas de Santa Maria Maggiore.

Cuando finalmente pudo moverse, Lottie trató de telefonar a Boyd. Solo quería oír una voz familiar.

No hubo respuesta.

Observó la ciudad y contó las siluetas de los capiteles. Contó las bocinas y las sirenas. Mientras su cuerpo se relajaba, encendió el portátil. Tenía que volver a casa. Esa misma noche. Encontró un vuelo que salía en dos horas, lo reservó y metió todo apresuradamente en la mochila. Dejó el hotel y corrió para tomar el tren rápido.

Volvió a llamar a Boyd.

No hubo respuesta.

Una campanilla tintineó y una luz parpadeó sobre su cabeza. Jason abrió los ojos y giró lentamente la cabeza, enfocando la mirada entre las sombras.

—Hora de una pequeña ceremonia, monaguillo.

La voz entonó un cántico de ensalmos en un susurro. Una luz tenue titilaba.

—¿Qué quieres? —graznó Jason.

—Cualquier cosa que puedas ofrecerme nunca bastaría.

—Mi padre...

—Esto es en parte culpa suya. Así que puedes reprochárselo.

—¿Qué... qué quieres decir?

—No tienes que preocuparte por eso.

Jason cerró los ojos con fuerza para impedir que las lágrimas escaparan. Unas manos lo desataron y lo obligaron a ponerse de pie. Un dedo recorrió su columna. El hombre exhaló un profundo suspiro y lo empujó a través de la puerta, a lo largo de un pasillo y escaleras abajo.

Estaba en una pequeña capilla. El hombre llevaba una campanilla y la hacía repiquetear al son de un ritmo desconocido de su cuerpo.

Los bancos de madera no ofrecieron ningún consuelo a Jason; se vio obligado a permanecer de pie, hipnotizado por la escena ante él.

Vestido con una amplia sotana blanca, abotonada de los pies al cuello, el hombre cantó su demente melodía, subiendo y bajando la voz casi al ritmo de las velas que danzaban suave y lentamente en una brisa contenida.

—He matado a un hombre esta noche —dijo la voz cantarina.

Jason sintió frío pese a estar cubierto en sudor. Combinado con las drogas

que le había dado, las velas que parpadeaban y el cántico incesante, se sintió mareado.

—De hecho, puede que haya matado a dos. —La risa histérica resonó a través del vestíbulo de piedra.

Un cuervo voló en círculos entre las vigas y chocó contra un vitral. Una pluma flotó en el aire en su velorio. Una neblina descendió sobre los ojos de Jason mientras el mármol recibía su caída. Golpeó el suelo y permaneció allí, inconsciente, junto a la pluma negra.

Lottie se recostó contra la ventana ovalada del avión. Cerró los ojos y pensó en las pocas horas que había pasado en Roma, con la mente consumida por los viejos libros maestros. Números y más números se arremolinaban en su mente. Susan Sullivan era un número. Su bebé era un número. De repente, se irguió de golpe en su asiento, despertando a la mujer en el asiento contiguo.

—Lo siento —se disculpó Lottie—. Creo que todavía nos queda una hora.

La mujer apretó la barbilla contra el pecho y volvió a dormirse.

Lottie miró fijamente al asiento frente a ella. ¿Qué era lo que estaba al alcance de su mano? Una pista. Algo que ya había visto pero que aún no había registrado. Lo averiguaría. Sabía que lo haría. Las pruebas fotográficas estaban en su teléfono. Una vez las descargara, estaba segura de que podría atar todos los cabos.

Celosa de la mujer que roncaba suavemente, Lottie no conseguía relajarse. Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba a Boyd. Necesitaba volver al trabajo. Necesitaba dormir.

Su corazón se volvió más pesado mientras el avión se elevaba ligero sobre las nubes oscuras y ella luchaba contra los pecados que había cometido y contra aquellos a los que prácticamente había sucumbido.

¿Sería capaz algún día de volver a dormir?

«El chico parecía una escultura inacabada», pensó el hombre. Igual que él mismo. Débil. Fragmentado. Incompleto. Aquí en Saint Angela, su némesis.

Había pasado su miserable infancia confinado aquí y había crecido, como la hiedra que poblaba una pared de cemento resquebrajada, salvaje y sin ataduras. Su alma se había oscurecido día tras día, mientras él se enclaustraba cada vez más en su propio mundo. El abuso y el engaño lo envolvían pero, con el paso de los años, había aprendido a enterrar el mal embrionario bajo una fachada diaria de normalidad.

Y, ahora, Saint Angela había hecho resucitar de nuevo al diablo y exhumado la oscuridad, llevándolo a este último viaje.

De vuelta a donde empezó todo.

Y sabía que terminaría aquí.

Pateó al chico tirado en el suelo y, cuando gimió, lo arrastró por los pies y lo empujó escaleras arriba de vuelta a la habitación. Lo lanzó sobre el suelo enmohecido, cerró la puerta de golpe y echó la llave. Apoyado contra la madera gastada, respiró con dificultad.

Había perdonado la vida al chico.

Mantenido los demonios a raya.

Pero ¿durante cuánto tiempo sería capaz de hacerlo?

* * *

30 de enero de 1976

Los cuatro se apiñaron juntos cuando deberían haber estado corriendo. La puerta se abrió de golpe. Brian estaba allí de pie, con una sotana blanca cubriéndole el cuerpo. Su delgado brazo se acercó lentamente hacia la pared y sus estrechos dedos encendieron la luz. Sally se protegió los ojos del resplandor.

—¿Estás bien? —preguntó la niña.

—No —respondió Brian—. No estoy bien. Y vosotros tampoco. Tenéis que venir todos a la capilla. El padre Con os ordena que vengáis.

—¿Estás loco o qué? —saltó Patrick, que se puso delante de Sally. Ella quería decirle que era lo bastante valiente como para defenderse a sí misma, pero no lo hizo. Porque no lo era.

—Te he hecho una maldita pregunta —insistió Patrick.

—Tenéis que venir todos conmigo —repitió Brian, con la voz tan inexpresiva como sus ojos.

A Sally le pareció mucho mayor, allí de pie en la puerta. Le puso la mano en el brazo y sintió el hueso bajo la piel. El chico saltó como si lo hubiera pellizcado. La agarró de la mano y tiró de ella hacia la puerta. Ella gritó, y Fitzy salió de golpe del estupor en el que se encontraba y tiró de ella para meterla de nuevo en la habitación, con Brian aún sujetándola.

Sally tropezó y se desplomó a los pies descalzos de los niños. Su cuerpo se sacudía por los escalofríos.

—Por favor, Brian —rogó—. Volvamos todos a la cama y olvidémonos de esto.

—Será mejor que vengas conmigo. Él está esperando —persistió Brian, antes de que lo empujaran dentro de la habitación.

Detrás de él, el padre Con, con los ojos negros como la noche, entró y tiró de Sally para ponerla de pie. Un grito desgarró su garganta mientras la arrastraba escaleras abajo. Oyó el ruido que hacían los chicos al seguirlos.

En el altar, los dos se miraron fijamente. Conocía cada línea de su cara, cada pelo de sus cejas, cada pelo de su barbilla, cada diente de su boca... y odiaba cada centímetro de él.

—Niña mala —gruñó, mordiéndose el labio inferior y apretándole el brazo con los dedos.

—Tu eres el que me volvió mala —replicó Sally.

La pizca de bravuconería era una mentira. Al menos los chicos estaban allí, de pie como una horda de guerreros aunque no tuvieran ni un arma.

Uno de ellos gritó:

—Así se habla, Sally. —«Probablemente Patrick», pensó.

El cura estiró la mano y agarró al chico que tenía más cerca. Fitzzy, con su pelo rojo resplandeciendo a la luz de las velas. Sally podría haber contado las enormes pecas que cubrían su nariz. Y vio que sus ojos llameaban.

—No tengo miedo, abusón —dijo Fitzzy, poniéndose derecho. Sally deseó que cerrara el pico. Era demasiado joven para ser tan valiente, ¿o es que simplemente era tonto?

El cura lo observó como si fuera un trofeo de pesca.

Sally miró a su alrededor, frenética. Tenían que salir de allí. Pedir ayuda. Pero ¿a quién? A las monjas no. Todo el mundo le tenía miedo al padre Con. Era el jefe. No sabía qué hacer. Miró a Patrick. Parecía tan desamparado como ella. Entonces, oculto en las sombras que parpadeaban detrás del altar, vio al cura joven de los ojos feos. Allí de pie, en el oscuro rincón, sin hacer nada. Mirando y pasándose las manos por su espeso pelo negro, como si tampoco supiera qué hacer. Su presencia silenciosa y pasiva era tan terrorífica como el maniaco que sujetaba a Fitzzy. ¿Qué podían hacer?

Un grito de Fitzzy la hizo volver a mirar al padre Con. Estaba retorciendo el brazo del chico en su espalda.

—Te voy a enseñar a respetar a tus mayores. Fuiste un problema desde el día que cruzaste estos muros. Y serás un problema hasta el día que te vayas —gruñó.

—No eres nada —replicó Fitzzy con valentía. Parecía muy pequeño.

El cura apretó con más fuerza con una mano y, con la otra, arrancó una vela del altar. La sostuvo frente al rostro de Fitzzy. La llama titilaba y bailaba, chamuscándole el pelo rojizo y volviéndolo negro. El olor le dio arcadas a Sally.

—Di que lo sientes. No eres más que un maldito bastardo y tu madre es una prostituta. —Fitzzy se retorció y contoneó. No podía soltarse del agarre.

Sally observó cómo su cuerpo indefenso se sacudía y deseó poder hacer algo. Lo que fuera. Eran tan impotentes como las estúpidas estatuas en los muros. ¿Por qué el otro cura no hacía nada? Lo miró. Aún estaba allí de pie. Inmóvil.

El padre Con tiró la vela al suelo, pateó la ropa doblada y recogió su largo cinturón de cuero.

—Brian, usa la cuerda de tu túnica y átale las manos a este mocoso asesino detrás de la espalda.

Sally vio una capa de sudor sobre la frente de Brian. Miró a Patrick y a James, interrogándolos con los ojos: «¿Qué está pasando?». Ambos sacudieron la cabeza con energía.

Fitzy pateó, intentó golpear y mordió. El cura lo mantuvo firmemente sujeto. Brian hizo lo que le había ordenado. Una vez atado, el padre Con empujó a Fitzy y lo obligó ponerse de rodillas frente al altar.

—Tú asesinaste a aquel bebé, ¿no es cierto? —gritó el cura—. El que encontramos bajo el manzano.

Fitz escupió un montón de flema.

—No lo hice, cabrón mentiroso.

Afianzando su agarre del cinturón, el cura estiró el brazo y golpeó con el cuero la cara de Fitzy. La hebilla de latón le cortó la mejilla y la sangre manó de la herida. El cura repitió la acción, una y otra vez. Sally se cubrió los ojos con las manos y miró por entre los dedos abiertos. Cuando no pudo soportarlo más, gritó y, reuniendo todo su valor, corrió hacia el padre Con. Este se volvió y la golpeó con el cinturón. Patrick la apartó y la arrastró por el pasillo. Sally pensó en arremeter otra vez, pero era inútil. Cogió a James de la mano y los tres se precipitaron escaleras arriba, pidiendo ayuda a gritos.

Por encima del hombro, Sally vio a Brian sujetando a Fitzy por los hombros, mientras el lunático subía y bajaba el cuero, una y otra y otra vez. Jamás olvidaría el sonido del cuero arrancando la piel y los gritos desamparados del niño. Y al feo cura joven con espeso pelo negro, de pie en la esquina, mirando, sin hacer nada.

Mientras huían por el corredor, Sally oyó una voz, alta y clara, tras ellos.

—¡Alto!

Los tres se giraron al unísono y se encontraron cara a cara con el cura joven. Un halo de luz de la cripta de abajo lo rodeaba como un fuego satánico.

Caminó hacia ellos. Sally se acercó más a los chicos. Eran tres, disueltos en una única sombra.

—Silencio. No queremos despertar a todo el mundo, ¿verdad? —El cura esbozó una sonrisa ladina, con el rostro más frío que el hielo, los ojos más negros que el carbón y la voz más afilada que una navaja.

—No tenéis que preocuparos por lo que habéis visto. Yo me ocuparé de eso. No le contéis este incidente a nadie. ¡A nadie! ¿Me habéis oído? —Su voz era un susurro lento y severo.

Los tres asintieron con la cabeza como títeres de madera con una fuerza invisible sosteniendo sus cuerdas.

—Si alguna vez vuelvo a oír hablar de esto... Bueno, ya habéis visto lo que le ha pasado a ese chico. No os volveré a advertir. Ahora, volved a la cama.

Desapareció de nuevo escaleras abajo. Sally y los chicos se miraron entre sí, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

—¿Y qué pasa con Fitzy? —susurró Sally.

—Ya has oído lo que ha dicho. Tenemos que olvidarnos de él —contestó Patrick.

—Es un cabrón con mala suerte —dijo James. Se deslizó hasta el suelo y cayó contra un radiador de hierro, abrazándose las rodillas, temblando y sollozando.

Sally se sentó junto a James. Patrick se unió a ellos. Y los tres lloraron juntos por Fitzy.

Día ocho

6 de enero de 2015

Eran las cinco de la mañana y Lottie se encontraba fuera de la puerta de «Llegadas» en el aeropuerto de Dublín, maldiciendo por no tener su coche. Encendió el móvil.

Cinco llamadas perdidas de Kirby. Nada de Boyd. Intentó llamar a este último. Sin respuesta. Entonces, llamó a Kirby.

—Por Dios, jefa, llevo horas intentando localizarte —resolló.

—¿Qué pasa? ¡Mis hijos! ¿Están bien?

—Están bien, sí.

—Gracias a Dios. Boyd no contesta al teléfono. Y necesito que alguien me recoja.

—Está en el hospital.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? Dime que está bien, Kirby.

—No, no lo está. Lo han apuñalado y estrangulado. Está en quirófano. Será mejor que vengas.

—Pero ¿qué diablos ha pasado?

—Ese cura con el que lo mandaste a hablar está muerto. Asesinado. Boyd persiguió al asesino y casi lo matan a él.

—Oh, Dios mío. ¿Se pondrá bien?

—No tengo ni idea.

—Estaré allí en menos de una hora.

—Y jefa...

—¿Qué?

—El comisario Corrigan te está buscando.

Lottie colgó, corrió hacia la parada de taxis y se subió de un salto al primer coche. Se hundió en el asiento y miró por la ventanilla el gris amanecer que se elevaba en el horizonte con una única persona en mente.

Boyd.

* * *

En el estrecho pasillo del hospital, con camas vacías y taquillas a ambos lados, había personal vestido con batas verdes, sin distinciones entre doctores y enfermeros, que iba de un lado a otro con prisa y la cabeza gacha, examinando expedientes de pacientes. Entrando y saliendo apresuradamente por las puertas batientes de la UCI, lanzaban ráfagas de viento al aire sofocante. Lottie estaba tentada de abrir la puerta para comprobar por sí misma cuán grave era el estado de Boyd, pero se dejó dominar por la razón. Había dos sillas de plástico vacías enfrente del cierre de emergencia de la UCI junto a una detective Lynch medio dormida. El detective Kirby estaba apoltronado al lado de ella.

—¿Cuánto hace que ha salido de quirófano? —preguntó Lottie.

—Media hora —contestó Kirby, irguiéndose—. Todavía no nos han dicho nada.

Lottie se paseó de un lado a otro y, luego, se sentó.

—¿Qué te parece si nos tomamos un café? —propuso Lynch mientras se estiraba.

—¿Qué te parece si no lo hacemos? —saltó Lottie.

—Cálmate —advirtió Kirby.

—Decidme exactamente qué ha pasado.

Lynch la puso al día.

—Y el padre Cornelius... Supongo que es el mismo *modus operandi* de los otros asesinatos.

—Sí. Estrangulado. Los chicos están buscando en la base de datos para averiguar si tiene alguna conexión con las otras víctimas —la informó Lynch.

—Yo he encontrado la conexión en Roma. Por eso llamé a Boyd y le dije que fuera a hablar con el cura —dijo Lottie.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Lynch.

—En su interrogatorio, Patrick O'Malley mencionó a un tal padre Con. Descubrí que el padre Cornelius Mohan fue un cura en Saint Angela cuando Sullivan y Brown estuvieron allí. Después de eso, dio más vueltas que un carrusel por instituciones y parroquias. Tenía que haber sido un abusador de menores en serie.

—Pero ¿cuál es el móvil de los asesinatos? —cuestionó Kirby—. ¿Y cómo encaja el cura pedófilo?

—Encaja. De algún modo.

Lottie se agarró la cabeza, intentando contener la jaqueca.

—Más le vale a Boyd salir de esta —dijo, y el silencio los envolvió.

Un doctor salió apresuradamente de la UCI. Lottie saltó de la silla y fue hacia él.

—Soy la detective inspectora Parker. Necesito ver al detective sargento Boyd.

—No me importa quién sea, nadie va a entrar hasta que no esté estable.

—¿Cuánto tardará?

—Lo que tarde.

—Por favor, doctor.

—He conseguido salvarle el bazo roto. Es un hombre con mucha suerte. No había más daño interno, que haya visto. Estará en la UCI durante el resto del día. Les sugiero que vayan a casa por ahora y llamen más tarde.

Lottie se tambaleó por la corriente de la puerta cuando el doctor la atravesó.

—Vamos —urgió—. Haremos más por Boyd encontrando al cabrón asesino que le ha hecho esto. Ahora es personal.

Kirby dejó a Lottie en casa para que recogiera su coche. Su madre estaba ocupada fregando el suelo de la cocina.

—¿Oíste hablar alguna vez del padre Cornelius Mohan? —preguntó Lottie, después de agradecer a Rose que hubiera cuidado de sus hijos.

—Sí. Vive en Ballinacloy. Se retiró hace años.

Dios, su madre realmente conocía a todo el mundo.

—¿Y?

—Era coadjutor en Ragnmullin, allá en los setenta.

—¿Sabes algo más sobre él? —Lottie observó atentamente el rostro de su madre.

Rose Fitzpatrick le devolvió la mirada.

—¿De qué va esto? —cuestionó, estrujando la fregona.

—Necesito sus antecedentes.

—Por lo que recuerdo, fue uno de los capellanes en Saint Angela durante un tiempo.

—¿En serio? —Lottie sabía que su madre estaba siendo evasiva.

—Vamos, Lottie. Contesté tus preguntas sobre mi conversación con Susan Sullivan y sé que te mueres por preguntarme algo más.

—¿Hubo algún indicio de escándalo con respecto a él, especialmente en Saint Angela?

Rose se volvió, dejó la fregona y el cubo en el lavadero, se puso el abrigo y se lo abrochó. Se caló el gorro hasta las orejas y se detuvo en la puerta.

—Sé perfectamente, Lottie Parker, que ya sabes la respuesta.

—Y tú sabes perfectamente que allí fue donde abandonaste a Eddie después de que papá muriera —replicó Lottie sombríamente. Era la primera vez que acusaba a su madre.

La mano de Rose se resbaló del picaporte. Dio un paso hacia Lottie. Tenía lágrimas en los ojos.

—Tú sabes tan bien como yo que tu adorado padre no murió simplemente. Se suicidó.—Un sollozo escapó de su garganta—. Y yo no abandoné a nadie en ningún sitio.

—Lo siento. —Lottie encogió los hombros, levantó el brazo y colocó la mano sobre el hombro de su madre. Esperaba que Rose se la quitara de encima. No lo hizo.

—No. Yo lo siento. Eras demasiado pequeña para entenderlo. Nunca pude hablar de ello y siempre he llorado su pérdida. Tú sabes lo que es el dolor; cuán difícil es seguir adelante sin un marido a tu lado. Hice todo lo que pude para hacer las cosas bien contigo. Todo.

Lottie lo sabía, pero había vivido con ese enorme agujero en su existencia cada segundo de cada día. Ahora, quería respuestas.

—Quiero saber qué pasó y por qué pasó. Me debes eso, por lo menos.

Rose se libró de la mano de Lottie y bajó la voz.

—Después de todo lo que he hecho por ti y por tus hijos, no creo que te deba nada.

—Pero ¿por qué se suicidó papá? —insistió Lottie.

—No lo sé.

—Vale, eso lo acepto. Por ahora. Pero ¿Eddie? ¿Mi hermano pequeño? Lo metiste en ese sitio, dejaste que se pudriera allí. Eso no puedo aceptarlo.

—Tú no sabes cómo eran las cosas por aquel entonces. El estigma asociado al suicidio. Yo era una viuda con dos niños pequeños. Y Eddie, él... él era imposible. No tuve elección.

—Siempre hay elección, madre. Simplemente elegiste la equivocada.

—No me juzgues, Lottie.

—Entonces, dime por qué metiste a Eddie allí.

—Era el único lugar donde podían controlarlo.

Lottie soltó una risa irónica.

—Solo que no pudieron, ¿no es cierto? Se escapó, ¿verdad? ¿Cómo debió

de ser eso para él? —Tembló cuando la asaltaron las imágenes de los horrores de las instituciones de los setenta.

Rose se revolvió bajo su abrigo y caminó hacia la puerta.

—Yo vivo con lo que hice, cada día de mi vida. Y, ahora, me marchó. No he venido aquí para que me interroguen y acusen. Adiós.

Lottie se quedó allí con los nervios de punta hasta mucho después de que su madre se fuera. Retorciéndose los dedos, contó las telarañas que había sobre los armarios de la cocina. Respiró profundamente. Intentó tranquilizarse. ¿Cómo conseguía Rose convertir cada pregunta en una acusación? Era la única persona que conseguía alterarla de verdad.

* * *

Tras comprobar que Katie, Chloe y Sean estaban bien, todavía en estado de *shock* y dolida por la negativa de su madre a darle las respuestas que codiciaba desde hacía tanto, Lottie se cambió de ropa, esquivó la ducha y condujo hasta la comisaría. La adrenalina reemplazaba la falta de sueño.

Puso a Kirby y a Lynch a trabajar. Tenían que mantener la mente alejada del estado crítico de Boyd y encontrar alguna prueba concreta para avanzar en la investigación. Estaba convencida de que las muertes de los dos curas, Cornelius y Angelotti, estaban conectadas a las de Susan Sullivan y James Brown, y que el denominador común era Saint Angela.

Mientras descargaba las fotos de los libros maestros de su teléfono al ordenador, Lottie entornaba los ojos secos a medida que las imágenes aparecían en la pantalla. Cada una contenía una historia sin contar, cada nombre era la angustia de alguien. Y ese dolor se había sufrido en los pasillos, habitaciones y terrenos de Saint Angela. Tenía que conseguir un acceso al edificio para comprender el lugar, para descubrir si contenía las respuestas que buscaba.

—Imprime estas fotos y pégalas en orden cronológico —ordenó Lottie a Lynch antes de dirigirse hacia la cafetería improvisada. Encendió el hervidor medio vacío. Con una taza en la mano, se dio la vuelta para encontrarse a Corrigan en el umbral de la puerta. «Ahora no», pensó.

—Buenos días, señor. —Lottie dio un sorbo a su café tan despreocupadamente como pudo.

—Estás hecha una mierda, Parker. —Corrigan cruzó los brazos.

No había escapatoria, el comisario no se iba a ningún sitio. Lottie irguió su cansado cuerpo cuan alto era e improvisó un triste intento de fanfarronería.

—Gracias —contestó, forzando una sonrisa.

—No soy estúpido —dijo Corrigan con calma. Con demasiada calma. Lottie se preparó para la arremetida.

—Lo sé —respondió. ¿Qué otra cosa podía decir?

—No te hagas la lista conmigo —espetó él, descruzando los brazos. Se inclinó hacia Lottie. Ella se encogió de miedo y se agachó; entonces, se dio cuenta de que el hombre solo estaba encendiendo el hervidor mientras mantenía la salida bloqueada.

—Has ido a Roma —gruñó.

—Sí, señor. —No tenía sentido negarlo.

—Has desobedecido mi orden directa. Podría suspenderte, despedirte, poner tus cojones en un plato, si tuvieras.

—Sí, señor. —Lottie tiró de la manga de su camiseta, sin intención de discutir nada de lo que Corrigan había dicho.

—Espero que hayan valido la pena los problemas que has causado, para ti misma y para todos los demás —dijo, vertiendo el agua.

—Creo que sí. —Lottie le tendió la leche, arrugando la nariz ante el olor del líquido a punto de agriarse.

—Te escucho —instó él, y cruzó los brazos otra vez y dejó la taza en la encimera hecha de cajas.

—Bien, señor. Como yo lo veo, los asesinatos están relacionados con incidentes que ocurrieron en Saint Angela en los setenta. Posiblemente un asesinato, o incluso dos. Y sí, admito que fui a Roma. Estaba siguiendo una pista.

—¿Y qué pista es esa?

—El padre Burke encontró libros maestros con información. Me pidió que fuera a echar un vistazo. No había manera de que pudiera mandarme la información.

—Continúa.

—Esos libros maestros detallaban el ingreso de niños en Saint Angela. Fechas, nombres, adopciones, muertes. Todavía tengo que analizar esa

información y no tengo ni idea de lo importante que es, pero la firma en algunas de las páginas es significativa.

—Te escucho.

—El padre Cornelius Mohan.

—¿La víctima de Ballinacloy de anoche? —preguntó Corrigan, y descruzó los brazos, cogió el café y se lo derramó sobre la manga de la camisa.

—Sí —dijo ella—. Y en otro libro maestro están los detalles de sus movimientos, incluyendo su período en Saint Angela. Se trasladó a unas cuarenta parroquias diferentes. Habla por sí solo, ¿no cree?

—Y ahí estaba, viviendo a cincuenta kilómetros a las afueras de Ragnullin, al lado de una escuela de primaria. Qué locura.

—Todo aprobado por el obispo Connor. Quien, a propósito, organizó el traslado de los libros a Roma. —Lottie observó el rostro de Corrigan mientras digería todo esto. Añadió—: Contacté con Boyd anoche para pedirle que fuera a Ballinacloy e interrogara a Cornelius Mohan. Creí que podía tener información sobre las víctimas.

Los labios de Corrigan planearon sobre el borde de su taza.

—No creo en las coincidencias —afirmó este—, así que ¿cómo llegó el asesino hasta Mohan antes que Boyd? ¿Alguien lo puso sobre aviso?

—No estoy segura, pero todo es demasiado conveniente —declaró Lottie—. Hay que descubrir quién sabía que íbamos tras el cura. Tenía que saber algo que justifique su asesinato.

Hinchando las mejillas, Corrigan dijo:

—De momento, te doy un indulto. No puedo permitirme perder a otro detective con Boyd fuera de juego. Pero, cuando todo esto acabe, es muy posible que acabes frente al comisario jefe con cargos de insubordinación. Por ahora, vuelve al trabajo. Y Parker... —dijo, inclinando la cabeza al nivel de la de ella.

—¿Sí, señor?

—Estaré vigilando todos tus movimientos.

Su mirada taladró pequeños agujeros en la parte de atrás de los ojos de Lottie, casi sacándolos de sus cuencas, antes de marcharse negando con la cabeza.

Lottie suspiró. La amenaza de una acción disciplinaria pendía ahora sobre

su cabeza. Pero todavía conservaba su puesto de trabajo. Por ahora. Algo positivo en una ciénaga de negatividad.

La detective Maria Lynch dejó las copias sobre el escritorio. Lottie las cogió. Nombres y más nombres se arremolinaban frente a ella cuando la asaltó un pensamiento. El padre Joe le había permitido sacar las fotos. Y estaba allí cuando llamó a Boyd. El corazón le dio un vuelco enorme. Era el único que sabía lo que le había pedido a Boyd. No. ¿Podría haber mandado a alguien a por el viejo cura? No podía ser. ¿O sí? Lottie estaba furiosa. ¿Por qué la había llevado a Roma para mostrarle todos los registros y, luego, la había traicionado? Él era su amigo. ¿O no? No tenía sentido. Por otro lado, ¿qué otra explicación había? Nada tenía sentido. Saltó como si se hubiera quemado.

—¿Kirby? —gritó.

Este la miró.

—¿Todo bien, jefa?

—¿Hay alguna novedad del hospital?

—Todavía no.

—¿Comprobamos los antecedentes del padre Joe Burke? —Se esforzó para que su voz sonara normal.

—Primer asesinato, segunda persona en la escena, ¿ese Joe Burke?

—No estoy de humor, Kirby.

—Se lo imprimiré.

Sus dedos resonaron sonoramente mientras tecleaba el nombre en su ordenador. Clic, clic, clic, clic.

Se pasó la mano por la nuca, sin estar segura de si estaba resiguiendo el

recuerdo de los dedos del padre Joe o conteniendo la subida de la bilis.

Mientras Kirby tecleaba, Lottie escuchó a Tom Rickard antes de verlo. La voz del constructor profería insultos al final del pasillo. El sonido, como láminas galvanizadas sueltas en el techo de un cobertizo en una tormenta de fuerza diez, precedió su entrada a la oficina. El comisario Corrigan estaba tras él.

Lottie se giró para encontrarse con los oscuros ojos de Rickard, llenos de furia. Parecía que la tormenta se había convertido en huracán.

El hombre avanzó hasta su escritorio.

—Inspectora.

—Buenos días, señor Rickard —saludó ella, con su voz más dulce.

Hizo rodar la silla de Boyd para acercarla. Rickard se sentó, sus nalgas se balanceaban precariamente en el borde. Lottie asintió en dirección a Corrigan para hacerle saber que lo tenía todo bajo control y este se escabulló por la puerta.

—¿Está usted aquí por Saint Angela? —Lottie encontró una libreta y cogió un boli.

—Saint Angela no tiene nada que ver con nada —replicó Rickard. Un pañuelo blanco apareció en su mano y se limpió la palpitante frente—. Es mi hijo, Jason. Ha desaparecido.

Lottie tomó nota sin levantar la cabeza. Katie le había dicho ayer que no conseguía localizar a Jason. Debería haberla escuchado con más atención. Intentó detener la alarma que comenzaba a dispararse. Seguro que Jason habría contactado al menos con Katie. Algo no iba bien.

—¿Desaparecido? Según Katie, usted y Jason tuvieron un altercado. ¿Cuándo fue eso?

Parecía que Rickard iba a objetar, pero dijo:

—Es cierto. Fue anteanoche. Salió disparado de casa y no ha vuelto desde entonces.

—¿Ha contactado con sus amigos? ¿Buscado en los lugares que frecuenta?

—Sí. Y he rastreado la ciudad, la orilla del lago... —añadió—. Nos peleamos. Se largó de casa. —Tenía los pies firmemente apoyados en el suelo, pero su cabeza se movía de un lado a otro.

—Entiendo que esté muy preocupado, pero Jason es mayor de edad y un

adulto. ¿Cree que su desaparición puede estar relacionada con sus negocios en Saint Angela? —preguntó, enfatizando el nombre de la institución.

Rickard se levantó de golpe de la silla. Lottie retrocedió instintivamente.

—Es usted una puta insensible —exclamó.

—Siéntese, señor Rickard —pidió ella mientras tomaba más notas y le daba tiempo para recuperar la compostura—. ¿Alguna llamada pidiendo un rescate?

—¿Qué? —Rickard apretó los puños sobre el escritorio—. Eso es absurdo.

—Entonces, no le han pedido un rescate. —Tomó nota y levantó la cabeza—. Señor Rickard, tengo que hacerle preguntas incómodas. Usted es un empresario rico. El secuestro es una opción. El suicidio o que se haya escapado son otras. Si quiere que investiguemos, tiene que cooperar. —Era mentira, pero no iba a dejarlo escapar. Podía ser la única oportunidad para obtener información de él.

—¿Qué pueden tener que ver mis negocios con Jason?

—Probablemente nada, pero tal y como yo lo veo, usted pegó a su hijo, este se escapó cabreado y, ahora, está esperando sentado en algún sitio hasta que se le ocurra cómo abordar el tema con usted.

—Y, entonces, ¿por qué no se ha refugiado en su hija? ¿Por qué no ha contactado con nadie? Su teléfono está en casa, pero todos sus amigos tienen móviles, Facebook, Twitter y todo eso. ¿No habría contactado al menos con su novia? ¿Qué le contó ella?

—Katie estaba muy asustada cuando llegó a casa y me dijo que usted había golpeado a su hijo. No ha sabido nada de él desde entonces, pero Jason es un adulto, señor Rickard. En circunstancias normales, le aconsejaría que se fuera a casa, cogiera a su mujer de la mano y esperara mientras investigamos.

La sangre se agolpó en sus mejillas. Permaneció callado.

—Sin embargo, como usted sabe —continuó Lottie—, las cosas no son normales en Ragmullin en este momento. Varias personas han sido asesinadas, así que tiene motivos para inquietarse. —Estaba sinceramente preocupada por Jason, pero no podía evitar ser un poco maliciosa. Tenía que descubrir qué sabía Rickard.

El hombre permaneció inmóvil excepto por el labio inferior, que le temblaba como si quisiera decir algo pero fuera incapaz de pronunciar las

palabras.

—No es el procedimiento habitual ya que no es un menor, y realmente deberíamos esperar un poco más, pero tramitaré una denuncia por desaparición y sacaré un boletín de noticias —anunció ella.

—¿Eso es todo? ¿Una denuncia por desaparición?

—Con eso ya me estoy saltando las normas.

—Normas mis cojones. ¿Dónde está Corrigan? —Rickard se levantó.

—Hábleme sobre Saint Angela —demandó Lottie, sin levantar la cabeza.

—Saint Angela no tiene nada que ver con Jason. —Volvíó a sentarse.

Mordisqueando el boli, Lottie encendió el ordenador y tecléo un momento. Abrió el informe patológico de Susan Sullivan, bajó hasta las fotos, amplió la garganta de la víctima y giró la pantalla hacia Rickard. No tenía nada que perder.

—¿A qué está jugando? —preguntó este, que sacó de nuevo el pañuelo.

—Esta es nuestra primera víctima.

Lo que le hacía era una auténtica putada, pero quizá ofrecería alguna información útil si estaba desmoralizado.

—Por favor... inspectora, no —imploró—. ¿De verdad cree que yo tengo algo que ver con esa... esa monstruosidad? —Respiró hondo y sacudió la cabeza.

Lottie cerró el documento y abrió otro.

—James Brown. —Observó a Rickard—. Lo llamó por teléfono un poco antes de morir. Así que dígame, ¿qué está pasando?

Rickard se mordió el interior de la mejilla.

Lottie imaginaba su cerebro formando una respuesta. Antes de que pudiera contestar, ella añadió:

—Piense en su hijo. ¿Quiere que esté aquí dentro de unos días mostrándole sus fotos *post mortem* a su esposa?

Él tragó ruidosamente y se inclinó hacia ella. Lottie esperó.

—Nada de esto tiene que ver con Saint Angela —masculló entre dientes—. Soy un hombre de negocios, desarrollo planes, cierro tratos, gano dinero, construyo propiedades, obtengo beneficios. A veces pierdo pero, en general, no. Saint Angela era un lugar listo para la construcción, una manera de recuperar lo que había perdido con las urbanizaciones fantasma. Tenía una

visión para él, un plan maestro. Quería convertirlo en un hermoso hotel, construir un magnífico campo de golf, traer negocios y trabajos a la ciudad. — Irguió la espalda—. Y no tiene nada que ver con la desaparición de mi hijo.

—Simplemente sígame la corriente —dijo Lottie.

—No se rinde, ¿verdad?

—Nunca.

Sabía que Rickard la estaba sopesando, formando la respuesta que pensaba que ella querría oír. Lottie permaneció rígida, sin mostrar ninguna emoción. Él paseó la mirada por la habitación, volvió a fijarla en ella y pareció tomar una decisión.

—Primero, quiero que quede claro que yo no maté a esa gente ni contraté a nadie para que los mataran. No tengo absolutamente nada que ver con esos crímenes. Puedo ser muchas cosas, inspectora, pero asesino no es una de ellas.

—Continúe —instó Lottie.

—¿Debería estar presente mi abogado?

—Depende de si ha hecho algo que haga que necesite uno.

Rickard exhaló.

—James Brown me llamó esa noche, antes de que lo asesinaran.

—Siga —repitió Lottie. Eso no era nada nuevo. Tenían las pruebas.

—Conocía tanto a Brown como a Susan Sullivan por su trabajo en la solicitud de construcción. Me dijo que Susan Sullivan estaba muerta, que cabía la posibilidad de que la hubieran asesinado. Dijo que quería reunirse conmigo. Esa fue toda nuestra conversación.

—¿Por qué contactó con usted? —preguntó Lottie.

—No lo sé. Dijo que quería decirme algo, urgentemente.

—¿Se encontró con él?

—No. Le dije que estaba ocupado. Colgué. Y, entonces, lo mataron unas horas después.

—Alguien se encontró con él y posiblemente lo mató. ¿Con quién contactó usted después de que James lo telefonara?

—Con nadie.

—Vamos, señor Rickard. Podemos acceder a su registro de llamadas.

—Contacté con mis socios para informarles de la muerte de Sullivan y de

la llamada de Brown.

—¿Sus socios?

—No hay motivo para que usted sepa quiénes son, ¿no?

Se lo sonsacaría más tarde.

—¿Alguno de ellos tenía motivos para matar a Sullivan y a Brown?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Debe de tener alguna idea. ¿Qué tramaban las víctimas?

Rickard respiró profundamente un par de veces.

—Brown y Sullivan. Menudo par cuando se ponían —murmuró—. Sabían que había tenido que pelearme por la reforma del plan de desarrollo del ayuntamiento para hacer avanzar mis planes para Saint Angela. Me la tenían jurada, los dos. Intentaron chantajearme. Dijeron que querían una compensación por los pecados pasados o alguna mierda así. No tenía ni idea de qué estaban hablando. Cuando Brown contactó conmigo la primera vez con su... con su chantaje, en julio, le dije que se fuera a la mierda.

Lottie pensó en el dinero en las cuentas bancarias de las víctimas y en el efectivo en el frigorífico de Susan Sullivan.

—Pero usted cedió.

—No lo hice. —Golpeó el escritorio—. Yo no consiento tales desafíos, inspectora. Yo no cedo.

—Entonces, ¿qué hizo? Habían amenazado con chantajearlo.

—Convoqué una reunión con mis socios. Les conté lo de las amenazas de chantaje y decidimos sobrellevarlo. Brown y Sullivan no eran un peligro para nuestros planes. No tenían ninguna prueba concreta de ningún delito. Honestamente, no hubo ningún delito, solo se aceleró el proceso de adjudicación.

—¿Y cómo se hizo eso?

—Con algunos billetes en los bolsillos traseros de algunos concejales. Pero esa no es la cuestión, ¿verdad?

Lottie decidió ignorar la confesión de haber manipulado el plan de desarrollo. Ya tenía suficiente en sus manos. Decidió cambiar de dirección.

—¿Alguna vez fue usted residente de Saint Angela, señor Rickard? ¿De niño?

—No, no lo fui, y no sé qué tiene que ver eso con nada.

Lottie no estaba segura de que esto fuera cierto, pero necesitaba que lo confirmara.

—¿Quién más estaba involucrado en este proyecto? —preguntó. Si decía la verdad, y sospechaba que así era, ¿quién había enviado el dinero a las cuentas de las víctimas?

—No entiendo cómo se relaciona que usted sepa quiénes son mis socios con la desaparición de mi hijo.

—Usted no puede saberlo. Quiero saber quiénes son.

—¿Encontrará a mi hijo?

—Haré todo lo que pueda —prometió Lottie.

—¿Vivo? —preguntó Rickard. Parecía haberse vuelto más pequeño desde que había entrado en la habitación.

Ella no contestó. Esa era una promesa que no podía hacer, por muy segura que estuviera de que el chico se había escaqueado para alejarse de su dominante padre. Pensando en su último desaparecido, el padre Angelotti, esperaba que ese fuera el caso.

Le dijo los nombres. Gerry Dunne, Mike O'Brien y el obispo Terence Connor.

—Tiene que contarme toda la historia —demandó ella, mientras la fatiga por la falta de sueño se evaporaba.

—No hay ninguna historia, inspectora. Solo unos cuantos hombres moviendo unos hilos para ganar dinero rápido. El obispo Connor me vendió la propiedad por debajo del valor de mercado a cambio de una membresía de por vida en el nuevo club de golf. Mike O'Brien manipuló algunas cifras para que yo pudiera financiar el trato y Gerry Dunne tiene que asegurarse de que el proyecto se aprueba totalmente. Eso es todo. No estamos involucrados en nada lo bastante oscuro como para justificar un asesinato. Le sugiero que empiece a buscar en otra parte. De lo contrario, está gastando tiempo valioso que podría estar usando para encontrar a Jason.

Rickard buscó algo en su bolsillo y añadió:

—Ya que parece estar tan fascinada con Saint Angela, tenga, coja esto. —Lanzó un juego de llaves sobre el escritorio—. Vaya y véalo usted misma. Es solo un viejo edificio que necesita una renovación. Ladrillos y argamasa. Satisfaga su curiosidad. Y, después, por el amor de Dios, busque a mi hijo.

Lottie puso una mano sobre las llaves y las atrajo hacia ella antes de que el hombre cambiara de opinión.

—Gracias —dijo—. Vaya a casa junto a su mujer. Avíseme inmediatamente si tiene noticias de Jason. Yo haré lo mismo.

Le indicó que el interrogatorio había acabado.

Rickard se levantó y, sin decir una palabra o echarle una mirada, salió rápidamente de la oficina, con su traje hecho a medida tan arrugado como su rostro.

Lottie abrió el último cajón, extrajo la carpeta amarillenta y observó al niño en la fotografía. Sabía exactamente lo que se sentía cuando alguien cercano desaparecía. Mantenía la esperanza de que Jason Rickard solo estuviera curando su ego herido. Si era algo más siniestro que eso, estarían en un nivel completamente nuevo.

Sean Parker escuchó a Katie sollozar en la habitación contigua. Le recordó a los llantos nocturnos de su madre después de que su padre muriera. La diferencia era que su madre se levantaba cada mañana con los ojos rojos pero en fase de negación y se iba a trabajar como si todo estuviera bien. Había querido gritarle, recordarle que sus llantos lo mantenían despierto por las noches. Pero se quedó en silencio, con su joven corazón rompiéndose por ella, por sus hermanas y por él mismo.

Los sollozos de Katie eran diferentes y sintió pena por ella. Jason lo había encandilado desde que le había dejado dar una calada a un porro. Había conseguido dar varias caladas antes de que el salón flotara en una miríada de formas y colores. Luego, había vomitado durante veinte minutos. Eso no se lo había contado a Jason.

Apretó un botón de su mando de camuflaje y detuvo la acción del soldado en la pantalla. Deseaba que su madre estuviera más en casa. Pero tenía su trabajo y estaba ocupada con la investigación de los asesinatos. Todo el mundo le había dicho que era el hombre de la casa, ahora que su padre se había ido. Así que, ¿qué haría el hombre de la casa?

Trató de apagar la PlayStation pero se quedó bloqueada. No podía encenderla ni apagarla.

Necesitaba una nueva consola. Desesperadamente, ahora mismo.

Tenía algunos ahorros. Buscando la tarjeta del banco en la mesita de noche, sus dedos tantearon frío acero y se cerraron alrededor de la navaja del ejército suizo que su padre le había comprado hacía años. Le gustaba abrir las

hojas de diferentes formas y jugar a ser un personaje de Grand Theft Auto. En todos los años que había tenido la navaja, nunca la había sacado de casa. Hasta hoy. Después de todo, había un asesino suelto. Nunca sabes cuándo puedes necesitar una navaja suiza. Su padre le había dicho eso. Comprobó la hora en su teléfono. Eran apenas las once y media. Iría y volvería antes del almuerzo.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo junto con la navaja y, después de ponerse dos sudaderas, salió de casa al son de Chloe llamando a Katie la reina del drama.

Después de sacarse las botas con los pies, Lottie se masajeó el talón con una mano mientras aferraba las llaves de Saint Angela en la otra. Pilló a Kirby mirándola por encima de su pantalla.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. —Volvió la vista al ordenador.

—Kirby, por una vez en tu vida, ¿vas a decir lo que estás pensando?

Se metió las llaves en el bolsillo, estampó el pie en el suelo y se calzó de nuevo las botas en sus doloridos pies. Se pasó una mano por el pelo lacio y activó de nuevo el sonido de su móvil. Ni mensajes ni llamadas perdidas. Nada. Esperaba que Boyd estuviera bien. Levantó la mirada para encontrarse a Kirby de pie junto a ella con una hoja en la mano. Le dio un apretón en el hombro.

—Querías algo sobre el padre Burke —comentó, y volvió a su escritorio.

Lottie miró la foto de tamaño carnet del padre Joe, con su flequillo infantil, sus ojos azules y una sonrisa abierta y seductora. Leyó por encima el informe hasta que sus ojos aterrizaron en el artículo de un periódico local de Wexford.

—¿Has leído esto? —preguntó Lottie.

—Sí —dijo Kirby—. Parece que es un poco mujeriego.

Las palabras en la hoja se mezclaban unas con otras. ¿Falta de caféina o de sueño? Sintió que iba a vomitar; trató de concentrarse, pero su mente se negaba a registrar lo que estaba leyendo. Un pequeño artículo citando a una mujer de Wexford Town. Había declarado que el padre Joe la había

perseguido, en busca de una relación. Ella había ignorado sus avances y, cuando él insistió, lo denunció, pero la policía no había hecho nada al respecto. Lottie no podía creer que esto se hubiera publicado. Entonces, pensó en el periodista Cathal Moroney y su fuente secreta. Todavía tenía que descubrir quién estaba detrás de esa filtración.

Levantó la cabeza para mirar a Kirby.

—Perseguir a las parroquianas —dijo el detective— solo es un crimen en la Iglesia católica. El voto de celibato y todo eso. Si quieres mi opinión...

—No la quiero —replicó, ignorándolo.

Se había dejado engañar por el atractivo y el encanto del padre Joe. ¿Había tratado de seducirla cuando ella solo quería su amistad? ¿Por eso había insistido en que fuera a Roma cuando en realidad podría haber fotografiado y enviado las páginas importantes del libro maestro por correo?

Empujó su silla hacia atrás, cogió el móvil y, con una mano dentro de la chaqueta, salió por la puerta sin hablar más con Kirby.

* * *

Tenía toda la intención de ir a echar un vistazo a Saint Angela pero, en cuanto salió de la oficina, se encontró con Maria Lynch en el aparcamiento.

—Voy otra vez hacia Ballinacloy —informó Lynch—. ¿Vienes?

—Sí. Yo conduzco —contestó Lottie, decidiéndose en el momento. Saint Angela podía esperar. Tal vez podría encontrar algo en la residencia del viejo cura.

El padre Cornelius Mohan vivía en un bungalow a la izquierda de una pequeña iglesia. Cuatro casitas, de principios del siglo xx, se alineaban a la derecha de la carretera; un callejón bordeado de setos serpenteaba detrás. Entre las casitas y la iglesia, se elevaba una escuela primaria de cinco pisos, y en el tanque de aceite había escrito *Thomas the Tank Engine*. Un parque infantil rodeaba la escuela. Y, durante los últimos diez años, un cura pedófilo había vivido en la puerta de al lado. Todo esto gracias al mismísimo obispo Connor. Lottie sacudió la cabeza, perpleja.

El guarda, de pie junto a la verja, alzó la cinta que rodeaba la escena del crimen para permitirles pasar. Mientras Lynch hablaba con los investigadores

forenses en el patio de atrás, Lottie sacó unos guantes de látex y abrió la puerta principal. Examinó el pasillo lleno de recovecos y entró en la cocina de techos altos. Todo era de un color marrón turbio y el aire apestaba a humo: hierba y cigarrillos. Un cenicero lleno reposaba sobre la mesa junto a una taza descascarillada medio llena de té estancado. La puerta de la estufa estaba abierta, sus cenizas tan frías como el cura muerto.

Abrió otra puerta. Un estrecho rayo del sol de media mañana se filtró por debajo de las finas cortinas. Tras pasar la tela de algodón, un rayo de luz que iluminaba una cresta de polvo que flotaba en el aire alumbró una cama individual deshecha, una mesita de noche, una cómoda y un armario de dos puertas.

Tras levantar una sencilla manta azul, Lottie metió los dedos enguantados bajo la almohada, tanteó y extrajo una abultada cartera. Estaba llena de billetes de cincuenta y cien euros. Un billete de quinientos estaba doblado en la parte de atrás, debajo de una estampa plastificada de San Antonio sosteniendo al niño Jesús. En total, contó mil seiscientos veinte euros. El robo definitivamente no era el móvil del asesinato de Cornelius. Era evidente que el viejo cura era la única persona que había estado en esa habitación en mucho tiempo.

Abrió los cajones y, luego, el armario. Ambos contenían una cantidad mínima de ropa, toda negra, que olía a naftalina y a rancio. Se arrodilló y miró bajo la cama. Dos pares de zapatos negros estaban alineados frente a una maleta de cuero marrón. Arrastró la maleta, cubierta por una fina capa de mugre, y desbloqueó los seguros. Recortes de periódicos amarilleados, carpetas y libretas.

Levantó una de las libretas de tapa dura y la abrió. Trazos cortos alineados limpiamente página tras página. Cifras, sumadas en columnas. Cuentas domésticas, dedujo, y cogió otra libreta. Lo mismo. «Venga, Mohan», deseó, «dame algo».

Arrodillada sobre el polvoriento suelo de madera, ojeó seis libretas, todas llenas de cifras. Las puso en fila a su lado y tomó la siguiente. Las mismas tapas duras azul oscuro. La abrió. No había cifras. Un manuscrito. Contuvo el aliento. Un lápiz ya familiar, un texto metódico, incluso estructurado, con buena letra.

Las palabras se entremezclaban y agitaban mientras leía. Una historia de

abuso, documentada en lápiz borroso, cayó de las páginas, letra a letra, palabra a palabra, flotando a su alrededor, un incomprensible ataúd de frases. No era suficiente, pensó, el haber perpetrado semejantes actos en niños inocentes, también lo había registrado. Una crónica de secretos, inscrita en lápiz borroso, en una libreta azul oscuro de tapa dura, recluida en la maleta de cuero marrón de un cura asesino y abusador de menores. La hirió directamente en el alma. Notó que su corazón se rompía y endurecía a la vez.

Incapaz de acabar de leer, metió la libreta en una bolsa de plástico de pruebas y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. No importaba dónde la pusiera, sabía que nunca sería capaz de eliminar el horror inscrito por la mano de un demonio. El hombre no debió de pensar en qué pasaría con esas libretas cuando muriera. De lo contrario, se habría deshecho de ellas. A menos que las usara para visitar sus crímenes. ¿Qué clase de animal sádico había sido?

Llamó a Lynch, obtuvo el visto bueno del equipo forense y llevó la maleta hasta el coche. Huyó de la casa, incapaz de librarse del sonido de los suaves pasos pertenecientes a los niños abusados que la perseguían.

La campana en la pequeña iglesia de campo repicó y el pueblo resonó con el hueco tañido de mediodía.

En la calle, la cola frente al cajero automático del banco parecía eterna.

Sean pateó con fuerza el suelo cubierto de nieve y decidió probar suerte dentro. Al menos allí se estaba más caliente. Esperó en la cola a que la máquina estuviera disponible.

La mujer delante de él, sujetando a un niño pequeño y con un bebé gritando en un cochecito, consiguió finalmente su dinero. Sean introdujo su número PIN y sacó doscientos euros. Esto bastaría, pensó, sabiendo que ya no le quedaba demasiado. Podría vender su vieja PlayStation para compensar.

Se preguntó dónde estaría Jason. Decidió preguntar a sus propios amigos si lo habían visto. No es que sus amigos se juntaran con gente como Jason Rickard, pero nunca se sabe hasta que preguntas. Se metió el dinero en el bolsillo del pantalón y fue hacia la puerta.

* * *

El hombre observó al muchacho.

Frotó las manos en sus pantalones de traje y miró alrededor para asegurarse de que nadie se fijara en él.

Reconoció al joven adolescente. El único hijo de la detective inspectora Parker. Se colocó detrás de un expositor de folletos. El estímulo en sus pantalones era tan intenso que metió las manos en los bolsillos para apaciguar la creciente rigidez.

Era demasiado arriesgado. Ya tenía un chico. Pero si realmente quería

representar la vieja experiencia, necesitaba dos, ¿no era cierto?

Mientras el chico apretaba el botón verde de la puerta interior de seguridad, el hombre se movió rápidamente para ponerse en la cola detrás de él. Cuando la puerta se abrió, entró en el pequeño recinto y sonrió. El chico le devolvió la sonrisa.

El cielo del mediodía estaba oscuro, se parecía más bien al de un atardecer, y una vez más, nevaba.

Mientras se alejaba del pueblo de Ballinacloy, Lottie comprobó si había noticias del hospital. Nada. Lynch y ella entraron en la comisaría con la maleta. Registraron el contenido y Lottie ojeó la vieja libreta una vez más. Se encogió ante los horrores escritos y metió de nuevo el cuaderno en la bolsa de pruebas.

—Vuelvo en un rato —dijo.

Necesitaba seriamente una ducha, así que cogió su propio coche. También quería visitar a Boyd. Pero la primera parada, ahora que tenía las llaves, sería Saint Angela.

* * *

Un dolor de garganta parecía tener ganas de echar raíces. Lottie tosió y le dolió todavía más. De pie junto a su coche mirando el viejo edificio, sintió la necesidad de aliviar el estrés que comprimía su cerebro. Contó las ventanas una vez y, luego, otra. Con cuidado de no resbalar en la pátina de nieve fresca, subió los escalones.

En la puerta, con la llave en la mano, le sobrevino un inusual sentimiento de terror. Temía por sí misma, por su pasado, sus decisiones, su actitud, su dolor y en quién se estaba convirtiendo. En ese instante, deseó que Boyd estuviera a su lado, burlándose de ella. Lo echaba de menos.

Se enfundó los entumecidos dedos en los guantes de látex, giró la llave en la vieja cerradura y empujó la puerta para abrirla, sorprendida de que se deslizara hacia adentro con relativa facilidad.

El vestíbulo de la entrada era más pequeño de lo que esperaba. Un frío helado la dejó sin aliento. Hacía más frío aquí dentro que fuera. Casi esperaba ver agua chorreando por las paredes a causa de las tuberías reventadas. Frente a ella se elevaba una enorme escalera. El pasamanos de caoba se retorció hacia arriba, rodeando los anchos escalones de hormigón, que conducían a una encrucijada de corredores oscuros. No se molestó en encender la luz, era posible que no funcionara y no quería descubrirlo. A veces, era mejor no saber antes que descubrir que realmente estabas a oscuras. Se consoló con ese pensamiento.

Escuchó. Silencio en el interior, mientras fuera el viento arrojaba nieve contra los cristales de las ventanas, haciendo temblar los marcos. Una ráfaga hacía crujir las hojas a sus pies. Cerró la puerta principal y pateó el suelo para sacudirse los restos de nieve de las botas. Decidió comprobar los pisos superiores.

Al llegar al final del primer tramo de escaleras, siguió por un pasillo con puertas a un lado y ventanas al otro. Inconscientemente contó las ventanas — no podía evitarlo— y tomó nota del número mentalmente. Volviendo sobre sus pasos, fue por el otro pasillo y contó las ventanas; los marcos crujieron y, luego, se calmaron. Repitió el ejercicio en el siguiente piso. Contando. No cuadraba.

Corrió escaleras abajo. Volvió a contar. Solo trece ventanas. Dieciséis en el exterior. Ambos extremos del pasillo estaban tapiados con hormigón. Pasó la mano por el muro y golpeó intermitentemente, preguntándose si estarían huecos. Parecían sólidos. Tal vez Tom Rickard podría darle la respuesta. Sentía curiosidad por esta imprecisión, pero no tenía ni idea de qué importancia podía tener, si es que tenía alguna.

Un pájaro chilló sobre su cabeza, golpeando las alas contra las vigas de madera, y desapareció. Habría gritado si su garganta no estuviera ya dolorida. Se apoyó contra la pared y sintió las vibraciones del pasado. La historia de O'Malley resonaba en su cerebro. El clamor de los niños corriendo por los pasillos, las monjas gritando tras ellos, tirones de pelo, chillidos, mandíbulas repiqueteando debido a los dorsos de manos marchitas. La imagen era tan

vívida que Lottie tuvo la sensación de que podía tocarla. La angustia, la soledad de los niños abandonados. No había sueños ni expectativas, solo desesperación y pérdida.

Una vez más, sus pensamientos fueron invadidos por la imagen del expediente amarilleado en el último cajón de su escritorio. Los desaparecidos. Los muertos. El niño pelirrojo... ¿había sido asesinado, o el cerebro de O'Malley, confundido por el alcohol, había conjurado un mito? Recordó las palabras escritas en la libreta azul marino de tapas duras y los libros maestros, llenos de verdades y mentiras. La emoción sobrecogedora que se abalanzaba atravesando su ser era una impotencia devastadora.

El mirlo se calmó, acurrucándose en los aleros del techo, y Lottie volvió sobre sus pasos, contando las puertas de color marrón gastado a lo largo del corredor, con picaportes de latón deslustrado. La pintura se desconchaba bajo años de manos, viejas y jóvenes, torciendo y girando. Desde que lo habían abandonado a su suerte, el edificio había muerto.

Las puertas necesitan ser abiertas. Puertas a un pasado olvidado. Tal vez Susan y James trataron de abrirlas, metafóricamente hablando. «Y mira a dónde los ha llevado». Su instinto le decía que este edificio contenía las claves para el rompecabezas general. Abrió y cerró unas cuantas puertas, descubriendo espacios desolados, y asumió que las habitaciones habían sido pequeños dormitorios. Giró el picaporte de la siguiente y entró.

Era similar a las otras, aunque unas bolsas de plástico negras cubrían las ventanas de esta, sumiendo la habitación en la oscuridad. Tanteó a lo largo de la pared y apretó un interruptor. Una bombilla de bajo voltaje, suspendida de un cable cubierto de polvo, extendió una pizca de luz por el espacio. Lottie miró a su alrededor.

Una cama de hierro, contra la pared, vestida con sábanas blancas. Se internó en la habitación, pisando el suelo desigual de tarimas desnudas, y Lottie arrugó la nariz. Un ligero rastro de jabón en polvo impregnaba el algodón. Dio la vuelta a la almohada y levantó el colchón. Nada.

Un tintineo la hizo detenerse con la sábana en la mano. Silencio. Escuchando atentamente, lo único que oyó fue el ruido del viento arrastrando la nieve contra la ventana y la bolsa de basura susurrando en la brisa que se colaba por un hueco entre los bastidores. Estudió la habitación. Una cama, una pequeña estufa de gas en una esquina y una silla de madera en la otra. Nada.

más, excepto la pintura que se desconchaba del techo y las sombras que se profundizaban por los temblores amarillos de la bombilla que se bamboleaba ligeramente.

Al darse la vuelta para salir, captó un destello de metal plateado junto a la pata de la cama. Barrió el polvo con los dedos y tocó el objeto. Se lo acercó, sosteniéndolo entre sus fríos dedos, y lo levantó hacia la luz. El colgante plateado brilló contra su mano enfundada en látex. Sabía exactamente a quién pertenecía el colgante.

* * *

Jason giró la cabeza, convencido de que había oído golpes contra la pared. Las ataduras en sus brazos y piernas lo mantenían pegado al suelo. La mordaza en la boca le impedía gritar.

¡Alguien lo estaba buscando! La euforia lo invadió y su cuerpo luchó contra las cuerdas, pero estaba atado a conciencia.

La desesperación se apoderó de él y se desplomó contra el suelo. Si estaban en la parte principal del edificio, ¿se aventurarían a buscar más en esta sección? ¿Sabrían siquiera que existía? Deseó que no se dieran por vencidos con demasiada facilidad. Estaba cada vez más débil. Prestó atención una vez más, escuchando, buscando un sonido, por pequeño que fuera.

Su momento de esperanza se rompió en pedazos y la fatalidad se instaló en el hueco de su estómago, donde se agitó y sacudió. Al son del eco de los pájaros cantando en las vigas del techo, se vomitó encima.

— ¡Hola! Sean Parker, ¿verdad?

Fuera de la tienda de videojuegos, Sean se giró.

—¿Y a ti qué te importa? —Se apoyó contra el escaparate.

—Te he reconocido, eso es todo.

—Ajá. ¿Y qué quieres? —preguntó Sean, y saludó con la mano a uno de sus amigos al otro lado de la calle.

—Conozco muy bien a tu hermana y a Jason. ¿Sabes que ha desaparecido?

Sean se alejó lentamente de él, pero no había donde ir.

—Sí, lo sé.

—Esto puede parecer extraño, pero no ha desaparecido. De hecho, yo sé dónde está.

—¿Y por qué no se lo dices a los guardaí?

—Jason no quiere involucrarlos. Hay una disputa familiar o algo así.

—Vale, pero esto no tiene nada que ver conmigo. —Sean se acercó un poco más a la puerta de la tienda.

El hombre sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Está bien. Perdona que te haya molestado. —Se volvió para marcharse.

Sean se mordió el labio, estudiando al hombre de arriba abajo. Parecía respetable, bien vestido, limpio, aunque no llevaba abrigo a pesar de la nieve helada. Qué raro. Le resultaba familiar. ¿Lo había visto en algún sitio recientemente? No lo recordaba. No parecía una amenaza. Únicamente un viejo que conocía a su hermana.

Sean preguntó:

—¿Dónde está?

El hombre se giró hacia él.

—No puedo decírtelo, pero puedo mostrarte dónde está. Así podrías decir... podrías decir que has descubierto por casualidad dónde se escondía.

—Vale.

—Ven conmigo.

Lottie golpeó el volante. El coche no arrancaba. Una capa gruesa de nieve cubría el suelo. No había helado. Todavía.

Siguió girando la llave, recibiendo un clic vacío como respuesta. Con el colgante metido en una bolsa de plástico en el bolsillo, se quedó sentada, pensando. Sabía a quién pertenecía y creía saber cómo había llegado allí. Y tenía que hablar con Rickard sobre las ventanas. La anomalía la molestaba, la inquietaba.

El número de Jane Dore apareció en su teléfono.

—Hola, Jane.

—He completado el examen *post mortem* del padre Mohan.

—Estás ocupada, y eres rápida —alabó Lottie—. ¿Lo mismo que los otros?

—No, lo mismo no —respondió la patóloga—. El asesino usó menos fuerza, pero la víctima era un hombre mayor.

—¿Crees que puede haber sido un imitador?

—Lo dudo. Cornelius Mohan tiene el mismo tatuaje que Susan Sullivan y James Brown.

Lottie contuvo el aliento por un momento. ¿Un cura viejo con un tatuaje? ¿Qué sería lo siguiente?

—Es como el de los otros, viejo pero más definido. He escaneado la imagen y la he ampliado —dijo Jane—. Los tatuajes de las otras víctimas estaban borrosos y parecían como líneas en un círculo, pero en este se puede descifrar el dibujo.

—Continúa —instó Lottie, deseando que fuera algo definitivo.

—Parece un icono de la Virgen con el Niño, a menudo representado en las iglesias como una escultura. O eso dice Wikipedia.

Lottie observó la parte alta del edificio frente a ella. La estatua que había tratado de ver en la oscuridad la otra noche en Saint Angela con Boyd era la Virgen María con el niño Jesús en brazos.

—Puede que tengas razón —convino—. Pero todavía no entiendo por qué Susan y James lo tenían. —«Y Patrick O'Malley», recordó.

—Si significa algo, más vale que lo descubras. Antes de que más cuerpos acaben aquí.

Mientras escuchaba la señal de llamada, Lottie supo que tenía que hablar otra vez con O'Malley. Cada vez parecía más importante. ¿Como testigo de un asesinato perpetrado hacía décadas, o estuvo involucrado por aquel entonces, tal vez incluso ahora? Fuera como fuera, era posible que tuviera información vital. Tenía que hacerle recordar. El teléfono interrumpió sus pensamientos.

—Inspectora, soy Bea Walsh... del ayuntamiento.

—Hola, Bea. ¿Cómo está?

—Solo quería hacerle saber que el permiso de construcción para Saint Angela ha sido aprobado hoy.

—Supongo que es fácil culpar a los muertos por ello —dijo Lottie—. Entonces, ¿Rickard puede llevar a cabo sus planes del hotel?

—No exactamente. Hay un período de espera para el proceso público de reclamación, aunque no creo que haya muchas objeciones. Este proyecto creará empleo.

—Gracias por contármelo.

—E, inspectora, el expediente no había desaparecido en absoluto. Lo tenía Gerry Dunne, el gerente del ayuntamiento.

Lottie reflexionó sobre las dos llamadas. Trató de unir la información en su cabeza, pero no lo consiguió. El hecho de que el coche no arrancara y lo que costaría repararlo interfería en sus reflexiones.

Anhelando un cigarrillo o cualquier cosa en la que concentrarse, echó un vistazo a la extensión de terrenos cubiertos de nieve. Sus ojos se posaron en un enclave amurallado que se extendía en la parte trasera de Saint Angela. Una media luna de árboles cubiertos de nieve sobresalía sobre los muros de

piedra. El pomar. Una imagen pasó zumbando por su mente. Los pequeños Susan y James, con O'Malley y Brian Mortimer, quienquiera que fuera o dondequiera que estuviera, aterrorizados por el padre Con.

Ahora, al menos tres de ellos estaban muertos.

—¿De verdad sabes dónde está Jason? —preguntó Sean al hombre, mientras se metía en el coche.

—Sí, lo sé.

—Menuda coincidencia, ¿no?

—¿Qué coincidencia?

—Que me conozcas y que también conozcas a Jason —dijo Sean—. ¿Puedes poner la calefacción?

—Por supuesto. —El hombre salió de la plaza de *parking* para unirse al tráfico y encendió la calefacción—. Te calentarás en menos de un minuto, jovencito.

Sean preguntó:

—¿Cómo sabes quién soy?

—Verás, también conozco a tu madre, y eres su viva imagen. Te reconocería a un kilómetro de distancia.

—Todo el mundo dice que soy clavado a mi padre.

—No conozco a tu padre —comentó el hombre, esperando a que el semáforo se pusiera verde.

—Está muerto.

—Vaya. Siento mucho tu pérdida.

—Entonces, ¿de qué conoces a Jason y a mi hermana?

—Soy un amigo del padre de Jason. Podríamos decir que somos socios.

Sean se quedó callado mientras el hombre conducía con cuidado por la ciudad. La nieve que se arremolinaba ralentizó su avance. Cuando Jason

volviera a casa, Katie estaría feliz. Le debería una, más bien un montón. Sean sonrió, orgulloso de sí mismo.

—¿Por qué sonríes? —preguntó el hombre.

—Ah, por nada —respondió Sean, aún sonriendo.

* * *

—¿A dónde? —preguntó Kirby, mordisqueando su cigarro apagado.

—Este coche apesta —protestó Lottie mientras se ponía el cinturón.

El olor a tabaco rancio traspasó de los asientos a su ropa. Tendría que dejar ahí su coche hasta que consiguieran unas pinzas para arrancarlo. Kirby no tenía en su coche.

—Quiero hablar con Tom Rickard, pero primero necesito ver a Boyd.

—No te dejarán acercarte —advirtió Kirby.

—Me importa una mierda —replicó ella—. Cuidado con la carretera, está congelada. —Se aferró al salpicadero cuando Kirby cambió de dirección, esquivando por los pelos un coche que venía en sentido contrario—. Fúmame el cigarro si quieres.

—Tus deseos son órdenes. —Kirby encendió el cigarro con un clic del mechero.

—He encontrado esto en Saint Angela. —Lottie sostuvo en alto la pequeña bolsa de pruebas que contenía el colgante plateado.

Kirby lo miró de reojo.

—Muy bonito. ¿Qué hacía en ese caserón?

—Eso es lo que voy a averiguar.

—¿Así que sabes de quién es?

—En efecto —aseguró Lottie—. ¿Me saldrá muy caro arreglar el coche?

—El precio de una pinta —dijo Kirby.

—Puedo permitirme comprarte una pinta, pero el presupuesto no me llega para dos.

—Tan mal estamos, ¿eh? —gruñó Kirby.

Lottie asintió.

—¿Por casualidad no sabrás cómo reparar una PlayStation?

* * *

—Capullo —murmuró el hombre, girando a la derecha.

Salió de la carretera principal y condujo por una calle secundaria, atravesando las verjas traseras de Saint Angela.

—¿A dónde vamos? —interrogó Sean.

—Eres muy curioso —masculló el hombre entre dientes.

—Solo preguntaba.

El hombre aparcó su brillante vehículo en la parte trasera de la pequeña capilla, apagó el motor y salieron del coche.

Sean envolvió la mano alrededor del frío metal en su bolsillo, contento de tener su talismán consigo. De repente, algo le dijo que debería correr como loco, alejarse tanto como pudiera. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, el hombre lo agarró con fuerza del codo y lo lanzó contra la puerta arqueada de madera con un brillante candado nuevo.

Aunque todavía no tenía catorce años, era alto, pero en el tiempo que le llevó al hombre abrir el candado, Sean se sintió diminuto. No sabía si era porque las cejas del hombre se juntaron al fruncir el ceño o por la fuerza con que le apretaba el brazo. Una cosa era segura, se alegraba de tener su navaja con él.

La puerta se cerró y el hombre echó un pestillo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Seguridad. Por aquí.

Sean se mantuvo firme.

—Si la puerta estaba cerrada por fuera —empezó a decir—, ¿cómo puede Jason estar aquí por voluntad propia?

La mandíbula del hombre se tensó. Sean reculó contra la puerta.

—Dije que te traería con Jason. Sé un buen chico y haz lo que te digo.

—Él no está aquí —chilló Sean—. ¿Quién eres?

Sostuvo la navaja en el bolsillo, rogando que el hombre no se diera cuenta. Qué estúpido había sido dejándose arrastrar hasta aquí. ¿Cuál era su mejor opción? ¿Esperar que Jason estuviera aquí y seguirle la corriente al hombre para descubrirlo o resistirse y escapar ahora? Si usaba la navaja, podría salir por la puerta. Pero ¿y si estaba abandonando a Jason? ¿Qué haría

su madre? Tenía que pensar rápido o estaría metido en un buen lío.

—Deja de hacer preguntas. Ven.

Sean tomó una decisión y se dejó llevar por el pasillo estrecho y oscuro, apretando firmemente su navaja con la mano.

De pie frente al mostrador de enfermería, Kirby dijo:

—Al menos está fuera de la UCI.

Lottie puso los ojos en blanco. Le estaba tocando las narices. Nunca cerraba la boca, siempre tenía que decir algo. Respiró profundamente, tratando de calmarse.

—¿Qué tal te fue en Roma? —preguntó el detective.

—¿Acabas de guiñarme el ojo? —Lottie se acercó a él, mirándolo fijamente.

Kirby retrocedió.

—No era mi intención. Ha sido sin querer —se disculpó mientras se toqueteaba la mandíbula sin afeitar.

—No intentes ser como Boyd. No te pega.

—Pueden ver al paciente cinco minutos. Nada más. Está débil, pero consciente. —Una enfermera joven, con uniforme y ojos azules, sostuvo la puerta abierta—. Solo uno —dijo, con la mano levantada para frenarlos.

—Ve tú. —Kirby dejó pasar a Lottie.

* * *

Boyd estaba medio sentado en la cama. Una multitud de cables serpenteaban desde varias zonas de su cuerpo hasta los monitores colocados como robots a su alrededor. La enfermera apretó un tubo y miró de cerca el líquido que pasaba por él. Satisfecha, se volvió hacia Lottie.

—Cinco minutos. —La dejó a solas con Boyd.

Lottie acercó una silla y se sentó junto a la cabeza de su compañero herido. Sus ojos parpadearon, como reconociéndola, y su color avellana se veía apagado. Trató de sonreír sin éxito.

—Lo siento —susurró Lottie—. No tendría que haberme largado a Roma dejando que te metieras en problemas sin mí.

Sonrió cuando Boyd esbozó una débil sonrisa.

—Sé que se supone que no debes hablar, pero ¿recuerdas algo de tu atacante?

—¿Ni un simple qué tal? —Un brusco graznido salió de Boyd.

—Cuando Kirby me dijo lo que había pasado, estaba aterrorizada —dijo Lottie—. Pensé que ibas a morir pero intenté no pensar en ello. Ya me conoces, me escondí en el trabajo toda la mañana.

Le agarró la mano, sintiendo la longitud de sus dedos en los suyos, inclinó la cabeza y le besó la piel arañada de la frente.

—No llores —susurró Boyd.

—No caerá esa breva —dijo Lottie.

—Vi la espalda del asesino... familiar... no seguro. No ayudo.

—¿Podría haber sido O'Malley?

—No lo sé.

Lottie encontró pañuelos en la mesita de noche y le limpió la saliva de la comisura de los labios.

—No importa. Lo cogeré. Ese cabrón se arrepentirá de esto cuando acabe con él.

—Ten cuidado —advirtió Boyd, su voz cogía fuerza—. No tiene sentido que acabes aquí tú también. O quizá tienen una cama doble.

—Listillo —dijo Lottie—. Me tiene desconcertada que el asesino atacara cuando estabas de camino a casa del cura. ¿Se lo dijiste a alguien aparte de Lynch?

—No... a nadie.

Reflexionó durante un momento. Convencida de que Lynch no tenía nada que ver y si Boyd no se lo había dicho a nadie, entonces la única otra persona que lo sabía era el padre Joe. Se fijó en lo cansado que se veía Boyd. No era el momento de contarle sus sospechas. Los párpados se le cerraron.

—Mejorate pronto. Sin ti, estoy perdida. —Rozó los labios contra su ceja mientras la enfermera entraba.

Con una última ojeada a Boyd, ahora dormido, salió de la habitación, decidida a poner punto final a los planes del asesino.

—No tengo información nueva sobre su hijo, señora Rickard, pero necesito hablar con su marido.

Lottie se apoyó contra el quicio de la puerta de la casa de los Rickard. Melanie entró y ella la siguió. Tom Rickard se levantó de su sillón, expectante. Lottie negó con la cabeza. El rostro del hombre se derrumbó.

—Como le he dicho a su esposa, no tengo novedades sobre el paradero de su hijo. Hemos emitido un comunicado de prensa. Está en todas las redes sociales y tendremos cobertura televisiva.

—Inspectora, estoy terriblemente preocupado —dijo Rickard.

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

Lottie se sentó frente a él, en la silla que le indicó. Estaba sentado con el traje arrugado y tenía los ojos rojos. Un fuego de leña ardía. La habitación estaba caliente.

—¿Té? ¿Café? —ofreció Melanie Rickard.

—Té, gracias —dijo Lottie. Sintió algo en la atmósfera entre Melanie y Tom Rickard. ¿Hielo? Melanie escapó a la cocina.

—Sobre Saint Angela... —comenzó a decir Lottie.

—En este momento, me preocupa más el bienestar de mi hijo —replicó él.

—¿Quién más tiene llaves del edificio?

Rickard se encogió de hombros.

—Mis socios. Usted tiene mi copia.

—¿Por qué las tienen?

—Les di las llaves hace una eternidad, en caso de que necesitaran echar

un vistazo al lugar. Nunca les pedí que me las devolvieran. No tengo ni idea de si las han usado —dijo Rickard—. ¿Qué tiene que ver?

—Si le soy sincera, no lo sé —contestó Lottie. Sostuvo en alto la bolsa con el colgante—. ¿Lo reconoce?

Rickard apartó la mirada.

—No. ¿Debería?

—Pensé que lo haría. ¿Está seguro?

—Maldita sea, mujer, ¿qué está haciendo para encontrar a mi hijo?

Ella se levantó con intención de marcharse. El fuego era demasiado reconfortante como para quedarse sentada más tiempo.

—Otra cosa, ¿tiene los planos originales de Saint Angela? Necesito verlos.

Rickard se encogió de hombros, suspiró y levantó su corpulencia del sillón, como un oso despertando de la hibernación. Extrajo del escritorio que había en una esquina un documento enrollado y se lo tendió.

—Quédeselo. He perdido el interés en el proyecto —dijo, y se quedó de pie junto a su silla.

—¿Aunque haya conseguido el permiso de construcción?

—Mi hijo es ahora lo más importante para mí. Cuando haya acabado con ellos, puede quemarlos. Solamente encuentre a Jason. Que sea su prioridad. Se lo suplico.

Rickard se volvió hacia el fuego y miró fijamente las llamas naranjas que brincaban sobre el tronco ardiente.

Lottie se dispuso a irse. Melanie llegó con una bandeja. La dejó sobre la mesa y le puso una mano sobre el brazo, con los labios silenciosos y los ojos suplicantes.

Lottie asintió, percibiendo la ansiedad de la mujer.

Dejó a la pareja entregados a su solitaria desesperación.

—Mira esto, Kirby —dijo Lottie, señalando algo en el plano desplegado sobre un escritorio de la sala del caso—. Yo tenía razón.

—¿Sobre qué?

Se arremangó el jersey hasta los codos y dibujó un círculo en la hoja con subrayador amarillo.

—Los planos muestran el pasillo con dieciséis ventanas en el segundo piso. Conté trece en el interior, pero dieciséis en el exterior.

—¿Y eso qué quiere decir, exactamente? —inquirió Kirby, rebuscando en su bolsillo.

Lottie dio unos golpecitos en el círculo con el subrayador.

—Significa que hay tres ventanas detrás de una pared, lo que también significa que hay una o varias habitaciones extra bloqueadas.

—¿Y qué? —cuestionó él.

—¿Por qué? —preguntó Lottie—. ¿Por qué hacer eso? ¿Quién lo hizo? ¿Cuándo? Eso es lo que quiero saber. ¿Qué significa?

—¿Qué tiene que ver con los asesinatos?

—No lo sé, pero no tenemos nada más y tengo que descubrirlo. ¿Tenemos alguna dirección de O'Malley?

—Vive en la calle.

—Ve a buscarlo.

Lottie echó un vistazo a la habitación y se percató de que Lynch estudiaba la pizarra del caso.

—Algo no cuadra —afirmó Lynch.

—¿Qué quieres decir?

—Derek Harte. El amante de Brown. He revisado sus declaraciones y creo que algo no está bien. O nos ha mentado o no ha dicho toda la verdad. No lo encuentro registrado como maestro en ninguna escuela.

—Compruébalo de inmediato.

Lottie no tenía tiempo para eso ahora. Tenía una misión.

—Creo que la señora Murtagh, la mujer que lleva el comedor social, puede saber dónde está Patrick O'Malley. Dame las llaves del coche, Kirby.

* * *

—No lo he visto —dijo la señora Murtagh, que dejó entrar a Lottie y echó al perro.

El agua hervía y un pan caliente reposaba sobre un plato frente a Lottie.

—¿Qué lugares frecuenta? —preguntó Lottie.

—Patrick O'Malley podría estar en cualquier sitio, inspectora. Por la noche, suele acostarse en la calle principal. A veces, puedes encontrarlo detrás de la estación de trenes, en los vagones o en una de esas casas, ya sabe, la vieja hilera de casas adosadas con los techos hundidos. Pero no lo he visto por ningún lado estas últimas noches.

Lottie suspiró.

—Enviaré a alguien a buscarlo.

La señora Murtagh sirvió el té en las tazas y bebieron.

—¿Dónde está hoy el flacucho de su compañero, detective Dottie?

—Me llamo Lottie, y el detective Boyd fue herido anoche. Está en el hospital.

—Eso es terrible. Rezaré por él. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada que deba preocuparla. —Lottie miró la hora en su teléfono—. Tendría que irme. Gracias por el té.

—Eso me lleva a lo que intentaba recordar la última vez que estuvo usted aquí.

—¿El qué?

La señora Murtagh toqueteó inquieta las migas en su plato.

—El teléfono.

—¿Qué pasa con él?

—No el suyo. —La anciana dudó y, luego, añadió—: Tengo el móvil de Susan.

—¿Que usted qué? —Lottie abandonó su sonrisa y apretó los puños—. ¿Dónde está? Podría ser vital para nuestras investigaciones. ¿Por qué no me lo ha dado antes?

—Olvidé que lo tenía y, ahora, ni siquiera estoy segura de querérselo dar —refunfuñó la señora Murtagh, cruzando los brazos con rigidez.

—Podría acusarla de obstruir una investigación de asesinato. Tal vez podríamos haber evitado otro asesinato. Podría haber información vital en ese teléfono.

Lottie sabía que estaba siendo irracional. Tenían toda la información de la compañía telefónica. Al ver la cara de confusión de la señora Murtagh, trató de suavizar su voz.

—Está bien. No se preocupe. Si me lo da ahora, todo estará bien.

—Puede que ni siquiera funcione.

—Eso es irrelevante. —Lottie se clavó las uñas en la palma de la mano y apretó los dientes—. ¿Por qué lo tiene usted?

—Acabo de recordarlo todo ahora. Susan lo dejó caer en la sopa. Arruinó todo un puchero. Tuvimos que hacer más. Menudo jaleo.

—¿Cuándo fue eso?

—La noche antes de su asesinato. Lo sumergí en un bol de arroz en el armario de la caldera. Eso es lo que Susan dijo que había que hacer.

—¿Por qué no se lo llevó?

—Estábamos ocupadas, así que nos olvidamos del asunto del teléfono cuando volvimos de la ronda. Y, luego, la pobrecita fue asesinada.

—¿Y usted se quedó el teléfono?

—Fue asesinada al día siguiente —explicó la señora Murtagh con lágrimas en los ojos.

—Debería habérmelo dado a mí.

—Olvidé que lo tenía. —Alzó la tetera para ofrecerle más té.

Lottie puso la mano sobre su taza para rechazar el gesto.

—Susan está muerta. Sus secretos podrían ayudar a resolver el crimen. ¿Puede darme ahora el teléfono, por favor?

La señora Murtagh se levantó lentamente y salió al pasillo. Lottie oyó una puerta abrirse y cerrarse.

—Es difícil saber qué puede haber aquí dentro después del remojón que se llevó. —La mujer volvió y le tendió el teléfono a Lottie.

«No mucho», pensó Lottie, que lo metió en una bolsa de plástico antes de guardarlo en su bolso.

—Hay otra cosa más... —comenzó a decir la señora Murtagh, frotándose la frente.

—Adelante.

—Saint Angela. Susan mencionó que había dos curas allí.

—Siga.

—Después de reunirse con el obispo Connor, estaba en un estado deplorable. Había acordado encontrarse con él para ver si podía desvelarle algunos registros que la ayudaran en la búsqueda de su bebé. Pensé que había visto un fantasma. ¿Le había dicho ya esto? Me dijo que había reconocido al obispo, que era un cura de Ragmullin cuando Susan vivía aquí de niña.

—¿Qué?

—Le cuento lo que ella me dijo.

Lottie no acababa de comprender las implicaciones de lo que acababa de oír. Por supuesto, Susan solo había regresado a Ragmullin hacía un par de años. No tenía motivos para haber visto al obispo antes de reunirse con él. ¿Quería eso decir que el obispo Connor conocía a dos de las víctimas de sus años en Saint Angela? No lo había mencionado. Por otro lado, puede que ni siquiera fuera él. Otra cosa más para que Kirby clavara en la pizarra.

—Susan y James cuidaron el uno del otro durante años. Usted tiene que cuidar de ellos, ahora que se han ido —dijo la señora Murtagh.

Lottie se levantó, tratando con todas sus fuerzas de contener la rabia.

La anciana envolvió el pan integral en papel de aluminio.

—Lo siento —se disculpó, y le tendió el envoltorio.

—Yo también —replicó Lottie, dejando el pan sobre la mesa—. Y si ve a Patrick O'Malley, contacte conmigo de inmediato. —«Antes de que te olvides», pensó—. Necesito hablar con él.

De repente, la señora Murtagh parecía más vieja de lo que era. Agarrando el mango torcido de su bastón, la acompañó hasta la puerta.

Lottie ni siquiera le dijo adiós cuando se metió en el coche de Kirby, impregnado de olor a tabaco.

Sean abrió los ojos. La cabeza le daba vueltas.

Cuando intentó sentarse en el suelo helado, se dio cuenta de que tenía el cuello atado con una soga, con los brazos y piernas amarrados de manera similar. Le costó recordar dónde estaba. ¿Qué había sucedido? Se quedó quieto y escuchó. No oía ningún sonido. Se estrujó las neuronas. Los recuerdos aparecían y desaparecían. El hombre empujándolo por la puerta, golpeándolo contra el suelo y... eso era todo.

Se retorció, tratando de ver algo, lo que fuera. Envuelto en la oscuridad, intentó enfocar la vista pero nunca había estado en un sitio tan oscuro. Se le revolvió el estómago por el miedo y el terror se arrastró bajo su piel.

Le vibró el móvil en el bolsillo. No había manera de cogerlo, y se dio cuenta de que aquel desgraciado no se lo había quitado, así que tal vez tampoco había encontrado la navaja. No lo sabía. Las lágrimas se arremolinaron en las comisuras de sus ojos. No importaba. Ahora no podía hacer nada. De repente, era un niño pequeño y todo su valor se desintegró al comprender cuán desesperada era su situación.

Y comenzó a llorar, como el niño que era en el fondo.

Después de enviar el teléfono de Susan a los raritos del laboratorio, Lottie iba de un lado a otro de la estrecha oficina.

Informó a Kirby de que la señora Murtagh le había contado que Susan había reconocido al obispo Connor.

—Te dije que me dejaras darle una paliza a ese cabrón mentiroso —dijo Kirby.

—¿Tienes un minuto? —Lynch tocó el codo de Lottie.

—Un momento, tengo que llamar a casa.

Telefoneó a Chloe.

—¿Qué tal van las cosas por ahí?

—Bien. Sean se fue al centro hace un rato.

—¿Para qué ha ido al centro? —inquirió Lottie.

—No paraba de quejarse de la PlayStation, así que a lo mejor quería mirar una nueva.

—Pásamelo.

—Todavía no ha vuelto. Probablemente ha ido a casa de Niall. Le he mandado un mensaje para ver qué quiere para comer. No ha contestado.

—Seguramente no tenga saldo.

—Típico —rio Chloe.

—Mándale un mensaje por Facebook.

—¿Cómo no se me había ocurrido, madre? —replicó Chloe con falso sarcasmo.

—¿Qué tal está Katie?

—Tonta. Como siempre. ¿Alguna señal de Jason?

—Estoy trabajando en ello —respondió Lottie—. Avísame cuando vuelva Sean.

—Lo haré.

Colgó y se giró hacia Lynch.

—¿Querías contarme algo?

—Quería hablarte sobre Derek Harte. ¿Te va bien ahora?

—Necesito algo que me distraiga. Adelante.

Lynch cruzó los brazos, con un expediente pegado a su pecho.

—He revisado todo el papeleo, examinado su declaración otra vez y, luego, he comprobado sus antecedentes.

—Cuéntame.

—Creo que la hemos cagado, inspectora. Mucho.

—Oh, mierda.

Lottie acercó dos sillas a un radiador que silbaba y se sentaron junto al calor. Lynch pasó las páginas del expediente, apoyado sobre las rodillas.

—Harte nos dijo que trabaja en una escuela en Athlone. Asumimos que era un maestro.

—¿Pero no lo es? —Lottie miró fijamente a Lynch—. ¡Por el amor de Dios!

—No está registrado como maestro en ningún sitio. Pero hace chapuzas. Que sepamos, la última fue la escuela secundaria Saint Simon's, en Athlone. En su solicitud dio información falsa y una dirección en Dublín. He buscado en nuestra base de datos. Y lo he encontrado.

—¿Culpable de algo?

—Cumplió cinco años de una condena de ocho por el secuestro y abuso sexual de un menor. Salió de la cárcel Arbour Hill hace once meses.

Lottie sopesó mentalmente la enormidad de la revelación de Lynch. ¿Quién tenía la culpa de este desastre? Ella, como oficial de rango superior de la investigación, todo era su responsabilidad. Definitivamente, acabaría delante del comisario jefe, si no el comisario general. Corrigan iba a estallar. Y Lynch quedaría libre de culpa. ¡Mierda! En cuanto a la escuela, seguro que ni siquiera lo comprobaron. ¿Y qué pasaba con el certificado de Delitos de Naturaleza Sexual? Menudo desastre.

—Dios todopoderoso —gritó—. ¿Cómo no descubrimos esto hace días? No puedo tolerar la incompetencia. Y pensar que empaticé con ese hijo de puta en su falsa pena. Lo mataré yo misma cuando lo cojamos.

—He comprobado la dirección que nos dio. Es una habitación de alquiler.

Lynch tendió a Lottie una fotografía del convicto Derek Harte. Tenía un aspecto totalmente diferente del hombre golpeado por la pérdida que había encontrado el cuerpo de James Brown. Barba enmarañada, pelo largo. Ojos oscuros y vacíos. Desgraciado. Ahora había escalado hasta el número uno de la lista de sospechosos.

—Dame las buenas noticias —pidió Lottie, lanzando la foto y tirando de sus mangas gastadas. Sintió una presión en el pecho y comenzó a toser.

—¿Estás bien? —preguntó Lynch.

Lottie trató de responder, pero no pudo. Lynch fue a por un vaso de papel y lo llenó de agua del surtidor.

—¿Qué te pasa? —Ofreció el vaso a Lottie.

Lottie bebió y sintió que el embate remitía.

—Estás agotada —dijo Lynch.

No quería la compasión de Lynch.

—Es solo un resfriado. Encuentra a Harte. Tú y Kirby perseguirlo. Antes de que el comisario Corrigan se entere de la última cagada.

—Ahora mismo.

—Imprime su historial. Necesito saber a qué nos enfrentamos.

Lynch salió rápidamente por la puerta, con la cola de caballo golpeando contra sus hombros.

Lottie miró por la ventana, hacia la catedral al otro lado de la calle. Se erguía majestuosa en la niebla sepia de la tarde. Las farolas comenzaban a encenderse. La escena parecía surrealista. Justo cuando pensaba que lo tenía todo conectado, le caía otra bomba.

Y tenía cosas que hablar con su médico que nada tenían que ver con un resfriado. Abrió el cajón, cogió el colgante plateado que había encontrado en Saint Angela, se lo metió en el bolsillo y cerró el cajón de un golpe.

Annabelle O'Shea tenía el mismo aspecto extraordinario de siempre. Una falda de traje azul marino impecable y una camisa blanca, que dejaba entrever un toque de rojo del sujetador a través de la seda transparente. «Mandando un mensaje», pensó Lottie. Después del paseo de cinco minutos por las aceras heladas hasta la consulta médica Hill Point, estaba empapada en sudor.

—No he tenido tiempo de pedir hora.

—Tienes un aspecto terrible. Siéntate. —Annabelle ofreció una silla a Lottie antes de apoyarse sobre el escritorio tapizado en cuero—. Tengo tu receta.

—No tengo tiempo de ir a la farmacia. ¿Puedes darme algunas pastillas? Solo para ahora.

—¿Qué sucede? —inquirió Annabelle. Se inclinó hacia el armario que tenía detrás, extrajo un par de cajas, leyó las etiquetas y le tendió una.

Complacida de que contuviera benzodiazepina, Lottie se la guardó, sacó del bolsillo la pequeña bolsa de plástico y la colocó sobre el escritorio.

—Esto es tuyo —afirmó, señalando el colgante plateado que había en la bolsa—. Explícame por qué lo he encontrado bajo una cama en Saint Angela.

Annabelle observó el colgante con rostro inescrutable. Lottie imaginó el cerebro de su amiga zumbando, formulando lo que pensaba que debía de ser una respuesta satisfactoria.

—Eso no es mío —contestó Annabelle, apartándolo con la mano.

La risa de Lottie se transformó en una tos.

—Puede que otros te crean, Annabelle O'Shea, pero yo no.

La doctora levantó el collar de nuevo.

—Estoy segura de que hay mucha gente que tiene un colgante similar.

—No tengo tiempo para juegos y definitivamente no estoy de humor — advirtió Lottie.

Annabelle lanzó la joya sobre el escritorio, se levantó y caminó hacia la puerta. Pasos cortos, afilados.

—Ya tienes lo que habías venido a buscar. Por favor, vete.

Lottie permaneció sentada, haciendo girar la bolsa en la mano.

—Cuéntamelo, Annabelle. Quiero saberlo.

—Si es mío, ¿a ti qué te importa?

—Porque Saint Angela es parte de la investigación sobre los asesinatos en esta ciudad.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Por el amor de Dios, Annabelle. Dímelo.

—Vale. Cálmate.

Annabelle se sentó. Lottie hizo lo mismo.

—Voy allí de vez en cuando. Con mi amante —explicó Annabelle.

—¿Quién es ese amante? —preguntó Lottie, sonándose la nariz, haciendo demasiado ruido en el reducido espacio.

—No es necesario que lo sepas.

—Sí que lo necesito.

Después de una pausa, Annabelle confesó:

—Tom Rickard.

—¿Qué?

—Me prometió que dejaría a su mujer —dijo Annabelle—. Cuando tuviéramos suficiente dinero para mudarnos juntos. Siempre está metido en un proyecto u otro. —Hizo una pausa, cerró los ojos y los abrió de golpe—. Para serte sincera, me estoy cansando de él.

Lottie resopló con asco.

—Lo mismo de siempre. Quieres lo que no puedes tener. Aunque eso nunca te ha detenido.

—No todo el mundo puede tener el matrimonio que tú tenías.

—¿Pero qué hay de Cian... de tus hijos?

—Pero qué, Lottie, ¿qué? ¿Crees que soy la única? —Rio amargamente—. Es eso, ¿verdad? Crees que soy la única que folla fuera de su matrimonio.

—Eres una guarra —dijo Lottie, inclinándose sobre el escritorio.

—Ya me conoces. Cojo lo que quiero, y quería a Tom Rickard.

—¿Estabas con él el día del asesinato de Sullivan y de Brown?

—Probablemente. ¿Qué día fue?

—Sabes perfectamente que fue el 30 de diciembre.

—Mmm... déjame ver. —Comprobó la agenda de su ordenador—. Sí, creo que estábamos juntos ese día. Le cancelaron una reunión y yo no estaba trabajando, así que nos vimos.

Algunas piezas más del puzle encajaron en su sitio para Lottie.

—Por eso no podía dar una coartada definitiva. No quería traicionarte.

—No quería que se enterara su mujer.

—Tendrías que habérmelo dicho cuando hablé contigo sobre Susan Sullivan.

—No preguntaste.

—Una respuesta inteligente —dijo Lottie. Ya había tenido suficiente de Annabelle, de sus secretos y mentiras. Se levantó y fue hacia la puerta—. A veces, eres demasiado inteligente para tu propio bien.

Annabelle permaneció en silencio.

—¿Cuándo te viste con él por última vez? —preguntó Lottie.

—Hace dos días. —Annabelle se encogió de hombros—. Creo.

—¿En Saint Angela?

—Por supuesto.

—Me das pena, Annabelle. Tienes cerebro, dinero, una buena familia... y aquí estás, actuando como la niña mimada que siempre supe que eras. Adiós.

* * *

Fuera del consultorio, Lottie se apoyó contra la pared hasta que su respiración volvió a la normalidad. Tom Rickard podría haberle evitado mucho trabajo si hubiera dicho la verdad sobre su coartada desde el primer momento. Comenzó a caminar hacia la comisaría.

Las sirenas resonaban junto a la estación de tren mientras cruzaba el puente del canal. El agua estaba congelada y una capa de nieve brillaba sobre el hielo bajo las débiles farolas. Luces azules destellaban más allá de los viejos vagones. Aceleró cuesta abajo y atravesó la ciudad, ajena a las luces de Navidad que parpadeaban e invitaban tristemente a unos clientes inexistentes a entrar en las tiendas. El frío le calaba en los huesos pero tenía el corazón demasiado entumecido como para sentirlo en la piel.

En los escalones de la comisaría, un cuervo negro se posó sobre los copos de nieve. Su pico era duro y gris, con las garras lo bastante largas como para arrancar un ojo de su cuenca. Agitó las alas una vez, pero no se movió. Lottie sintió su mirada mientras subía los escalones. Un escalofrío helado recorrió toda su columna y entendió lo que la gente quería decir cuando hablaba de presentimientos.

El parloteo en la sala del caso bajó un decibelio cuando ella entró.

—¿Qué ocurre? —preguntó. «Oh, Dios», pensó, agarrándose los costados con los brazos cruzados—. ¿Boyd?

—No —contestó Kirby, girando en su silla.

—Bueno, ¿vas a decírmelo?

—Hemos encontrado otro cuerpo —informó.

—¿Jason? —Lottie se sentó rápidamente.

—No. Han encontrado un cuerpo más allá de los viejos vagones de la compañía ferroviaria, en una de las casas adosadas en ruinas.

—Espero que no sea O'Malley. —Se levantó y caminó alrededor de los escritorios—. Parecía uno de nuestros sospechosos más factibles.

—El cuerpo probablemente lleva ahí unos cuantos días. Las alimañas le han roído la cara. Le falta un brazo y dos dedos de la otra mano. Los dedos de los pies también. Una bolsa de huesos y harapos —explicó Lynch. Hablaba en abstracto, sin referirse al cuerpo como un ser humano. Ayudaba a distanciarse del horror.

—Será mejor que no sea O'Malley —saltó Lottie—. Según la señora Murtagh, esa zona era uno de los lugares que frecuentaba. —Golpeó el escritorio con frustración—. ¿Hay ya algún indicio de que sea un asesinato?

—Posiblemente hipotermia —dijo Lynch—. La patóloga está allí ahora mismo. ¿Vamos para allá? —Cogió su abrigo. Un suave murmullo de actividad se reanudó mientras los detectives volvían al trabajo.

—Ve tú. Yo me quedaré aquí. —Lottie se aferró al respaldo de su silla, esperando que no tuvieran otro asesinato en sus manos. Si O'Malley estaba muerto, ¿quién quedaba para responder a sus preguntas? ¿Permanecería el mal de Saint Angela para siempre en secreto? Esperaba que no.

—¿Has localizado a Derek Harte? —preguntó.

—No está en ninguna de sus direcciones y su teléfono está apagado —respondió Lynch en la puerta.

—Encuétralo. —Lottie buscó consuelo en su escritorio—. Y tráeme al periodista, Cathal Moroney.

«**D**ebe de estar haciéndose de noche», pensó Sean, porque tenía mucho más frío ahora. Esperaba que su madre lo estuviera buscando. ¿Sabría siquiera que había desaparecido? Esperaba que sí.

Oyó pasos, así que escuchó atentamente. La puerta se abrió y un débil rayo de luz recortó la silueta del hombre enmarcado por la abertura.

—¿Cómo está mi hombrecito? —La voz sonaba ronca y áspera.

—¿Qué... qué quieres? ¿Dónde está Jason? —preguntó Sean.

—Ah, los jóvenes de hoy en día no tienen paciencia. —El hombre chasqueó la lengua y entró en la habitación.

Sean sintió las cuerdas y la cadena aflojarse. El hombre lo arrastró para ponerlo de pie. Sean trastabilló y, luego, se irguió. Pero sus rodillas cedieron. El hombre agarró el brazo de Sean y lo sacó de la habitación. Quería hacer creer a ese desgraciado que se encontraba más débil de lo que en realidad estaba.

El hombre se detuvo frente a otra puerta y la abrió. Sean sintió un empujón en las costillas y entró tropezando. El hedor a vómito llenaba el aire. Con los ojos entrecerrados, trató de ver en la oscuridad. En el suelo de cemento, Jason yacía en posición fetal, cubriéndose la cabeza con las manos. Tenía el pecho y los pies desnudos y sus vaqueros estaban abiertos por la cintura.

—¿Querías ver a Jason? Aquí está —dijo el hombre, caminando fatigosamente sobre el chico tendido en el suelo.

Jason no movió ni un músculo y Sean se preguntó si estaría dormido o incluso muerto. ¿Qué estaba pasando? ¿Debería correr? En el tiempo que

tardara en encontrar la salida, Jason podía morir. Instintivamente, supo que ese hijo de puta iba a matarlos a los dos.

Con un arrebato de energía, Sean volvió corriendo al pasillo, cerró la puerta y giró la llave en la cerradura. Tal vez estaba condenando a muerte a Jason, pero si tenía la oportunidad de salir de allí, iba a aprovecharla.

Dejó escapar un suspiro de alivio apoyado contra la puerta y, luego, se giró para buscar la salida. Y se detuvo en seco. El hombre estaba de pie frente a él con una cuerda en las manos.

—¿Cómo... cómo...? —tartamudeó Sean, con los pies pegados al suelo.

El hombre lo agarró del brazo y retorció la cuerda haciendo un nudo alrededor de la muñeca y las manos de Sean. El joven pateó y acertó en la rodilla del hombre. Intentó darle en la entrepierna. Falló. Volviéndose, tiró de la cuerda, tratando de zafarse, concentrando toda su energía en escapar.

—Quieto —resolló el hombre, que atrapó a Sean y apretó la cuerda alrededor de su cintura, restringiendo sus movimientos instantáneamente. Ahora, incapacitado, Sean se derrumbó contra el hombre.

—¿De dónde has salido? ¿Cómo has...?

—¿Nunca has oído hablar de una habitación con dos puertas?

La llave giró y la puerta se abrió una vez más. Empujó a Sean dentro.

—Que os divirtáis charlando —dijo el hombre—. Volveré.

Jason no emitía ningún ruido. Con los brazos todavía atados, Sean gateó hasta él.

—¿Estás bien, colega?

Jason gimió, sonó como un animal atrapado en una trampa. Sean ya había oído un sonido así antes, la única vez que su padre lo había llevado a cazar. ¿Qué haría un cazador, si estuviera atrapado? Los pensamientos se retorcían en su cabeza y centró la mente en sus juegos de la PlayStation. Tal vez podría encontrar una respuesta en el mundo virtual; siempre ganaba en ese universo. Cerró los ojos y apoyó delicadamente sus manos atadas en el hombro de Jason.

—Saldremos de aquí. No te preocupes —susurró. Pero no estaba tan seguro.

—¿Los del laboratorio tecnológico han encontrado algo en el teléfono de Susan? —preguntó Lottie.

—Están trabajando en ello —respondió Kirby—. Pero dudo que haya nada diferente a lo que conseguimos de la compañía telefónica. Las únicas llamadas eran del trabajo. No parece que le gustara mandar mensajes. Ah, y Tom Rickard está llamando cada cinco minutos.

—Anunciaremos la desaparición de Jason en las noticias de las seis. ¿Tienes una foto?

—He sacado esta de la página de Facebook del chaval —dijo Kirby, agitando una foto—. No es feo. Aunque el tatuaje sí. ¿Y tu Katie está saliendo con él?

—Supongo que sí —gruñó Lottie, cansada de la cháchara. Al menos Boyd sabía cómo aligerar una situación banal. Lo echaba de menos. Cogió el teléfono y llamó al hospital.

Corrigan asomó la cabeza por la puerta.

—Cathal Moroney está en recepción preguntando por ti —informó, señalándola con un dedo acusador.

—Está bien. Quería verle. Es sobre el hijo de Tom Rickard —dijo Lottie, y soltó el teléfono.

Cathal Moroney entró lentamente en el despacho junto a Corrigan.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí arriba? —Lottie se puso de pie.

—He sonreído a la encantadora joven de recepción —dijo Moroney.

Corrigan se retiró de la oficina. Kirby cogió un par de expedientes y

escurrió el bulto marchándose tras él. Moroney se sentó en el escritorio de Boyd sin que nadie se lo ofreciera. Lottie estuvo a punto de protestar pero decidió que necesitaba a Moroney de su lado.

—¿Qué es eso de que hay otro cadáver? —Moroney encendió la grabadora de su móvil—. ¿Puedo enviar a mi equipo de filmación a la escena?

—En un minuto. Primero, necesito su ayuda —dijo Lottie, tratando de ser educada—. Y apague eso.

Moroney sostuvo su teléfono en alto con dramatismo y lo metió en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Cómo puedo ayudar?

Lottie le mostró la foto de Jason Rickard.

—¿Está muerto? —preguntó Moroney.

—Espero que no. Es el hijo del constructor, Tom Rickard, de Construcciones Rickard. Ha desaparecido y necesitamos ayuda para encontrarlo. ¿Puede publicar la historia en las noticias de la noche? —Lottie eludió los detalles.

—¿Está relacionado con los asesinatos?

—No, que sepamos.

—¿Está en Facebook y Twitter?

—Sí. Estamos monitorizando las redes sociales por si llega cualquier respuesta. Agradecería un poco de cobertura televisiva. —La irritaba tener que ser amable con «Don Megavatio».

Le tendió otra fotografía.

—También estamos buscando a este hombre.

—Lo reconozco. —Moroney golpeó la fotografía con el dedo—. Aunque no me acuerdo de su nombre. ¿Solía llevar barba?

—Derek Harte —aclaró Lottie.

—¿El cabrón que abusó de ese niño en Dublín hace seis o siete años? ¿No está entre rejas?

—Ya no.

—Un abusador de menores convicto y un adolescente desaparecido. Vamos inspectora, que no me chupo el dedo. Ilumíneme. ¿Por qué quiere su foto en las noticias? —Moroney se inclinó sobre el escritorio, una chispa de

interés destellaba en sus ojos.

Lottie tenía que ser cuidadosa con sus palabras. Siendo realista, no podía decir que era un sospechoso, o podría denunciarla. Mejor no contarle ese asunto al periodista.

—Estamos preocupados por la seguridad de Jason Rickard. Necesitamos localizar a Derek Harte. ¿Puede ayudarnos? —Sonrió con dulzura.

—Por supuesto —accedió Moroney—. Se le está curando muy bien la cara, inspectora.

—Usted preocúpese por las caras de esas dos fotografías, señor Moroney.

* * *

Después de librarse por fin de Moroney, Lottie encontró a Chloe y Katie esperando fuera de su despacho.

Chloe sostenía una caja de *pizza* y una botella de dos litros de Coca-Cola.

—Pensamos que te iría bien un chute de energía. Apuesto a que no has comido en todo el día —dijo.

—Eres igual que tu abuela —replicó Lottie—, y por supuesto, tienes razón. No he comido.

Condujo a las chicas a la oficina.

—¿Dónde está Sean? —preguntó.

—No lo he visto —respondió Chloe—. Debe de estar en casa de Niall.

Katie se sentó en el escritorio de Boyd.

—Mamá, ¿dónde podría estar Jason?

—Lo estamos buscando. No te preocupes.

Chloe se apoyó en el borde del escritorio de Lottie.

—Probablemente está pegándose una fiesta de hierba en algún lado. Solo estás celosa.

—Chicas, por favor. Estoy cansada. No empecéis. —Lottie colocó la caja sobre su escritorio y repartió los trozos de *pizza* caliente. Tenía hambre, pero no tenía fuerzas para comer. Comió de todos modos.

Las chicas estaban calladas, con los ojos bajos. La culpa brotó dentro de Lottie. Ojalá pudiera pasar más tiempo en casa. Pensó en las madres que habían abandonado a sus hijos en Saint Angela. Su propia madre había

abandonado a Eddie. ¿Acaso era ella igual de mala? ¿Estaba en sus genes?

—Ojalá Sean estuviera aquí —susurró Chloe.

—Sean está bien —dijo Lottie—. Lo llamaré ahora mismo.

—Déjale un mensaje de voz si no contesta —sugirió Chloe.

—Sean, más vale que me llames o, si no tienes saldo, manda un mensaje a las chicas por Facebook. Te doy cinco minutos.

Chloe comentó:

—Eres muy intimidante cuando te enfadas, madre.

—No, no lo soy. —Lottie sonrió.

—Primero Jason, ahora Sean —dijo Katie.

—Cierra el pico —masculló Chloe antes de cerrar la caja de *pizza* de un golpe.

—No digas locuras, Katie. Solo son las cinco de la tarde. —Lottie se limpió las manos en los vaqueros y llamó a un taxi para que llevara a sus hijas a casa. ¿Debería preocuparse?

—¿Crees que... Sean está bien, mamá? —preguntó Katie—. Estoy muy asustada por lo de Jason.

—Están bien. Ahora id a casa y esperad. Llamaré a mi madre para que se pase.

—¡No! —exclamó Chloe—. Estaremos bien sin la abuela. Tú vendrás a casa pronto, ¿no?

—Las cosas están un poco frenéticas en este momento, pero os prometo que iré a casa en cuanto pueda escaparme.

—Primero Jason, ahora Sean —repitió Katie, alejándose por el pasillo con Chloe.

Lottie se frotó los brazos con las manos para aliviar su piel de gallina. Más le valía a Sean estar en casa cuando las chicas llegaran. Su teléfono sonó. El nombre del padre Joe apareció en la pantalla.

—Espero que sea importante —espetó Lottie con brusquedad.

—Solo quería asegurarme de que habías llegado a casa sana y salva —dijo él.

—Estoy ocupada. Tengo que colgar. —Lottie finalizó la llamada. No necesitaba más complicaciones en un día que ya era un campo de minas.

El teléfono volvió a sonar. Otra vez el padre Joe. Mandó la llamada al

buzón de voz.

—¿No respondes? —preguntó Kirby, arrastrando su corpulencia por la puerta.

—Métete en tus asuntos —replicó Lottie.

—Tengo el listado del teléfono de Susan Sullivan. La misma información que obtuvimos de la compañía telefónica.

—Así que no hay pistas.

—Pero hemos accedido a sus fotografías.

—¿En serio? Y supongo que me dirás que tampoco hay nada interesante.

—Solo hay una. —Kirby le tendió una imagen impresa a Lottie.

No había fotografías en casa de Susan Sullivan pero tenía una en su teléfono. «Curiosa mujer», se dijo Lottie.

Una foto a color borrosa de un bebé diminuto. Pelo claro y mejillas delgadas, con los ojos cerrados. ¿Era esto todo lo que le había quedado a Susan? ¿La única imagen que la pobre mujer tenía del hijo al que había dado a luz? ¿Y de dónde había sacado la fotografía?

Mientras sostenía la imagen, Lottie sintió tristeza por la mujer asesinada y la infructuosa búsqueda de su hijo. Deseó al menos poder llevar al asesino de Susan ante la justicia.

—¿Alguna novedad sobre el cuerpo de los ferrocarriles? —preguntó Lottie.

—Han procedido al levantamiento del cadáver —informó Kirby.

El teléfono de Lottie sonó.

Boyd.

—He recordado algo. —Su voz sonaba débil y quebradiza.

—Deberías estar descansando.

—Estoy atado a esta cama con tubos y cables. No voy a ir a ninguna parte.

—Bien. Necesitas recuperarte. Pronto. —Lottie no podía mortificarse con la imagen de Boyd incapacitado—. ¿Qué has recordado?

—No mucho, pero sentí que había algo familiar en mi atacante. Todavía no puedo precisarlo con exactitud. Estaba en forma y era fuerte. Le di una buena patada y creo que mi puño chocó contra su mandíbula. Así que, quienquiera que sea, podría tener una buena cojera o la cara magullada.

—Yo tengo la cara magullada —dijo Lottie, y sintió por primera vez en el

día que se quitaba un peso de encima.

—Me imagino que la tuya es más bonita que la de él.

—Gracias, Boyd. Tú en tu tónica.

—No me iría mal una.

—Estaré alerta por si veo a tíos cachas con moretones y cojera.

Boyd se rio débilmente.

Lottie vio la llamada perdida destellando en su teléfono con el nombre del padre Joe.

—Boyd, ¿recuerdas quién más podría haber sabido que ibas a visitar al padre Con?

—Recibí tu llamada cuando estaba en el gimnasio.

—¿El gimnasio? ¿Es posible que alguien lo oyera?

—Seguro. Había mucha gente alrededor. Mike O'Brien incluso me dejó su boli para anotarlo.

—¿Mike O'Brien?

—Sí, Lottie, y mucha más gente. No saques conclusiones solo porque no te gusta porque tiene caspa.

A Lottie se le revolvió el estómago. Puede que fuera la *pizza* o tal vez, solo tal vez, el padre Joe estaba libre de culpa. ¿Dónde dejaba eso a Mike O'Brien?

—Tengo que averiguar a dónde fue O'Brien después del gimnasio — comentó.

—Desearía estar allí para ayudarte.

—Yo también —dijo Lottie, y colgó.

* * *

Maria Lynch se acercó por detrás de ella.

—Aquí está la información sobre Derek Harte.

Lottie comenzó a leer. Se fijó en la fecha de nacimiento: 1975. Algo hizo clic en su cerebro.

—Necesito ver las copias de los libros maestros de Roma.

Se mordió los labios, mirando la foto de Derek Harte, con sus datos personales impresos debajo.

Lynch esparció las hojas. Lottie no había tenido tiempo de analizarlas tras volver de Roma y, ahora, pasaba el dedo bajando por las entradas. Se detuvo en una. El número de referencia. Levantó la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó Lynch.

—No estoy segura. —Lottie comprobó la fecha de nacimiento en el expediente otra vez.

—¿Significa lo que creo que significa? —cuestionó Lynch, mirando por encima del hombro de Lottie.

—No sé lo que significa —respondió, y cerró los ojos.

Lottie levantó la vista y se sorprendió al ver a Jane Dore en su despacho.

—Hola, Jane. ¿Va todo bien? —Lottie frunció el ceño. ¿Qué hacía la patóloga forense en la comisaría?

—He terminado en los ferrocarriles. Pensé que querías saberlo.

—Gracias —dijo Lottie, todavía sin entender por qué Jane estaba allí.

—He hecho un examen preliminar rápido del cuerpo en la escena. No he visto ningún tatuaje en el interior del muslo. El cuerpo está en mal estado, así que lo sabré con seguridad cuando haga la autopsia.

—¿Cómo? —Lottie se irguió en su silla. Se exprimió los sesos tratando de recordar si O'Malley había dicho que tenía el tatuaje. Estaba segura de que así era—. Pensé que podría ser Patrick O'Malley.

—Quienquiera que sea, mi suposición es que murió de hipotermia —dijo Jane—. Aunque normalmente no hago suposiciones.

Lottie soltó una risa cansada.

Jane sonrió y le dio su teléfono a Lottie.

—¿Qué es esto? —preguntó Lottie, entrecerrando los ojos para intentar ver la oscura imagen. Era una fotografía.

—Estaba cerca del cuerpo.

—No logro descifrarlo.

—Espera un momento. Te lo mandaré por correo —dijo Jane, y envió la foto desde su teléfono—. El cuerpo estaba en una zona frecuentada por vagabundos. Sacos de dormir, cacharros, cartones, botellas de plástico, todo lo que se te ocurra. Los del equipo forense encontraron esto dentro de un saco

de dormir. Pensé que podría ser lo bastante importante como para que lo vieras enseguida.

Lottie clicó en el correo electrónico y abrió el archivo adjunto. Un texto escrito a mano. Las palabras que leyó la atravesaron.

—¿Tiene alguna relevancia en lo asesinatos? —interrogó Jane, poniendo una mano sobre el hombro de Lottie.

—No estoy segura. Puede que haga referencia a un antiguo crimen —conjeturó Lottie. En un intento por evitar más preguntas y para deshacerse de la mano de Jane, añadió—: ¿Te apetece un café?

—Mejor vuelvo a la Casa de los Muertos. Se está llenando más rápido que un Tesco en Nochebuena.

Lottie trató de sonreír. No lo consiguió.

—Estás exhausta —observó Jane.

—Un día largo.

Lottie imprimió la imagen. Cuando levantó la vista, Jane se había ido.

* * *

Kirby y Lynch la observaban.

—¿Qué dice? —preguntó Lynch.

Lottie cogió la hoja de la impresora y leyó:

«Querida inspectora, el chico pelirrojo asesinado con el cinturón se llamaba Fitzy. Tiene que encontrar a Brian...».

Las palabras se iban apagando como si la punta se hubiera roto o el autor ya no tuviera la voluntad de escribir. La hoja estaba manchada y arrugada, y los trazos del lápiz eran temblorosos.

Después de sacar el viejo expediente de su cajón, Lottie deslizó la nota bajo la fotografía del chico. Llevaba casi cuarenta años desaparecido, pero aún sonreía, vestido con su uniforme escolar. Acarició con el dedo la nariz llena de pecas y cerró la carpeta. ¿Sería él Fitzy, el niño asesinado en Saint Angela? Dios bendito, esperaba que no, porque entonces sería demasiado personal.

Se preguntó si Sean estaría ya en casa. Volvió a llamar. Sin respuesta.

—Te voy a matar, Sean Parker —maldijo Lottie al teléfono en su mano. Y

todavía seguían sin noticias sobre el paradero de Jason Rickard.

Tenía que encontrar a Patrick O'Malley.

Encontraron primero a Derek Harte.

U nos gardaí trajeron a Harte a la comisaría, una hora y media después de las noticias de las seis. El reportaje televisivo de Moroney había conmovido al público y un aluvión de llamadas telefónicas resultó en la localización de Harte, casi por accidente.

Lottie y Kirby estaban sentados en la caliente y pegajosa sala de interrogatorios. Harte había accedido a que grabaran el interrogatorio y prescindió de su derecho a un abogado.

—Señor Harte, a las 19:13 de hoy, 6 de enero, fue usted arrestado intentando acceder a la propiedad perteneciente al difunto James Brown. ¿Puede informarnos de sus razones e intenciones al hacer esto?

Lottie estaba sentada frente a Harte, observándolo. Era difícil ocultar su desprecio al recordar el atroz crimen por el que había pasado cinco años entre rejas. Secuestro y abuso de un menor. Su petulante rostro añadía una pizca más de agravio. El hombre se frotaba las manos sin cesar. Lottie quería abofetearlo, hacer que parara. En lugar de eso, sacó una pastilla del paquete que tenía guardado en el bolsillo de sus vaqueros y se la metió en la boca. Necesitaba mantener el control de sus emociones. Y localizar a Jason Rickard, y descubrir en qué estaba metido su hijo. Se removió, inquieta. Debería haberle pedido a Lynch que llevara a cabo el interrogatorio con Kirby. Ahora ya era demasiado tarde.

Harte permanecía en silencio, respirando a través de sus anchas fosas nasales, con ráfagas cortas e intensas, y una mueca maliciosa enrojeciéndole las mejillas.

—No tengo tiempo para esto —dijo Lottie, empujando su silla y lanzándola contra la pared. Se inclinó sobre la mesa, lo agarró por la camiseta y lo acercó hacia ella. Kirby se levantó de un salto, listo para intervenir. La boca de Harte se enroscó en un desagradable gruñido.

Cuando su fachada se deshizo, Lottie vio al fin su verdadera personalidad, revelando a un perverso cruel y sádico. El auténtico Derek Harte. Lo agarró con más fuerza y le clavó los nudillos en la garganta hasta que su cara se tornó roja. No le importaba que la estuvieran grabando. Era basura.

—Esto es brutalidad —farfulló Harte, sus primeras palabras desde que había sido arrestado—. Puede que pida ese abogado.

Lottie hundió todavía más la mano contra su nuez, buscando hacer daño, dejar una marca. Si Boyd estuviera allí, ya la habría apartado y, más tarde, se habrían reído de ello. Después de sacudir a Harte una última vez, lo empujó de nuevo a su silla. Habría empezado a pasearse si hubiera habido suficiente espacio. Kirby estaba en medio. No había más opción que recoger la silla y sentarse.

—¿Dónde está el chico? —preguntó entre dientes. Las ansias de estrangularlo eran sobrecogedoras. «Concéntrate».

—¿Chico? No sé de qué me está hablando —contestó el hombre con desprecio.

—Te gustan los chicos jóvenes, los adolescentes. —Lottie deslizó la foto de Jason Rickard por la mesa.

Harte bajó la vista y rápidamente volvió a mirar a Lottie.

—No lo conozco.

—¿Por qué será que no te creo? —Lottie cogió de nuevo la fotografía—. Los pósteres en la casa de James Brown, ¿los pusiste tú?

—Sin comentarios.

—¿Por qué apareciste en su vida?

—Eso no es asunto suyo.

—Es asunto mío. Podría arrestarte por asesinato.

—Arrésteme. No tiene pruebas. —Harte dio golpecitos sobre la mesa con el dedo índice, apretando los dientes—. Porque no fui yo.

—Brown era un poco distinto de tus presas habituales, ¿no es así? No era un apetitoso muchacho. ¿Por qué fuiste tras un hombre mayor? ¿Tenía algo que

tú querías? ¿Dinero? ¿Información?

—Está diciendo chorradas. No tengo ni idea de qué me está hablando.

Harte cruzó los brazos.

—¿Por qué esa farsa de que eras profesor?

—Yo nunca dije eso.

Lottie hizo memoria sobre los primeros interrogatorios con él. Podría tener razón. Ella había malinterpretado lo que les había dicho inicialmente.

—Dime, ¿por qué intentabas allanar la casa de Brown esta noche? —interrogó Lottie, cambiando de tema rápidamente.

—No la estaba allanando. Estaba entrando. Sabía dónde estaba la llave. Solo que no estaba allí. Probé la puerta trasera y la ventana. Olvidé que los suyos se habrían llevado la llave y conectado la alarma.

Lottie lo observó detenidamente. Se lo veía muy diferente del hombre que había fingido estar destrozado. Estaba furiosa consigo misma por haber caído en su trampa. Había pensado que era sincero. Menuda intuición y corazonada. «Estás perdiendo tu toque, Parker», se reprendió.

—Ahora tienes la oportunidad de aclarar las cosas —dijo.

—Si no le importa, inspectora, no voy a decir nada hasta que venga un abogado.

—Escúchame, Harte, de lo mínimo que puedo acusarte es de obstruir nuestra investigación. Y lo haré. Esta es tu última oportunidad.

Lottie advirtió la gama de emociones que cruzaron el rostro del hombre, como isobaras ondulantes en un mapa del tiempo. Su cuerpo se hundió en la silla y pareció tomar una decisión.

—De acuerdo. ¿Qué gano yo con esto?

—Habla conmigo y sabré con qué estoy lidiando.

—¿Puedo tomar un café primero?

Lottie quería decir que no, pero la verdad era que necesitaba alejarse del pedante de Harte. Aunque fuera durante unos minutos.

—Vale —accedió—. Interrogatorio suspendido. —Apagó el equipo de grabación. La sacaba de quicio y era peor que una urticaria. Salió a tomar el aire.

* * *

Tras quitar el celofán del paquete, Lottie sacó un cigarrillo con los dedos entumecidos. Apoyándose contra la ventanilla del quiosco, encendió un mechero e inhaló. Las palabras de Harte se arremolinaban en su cerebro.

El toldo sobre la tienda se hundía en el centro por la nieve acumulada. El tráfico circulaba calle arriba y abajo y contó distraídamente los coches rojos. La nieve caía en copos gruesos. Un grupo de chicos, con las caras tapadas por capuchas, holgazaneaban en la esquina de un callejón al otro lado de la calle, bebiendo de unas latas. Un ocasional «yuju» surgió del grupo y Lottie pensó en Sean. Miró su móvil: todavía nada. Llamó a Chloe.

—No, no está en casa —contestó Chloe—. Katie me está volviendo loca.

—No le hagas caso. Vuelve a llamar a Niall y a los demás amigos de Sean.

—¿Qué demás amigos?

—Tú hazlo, Chloe.

Esto no era propio de Sean. Un nudo de miedo se formó en la boca del estómago de Lottie pero, en cierto modo, se sentía indiferente. ¿Cómo podía estar tan tranquila cuando su propio hijo podría haber desaparecido? ¿Era por la pastilla que acababa de tomar o porque quería creer que el chico estaba bien? Por supuesto que estaba bien.

Arrancándose a sí misma de sus cavilaciones, Lottie supo que había algo podrido en su ciudad; había estado allí desde hacía mucho tiempo. Saint Angela, con sus secretos amurallados, era el núcleo. Los tatuajes, los registros, el padre Con, Patrick O'Malley, Susan y James, incluso Derek Harte. Saint Angela era la madriguera de la maldad.

Al ponerse la capucha captó un destello de su rostro en la ventana de la tienda. Una aparición fantasmagórica le devolvió la mirada. Tan rápido como pudo, volvió a la comisaría. Harte era su próximo objetivo. Estaba lista para él.

* * *

Lottie caminaba, un paso hacia un lado y, luego, hacia el otro. Tenía que mantenerse ocupada o lo golpearía.

—Bien, señor Harte, ¿qué tiene que decirnos?

—Bueno —dijo este—. Será mejor que no me acuse de nada. No quiero volver a la cárcel.

Ella aguardó sin responder. No iba a prometerle nada a ese hijo de puta.

—Supongo que es mejor que le diga lo que sé —comentó Harte.

Lottie le hizo un gesto con la cabeza a Kirby para asegurarse de que lo estaban grabando todo.

—Recibí una llamada de un cura de Roma. El padre Angelotti.

Lottie no se esperaba esto. Se sentó.

—Me dijo que tenía información para mí. Me dijo que había sido adoptado al nacer y que mi madre biológica quería conocerme. —Sus ojos iban de un lado a otro de la habitación.

—Siga —instó ella.

—Sabía que era adoptado, pero nunca había pensado mucho en ello. Así que cuando contactó conmigo, sentí curiosidad. —Sus ojos no dejaban de moverse.

—Estuvo en Saint Angela cuando era un bebé —enunció Lottie. Antes había visto su nombre en el libro maestro de Roma—. ¿Quiere que crea que usted es el hijo de Susan Sullivan?

—Es difícil de creer, lo sé. Yo mismo apenas me lo creí. Ese cura sonaba convincente por teléfono. Dijo que iba a venir unos meses más tarde a Irlanda, con la prueba.

—¿Cómo lo localizó?

—Me dijo que una mujer le había hecho preguntas con el fin de encontrar a su hijo. Por la fecha que le dio, descubrió los registros de adopción o algo. Bueno, eso es lo que me dijo.

—Suena un poco rocambolesco —comentó Lottie, pero estaba pensando en las copias del libro maestro en su escritorio. Se levantó y comenzó a caminar de nuevo.

—Le digo lo que sé. Estuve en la cárcel durante cinco años; mi nombre ha salido en las noticias, así que probablemente fue bastante fácil encontrar a un presidiario en este país. —Sonrió con suficiencia.

Lottie se sintió avergonzada. El padre Angelotti había sido mejor detective que ella. ¿Cómo era posible que la escuela en la que trabajaba Harte

no lo hubiera comprobado? Alguien iba a estar en un buen lío.

—Y me dijo cómo se llamaba la mujer. Después, no paró de disculparse. Dijo que no debería haberlo dicho.

—¿Se reunió con el cura?

—No, no lo hice —respondió Harte, levantando la cabeza. Sus ojos danzantes parecían vacíos—. Me dijo que iba a venir a Irlanda. Me preguntó si estaba dispuesto a encontrarme con mi madre biológica. Quería saber si estaba de acuerdo, antes de hablar con ella. A mí me daba igual.

—¿Así que conoció al padre Angelotti?

—No. Nunca me reuní con él.

—Y, aun así, encontró su cadáver en el jardín de James Brown. Qué raro, ¿no le parece?

—No me encontré con el cura. Nunca. Yo no lo maté. Así que no puedo explicarlo.

—También es raro que usted se juntara con James Brown.

—Coincidencia.

—No creo en las coincidencias —replicó Lottie.

Miró a Harte. Parecía estar sopesando su estrategia.

—De acuerdo —cedió el hombre—. Cuando el cura se puso en contacto conmigo la primera vez, me dijo que las investigaciones las había hecho un tal James Brown en nombre de esa mujer. Yo hice las mías propias. Descubrí que esa mujer que había mencionado, Susan Sullivan, trabajaba en el ayuntamiento aquí, en Ragnullin. Indagué en internet; descubrí dónde trabajaba y con quién. Busqué en Google a algunos de ellos y me topé con James Brown en una web de citas. Esa parte era cierta y realmente nos gustábamos. Lamenté cuando supe que había sido asesinado.

—No me lo creo ni por un momento —dijo Lottie—. Así que, ¿por qué asesinó a su amante?

Él rio.

—Puedo ser muchas cosas, inspectora, pero no soy un asesino.

—¿Trató de contactar con Susan?

—No. Eso se lo dejé al cura.

Lottie caminó frente a él, dando apenas dos pasos, con la fatiga mordiéndole las articulaciones. Miró a Kirby. Esto no iba a ningún sitio.

—Coincidencias, todo coincidencias. No le creo —intervino Kirby, rompiendo su silencio.

—Sé que estuve en Saint Angela. Estoy seguro de que pueden comprobarlo y no tenía ningún motivo para matar a nadie.

La primera parte de su declaración era cierta, Lottie lo sabía.

—¿Por qué intentaba entrar en casa de Brown esta noche?

Harte apretó la mandíbula. ¿Estaba debatiendo consigo mismo? «Más vale que digas la verdad esta vez», pensó Lottie.

—James guardaba dinero en su casa, y Susan Sullivan también.

Lottie se sentó.

—¿Qué dinero?

—Estaban chantajeando a alguien. No me pregunte a quién, porque James nunca me lo dijo. Una noche, se le escapó que tenían dinero en efectivo a mano y también en sus cuentas. No dijo nada más, pero me pidió que no hiciera preguntas al respecto.

—Y los cerdos vuelan —dijo Lottie—. Y bien, ¿dónde está ese dinero fantasma?

—No estoy seguro. En algún lugar de la casa.

Lottie lo miró fijamente.

—Vale, de acuerdo —cedió él—. El espejo que cuelga sobre la cama... allí es donde está escondido el dinero.

Lottie miró a Kirby. Se les había pasado.

—¿Y qué hay del dinero de Susan Sullivan? ¿Sabe dónde está?

—Lo tenía usted, ¿no?

Lottie lo miró y se preguntó si él había provocado el atraco que había sufrido. El hombre bajó la mirada, evitando el rostro amoratado de ella.

—¿Fuiste tú...? —Lottie intentó agarrarlo por encima de la mesa. Su silla chirrió contra el suelo de baldosas cuando Harte se echó hacia atrás.

—Calma, inspectora. No pude cogerlo. Había un guardia sentado en el coche patrulla frente a la casa. La vi salir. La seguí. Pensé que tal vez tenía el dinero.

Lottie saltó de la silla. Harte se apretó contra la pared. Ella le clavó el dedo en el pecho.

—Hijo de... —imprecó ella.

Kirby la cogió por el codo.

—No quería hacerle tanto daño. Pero no fue para tanto.

—¿Cómo sabía que tenía hijos?

—Lo supuse —contestó él—. Quería asustarla, hacerle creer que el atracador podía ser el asesino.

—Adivina qué estoy pensando en este mismo momento —gritó Lottie, golpeándole el pecho.

—No la maté y no he matado a nadie.

Lottie se sentó. Y cuando Harte hizo lo mismo, ella alargó el brazo y le cogió la mano, retorciéndosela hasta que este gimió.

—Eres un sádico hijo de puta —masculló Lottie entre dientes.

—Lo que usted diga, inspectora —dijo él, con su arrogancia restaurada. Echó una ojeada a la cámara en la esquina del techo. Lottie le soltó la mano.

Kirby se removió inquieto y ella supo que también se moría de ganas de darle una paliza a Harte. Pero si decía la verdad, eso quería decir que había alguien ahí fuera que era el asesino. Pero ¿por qué deberían creerlo?

—Jason Rickard —mencionó Lottie—. ¿Dónde está?

—No conozco a ningún Jason Rickard —insistió.

Lottie suspiró profundamente y, dejando a Harte a solas con su mirada presuntuosa, apagó la cámara y salió detrás de Kirby.

En la sala del caso, Lottie, Kirby y Lynch miraban las fotografías de la pizarra.

—Arrestadlo por allanamiento de morada. Por atraco y robo. ¿Algo más de lo que podamos acusarlo? Venga, chicos, echadme una mano.

—No tenemos pruebas de que Harte matara a nadie, así que si no es él, ¿quién es el asesino? —inquirió Kirby.

—¿Y dónde está Jason Rickard? ¿Lo han secuestrado? Si es así, ¿por qué? —«¿Y dónde está Sean?», se preguntó. Más le valía haber vuelto ya a casa. Ignorando los carámbanos que le helaban la columna, Lottie se alejó de la pizarra y hurgó en las copias de los libros maestros, pasando la vista por los nombres y fechas sin verlos realmente. Trató de recordar la historia de O'Malley. ¿Podría ser él el principal sospechoso?

—Hubo un asesinato en Saint Angela hace años —añadió ella—, y mi teoría es que alguien está matando a los testigos. Esa es la única conclusión que se me ocurre, pero ¿qué tiene que ver Jason Rickard con eso? Y el padre Angelotti. ¿Dónde encaja él?

—Acabamos de recibir el informe de los uniformados. Han hablado con todos los taxistas y ninguno de ellos tiene registro de haber ido a casa de Brown en Nochebuena —informó Kirby.

—No pudo haber ido caminando hasta tan lejos —dijo Lottie—. No con ese tiempo, así que alguien tuvo que llevarlo en coche.

—¿El asesino? —sugirió Kirby.

—Posiblemente. Es más que probable —convino Lottie.

Lynch miró hacia atrás.

—¿Por qué está pasando todo esto ahora?

—Tenemos que hablar con el obispo Connor de nuevo. Otro cabrón mentiroso. —Lottie cogió su bolso—. Y tenemos que ir a ver a Mike O'Brien. Boyd dijo que estaba en el gimnasio cuando recibió mi llamada sobre el padre Con.

—¿Ahora empezamos con teorías conspiratorias? —preguntó Kirby.

—Y necesito unas pinzas para mi coche.

—Yo me encargo.

—Primero, quiero ver dónde encontraron este último cuerpo. —Guardó la vieja carpeta del expediente en su bolso.

—¿Alguna noticia de Sean? —se interesó Lynch.

Lottie se detuvo en la puerta.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve menos cuarto.

Trató de no entrar en pánico.

—Kirby, este es el número de Sean. ¿Puedes pedir a los chicos del departamento técnico que intenten localizar dónde está con el GPS?

—Claro, inspectora. Ahora mismo.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo por no preocuparme —murmuró Lottie—, pero esto es totalmente impropio de Sean. Será mejor que vaya a buscarlo.

—No te preocupes —dijo Lynch—. Les diré a los de tráfico que estén atentos por si lo ven. Lo encontraremos. ¿Tienes una lista de sus amigos?

—Chloe ya lo ha intentado pero volveremos a contactar con ellos. Chloe tiene los números —informó Lottie. Contuvo las lágrimas que le provocaba la ansiedad—. Tenemos que localizar dónde puede estar Mike O'Brien a estas horas de la noche.

Su móvil sonó.

El padre Joe.

—Ahora no —gruñó, y colgó abruptamente—. Tal vez debería quedarme aquí por si Sean viene a buscarme.

—Si lo hace, contactaré contigo inmediatamente —prometió Lynch.

—Vale —cedió Lottie—. Me mantendré ocupada.

Pero ¿dónde estaba su hijo? Se le encogió el pecho por el miedo, y el

agotamiento amenazaba con apoderarse de ella. Buscó una pastilla en el bolso y recordó que se había tomado una hacía poco. Vio el colgante plateado en el bolso, lo sacó y lo lanzó sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó Kirby.

—La coartada de Tom Rickard —respondió Lottie—. Date prisa, Kirby. Tenemos cosas que hacer.

Jim McGlyn y su equipo forense todavía estaban en la escena, en una de las casas adosadas sin techo junto a la estación de tren.

Lottie echó un vistazo a la zona bajo el resplandor de las luces provisionales. No había ninguna otra señal de vida excepto los forenses que trabajaban como hormigas, rápida y eficientemente. Los dejó que continuaran y entró en uno de los viejos vagones a su derecha. Encendió la linterna.

—Tiene que estar en alguna parte —dijo, dándole la vuelta a los sacos de dormir vacíos, mientras un hedor se elevaba junto con la tela en sus manos.

—No está aquí —dijo Kirby, bien alejado de la búsqueda frenética de Lottie.

Lottie oyó un grito.

—¿Me está buscando a mí?

Se giró y dejó caer la apelmazada tira de tela que había salido de una caja de cartón mojada. Patrick O'Malley. De pie al otro lado de la cinta de la escena del crimen, con las manos metidas profundamente en los bolsillos. Se lo veía mucho más limpio que la última vez que lo había visto.

—¿Dónde ha estado? —preguntó, caminando hacia él. No lo veía como un asesino, pero las pruebas sugerían lo contrario.

—Tratando de poner en orden mi enmarañada vida —respondió.

Agachándose para pasar bajo la cinta, Lottie lo agarró por el codo y lo condujo hasta el coche. Estaba ansiosa por escapar del opresivo aire a privaciones que emanaba de los viejos vagones de madera. Se le clavaba en la garganta. Por el rabillo del ojo, captó el ligero movimiento de un montículo

negro y apresuró el paso, pensando en las alimañas que habían devorado al hombre sin rostro que no buscaba más que cobijo.

O'Malley se apoyó contra la puerta del coche.

—Métase dentro para resguardarse del frío —urgió Lottie, y se sentó junto a él en el asiento trasero.

Kirby se sentó delante, masticando su cigarro y mirando por el retrovisor. O'Malley estaba perfectamente afeitado y su ropa era nueva. El olor a descuido enfermizo había desaparecido.

—¿Dónde ha estado? —volvió a preguntar Lottie.

—En el albergue de la calle Patrick —dijo—. Me acogieron.

—¿Por qué no había acudido a ellos antes? —Se giró para mirarlo.

—Nunca me molesté. Simplemente iba a la deriva. Pero... después de lo de Susan y James... me sentí diferente. —Hizo una pausa—. Inspectora, recoger los pedazos de mi vida y empezar de cero se lo debo a ellos.

—Señor O'Malley, debería llevarle a comisaría para un interrogatorio.

—De lujo. No tengo nada que esconder.

Lottie lo observó con detenimiento. Su rostro estaba desprovisto de miedo o culpa.

—La nota que encontramos en un saco de dormir —comenzó a decir ella—. ¿La escribió usted?

—Ah, sí. Podría decirse que sí —dijo—. La comencé. No la acabé. Decidí poner mi vida en orden. No regresé a por mis cosas. Tampoco es que hubiera nada que valiera la pena.

—¿Y por qué está aquí ahora?

—Esta tarde escuché que habían encontrado un cuerpo. Solo he venido a ver de qué iba toda la conmoción. Creo que debe de ser el viejo Trevor. Muerto de frío, pobre idiota.

—Dígame qué estaba escribiendo —insistió.

—Empecé a recordar cosas. Después de que hablásemos en la comisaría, ¿sabe? Pensé que iba a ser el siguiente. No quería morir, así que me levanté, me sacudí el polvo y me dije que no iba a marcharme sin pelear. Igual que el joven Fitzy.

Lottie sacó el viejo expediente de su bolso y le mostró la fotografía del niño desaparecido.

—¿Podría ser este Fitzzy?

O'Malley se rascó la barbilla.

—No estoy seguro, inspectora. Fue hace mucho tiempo.

—¿Pero cree que podría ser él?

O'Malley estudió el rostro del chico durante algunos segundos más.

—Como he dicho, no estoy seguro.

—El asesinato que describió, ¿se acuerda de cuándo tuvo lugar? ¿En qué año?

—No recuerdo mucho. Demasiadas botellas de vino desde entonces. Pero, como le he dicho antes, lo llamamos la noche de la Luna Negra. En el año 75, o tal vez el 76. Fue después de Navidad, así que debía de ser enero.

—La Luna Negra —repitió Lottie.

—Cuando hay dos lunas nuevas en un mes —explicó Kirby desde el asiento delantero.

—Cuando el mal acecha en la Tierra —añadió O'Malley.

Lottie sintió como si un carámbano se escurriera a lo largo de su columna.

—Señor O'Malley, me desconcierta. ¿Mató usted a Susan y a James? ¿O al padre Con?

—Estoy conmocionado... totalmente conmocionado de que usted... usted pueda siquiera pensar algo así de mí. Aunque, por otro lado, ¿quién soy yo? Solo soy un don nadie para usted.

—Eso no es una respuesta —dijo Kirby.

Lottie se encogió de hombros.

—Es obvio que todo está conectado con Saint Angela. Usted también. Conocía a Susan y a James, y al padre Con por aquel entonces. Ahora están muertos y usted es el único superviviente.

—No se olvide de Brian...

—¿Qué pasa con él? Hemos intentado localizarlo, pero es posible que se haya cambiado de nombre. Puede que incluso esté muerto. ¿Podría usted decirme algo sobre él?

—No lo he visto desde entonces.

Lottie recordó las revelaciones de la señora Murtagh.

—Señor O'Malley... Patrick, ¿conoce usted al obispo Connor?

Su carcajada se convirtió en un ataque de tos.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó Lottie.

—¿Yo? ¡Yo! Usted cree que conozco a un obispo. Soy un indigente, un vagabundo don nadie. ¿Qué iba a hacer yo con un obispo?

—Me lo tomaré como un no.

—Por supuesto —dijo él—, y...

—¿Y qué, señor O'Malley? —espetó Lottie. Se sentía atrapada en sus acertijos y estaba acabando con su paciencia.

—Haga su trabajo, inspectora —dijo O'Malley—. Simplemente haga su trabajo y déjeme al margen.

* * *

—Mike O'Brien es el próximo de mi lista.

Lottie observó a O'Malley caminar lentamente colina arriba, alejándose de la estación de tren. No creía que tuviera lo que hacía falta para ser un asesino. Pero era un hombre profundamente herido con un pasado lleno de cicatrices. Todo era posible.

—¿Vas a dejar que O'Malley se marche así como así? —preguntó Kirby.

—No tengo nada para retenerlo —replicó Lottie—. Además, no creo que tenga fuerza para estrangular a un gatito, mucho menos a tres personas.

Llamó a Lynch mientras Kirby giraba el coche.

—Mierda —maldijo cuando colgó.

—¿Qué? —interrogó este mientras ponía los limpiaparabrisas al máximo.

—No hay señales de Sean. Pero están contactando otra vez con sus amigos y también con sus padres. Tengo que encontrarlo.

—Espera hasta que acaben de llamar a sus amigos.

—Y Lynch no consigue localizar a O'Brien —añadió Lottie—. No está en casa ni en el gimnasio.

Siguió los pasos de O'Malley. El hombre cruzó el puente del canal y desapareció bajo el matiz amarillo de las farolas nocturnas. De algún modo, parecía más pequeño, como si el peso que lo había anclado toda su vida a un suelo inestable de repente se hubiera incrustado en un banco de lodo. Lottie dudó de que fuera capaz de liberarse para zarpar con el viento a su espalda.

En silencio, le deseó suerte. La necesitaría. Y ella también.

Estaba oscuro. «Como la boca del lobo», diría su madre. Sean sintió la respiración suave de Jason contra su hombro. Tenía calambres en el cuerpo, necesitaba mear y no sabía cuánto hacía que se había marchado el hombre. Jason se removió.

—¿Estás despierto? —preguntó Sean.

—Sí. ¿Qué está pasando?

Sean se movió y se levantó, tratando de aflojar la cuerda que le ataba las muñecas.

—¿Quién es ese tarado?

—No estoy seguro, pero lo he visto antes. Dios, todo esto es una locura.

—Jason permanecía tirado en el suelo.

—Venga, colega. Tienes que moverte o no seremos capaces de hacer nada.

—¿Y qué podemos hacer? Nada, eso es.

—Yo no me voy a rendir tan fácilmente. Tenemos que salir de aquí.

—No hay esperanza —murmuró Jason.

Sean se retorció y contorsionó. Finalmente, consiguió aflojar la soga y quitársela. Avanzó despacio por la habitación a oscuras hasta que su mano tocó el pomo de la puerta. Lo giró, tiró y empujó. No se movía. Siguió avanzando, tocando las paredes. Encontró una segunda puerta. El mismo resultado. Y no había ventanas. Tenía que haber una manera de escapar. Rebuscó en sus pantalones militares y sacó la navaja. Al menos tenía un arma.

—Tengo una navaja —dijo.

—¿Y qué vas a hacer con eso? ¿Suicidarte?

—No seas gilipollas. Vamos. Dos cabezas son mejor que una. Tenemos que pensar.

—No tengo energía para pensar.

Sean se acercó a Jason y le dio una patada.

—No puedo hacer esto sin ti.

—¿Hacer qué?

Sean se quedó pensativo un momento. Tenía que haber algo que pudieran hacer.

—Por lo menos ayúdame. Tú eres el inteligente.

—No seré tan inteligente si he acabado en este lío —replicó Jason.

Sean se sentó sobre la fría tarima y sacó su teléfono. Muerto. Toqueteó la navaja. ¿Tendría los huevos de apuñalar al hombre? No estaba muy seguro.

—Por favor... piensa —susurró—. Necesitamos un plan.

Jason se irguió para sentarse y Sean cortó las cuerdas que lo ataban.

—Vale. Al menos podemos morir luchando.

Sean le dio la navaja a Jason.

—¿Del ejército suizo? —preguntó Jason, tocando una hoja lisa.

—Nunca he tenido la oportunidad de usarla. Hasta ahora. —Sean volvió a coger la navaja y abrió las diferentes hojas—. Podemos hacer bastante daño con esta cosa. —Sacó la hoja más larga y plegó las otras.

—Estoy contigo en eso —dijo Jason—. Todavía necesitamos un plan.

Sentado en silencio, Sean volvió a guardar el arma en su bolsillo.

—Un plan de guerra.

El obispo Connor observó a Mike O'Brien, sentado en el borde de una silla con filigranas doradas en las patas. O'Brien parecía agotado, con los ojos pequeños y negros. Él, por otra parte, se sentía bien.

—¿Dónde está Rickard? Debería estar aquí.

—No contesta el teléfono —respondió O'Brien.

—El permiso de construcción ha sido aprobado —dijo el obispo—. Dunne ha cumplido su parte del trato, ahora tenemos que asegurarnos de que Rickard cumple la suya.

—Me estoy jugando el cuello por esto.

—Tom Rickard es un hombre de palabra. Tendrás tu dinero.

—Su saldo bancario es un desastre. —Mike O'Brien levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —El obispo Connor se irguió de golpe.

—He estado manipulando cifras durante meses, enviando informes falsos a la oficina central. Era parte del acuerdo con Rickard. No sé cuánto más puede seguir esto antes de que descubran la manipulación y empiecen a hacer preguntas incómodas y a exigir el reembolso de su enorme deuda.

El obispo Connor lo fulminó con la mirada.

—Yo también necesito mi dinero. ¿Por qué no está aquí? ¿Qué puede ser más importante en esta etapa de nuestros planes?

O'Brien se encogió de hombros.

—¿Cuánto falta para que la empresa de Rickard comience a derribar esa monstruosidad de edificio? —El obispo Connor estaba ansioso por deshacerse del recordatorio físico que le había causado tantos problemas

durante años.

—Hay un período de espera para objeciones. Un mes o así, creo. Podría ser más.

—¿Qué? ¿Otro mes? —Las mejillas del obispo Connor se tiñeron de un rojo intenso. Cogió un vaso de agua y se lo bebió de un solo trago.

—Ese es el sistema —dijo O'Brien—. Y no puede ser demolido. Está en un registro de edificios protegidos.

—Ya sabes a lo que me refiero. De todos modos, me gustaría verlo reducido a escombros.

—Es difícil enterrar secretos, ¿verdad? —O'Brien lo observó a través de sus pesados párpados.

—Cuando ese lugar desaparezca, todo lo malo se irá con él. Y será un sitio fantástico cuando esté terminado —dijo el obispo Connor. Ciento veinte habitaciones de hotel y un campo de golf de ochenta hoyos. Miembro de por vida. Y la historia de Saint Angela enterrada. Para siempre.

—Eso si Rickard tiene el dinero para hacerlo —señaló O'Brien.

—Espero que no hables en serio.

—Como he dicho, su empresa tiene un montón de deudas. Si tan solo un banco exige su parte, todo colapsará y Rickard estará en bancarrota.

El obispo Connor apretó el botón de rellamada.

—Rickard, nos iría bien tenerte en esta reunión. Tenemos que aclarar algunas cosas. —Entonces, sostuvo el teléfono con el brazo estirado, mirándolo con el rostro contorsionado de rabia—. Me ha colgado.

—Yo solo quiero mi dinero. —O'Brien se levantó para irse.

—¿A dónde vas? Todavía no hemos acabado —gruñó el obispo.

—Creo que yo sí —dijo O'Brien—. Sinceramente, creo que yo sí.

Tom Rickard colgó el teléfono cuando Melanie bajó las escaleras y dejó una maleta en el recibidor. Miró a su esposa, interrogándola en silencio.

Con los brazos cruzados, la mujer estaba allí de pie sobre el suelo de mármol italiano ridículamente caro, devolviéndole la mirada.

—¿A dónde vas? —preguntó Rickard.

—Yo no voy a ningún lado —siseó Melanie con los labios apretados y su maquillaje y su ropa impecables.

—Pero, Mel... —comenzó a decir.

—No me vengas con Mel. La huelo, ¿sabes? Cada vez que vuelves a casa de tus veladas. Nuestro hijo ha desaparecido y yo ya he tenido suficiente, Tom. ¡Suficiente!

Rickard suspiró y se abrochó el abrigo.

—¿Así que esto es todo? —cuestionó él.

—Tú solito te lo has buscado, así que ahora jódete.

—Pero Jason... tenemos que encontrar a nuestro hijo... —Gesticuló salvajemente con los brazos.

—Tú hiciste que mi pequeño se marchara. Vete.

Entró al salón, lo empujó al pasar junto a él y lo dejó aturdido con el eco de sus tacones. Rickard miró a su alrededor, todo por lo que había trabajado, y solo vio vacío. Lo había perdido todo. Recogió la maleta y cerró la puerta tras de sí con un suave golpe.

Se alejó con el coche, dejando atrás a su mujer y a su vida. Tenía que encontrar a su hijo.

* * *

A Mike O'Brien no le gustaba cómo había acabado la reunión con el obispo. Condujo erráticamente por Ragnmullin. ¿Acaso deseaba que lo detuvieran por conducción temeraria? No lo sabía. Ya no sabía quién o qué era. Estaba perdido. Más perdido de lo que había estado nunca en su vida, y eso ya era decir algo.

Tom Rickard lo había arruinado todo. Pero ¿acaso no era también culpa suya? Se había dejado intimidar por el obispo. Debería haberse mantenido fuerte frente a ese adversario. Pero sabía que nunca había sido fuerte. Débil y manipulable, así era él. «El carbón bajo el diamante», según la puta Lottie Parker. «Ya veremos», pensó, y se encogió de hombros para volver a llenarse de determinación.

Aparcó frente a la casa del constructor. Todas las ventanas arrojaban luz sobre la nieve, volviéndola amarilla. ¿Qué podía decirle a Rickard? ¿Que lo sentía? ¿Por lo que había hecho, por lo que estaba a punto de hacer? ¡No! Ya se había lamentado bastante.

Se haría oír. Era su momento de salir de las sombras.

Pisando el acelerador, se alejó.

Dejaría su marca.

* * *

El obispo Terence Connor se pasó los dedos por el pelo. La reunión confirmaba lo que ya sabía. Rickard iba a joderlo.

Caminó de pared a pared, con los pies descalzos sobre la alfombra afelpada, dejando huellas sobre el grueso tejido. Había llegado demasiado lejos como para perderlo todo. No iba a dejar que las cosas se le escaparan sin pelear. Había mucho en juego. Saint Angela se lo debía.

Se puso los calcetines y los zapatos. Luego, el abrigo.

Un frío presentimiento, en lo más profundo de sus huesos, le dijo que iba a ser una noche larga.

Calentó el motor del coche antes de atravesar las verjas automáticas e

internarse en la espesa nevada.

* * *

Las cuatro paredes comenzaban a caérsele encima. Derek Harte se apretó la garganta. Agua, necesitaba agua. Necesitaba salir de ahí.

Ya había pasado cinco años en prisión y no quería estar ni un minuto más en ella. Había dicho adiós a esa vida. Metal chocando contra metal, puertas abiertas y cerradas, llaves repiqueteando en las cerraduras, risas y llantos, aullidos y gritos. Su vida estaba hecha de decisiones equivocadas. Comenzando por la puta de su madre, quienquiera que fuera. Esperaba que fuera Susan Sullivan. Porque estaba muerta y no tendría que buscarla y matarla.

—Dejadme salir —gritó a las paredes—. Dejadme salir... salir... salir.

Se acurrucó en el suelo y chilló por la injusticia que era su mierda de vida.

* * *

Patrick O'Malley observó el canal durante mucho tiempo. El frío hielo se resquebrajaba en algunas zonas y permanecía sólido en otras. La luz de las farolas proyectaba sombras y formas a través de la nieve que caía.

Le apetecía una copa, solo una, un trago, nada más. Dos días sin que el alcohol inundara sus venas. Y se sentía peor que nunca en su vida. No, eso no era verdad. El peor momento de su vida fue la noche de la Luna Negra. Jamás sintió el mismo terror que entonces. Los recuerdos venían y se iban. Fitzy gritando por su vida. Con su nariz pecosa y su pelo brillante. Chico valiente. Un pequeño héroe. O'Malley veía su cara claramente ahora y una chispa se prendió en el fondo de su cerebro. Pensó en la foto que la inspectora le había enseñado. ¿Era Fitzy? ¿Era el chico en la fotografía el mismo que estaba enterrado bajo el manzano? Sacudió la cabeza. No estaba del todo seguro, pero pensó que podía ser.

Otra imagen apareció sobre el brillante hielo del canal. Susan, James y él mismo, observando desde la ventana cómo su pequeño amigo, Fitzy, era

arrojado al barro. Cerró los ojos. El recuerdo parpadeó como una película, fotograma a fotograma. Los hombres con sus palas rompiendo la dura tierra para hacerle un hueco a la joven alma.

Abrió los ojos y la escena permaneció allí, como una visión nítida. De repente, vio las caras de los dos hombres reflejadas en el hielo, emergiendo de su subconsciente. Y el terror regresó, más fuerte y violento que antes.

Necesitaba una copa.

Pero antes, decidió que le contaría a la detective todo lo que sabía.

Lottie estaba hablando por teléfono. Subía y bajaba los escalones de la comisaría.

—Lo sé, Chloe. Estoy haciendo todo lo que puedo —dijo, tirándose del pelo. ¿Dónde estaba su hijo?

—Pero madre... mamá... por favor... tienes que encontrarlo —lloró Chloe—. Es el único hermano que tengo.

—Es el único hijo que tengo. —Lottie ahogó el pánico que sentía—. Lo encontraré.

Colgó y llamó a su madre para que fuera a cuidar de las chicas.

Llegó al último escalón cuando vio a Tom Rickard apoyado contra su coche.

—¿Su hijo también ha desaparecido? —Rickard se acercó a ella y la miró.

—No es asunto suyo —respondió Lottie, y se dio la vuelta para volver a entrar.

Él la agarró de la manga y tiró de ella hacia él.

—Ahora sabe lo que se siente.

Instintivamente, Lottie estiró el brazo para pegarle. Él no se apartó, pero le cogió la muñeca y acercó su cara a la de ella.

—Encuentre a mi hijo —exigió, y la soltó.

—Lo encontraré.

—Hágalo, inspectora. —Se alejó, lenta y deliberadamente. El viento llevaba su voz—. Hágalo.

Ella lo miró mientras se metía en el coche y se alejaba por la carretera. Lo miró hasta que las luces rojas traseras desaparecieron en la distancia.

Y un frío se apoderó de cada nervio de su corazón y descendió por todo su ser. Había sentido el mismo frío la mañana que Adam murió, aunque esa mañana el sol brillaba alto en el cielo. Esta noche, los cielos estaban negros y el suelo congelado mientras la nieve caía de nuevo con suavidad sobre la tierra.

—¿Inspectora?

Lottie se giró sobre el escalón para ver a Patrick O'Malley caminando fatigosamente sobre la acera helada.

—Tengo algo que contarle.

Y le contó lo que había pasado la noche de la Luna Negra.

Después de aparcar de nuevo detrás de la capilla, entró por la puerta lateral. Esperaba que los chicos hubieran dormido. Tenía planes para ellos.

Llevaba una bolsa de plástico con patatas fritas y un par de refrescos. Los jóvenes solo comían basura. Barrió el pasillo con la luz de su linterna y las sombras lo asaltaron. Los pájaros aletearon furiosamente sobre su cabeza y ansió el día en que ese lugar fuera un montón de escombros polvorientos. Esperaba que los dos chicos saciaran su apetito. Apresurando el paso, disfrutó de su creciente excitación.

Abrió la puerta y entró. El primer golpe le dio en el costado de la cabeza y, mientras caía, vio el destello de un cuchillo frente a su cara. Luego, oscuridad.

* * *

—¿Qué hacemos ahora? —chilló Sean. Arrastraron al hombre aturdido dentro de la habitación.

Jason pateó en las costillas al cuerpo que yacía boca abajo con su pie descalzo.

—Mierda. Eso ha dolido —gruñó, y se alejó cojeando.

—Cálmate —gritó Sean, preguntándose con qué clase de idiota se había juntado Katie—. Vamos a atarlo.

Reunió las cuerdas que los habían mantenido amarrados. Mientras tiraba, sintió un golpe en el abdomen que lo arrojó contra la pared. Dejó caer el

cuchillo. Parpadeando rápidamente, vio al hombre levantarse, darse la vuelta y golpear a Jason en la barbilla. El muchacho cayó inconsciente al suelo.

Sean se encogió de miedo contra la pared cuando el hombre lo golpeó en la cara, cogió el cuchillo y se tambaleó hacia él. El hombre empujó el arma contra la garganta de Sean.

—Listillos. —Cortó la piel de Sean con la hoja—. Eso es lo que sois. Unos putos listillos.

El hombre bajó rápidamente el cuchillo y se lo clavó en el estómago. Luego, le dio una fuerte patada en el mismo sitio.

Sean aulló. La sangre rezumó a través de su ropa y le chorreó por los vaqueros. Sus dedos encontraron la herida. No era profunda, pero sintió que se desmayaba. Oyó voces lejos, en la distancia, y luchó por mantener los ojos abiertos. Estrellas blancas flotaron frente a él.

—Creo que ya es hora de que tú y el imbécil de tu amigo me divirtáis. — El hombre limpió la navaja en los vaqueros de Sean, la cerró y se la guardó en el bolsillo—. Volveré en un rato.

Se levantó, pateó a Jason y, luego, salió de la habitación con sus suaves pasos haciendo eco a lo largo del pasillo.

El dolor se extendía lentamente por el cuerpo de Sean. Tuvo una arcada y la sangre se escapó de la comisura de su boca; el sabor metálico lo ahogaba. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras se movía con cuidado hacia la bolsa de plástico que había en el suelo. La rasgó y sacó una lata. Tras abrirla con los dedos temblorosos, bebió, lo que proporcionó energía a su cuerpo palpitante. Se quitó la sudadera, aullando con cada movimiento, y la apretó fuerte contra su herida. No era tan profunda como había pensado al principio. Tratando de detener la hemorragia, amontonó el vendaje improvisado dentro de la cintura del pantalón y ató las mangas alrededor de sus caderas.

Siguió llorando. Sollozos fuertes y aterrorizados.

Nadie los encontraría.

Iban a morir.

Volvió a derrumbarse sobre el frío suelo.

—¿No puedes ir más rápido? —se quejó Lottie.

Kirby pisó al máximo el acelerador y derrapó. Enderezó el coche y sujetó un cigarrillo con los labios.

—No podemos estar seguros de que esté ahí.

—Por lo que me ha contado O'Malley, creo que Jason está retenido allí y sé quién lo ha secuestrado.

—Le has echado un poco de imaginación, ¿no?

—Si me equivoco, me equivoco. Date prisa.

Estaba segura de quién era Brian. Algo relacionado con la restauración de Saint Angela debió de llevarlo al límite. Y había atacado a Rickard llevándose a Jason. Todavía intentaba comprenderlo cuando su teléfono sonó.

—Después de discutir mucho con la compañía telefónica, hemos localizado el GPS del móvil de Sean —informó Lynch.

—¿Y? —Lottie se aferró al borde del asiento. «Dios, por favor, que al menos Sean esté bien».

—Bueno, es un área amplia. Desde el hospital hasta el cementerio y alrededor de la parte trasera de la ciudad. Unos cuatro kilómetros cuadrados.

—Intenta reducirlo más. Gracias. —Lottie colgó—. Está castigado de por vida —murmuró, pero no podía eliminar el temor de su voz. ¿Podría ser que Brian también se hubiera llevado a Sean?

—Está bien. No te preocupes. Probablemente se está tomando unas cervezas con sus amigos —dijo Kirby.

—Solo tiene trece años pero en este momento me vale —replicó Lottie.

—Esa área de GPS...

—¿Qué, Kirby? —Lottie se giró para mirarlo.

—Incluye Saint Angela.

Lottie abrió la boca para hablar pero no salió nada. ¿Le había ocurrido algo terrible a su hijo?

—Kir... Kirby... más rápido. —Y empezó a llorar, sollozos incontrolables escapaban de su cuerpo. Había perdido a Adam, no podía perder también a Sean.

Saint Angela se alzaba amenazador en la oscuridad.

Kirby aparcó junto al coche averiado de Lottie. Ella observó rápidamente las ventanas negras. Sus ojos se vieron atraídos hacia la pequeña capilla, junto al edificio principal. Recordó lo que O'Malley le había dicho sobre el cura y los niños y velas y látigos. Dios santo.

Parpadeó. ¿Era una luz eso que destellaba en una de las ventanas? Se irguió en el asiento. Un destello, luego otro. ¿Alguien caminando con una linterna?

—Mira. Kirby. Allí arriba. ¿Ves una luz?

Kirby ya estaba fuera del coche y se dirigía a los escalones. Lottie salió de un salto y patinó por el hielo, pero recuperó el equilibrio.

—Parece alguien con una linterna —comentó Kirby.

—Vamos. —Lottie subió corriendo los escalones.

Buscó furiosamente la llave en el bolsillo, la encontró y la introdujo en la cerradura. Mientras se internaban en la maldición de Saint Angela, Lottie sintió todos los siniestros presagios que imaginaba que la joven Sally Stynes debió de sentir tantos años atrás.

* * *

El hombre había regresado, vestido con una larga sotana blanca. Sean se habría reído si no hubiera estado retorciéndose de dolor.

—¿Qué haces? —gimió, mirando cómo el hombre ataba una cuerda alrededor de la cintura de Jason y lo obligaba a ponerse de pie.

Jason se tambaleó pero permaneció de pie, con los ojos como cristales. Obligó a Sean a levantarse. Sus pies se arrastraban sobre el suelo. El hombre

enroscó una soga alrededor de sus muñecas y la apretó. Estaba atado, detrás de Jason.

Sean se bamboleó, mareado. De repente, se sintió como un niño pequeño. Quería estar en casa, jugando con su PlayStation estropeada. No necesitaba una nueva. Se lo diría a su mamá, la vieja ya estaba bien. Niall la arreglaría. Sabía que su amigo podría. Sí, lo llamaría y le diría que viniera con su caja de herramientas y, juntos, la harían funcionar. Ayudaría en la casa sin quejarse. Vaciar el lavavajillas, aspirar el suelo, limpiar su habitación. Se prometió a sí mismo que haría todas esas cosas, solo para escapar y sentir los dedos de su madre acariciándole el pelo, abrazándolo fuerte. No iba a llorar. No. Pero lo hizo. Sean Parker lloró y le dio igual.

—Cállate, llorica —rugió el hombre, e iluminó las paredes de arriba abajo con la linterna mientras arrastraba a los dos chicos tras él por el pasillo.

—Oh, no —musitó Jason.

—¿Qué? —susurró Sean entre sollozos. Cada paso le enviaba una punzada de dolor al abdomen.

—Oh, no... —repitió Jason, su voz se desvanecía.

—Oh, no, ¿qué?

—Esta vez... él... me... m-m-matará.

—¿Esta vez? —preguntó Sean—. ¿Hubo otra vez? —Le dolía al hablar, pero quería saber a qué se refería Jason.

Sean lo hizo girarse y percibió el miedo salvaje en los ojos del otro chico, lo que hizo que su propio corazón diera un vuelco.

El hombre entonó un cántico, un mantra lento y amenazador, y los condujo en procesión bajando una escalera de piedra hasta una pequeña capilla. El resplandor de las velas arrojaba luz hacia fuera y hacia arriba. Sobre el altar, un cuerda colgaba suspendida de las vigas, con una horca en su extremo.

Los sollozos angustiados de Sean retumbaron a través del aire frío.

Aquello no era bueno.

En absoluto.

* * *

—*Shhh* —chistó Lottie, y se detuvo en las escaleras del vestíbulo.

—No he dicho nada —replicó Kirby.

—Cállate y escucha.

Escucharon.

—Creo que he oído un grito.

—Yo no he oído nada —dijo Kirby. Un ruido retumbó sobre ellos—. Solo es una puerta dando golpes.

Lottie subió corriendo las escaleras de dos en dos.

—No. Antes de eso... He oído un grito. Hay alguien aquí.

—Ya sabemos que hay alguien aquí. Eso nos lo ha dicho la linterna.

—Kirby, cállate.

Al final de las escaleras, miró por el pasillo. No veía nada en la oscuridad. Ningún movimiento. Ningún sonido. Solo la respiración pesada de Kirby a causa del esfuerzo.

—Cantos. Oigo cantos o cánticos o algo —susurró Lottie.

—Con todos mis respetos, inspectora, creo que estás imaginándote cosas.

—Kirby se detuvo para recuperar el aliento.

Lottie lo fulminó con la mirada y caminó en dirección al sonido. Tal vez se lo estaba imaginando. Tal vez no. Iba a descubrirlo. Con o sin Kirby.

—Espérame —exigió este. Su cuerpo tenía dificultades para seguirle el ritmo a su voz.

Lottie suspiró, deseando por enésima vez que fuera Boyd quien estuviera detrás de ella, no Kirby.

* * *

Las manos de Sean permanecían atadas.

El loco desató a Jason y lo lanzó hacia adelante. El chico se tambaleó hacia el altar, cayó y el estruendo de su cráneo al chocar contra el mármol provocó una conmoción que recorrió el cuerpo de Sean.

El hombre lo empujó hacia el primer banco de la iglesia, y él trató de no pensar en el dolor que sentía. Miró a su alrededor. Tenía que haber una salida. Una vía de escape. Al menos había dejado de llorar. Necesitaba tener el control. Eso es lo que su madre predicaba sobre su trabajo. Tener el control

de la situación.

La capilla era un laberinto de nichos y confesionarios de madera. No veía una puerta de salida. Tenía que deshacerse del hombre. Pero no podía luchar contra él con las manos atadas. Piensa. Piensa rápido. No se le ocurría nada. Se le aceleró la respiración mientras el terror sofocante se acumulaba en su pecho. Trató de calmar sus inspiraciones y ralentizarlas. Intentó contar sus exhalaciones. No podía. Salían atropelladamente de su boca, una encima de la otra, hasta que se le anegaron los ojos en lágrimas y los mocos le gotearon de la nariz.

Se permitió mirar hacia el altar. Y supo de inmediato que no debería haberlo hecho. Todos los videojuegos del mundo no podrían haberlo preparado para la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. La bilis le subió por la garganta y estuvo seguro de que iba a vomitar.

El hombre lo observaba con atención, con los pálidos labios curvados hacia arriba. Sus ojos reflejaban la luz de las velas y el pelo mojado se le pegaba al cráneo. Había enroscado una cuerda alrededor del cuello de Jason, que estaba inconsciente, y sus hábiles dedos apretaban el nudo corredizo. Sean observó mientras desataba el extremo de la cuerda del primer banco y tiraba, izando a Jason en el aire. Comenzó de nuevo su cántico, en voz baja y fatigosa mientras lo elevaba. Sean apartó la vista y contuvo el vómito en su garganta.

Tenía que largarse. Ya.

Cuando las plantas de los pies de Jason dejaron de tocar el suelo, el loco ató la cuerda alrededor del banco, tiró de ella para comprobar que estaba firme y sus cánticos se intensificaron.

* * *

Lottie palpó con las manos, arriba y abajo, a lo largo de la pared del final del pasillo. Kirby hizo lo mismo.

—Definitivamente, son cánticos. Vienen de aquí. Pero no veo la puerta — dijo Lottie.

—No hay manera de entrar —resolló Kirby.

—Tiene que haberla. Vi las luces aquí. Las ventanas...

Se dio cuenta de que no podía haber visto nada en ese lugar. Era el final del pasillo. Mentalmente conjuró otra vez el número de ventanas. Corrió frenéticamente por el pasillo y volvió, contando. Recordó los planos de Rickard y la extraña secuencia de ventanas.

—Hay una habitación bloqueada —dijo.

Probó la puerta junto a ella. Cerrada. Kirby la golpeó con el hombro y consiguió abrirla, rompiéndola. Lottie entró. Hacia la derecha, tres ventanas. Iluminó a su alrededor con el móvil y vio una segunda puerta.

—Aquí está —susurró a Kirby.

El olor de velas encendidas flotó hacia ella cuando giró el pomo. Una luz parpadeante iluminó una escalera de piedra. Se volvió hacia su compañero y se llevó un dedo a los labios. Avanzó en silencio y miró por encima de la barandilla hacia el agujero que había a sus pies.

Lottie reprimió un grito. Kirby le colocó una mano en el hombro.

—¿Qué es eso? —susurró el detective.

—La locura —respondió Lottie, mientras veía al hombre que conocía apretar un nudo corredizo alrededor del cuello de Jason Rickard.

Y, entonces, vio a su hijo.

Sean oyó un ruido al final de las escaleras. Se quedó inmóvil. Había alguien más. Trató de no mirar a su alrededor. No quería hacer nada que pudiera alertar a ese cabrón asesino pero, instintivamente, giró la cabeza y se encontró con los aterrorizados ojos de su madre. Un gemido estrangulado escapó de su garganta. El hombre se giró y también levantó la vista.

Su madre echó a correr escaleras abajo y Sean supo que esta podía ser su única oportunidad. Ignorando su herida sangrante, se levantó del banco y salió disparado hacia el altar. Perdió el equilibrio al tener las manos atadas, tropezó y cayó.

En lugar de soltar la cuerda, el hombre la apretó más. A Jason se le sobresalieron los ojos cuando empezó a asfixiarse.

Levantándose con dificultad, Sean apuntó su hombro al abdomen del hombre. Chocó contra sus músculos duros y un brazo se cerró alrededor de su garganta, apresándolo. Oyó a su madre bramando por el pasillo, gritando, corriendo hacia él hasta detenerse a un metro de distancia.

* * *

Lottie dejó de correr. El cabrón tenía a Sean. Luchó por recuperar el control.

Si hacía un movimiento en falso, sus acciones podían resultar fatales. El corazón le golpeaba contra el pecho con tanta fuerza que lo oía latir furiosamente en sus oídos.

Profesional. Tenía que ser profesional, o Dios sabía lo que podía pasarle

a su hijo. Un nudo se retorció en sus costillas, apretándolas como una tenaza. Los escalofríos amenazaban con rasgar su piel a tiras. Un miedo violento brotó en su interior y rezó a un Dios en el que ya no creía. Rezó a Adam. Rezó y, entonces, habló.

—Suelta a los chicos, Brian —ordenó.

Se acercó lentamente mientras Mike O'Brien retrocedía ante la mención de su antiguo nombre. Aun así, continuó aferrando a Sean y tiró de la cuerda, arrancando los últimos vestigios de vida de Jason. La cabeza del chico se desplomó hacia el lado. La cuerda se mantuvo firme.

Mirando a su hijo a los ojos, Lottie juró en silencio: «Solo unos minutos más, hijo».

—Muy inteligente, inspectora. Tengo unos asuntos que terminar aquí. ¿Le apetece mirar? —La voz de O'Brien se elevó y cayó en un sonsonete.

Lottie luchó contra la guerra que se libraba en su interior. Tenía que mantener la calma y usar la lógica. Miró a Kirby. Este había sacado su pistola semiautomática. Era demasiado peligroso utilizarla con los chicos cautivos. Lo fulminó con la mirada. Kirby volvió a meter la pistola en la funda. Reprimió la sacudida de una náusea cuando el brazo de O'Brien se apretó más alrededor del cuello de Sean. Quería lanzarse hacia adelante y alejar a su hijo de la locura.

Desenterrando su entrenamiento, calculó la distancia hasta O'Brien. No había armas visibles, aunque sabía que la larga sotana podría ocultar cualquier cosa. Conjuró una calma resuelta en su voz.

—No tienes que hacer esto, ¿sabes? —dijo—. Tú eres Brian. Sé lo que te pasó aquí. Estuvo mal, pero puedes arreglarlo. Suéltalos. Nada se solucionará si les haces más daño.

Se acercó un poco más.

—Inspectora, me hará sentir mejor si hago lo que tengo intención de hacer. No puede detenerme —replicó O'Brien, con la voz aguda y tensa, y los nudillos blancos apretándose visiblemente alrededor de Sean.

«Es fuerte y está en forma», se recordó Lottie. Se esforzó para contener el ansia de correr hacia él, de agarrarlo del acerado pelo gris y arrancárselo de la cabeza.

—¿Cómo te hará sentir mejor? Eres un hombre adulto, ellos son dos niños indefensos —suplicó Lottie.

Por el rabillo del ojo, vio a Kirby acercándose lentamente por la derecha.

—Yo era un niño indefenso y abandonado, y nadie me ayudó —gruñó O'Brien.

—Yo te conseguiré ayuda. Todavía no es demasiado tarde. Déjalos ir.

Él soltó una carcajada. Lottie se encogió de miedo mientras el cruel sonido reverberaba por el diseño acústico de la capilla. Kirby estaba casi a la misma altura que O'Brien en los escalones.

La risa continuó, incontrolable, como compases demoníacos en sus oídos. Necesitaba hacerlo callar. Su hijo, con el rostro enrojecido, lloraba. Entonces, vio la sangre que brotaba de su abdomen.

Turbada de angustia por Sean, Lottie recordó lo que Patrick O'Malley le había contado sobre Brian. ¿Realmente había asesinado a un bebé indefenso? ¿Había contribuido a la muerte de Fitzy? ¿Por qué había matado a Sullivan y a Brown? ¿Qué locura acechaba, todavía por despertar, en el interior de su alma? No podía encontrar las respuestas mientras el terror corría a través de sus venas. Desesperadamente, volvió a dirigir sus pensamientos hacia la escena que estaba presenciando.

—¿Dejarlos ir? —preguntó O'Brien con voz aguda e histérica—. Tal vez suelte a uno y deje que veas cómo destruyo al otro. ¿A quién escogerás, Lottie Parker? ¿Quién es el diamante y quién es el carbón? ¿Salvarás a tu hijo y dejarás que el otro chico muera ante tus ojos? ¿Qué dices a eso, señora inspectora?

—¡Digo que estás completamente loco!

Lottie perdió la última pizca de control. Dio un paso adelante. O'Brien se echó hacia atrás, todavía agarraba a Sean por el cuello. El vaivén de su manto avivó las velas alineadas en los escalones del altar. Una pequeña llama se prendió del dobladillo del vaquero de Jason y comenzó a arder.

—No puedes matarlos a los dos —dijo Lottie. Jason podría estar muerto ya. Estaba muy quieto, con la cara púrpura y la lengua fuera—. Déjalos ir. Te prometo que después te ayudaré.

Luchando por aparentar calma, conjuró todos sus años de experiencia en ese único momento.

—No sabes nada del tormento que he sufrido —gritó O'Brien—. No puedes ni imaginarlo.

«Haz que siga hablando, desvía su atención de Kirby».

—¿Por qué Susan y James? ¿Por qué los mataste? —Otro paso adelante.

—¿Piensas que yo los maté? ¿Por qué iba a hacerlo?

Su estridente voz llenó los oídos de Lottie. Echó un vistazo rápido a Kirby. Estaba a cinco metros de O'Brien, a la misma altura que él en el ancho escalón.

O'Brien se echó hacia atrás y agarró algo del altar. La sotana se abrió y mostró su desnudez bajo ella; un entrecruzado de viejas cicatrices cubría su pecho. El acero de una navaja brilló en su mano. Lottie captó un destello del tatuaje en su pierna. Profundo y oscuro.

—Ellos también tenían el tatuaje. ¿Qué significa? —Tenía que entretenerlo. Kirby se estaba acercando.

—El todopoderoso Cornelius Mohan nos dijo que estábamos mancillados con la sangre del diablo y que tenía que marcarnos de por vida. Para mantener a los demonios alejados. ¡Ja! —Un aullido penetrante surgió de él.

Lottie reculó al ver que apretaba más el cuello de Sean.

—Él introdujo espíritus malignos en nuestras almas; era su manera de poseernos. Era el diablo encarnado. —Su voz era un gimoteo agudo y antinatural.

Tiró de Sean por el cuello hasta ponerlo derecho. Lottie vio cómo los ojos de su hijo se ponían en blanco.

Saltó hacia adelante y Kirby se movió a la vez. Lottie fue a agarrar la navaja, pero la mano de O'Brien bajó en picado y la hoja atravesó el relleno de su chaqueta y le cortó el brazo. Ignorando el dolor y con la adrenalina alimentando su resolución, continuó su ataque. Levantó el otro brazo y dio un codazo al hombre en la garganta, apretando con fuerza hasta que soltó a su hijo. El chico se desplomó. Kirby levantó su enorme pie enfundado en una bota y pateó a O'Brien en el pecho.

O'Brien cayó de espaldas y las llamas se alzaron detrás de él. Rápidamente, Lottie cogió a Sean. Kirby agarró la navaja, cortó la cuerda y le quitó el lazo a Jason.

Lottie lo atacó con el pie cuando O'Brien se levantó entre el fuego, golpeándolo en el torso. El hombre se desplomó sobre las llamas y su capa encendida ardió todavía más mientras él extendía los brazos, agitándose contra las llamaradas. Su carne chisporroteó. Gritando y emitiendo sonidos crudos e inhumanos, O'Brien agitó los brazos como loco, avivando las

llamas. Se arrastró hasta ponerse de rodillas, se puso de pie en una ola de luz naranja y amarilla y se arrancó la ardiente túnica con las manos en llamas. Su piel ya crepitaba, supurando, resbalando por su cuerpo. Volvió a caer en el infierno.

De rodillas, consumida por el olor de piel humana frita, Lottie arrastró a Sean por el suelo y se alejó gateando de las llamas.

—Yo no maté a James y Susan, o a Angelotti, no lo hice. —La voz del infierno chilló mientras O'Brien se retorció, tratando de aplacar su carne ardiente—. Cornelius Mohan, a ese desgraciado sí me lo cargué. —Gritó en agonía, y fue engullido por el humo y el fuego.

Kirby tenía el teléfono en la mano, gritando órdenes frenéticas, mientras cargaba con un inmóvil Jason sobre su hombro. Lottie abrazó a su hijo contra su pecho y desató la soga que lo apresaba. Kirby golpeó violentamente los pantalones de Jason para extinguir el fuego. Lottie solo se movió cuando Kirby los condujo hacia las escaleras.

—No podemos dejarlo ahí, en ese estado —dijo Lottie, mirando al hombre a su espalda, danzando como una bailarina a cuerda en un joyero en llamas. Kirby sujetó su mano con más fuerza.

—Dispárale —gritó ella.

—No se merece que gastemos una bala. Vamos —urgió—. ¡Ahora!

Lottie siguió a Kirby, con Jason asegurado sobre sus anchos hombros, y ella agarró a Sean por la cintura y lo arrastró escaleras arriba. En el último escalón, se permitió mirar atrás. El hombre estaba en llamas con su piel convertida en una sustancia derretida. Se derrumbó, sus gritos murieron mientras el infierno se extendía hacia los reclinatorios. Un humo espeso y negro ahogaba el aire.

Su hijo estaba a salvo. Eso era lo único en lo que Lottie podía pensar en ese instante. Su hijo estaba a salvo.

No volvió a mirar atrás.

Cargó con Sean a lo largo del pasillo, escaleras abajo, por el vestíbulo y hasta el exterior. Se dejó caer de rodillas sobre los escalones congelados, con su hijo en los brazos. Recibió agradecida el aire frío, tosiendo para sacar el humo de sus pulmones, y permaneció allí, como una estatua, hasta que el gemido de las sirenas robó el silencio de la noche.

* * *

31 de enero de 1976

Sally se quedó despierta toda la noche; la noche de la Luna Negra, así la había llamado Patrick.

Escuchó los sonidos nocturnos, la suave respiración de las otras niñas en su cuarto, el ruido de arañazos en los zócalos y el techo. Se imaginó formas grotescas bailando bajo la luz de la luna, cinturones y velas meciéndose hacia ella y alejándose, como un ballet obscuro. Oyó a los bebés llorando en la guardería, pero no hubo pasos que se apresuraran a calmarlos. Estaban solos. Ella estaba sola. Y la noche parecía eterna.

No sabía lo que le había pasado a su bebé; no sabía por qué Fitzzy había muerto; pero juró allí, en ese momento, que, un día, tardara lo que tardara, la verdad sería revelada. Lo recordaría durante el resto de su vida.

Yació despierta mientras la primera luz del alba penetró por la ventana; la luna solo era una sombra en el cielo.

Día nueve

7 de enero de 2015

Los primeros rayos anaranjados del alba despuntaron sobre un horizonte nevado más allá de los muros del hospital mientras la enfermera monitorizaba los signos vitales de Sean, como había hecho cada veinte minutos durante las últimas cinco horas. Satisfecha por que su paciente estuviera estable, le hizo un gesto con la cabeza a Lottie.

—La doctora vendrá en un momento, pero Sean está bien. —La enfermera salió.

Lottie besó a su hijo en la mano y en la frente, y delicadamente acarició sus ojos con el dedo, diciéndole una y otra vez que lo sentía.

Mientras observaba cómo el tubo intravenoso insuflaba vida en su cuerpo, contó cada gota que caía. Una, dos, tres...

Los párpados de Sean temblaron. La rabia interior de Lottie había hecho que sus dedos se detuvieran sobre los ojos del chico. Apartó la mano como si le quemara y se preguntó cuánto tiempo seguiría causándole daño a sus hijos.

La puerta se abrió. Boyd estaba allí, de pie, con una bata de algodón azul oscuro, cuidadosamente atada alrededor de su estrecha cintura. Su cara, todavía magullada y pálida, estaba seria. Lottie bajó la cabeza y él se acercó.

—No deberías estar aquí. Te echarán —dijo.

—Que se atrevan —replicó él, y le dio un suave beso en la coronilla—. *Puaj*, humo.

—Vete a la mierda, Boyd —sollozó Lottie.

—Es bueno llorar. —Le acarició el hombro.

—No, no lo es. Le he fallado. He fallado a mi hijo, a mi familia. Y a

Jason.

—Has salvado a Sean.

—Sí —dijo ella, incapaz de bloquear el desdén de su voz—, pero ¿qué hay de Jason? Debería haberme dado cuenta antes.

Boyd no respondió. Ella le dio un empujón.

—Estás fatal —dijo Lottie.

—Tú también —contestó él, señalando la herida del brazo—. El asesino, ¿tenía un cardenal y cojeaba?

—Ahora, sí. Será mejor que te vayas.

—De todos modos, me largo de aquí.

—¿Qué?

—Tú tienes demasiado de lo que hacerte cargo y yo estoy aquí como un tonto de repuesto viendo culebrones en la tele. Me necesitas.

Ella no lo contradijo. Necesitaba a Boyd, aunque pareciera que hubiera salido de *The Walking Dead*.

Mientras la puerta se cerraba tras Boyd, Lottie dejó reposar sus dedos unos instantes sobre el rostro de su hijo antes de que la enfermera volviera con la doctora y la hicieran salir.

* * *

El comisario Corrigan se paseaba por el pasillo, con Lynch y Kirby a la zaga. Boyd no estaba por ningún sitio.

—Inspectora Parker —dijo Corrigan, poniéndole una manaza sobre el hombro.

Lottie no sabía qué decir, así que no dijo nada.

—El desgraciado está medio muerto y necesita ir a la unidad especial de quemados en Dublín. Tendrá que esperar hasta que esta tormenta de nieve amaine. Las ambulancias aéreas están en tierra —informó él.

—¿Sigue vivo? —preguntó Lottie, incrédula.

—El pronóstico no es bueno. Quemaduras en el ochenta por ciento del cuerpo.

—Bien —dijo Lottie—. ¿Y Saint Angela? —Estaba esquivando la pregunta que sabía que tenía que hacer.

—El fuego quedó contenido en la capilla. La acordonaremos como escena del crimen cuando los bomberos hayan acabado.

—¿Jason? —preguntó al fin.

—Sabes que llegasteis demasiado tarde. —Corrigan sacudió la cabeza—. Vaya puta mierda de suerte.

Lottie se tambaleó. Ya sabía que Jason estaba muerto. Solo necesitaba confirmarlo.

—Al menos tenemos a nuestro asesino —apuntó Corrigan.

—Yo no estoy tan segura —vaciló Lottie. ¿Acaso no le había dicho O'Brien que no había matado a Susan ni a James ni al padre Angelotti? No tenía motivos para mentir. Especialmente cuando había admitido haber matado al padre Cornelius Mohan.

Kirby la sujetó cuando los Rickard aparecieron al otro lado del pasillo. Corrigan fue hacia ellos. Tom Rickard la fulminó con la mirada antes de aceptar el apretón de manos compasivo de Corrigan. Lottie permitió que Kirby la arrastrara en dirección opuesta.

—¿Puedo hablar contigo un momento, jefa? —interrogó Kirby.

Lottie se apoyó contra la pared y asintió.

—Sé que no es el mejor momento, pero tengo que decirte... —empezó a decir.

—Suéltalo, Kirby.

—Moroney, el periodista...

—Sigue. —De algún modo, sabía lo que iba a decir.

—Lo que publicó sobre que James Brown era un pedófilo, bueno, puede que yo dijera algo que no debía.

—Ah, Dios, Kirby. ¿Qué dijiste?

—Moroney oyó una conversación sobre lo que habíamos encontrado en casa de Brown. Me llamó para confirmarlo. Estábamos hasta el cuello con informes y cosas, así que puede que le dijera que sí a lo que me decía, para quitármelo de encima.

Lottie sacudió la cabeza. Al menos ahora sabía la fuente de la información de Moroney. Se había equivocado al sospechar de Lynch. Probablemente había sido un error sin maldad alguna. Al menos eso esperaba. Decidida a olvidarlo, dijo:

—Que no vuelva a suceder.

Kirby exhaló y toqueteó su bolsillo en busca de un cigarro.

—Gracias, jefa.

—Y lo hiciste bien con O'Brien. —Era lo más cercano a un cumplido que podía hacerle en esas circunstancias. Contempló a Kirby alejarse por el pasillo mientras Lynch se unía a ella.

—¿Qué tal está Sean? —se interesó mientras caminaban.

—Se recuperará. Con el tiempo —respondió Lottie.

Los ojos de Tom Rickard. No quería volver a ver esa mirada. Había encontrado a su hijo, como dijo que haría; pero le había fallado de la peor manera posible.

Lynch dijo:

—Los niños siempre salen adelante.

—¿Y qué mierda sabemos nosotros sobre eso? —murmuró Lottie.

Siguió caminando.

Al girar la esquina, Lottie chocó contra el padre Joe, que estaba junto al mostrador de enfermeras.

—Dichosos los ojos que te ven —exclamó él, apartándose un mechón de pelo de la frente y esbozando una triste sonrisa. Pero Lottie percibió pena en sus ojos. «Bienvenido a mi mundo», pensó.

—Joe. —Él sostenía un sobre abultado de tamaño folio. El cansancio arrugaba su cara como el lino plegado—. ¿Qué haces de vuelta en la ciudad? —preguntó Lottie.

—¿Cómo está Sean? —replicó él, ignorando la pregunta.

—Bien —contestó Lottie—. No. Mal. Dios, no lo sé.

—Lo siento, Lottie.

—Todo el mundo lo siente. ¿De qué sirve sentirlo?

—Volveré más tarde.

—No te molestes —dijo ella, llorando—. No quiero volver a verte. Mi hijo casi muere. Y todo es culpa mía.

—Nada de lo que diga puede cambiar nada en este momento —murmuró él, agachando la cabeza.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Le tendió el sobre.

—He hecho una visita a la oficina del padre Angelotti. He encontrado esto.

—¿Qué es? —Lottie dio la vuelta al sobre, todavía resentida.

—Mira el remitente.

—James Brown. ¿Él envió esto al padre Angelotti? —Se fijó en el matasellos—. 13 de diciembre. El día en que murió. —Lo interrogó con la mirada—. Pero el padre Angelotti ya estaba muerto entonces.

—Brown no debía de saberlo.

—No lo entiendo.

—Lo único que sé es que el personal del padre Angelotti iba a devolverlo, así que me ofrecí a traerlo. Cogí el siguiente vuelo de vuelta.

Sacó un montón de papeles del bolsillo interior de su abrigo y se los dio.

Lottie arqueó una ceja.

—¿Qué es esto?

—Volví a la casa del padre Umberto, busqué otra vez en los archivos y encontré más información que puede interesarte.

—No tengo tiempo para esto ahora —replicó Lottie, apoyándose contra la pared.

—Lo sé —convino él, y dejó caer los hombros.

Se metió las manos en los bolsillos, se dio la vuelta y se alejó por el abarrotado pasillo, dejándola sola.

Lottie lo miró hasta que desapareció cuando se cerraron las puertas del ascensor. Su rabia se evaporó; en su lugar, se instaló una intensa soledad.

—¿Qué hay en el sobre?

Boyd se recostó contra la pared, frente a la habitación de Sean. Totalmente vestido y con aspecto cadavérico.

—¿Qué diablos, Boyd? ¿En serio?

—Necesitas ayuda y yo soy ayuda.

—Estás medio muerto —rebató Lottie—. Vuelve a tu habitación. Tengo al equipo.

—El sobre —repitió.

—Todavía no lo he abierto. —Le dio la vuelta—. James Brown se lo envió al padre Angelotti. Joe lo ha traído de Roma.

—¿Joe? Qué confianzas.

—¿Boyd?

—¿Qué?

—No empieces.

—Te he echado de menos, Lottie —dijo Boyd.

—Y yo a ti, idiota, y ahora tengo que ir a ver a Sean.

Unas voces retumbaron desde el ascensor. Katie y Chloe corrían hacia ella, con las mejillas llenas de lágrimas y los brazos estirados. Rose Fitzpatrick se apresuraba tras ellas. Lottie sonrió un agotado «gracias» a su madre.

Su familia estaba golpeada y herida, pero seguía entera.

Con Sean al fin despierto y cómodo y sus hermanas a ambos lados de la cama cogiéndole de la mano, Lottie no pudo contenerse más. Rasgó el sobre, lo abrió y leyó las palabras de James Brown. Se revolvieron en su interior, revoloteando como una imagen de la merienda de locos de *Alicia en el País de las Maravillas*, para luego fundirse en una imagen cohesionada sin el Sombrero Loco. Ahora tenía la historia completa, redactada en Times New Roman, grabada firmemente en la primera fila de su mente.

Necesitaba hablar otra vez con Patrick O'Malley. Antes de que fuera demasiado tarde.

Realmente tendría que estar con su hijo y las niñas, pero su madre le había dicho que hiciera lo que tenía que hacer y volviera.

Sentada en su escritorio, Lottie se sentía totalmente en desacuerdo consigo misma, pero al menos su hijo estaba a salvo, con su abuela atrincherada en su habitación controlándolo todo, como siempre. Pero, por una vez, se alegraba de contar con la ayuda de su madre. Por muy en conflicto que se sintiera, Lottie sabía que tenía que cerrar ese caso. Después, encontraría tiempo para estar con sus hijos. Sean la necesitaba, Katie la necesitaba, e incluso Chloe, a su propia manera obstinada, la necesitaba. En cuanto a Rose Fitzpatrick, Lottie sabía que su madre era una superviviente, con o sin ella. Por primera vez, reconoció el dolor y el trauma que su madre había soportado. No podía haber sido fácil para ella. Se había enfrentado a todo y había sobrevivido. Ahora, ella debía hacer lo mismo.

Kirby dejó un Happy Meal sobre su escritorio.

—Hora de comer —dijo.

Lottie miró el reloj. Tenía razón. Bostezó y no fue capaz de recordar cuándo había comido o dormido por última vez. Una falsa energía la mantenía en movimiento, así que no se paró a pensar en ello.

Revisó las hojas que le había dado el padre Joe.

—Boyd, creo que sé cómo Derek Harte, el amante de James Brown, acabó envuelto en todo esto.

Boyd se sentó en el borde del escritorio. Ella agradeció su sencilla familiaridad y, al mismo tiempo, esperaba que no le diera un patatús.

—Muy bien, Sherlock —dijo—. Explícate.

—Es un error.

—Sí, de la naturaleza.

—No, en serio Boyd, mira esto. —Señaló una entrada en una de las páginas del libro maestro—. El número de referencia asignado a Susan Sullivan es el AA113. —Cogió otra fotocopia—. Ahora, busca en los registros de los bebés y comprueba la referencia AA113.

Boyd examinó la hoja y encontró el número.

—Pone Derek Harte.

—Pero alguien cambió el número.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira con atención. Se ve dónde borraron la tinta y escribieron un tres en lugar de un cinco. Creo que lo cambiaron intencionadamente. Alguien no quería que se descubriera la verdadera identidad del hijo de Susan Sullivan.

—Entonces, Harte no era el crío de Susan Sullivan después de todo —comentó Boyd—. Viéndolo ahora, entiendo que el padre Angelotti cometiera ese error. Pero ¿quién es su hijo?

Lottie señaló el número de referencia correcto y Boyd se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—A menos que alguien haya alterado los otros números, lo digo muy en serio. —Lottie sacudió la cabeza con melancolía—. Es muy triste.

—¿Él lo sabe? —inquirió Boyd.

—No lo creo.

Boyd se pasó la mano por el cuello y sobre la cicatriz y dijo:

—¿Así que toda esta gente ha sido asesinada para mantener esto en secreto?

—Eso es una parte.

—¿Qué es el resto?

Lottie sacó el viejo expediente de su bolso. Cogió la fotografía del niño con la sonrisa pícaro, la nariz pecosa y el cuello de la camisa torcido.

—Esta es la otra razón.

—¿El niño desaparecido? —preguntó Boyd.

—Eso creo.

—¿Vas a esperar a que me ponga de rodillas para suplicar las respuestas?
Lottie sonrió. Realmente había echado de menos a Boyd.

—Su madre denunció su desaparición a principios de 1976, después de haberlo internado en Saint Angela unos meses antes. Las autoridades de la Iglesia lo etiquetaron como fugado. Nunca lo encontraron. —Eso era suficiente información para Boyd por ahora, pensó.

—Entonces, ¿qué confirma la carta de James Brown?

—James Brown y otros presenciaron un asesinato en Saint Angela, perpetrado por el padre Cornelius Mohan, con la ayuda y complicidad de Brian. Y cuando James y Susan amenazaron con revelarlo, fueron asesinados para mantener ese hecho enterrado.

—Vale. A ver si lo he entendido. Mike O'Brien, originalmente llamado Brian, fue forzado por el padre Con a tomar parte en una especie de ritual enfermo que resultó en la muerte de un niño, hace casi cuarenta años.

—Sí —confirmó Lottie.

—¿Y quién es el chico de la foto? —preguntó Boyd.

—Ahora no, Boyd.

—Lottie, he leído el expediente.

—Entonces, ¿por qué haces preguntas estúpidas? Vamos a hablar con Patrick O'Malley —urgió Lottie, cerrando el expediente y metiéndolo otra vez en su bolso.

—Pero sabemos que O'Brien era el cabrón asesino —dijo Boyd, y se frotó una vez más la cicatriz de la garganta.

—Solo admitió haber matado al padre Con.

—Sí. Y casi me mató a mí también. Eso no lo admitió, ¿a que no?

—No, pero creo que otra persona mató al padre Angelotti, a Susan Sullivan y a James Brown.

—Ahora me he perdido, Lottie.

Lynch entró apresuradamente en la oficina, con el pelo suelto flotando alrededor de su cara.

—Hemos buscado por todas partes. No hay rastro de O'Malley.

—No puede haber desaparecido así como así—dijo Lottie—. Está allí fuera, en algún sitio. —Se volvió hacia Boyd—. Piensa. ¿A dónde iría O'Malley? Su pasado regresa para perseguirlo. ¿A dónde iría un alma

atormentada?

—¿De vuelta al origen de su tormento? —preguntó Boyd.

Lottie se levantó de un salto de su silla, lo rodeó con los brazos y lo besó en la mejilla.

—Tienes razón. Vamos.

—Si tú lo dices —contestó él con una mueca—. La próxima vez que me abracés, acuérdate de mis heridas.

—¿La próxima vez? —Lottie le guiñó el ojo—. Yo conduzco.

Llamó a su madre al hospital. Sean estaba bien.

Tras tirar el Happy Meal a la basura, Lottie salió por la puerta siguiendo a su equipo.

A la luz del día, Saint Angela había perdido su aire siniestro. Solo era un edificio viejo y laberíntico con puertas y ventanas. Pero Lottie sabía que protegía secretos de una crueldad horrible tras la piedra y el cemento. Había leído la locura en la libreta desvaída de Cornelius Mohan y seguido la historia en la carta de James Brown. Descubrió el encubrimiento en los libros maestros de Roma. Y había presenciado su herencia reencarnada la noche anterior. ¿Para qué? Vidas desgarradas y almas dañadas. Cuerpos enterrados pero los vivos cargando con el peso. Así fue como se sintió en la tumba de Adam hacía unos pocos días. Ahora entendía lo que había estado pensando entonces y una pena demoledora se instaló en su corazón.

Respirando profundamente, se acercó hacia la figura apoyada contra un árbol desnudo y herido.

—Han hecho un buen trabajo salvando el resto —comentó el padre Joe, asintiendo hacia el edificio.

El lugar estaba prácticamente desierto. Los bomberos habían enrollado sus mangueras, plegado las escaleras en el techo de los camiones y abandonado el lugar. Un par de guardaí se encargaban de las ondeantes cintas de la escena del crimen. El hedor a quemado permanecía en el aire, pero el humo había desaparecido y quedaban brasas ardientes. Los muros de la capilla estaban negros y chamuscados, las ventanas hechas añicos, el techo hundido. Pero la estructura principal de Saint Angela perduraba, indemne.

—Es una lástima que todo este lugar no haya quedado reducido a cenizas —añadió.

—¿Qué haces aquí? —Lottie se quitó la capucha para mirarlo mejor.

—Algo me ha traído. Después de todas las mentiras.

—Joe... —empezó a decir ella.

—No, Lottie. No digas nada.

Joe se alejó del árbol. Ella le puso una mano sobre el brazo.

—¿Has visto alguna señal de un vagabundo? Patrick O'Malley. Lo estamos buscando.

—Un buen lugar para vagabundear —dijo—. El obispo Connor está husmeando por aquí.

Lottie le hizo señas a Boyd para que se acercase. Lynch y Kirby iban en la retaguardia.

—El obispo Connor está aquí —informó—. O'Malley debe de estar aquí también. Dispersaos y buscadlos —instruyó—. Tú no, Boyd. Tienes pinta de estar a punto de desmayarte.

—Estoy bien —replicó, desviando la mirada de la mano de Lottie que agarraba la manga del cura.

Ella la soltó, se encogió de hombros y se dirigió hacia el pomar amurallado cubierto de nieve, fuera del área acordonada. Boyd caminaba fatigosamente tras ella, el padre Joe iba junto a él. Lynch y Kirby cruzaron el césped helado y fueron rápidamente hacia la izquierda, rodeando la parte trasera de Saint Angela.

Era la primera vez que Lottie entraba en el pequeño recinto del pomar. En el invierno sin vida estaba árido, los árboles desnudos y el suelo envuelto en una sábana blanca de pureza. Sinceramente, no creía que hubiera nada puro en este lugar. El mal acechaba en cada grieta de esas paredes y los cuerpos yacían inquietos en tumbas sin marcar. Levantó la vista hacia la ventana, donde tres pares de ojos aterrorizados habían presenciado algo que ningún niño tendría que observar o comprender.

Las sombras se expandían al pie de los árboles y el sol luchaba por encontrar su lugar en el cielo gris del atardecer. En la esquina más alejada del pomar, los vio. Dos figuras. Marionetas recortadas, girando la una alrededor de la otra, dejando nieve manchada en su estela.

Se puso un dedo sobre los labios y avanzó lentamente.

Las marionetas cesaron su danza, interrumpidas por los pájaros que se

alzaron de las ramas, volando como una bandada.

O'Malley giró en redondo y la miró directamente a los ojos. La sangre manaba de su mejilla y una soga de nailon azul se extendía, inútil, alrededor de su cuello.

El obispo Terence Connor se giró lentamente y dejó caer el otro extremo de la soga.

—Todo ha acabado, obispo Connor —dijo Lottie. Se asombró de su atrevimiento al intentar cometer un crimen solo a unos metros de los gardaí. Sin duda, debía de estar loco.

—¿Acabado? —gritó el obispo Connor—. ¿Acabado? Todavía no. —Extendió los brazos hacia el cielo—. Habrá acabado cuando mi Dios me lo diga.

—Usted está acabado. —El padre Joe dio un paso adelante junto a Lottie.

—¡Tú! —explotó el obispo, señalando con el dedo al cura—. Tú eres la causa de esto.

—¿Yo? Está loco —exclamó el padre Joe, y pronunció en voz alta lo que Lottie estaba pensando—. Toda esa gente está muerta. ¿Para qué? ¿Para encubrir el pasado de abusos de Saint Angela? —Abrió las manos, con las palmas hacia arriba—. ¿Cómo podría su Dios permitir esto?

—¿Mi Dios? También es tu Dios.

—Ahí es donde se equivoca. —El padre Joe se arrancó el alzacuellos y lo tiró sobre la nieve, donde se fundió con la blancura.

—Blasfemia. He hecho todo esto por ti —rugió Connor.

O'Malley comenzó a caminar hacia él. Lottie le rogó en silencio que se alejara de Connor. Permaneció junto al padre Joe. Boyd se acercó lentamente hacia O'Malley. El vagabundo se arrodilló en la nieve profunda, ensangrentado e inmóvil.

—Ella era tu madre, ¿sabes? —reveló el obispo Connor, con una sonrisa arrugando lentamente su rostro y convirtiéndolo en una máscara siniestra—. Susan Sullivan.

El padre Joe se tambaleó hacia adelante, con las manos estiradas para agarrar la garganta del otro hombre.

—Eres escoria —gritó.

Lottie agarró el borde de su abrigo antes de que tocara a Connor.

—Susan Sullivan —repitió el obispo Connor, dando un paso atrás—. Sí, Joe, tú eres su hijo. Ella nunca lo supo. Hice que trasladaran los registros a Roma después de alterarlos. Creé una pista falsa. El padre Angelotti me ayudó, aunque tengo que añadir que inconscientemente. En cuanto esa Susan Sullivan empezó a entrometerse, supe que no se detendría ante nada hasta descubrir la verdad. Solo quería protegerte.

—Mientes —chilló el padre Joe.

El corazón de Lottie se partió en pedacitos por él. La única vez que había tenido contacto con su madre fue el día en que nació y el día en que ella murió, cuando le ofreció las últimas oraciones mientras yacía a sus pies.

—Eres el hijo bastardo de un cura pedófilo y de una niña de doce años.

—Mentiroso —susurró el padre Joe, sacudiendo la cabeza e intentando hacer desaparecer la visión, pero Lottie sabía que permanecería para siempre con él—. Si fuera adoptado, lo habría sabido por mi certificado de nacimiento. —Su voz estaba rota en un millón de trocitos de cristal.

—Por aquel entonces —se burló Connor—, las monjas, el padre Con y yo nos asegurábamos de que no se malgastara el tiempo con certificados de adopción. Con los bebés de los que nos encargábamos, sus certificados de nacimiento parecían auténticos, pero manteníamos los detalles del auténtico nacimiento en los libros maestros. —Trató de avanzar, pero sus pies se hundieron más en la nieve.

—Cambió los números de referencia —dijo Lottie—. ¿Por qué?

—Porque podía. Y porque Susan Sullivan quería saber quién era y dónde estaba su hijo bastardo. Tenía que protegerlo.

—¿Por qué matar al padre Angelotti? —preguntó Lottie para retrasarlo.

—Porque Angelotti iba a revelar la verdad, una vez descubierto su error. Se había dado cuenta de que los registros se habían cambiados, así que organizó un encuentro con Brown para que hablara con Susan. Por supuesto, yo me ofrecí a llevarlo en coche para ver cómo salían las cosas. Brown nunca apareció y yo aproveché la oportunidad. Esperaba que Brown cargara con la culpa. Desafortunadamente, el tiempo no ayudó.

El padre Joe volvió a sacudir la cabeza.

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Es la verdad. He vivido mi vida por ti. Te salvé la vida hace todos esos años en Saint Angela. Te coloqué con una buena familia. Pasé mi vida

encubriendo a la Iglesia.

—Y encubrió el asesinato de un niño —dijo Lottie.

—Hice lo que tenía que hacer —rebatió el obispo Connor. De repente, dejó caer los hombros.

Lottie sabía que el hombre había perdido la batalla.

—¿Por qué matar a Susan y a James? —interrogó.

—Me estaban chantajeando. Había trabajado toda la vida para mantener enterrados aquellos secretos e iban a sacarlos a la luz. Tenía que detenerlos. No podía permitírmelo más —rio cínicamente—. Si hubiera sabido que Susan Sullivan ya se estaba muriendo de cáncer, tal vez nada de esto habría sido necesario.

Convencida de que estaba mirando a los ojos al mismísimo diablo, Lottie dijo:

—Usted ocultó el abuso de niños. Trasladó al padre Mohan, permitiéndole cometer más abusos en las nuevas parroquias. Bebés que nunca salieron de este lugar, tirados en tumbas sin nombre. Un niño golpeado hasta matarlo detrás de estos muros y enterrado aquí sin ceremonias. —Hizo un gesto con la mano, señalando el recinto—. En alguna parte.

—No puede probar nada. —Sus ojos la retaron.

Lottie le sostuvo la mirada, contó hasta diecinueve antes de que el hombre apartara la vista. Lynch y Kirby, con las armas en la mano, sin necesidad, tomaron posición a lo largo del muro detrás del obispo y O'Malley.

—¿Y por qué le importa tanto el niño, inspectora Parker?

—A todos nos importa —dijo el padre Joe—. Especialmente a aquellos a los que asesinaste para mantener el secreto.

Lottie le tiró de la manga para que se callara.

—Eres una deshonra para el alzacuellos que llevas —espetó el obispo Connor.

—No, no lo soy —replicó el padre Joe—. Pero tú sí lo eres. —Se movió hacia adelante. Lottie tiró de él para frenarlo.

O'Malley se soltó del agarre de Boyd, saltó hacia arriba, se lanzó contra los hombros de Connor y lo arrojó a la nieve. Lottie puso a Connor de pie mientras Boyd sujetaba a O'Malley.

—Te vi con mis propios ojos —dijo O'Malley. La sangre salía de su boca,

salpicando—. Desde esas ventanas de ahí. Yo y Susan y James. Te vimos tirar al pobre Fitzzy en un agujero bajo un árbol. —Señaló el pomar, como loco—. Y estabas en la capilla. Te vimos no hacer nada mientras él lloraba y gritaba. Brian y el padre Con lo golpearon hasta arrancarle la piel, ¿y qué hiciste tú? Absolutamente nada. Podrías haberlos detenido.

Boyd alejó a O'Malley de su torturador.

—Maldito cabrón asesino —gritó O'Malley a Connor—. Pero conmigo no has podido.

Lottie le puso las esposas a Connor. Toda su arrogancia había desaparecido para dar paso a una negrura muerta en sus ojos.

—Mi hermano —le susurró ella al oído—. Eddie Fitzpatrick. ¿Qué le hiciste?

—Lo enterré. ¿Qué otra cosa podía hacer con su cuerpo roto? —Ojeó el pomar con un veloz movimiento de cabeza—. Aquí. En alguna parte.

Lottie lo abofeteó con fuerza. Él no se movió. En todo caso, sus ojos se apagaron y unas sombras turbias los cubrieron.

—Tu familia abandonó al chico —masculló con desdén—. Tu padre se pegó un tiro en la boca; tu madre dejó tirado a un afligido niño de diez años tras estos muros y se fue. Y tú... tú...

—Yo tenía cuatro años —murmuró Lottie.

—¿Y por qué lo hizo tu madre? La encantadora y honorable católica Rose Fitzpatrick. Te diré por qué. Porque tu hermano era un gamberro inútil y un ladrón. Y la viuda no podía soportar la vergüenza añadida del chico que le arruinó la vida. Así que hizo que lo encerraran.

—Cállate —gritó Lottie, llorando.

—Pregúntale, tú pregúntale.

Las lágrimas mojaban las mejillas de Lottie y un suave revuelo de nieve caía sobre la tierra. Sus palabras habían sacado a la luz cosas que nunca se habían dicho en voz alta en su familia. Cosas que su madre debería haberle contado. Y todavía no estaba segura de haber encontrado lo que había perdido hacía tantos años.

La mano de Boyd se deslizó en la de ella.

Epílogo

30 de enero de 2015

—Charlotte Brontë, de ahí viene tu nombre.

—Lo sé, madre —replicó Lottie—. Me lo has dicho muchas veces.

Antes de esto, no conseguía que su madre hablara de su hermano o de su padre. Ahora, no conseguía que se callara. Rose le había explicado a Lottie que Eddie era un niño terriblemente problemático tras el suicidio de su padre. Estaba desesperada por qué hacer con él hasta que, siguiendo el consejo del cura de la parroquia, lo había dejado bajo el cuidado de Saint Angela durante seis meses. Y, entonces, había desaparecido.

—Y al pobre Eddie, lo llamamos así por...

—Edward Rochester. *Jane Eyre* —la interrumpió Lottie—. Lo sé.

Pero no sabía nada más.

El operario de la excavadora levantó la mano y apagó la máquina. Estaba oscureciendo y Lottie no sabía si habría encontrado algo o si renunciaba hasta el día siguiente.

Se alejó de su madre y la dejó junto a Chloe. Katie estaba en casa cuidando de Sean. Ninguno de los dos estaba demasiado bien. Los Rickard habían enterrado a Jason cinco días después de que muriera, en una ceremonia privada. Nadie de la familia de Lottie estuvo allí. Los Rickard no querían ver a Katie. La chica no lo entendía. Lottie, sí. Boyd le había comprado a Sean la PlayStation 4. Seguía en la caja, sin abrir. Lottie le había comprado un nuevo equipo de *hurling*; el chico lo había tirado bajo la cama.

Ahora, luchaba por mantener a su familia intacta. Sus hijos la necesitaban más que nunca desde que habían enterrado a su padre. Eran hijo e hijas, hermanas y hermano. Lottie sabía cómo la acción apresurada de una madre podía cambiar esa dinámica para siempre, y no podía permitirse cometer un error, no en lo que respectaba a sus hijos.

En su trabajo, todavía no sabía si habría medidas disciplinarias en relación a su vuelo a Roma y a cómo había llevado la investigación de los asesinatos. El comisario Corrigan era reacio a disculparse por haber protegido al obispo y la evitaba. Pero, por ahora, estaba de baja remunerada. El trabajo podía esperar.

El cielo pasaba del gris al negro, y la noche descendía antes de que el día se hubiera consumado a sí mismo. Lottie se sentía igual.

Un foco dirigió un haz de luz hacia el interior del agujero de un metro de profundidad. Supo que era el momento.

La luna nueva centelleó en la oscuridad.

La Luna Negra.

Tal vez habían dejado atrás los malos augurios. Tal vez no.

Se detuvo en el borde de un abismo y se preguntó dónde encontraría la fuerza interior para darle la espalda y marcharse. Pero Lottie Parker no le daba la espalda a nada.

Advirtió al padre Joe de pie junto al muro, bajo la arcada. Tejanos y un jersey negro con cuello de polo bajo su enorme chaqueta. Se estaba tomando un año sabático. Sin saberlo, toda su vida había vivido una mentira y, ahora, lloraba la muerte de su madre biológica, a quien nunca había conocido. Parecía perdido y una profunda tristeza ensombrecía sus ojos. Lottie lo saludó con la mano y la dejó caer cuando él se alejó. Sufriendo por los secretos de otros.

Esto le recordó de nuevo el secreto de su propia familia que este caso había despertado. El expediente amarillento de la desaparición de su hermano en el cajón; no podría volver a negarlo. Y estaba orgullosa del heroísmo del chico. O'Malley le había contado la historia, pintando la época de Fitzy —la de su propio hermano— en Saint Angela con vivos colores brillantes. Su madre lloró durante días.

Lottie notó cómo Boyd se colocaba a su lado. Sintió su mano en la parte baja de la espalda, una caricia suave y reconfortante.

—Solo habrá huesos. No es necesario que mires, Lottie.

Ella levantó la vista hacia las ventanas oscuras; luego, se acercó más a la tumba sin nombre bajo el manzano desnudo, resaltada por el fulgor de la luna creciente.

—Oh, pero tengo que hacerlo —dijo Lottie, oteando por encima del montón de barro—. Tengo que hacerlo.

Agradecimientos

Escribir una novela es un viaje personal, y no podría haber llegado a mi destino sin el apoyo y ánimo de tanta gente a lo largo del camino.

Primero, quiero agradecerte a ti, mi lector, por tomarte el tiempo de leer *Los niños desaparecidos*. Sin ti, mi aventura como escritora sería en vano.

Al equipo de Bookouture, en especial a mi editora Lydia por decirme de entrada que le encantaba mi novela y, luego, acogirme. Gracias por creer en mí.

A mi agente, Ger Nichlo de The Book Bureau, por ficharme. Ese primer correo que Ger me envió para decirme que iba por la mitad del libro y que no podía esperar para terminarlo me llenó de confianza en mí misma para pensar que sí, ¡puedo ser una autora publicada!

El Irish Writers' Centre es un recurso inestimable. Los cursos y tutores son excelentes y en ellos he hecho amigos de por vida. Arlene Hunt, Conor Kostick y Louise Phillips me han asistido en el desarrollo de mi potencial y mis habilidades como escritora a través de sus cursos. También Carolann Coplans de Carousel Writers' Retreat, a todo el mundo asociado con el Irish Crime Fiction Group y a Vanessa O'Loughlin de Writing.ie. Gracias.

A Niamh Brennan, por sus consejos, sabiduría y ojo de halcón al criticar mi trabajo mientras lo iba desarrollando. Y, por supuesto, por todos los mensajes y correos para darme ánimo cuando flaqueaba. Valoro muchísimo tu opinión.

A Jackie Walsh, por acompañarme a festivales para escritores de novela policíaca y retiros de escritura. Niamh y Jackie se han convertido en grandes

amigas, colegas de escritura y sólidos tabloneros para desarrollar el argumento y para construir la confianza en mi escritura.

A Teresa Doran, a Liam Manning y a Padraig McGovern por escucharme leer los primeros borradores en nuestro grupo semanal Write 1.

A Tara Sparling por leer el manuscrito.

A Alan Murray y a John Quinn por los consejos en temas policíacos; cualquier error es cien por cien mío. Con el fin de que la historia fluyera, me tomé algunas libertades con los procedimientos policiales.

A Antoinette y a Jo, por estar siempre ahí. Mis mejores amigas.

A mi hermana Marie, por estar a mi lado durante todo lo que la vida me ha lanzado.

A mi hermana Cathy y a mi hermano Gerard, la familia lo es todo.

A mi madre y a mi padre, Kathleen y William Wad, por creer en mí y ayudarme a lo largo de mi vida, especialmente en los momentos más difíciles.

A mi suegra, Lily Gibney, y familia.

A mis hijos, Aisling, Orla y Cathal. Dais sentido a mi vida. Os quiero muchísimo. Y al más reciente miembro de nuestra familia, mi pequeña nieta Daisy, la prueba de que la vida está llena de sorpresas.

A Aidan, mi querido marido, a quien echo de menos profundamente, que me animó a perseguir mi sueño. Estaría muy orgulloso hoy y desearía que estuviera aquí para compartir este momento. Muy amado. Siempre en mi corazón.

Carta al lector

Hola, querido lector:

Quiero agradecerte con sinceridad que hayas leído mi primera novela, *Los niños desaparecidos*.

Estoy muy agradecida de que compartas tu valioso tiempo con Lottie Parker y compañía. Espero que lo hayas disfrutado y que sigas a Lottie a lo largo de la serie de novelas.

Con el fin de salir adelante en los días más oscuros de mi vida cuando mi marido Aidan murió después de una muy corta enfermedad, comencé a escribir esta novela. Llené libretas con líneas y líneas de palabras que, en su momento, consideré una terapia. Pero, cuanto más escribía, más me daba cuenta de que, con mucho trabajo duro, podía dar forma a esas palabras y convertirlas en un libro. Y lo hice. ¡No ha sido un viaje fácil pero creo que lo estoy consiguiendo!

Todos los personajes de esta novela son ficticios, como también lo es la ciudad de Ragnullin, aunque acontecimientos de la vida han influenciado profundamente mi escritura.

Espero que hayas disfrutado leyendo *Los niños desaparecidos*. Me da un poco de vergüenza pedirlo pero, si te ha gustado, me encantaría que escribieras una valoración. Significaría mucho para mí.

También puedes contactar conmigo a través de mi blog, que me esfuerzo por mantener actualizado, o en Facebook.

Gracias de nuevo y espero que te unas a mí para los demás libros de la serie de la inspectora Lottie Parker.

Con cariño,
Patricia

Sobre la autora



Patricia Gibney es una artista y escritora de Mullingar, condado de Westmeath, en el centro de Irlanda. Es viuda y madre de tres hijos que la mantienen cuerda, o tal vez mantienen su locura a raya.

Patricia quiso ser escritora desde que leyó a Enid Blyton y Carolyn Keene, y tras la repentina muerte de su marido, decidió refugiarse en la

escritura para lidiar con la pérdida. Durante años, asistió a cursos de escritura y se unió al Irish Writers Centre para adentrarse en el mundo literario de forma profesional. *Los niños desaparecidos* es la primera entrega de la serie protagonizada por la inspectora Lottie Parker, un *thriller* apasionante que se ha convertido en *best seller* en Reino Unido, Estados Unidos, Canadá y Australia y que ha hecho de Patricia Gibney la nueva sensación de la novela policíaca internacional.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.


Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

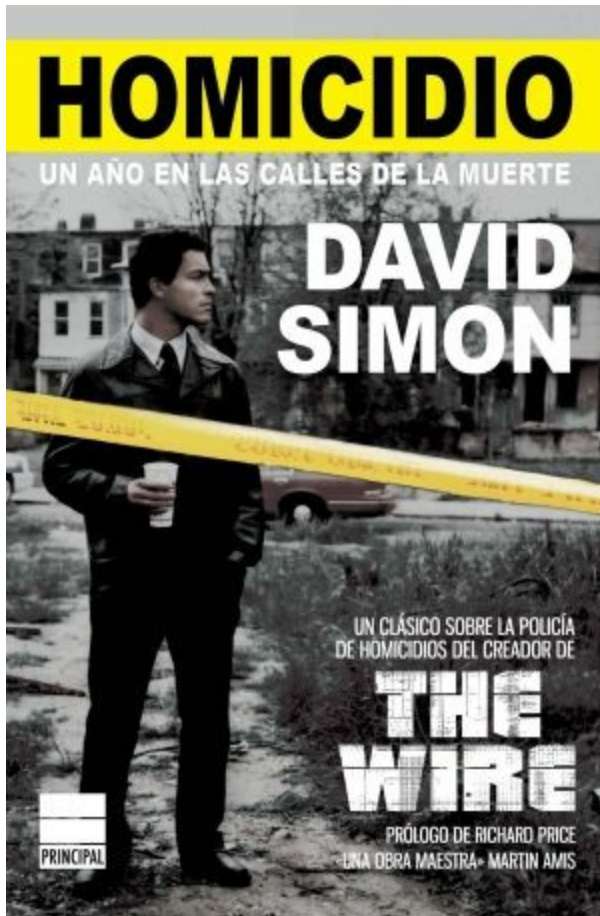
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ROSAMUND LUPTON



HERMANA

Hermana

Lupton, Rosamund

9788416223459

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Beatrice recibe una llamada de su madre que le dice que su hermana pequeña ha desaparecido, regresa inmediatamente a Londres. Pero conforme averigua las circunstancias de la desaparición de Tess, descubre lo poco que en realidad sabía de la vida de su hermana. La policía, el novio de Beatrice e incluso su madre aceptan que han perdido a Tess, pero Beatrice se niega a abandonarla y se embarca en una peligrosa búsqueda de la verdad a toda costa. Nada la ha preparado para los aterradoros hechos que va a descubrir."Increíble desde la primera hasta la última página. El suspense es tremendo, pero además la novela posee una intensidad emotiva que te llena los ojos de lágrimas. Escrita con el poder y el garbo de una joven Daphne du Maurier, esta fantástica novela anuncia la llegada de un verdadero talento."The Daily Mail"Igual que Kate Atkinson, Patricia Highsmith y Ruth Rendell, Lupton sabe construir suspense... Hermana proporciona una descarga de adrenalina capaz de provocar un escalofrío en una tarde soleada."The New York Times"La historia se vuelve más escalofriante a medida que avanza, te absorbe por completo y te mantiene al borde de la silla hasta el final."The Sun"La primera novela de Lupton es un triunfo magistral y superlativo al que los lectores se engancharán desde la primera página intentando adivinar qué pasará."Booklist

[Cómpralo y empieza a leer](#)